



CUENTOS
ANDALUCES

2

G

p. 2 9.486

289 (v.1)

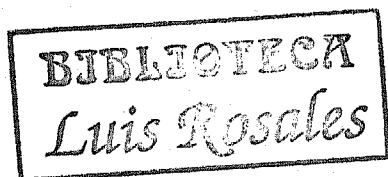
CUENTOS ANDALUCES

DE

Arturo Reyes

I

Edición Homenaje del Excmo. Ayuntamiento



MALAGA
1964



P R E L I M I N A R

En las últimas décadas del siglo XIX se acentúa, como es sabido, el realismo en la narrativa española, y también en otros géneros, alcanzando su culminación en la literatura regional. El paisaje y el ambiente de las diversas regiones, la idiosincracia de sus habitantes, sus costumbres, sus fiestas, su habla atraen la atención de insignes escritores, que plasman, en novelas y cuentos, vivos cuadros de las distintas tierras y comarcas españolas, sobre el común y esencial fondo humano.

Arturo Reyes figura por derecho propio entre la pléyade de los escritores costumbristas regionales, y a Málaga, la ciudad en que nació y a la que amó apasionadamente, dedicó la casi totalidad de su producción en prosa. Sus barrios populares, con cuyos nombres tituló algunas de sus obras, determinadas calles de estos barrios, los rincones pintorescos de la ciudad, las risueñas playas y calas de sus costas, los lagares y haciendas, trochas y vericuetos de sus campos y sierras, son los escenarios en que se mueven los personajes de sus ficciones. Hombres cabales, con toda la majeza y la bizarria de la tierra; bellas mujeres, con todo el garbo y la gracia de Andalucía, y la pasión amorosa entre ellos, con toda su sensualidad, sus arrebatos, sus achares, celos y venganzas, a veces sangrientas, constituyen el eje de sus páginas. Y junto a protagonistas y antagonistas, un nutrido cortejo de personajes secundarios, pintorescos o vulgares, pero representativos todos de la Málaga de antaño y de las facetas populares y cotidianas de la vida de la ciudad, hoy desaparecidas. Y envolviéndolo todo el chispeante diálogo, vivo y agudo, lleno de hipérboles, de gracia, de ironía y de zumba, con los giros y modismos peculiares de la región y aún de la ciudad y de sus pueblos.

Todo este mundo pintoresco y apasionado creado por Arturo Reyes tuvo su propia masa de lectores fieles y asiduos. Primero, en su Málaga natal; después, en Madrid, donde sus cuentos se leían en revistas como "Blanco y Negro" y "Nuevo Mundo", y en la célebre sección literaria de los lunes del diario "El Imparcial",

en la que colaboraron las mejores firmas españolas. De aquí, su fama irradió a América del Sur, publicando sus cuentos en "La Nación" y en la revista "España", de Buenos Aires. Ultimamente sus primorosas novelas cortas vieron la luz en las colecciones de "Los Contemporáneos" y de "El Cuento Semanal".

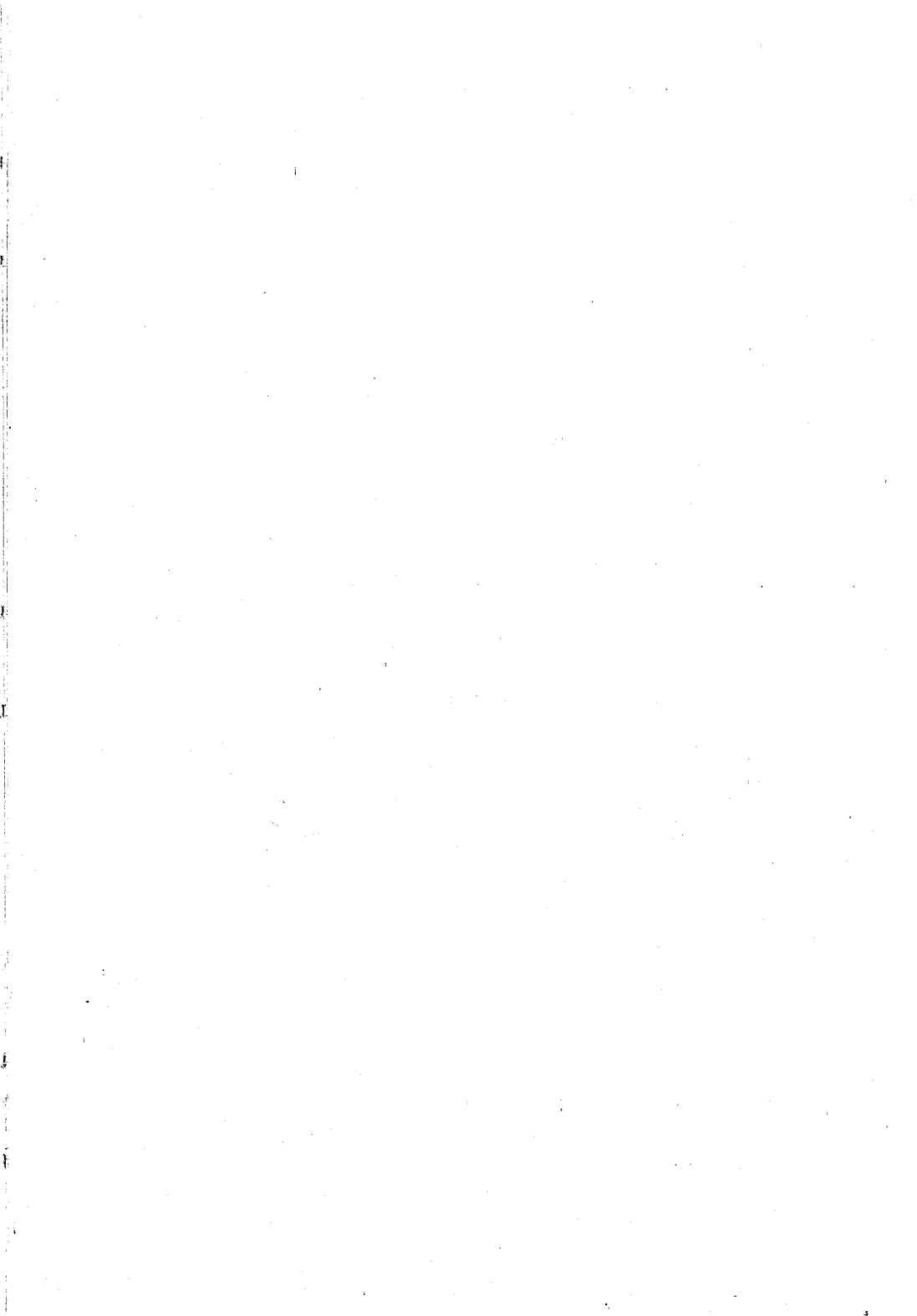
Hoy, justo es reconocerlo, aquella popularidad pasó; pero el nombre de Arturo Reyes ocupa, con todos los honores, un lugar destacado en la Historia de nuestra Literatura, dentro de la época en que escribió, embelleciendo con su arte la realidad de la tierra malagueña.

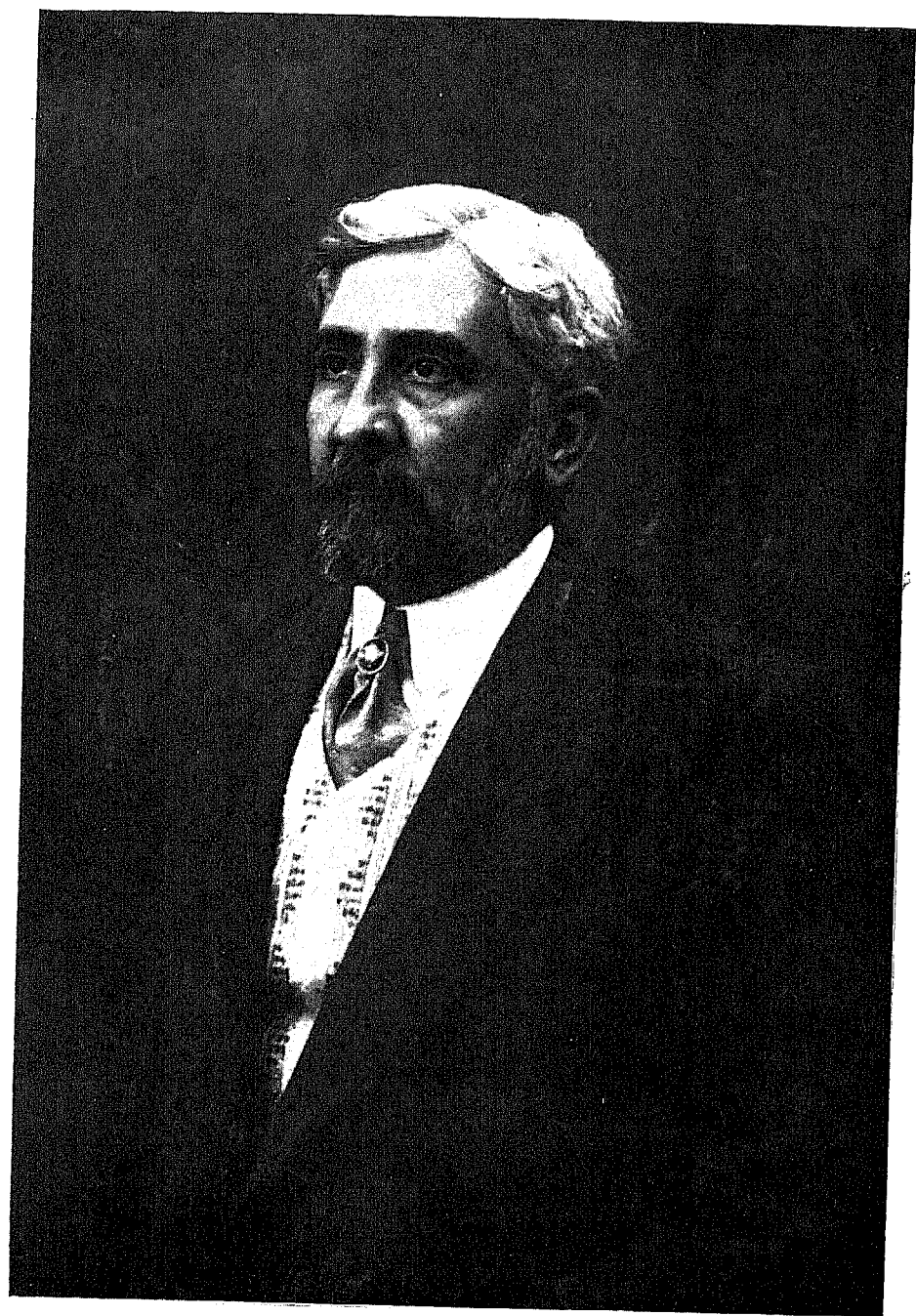
Por todo ello, el Excmo. Ayuntamiento, con motivo de cumplirse el pasado 29 de septiembre de 1963 el centenario del nacimiento del escritor (acaecido en la calle del Rosal, del barrio del Perchel, hoy desaparecida), acordó, en sesión del 13 de dicho mes, rendir el debido homenaje a la memoria de su hijo predilecto y popular escritor; y considerando la posibilidad de que se perdiese su obra dispersa en diarios y revistas desaparecidos o de difícil consulta, dispuso la reedición de los cuentos publicados en la Prensa nacional y suramericana, no recogidos en libros, en su mayoría y prácticamente inéditos, por tanto, y de varias de sus novelas cortas. Asimismo se acordó colocar una lápida conmemorativa en la casa número 19 de la Plaza de la Merced, en que murió el novelista, y rotular con su preclaro nombre una calle de la ciudad digna del mismo.

Con posterioridad al acuerdo a que nos referimos, se erigió a la entrada de los jardines del Parque un busto de Arturo Reyes con una figura femenina representativa de su obra "La Goletera", debida al escultor don Adrián Risueño. Este monumento fue inaugurado por el Alcalde don Francisco García Grana, que en elocuentes palabras subrayó la significación del acto, agradeciendo el homenaje un nieto del escritor, el Dr. D. José Carlos Reyes, en emocionadas, vivas y bellas frases.

Mármoles, inscripciones y letra impresa han venido a saldar la deuda que Málaga tenía contraída con uno de los más amantes de sus hijos.

DELEGACIÓN DE CULTURA
DEL EXCELENTÍSIMO AYUNTAMIENTO





MI PADRE

Por ADOLFO REYES

I

Mi padre nació en los Percheles de Málaga, en una casa humilde de la calle del Rosal, el día 29 de septiembre de 1863. Con pocos afectos en su infancia—a su madre, Josefa Aguilar, no la conoció—, fue un niño reconcentrado y hosco, amigo del silencio y de la soledad. Esto quizás extrañe a los que después le conocieron franco y optimista, pero basta ver en su retrato de aquel tiempo su expresión de terquedad y desconfianza para comprender que debió de ser de este modo.

De mi abuelo Manuel Reyes sólo conozco un daguerrotipo que le representa con la mirada profunda, la barba bien cuidada y la mano en la sisa del chaleco, en una actitud de satisfacción. En compañía de sus hermanos—Salvador, Francisco y Antonio—, tuvo una fábrica de licores, y todos vinieron a morir ya viejos, por unos mismos años, del 70 al 78.

Volviendo los ojos al pasado desconocido, ante estos pálidos fantasmas que entre dos fechas se deslizan, sin saber de qué modo recorrieron su senda, ni el alarde de su vida, ni las explosiones de sus sentimientos, el ánimo se deprime, porque también de nuestra vida, acervo de amores y tristezas, quedarán dos fechas silenciosas. Mi padre no quiso morir de este modo, y por eso esparció sus sensaciones como en otoño la buena simiente. Quiso que perduraran sus sentimientos en las imaginaciones después que se apagaran en la vida. No digáis de él nació..., murió..., sino amó intensamente y sufrió dolores agudos. Mantenedle piadosamente en vuestra memoria, porque éste fue su mayor deseo.

* * *

Aprendió las primeras letras en el colegio de un conde polaco, desterrado de su patria, que se apellidaba Podoski. De este tiempo

os podría contar esas anécdotas, ingenuamente divertidas, que tienen en el hogar un perfume tan delicado, que al sacarlas de él se deshace y desaparece. Os diré una, si me lo perdonáis. Un día mi padre se apartó distraído del ayudante que le llevaba al colegio en unión de otros escolares, y viéndose solo, aunque cerca de su casa, empezó a llorar con desconsuelo hasta atraer a los transeúntes.

—¿Por qué lloras, niño?

—Porque me he perdido.

—¿Y tú dónde vives?

—En aquella casa.

Esto lo contaba él como ejemplo de su precocidad. Hizo su primera poesía, una quintilla, a los doce años, cuando murió su padre, y ya no volvió a escribir hasta más adelante, cuando los amores hicieron de un modo nuevo su sensibilidad.

Al quedar huérfano, malbaratada por manos extrañas la corta hacienda paterna, vino a encontrarse en la necesidad de ganarse la vida. La ganó de dependiente en el despacho de un hábil comerciante de aquel tiempo, don Eduardo Loring, con el que estuvo muchos años, hasta que este señor se murió y su comercio se deshizo.

Por entonces la vida de mi padre fue impetuosa y difícil. Mezcla del brío de su mocedad y de las contrariedades de su situación ahogada. Vivía solo; se cosía las roturas; enjuagaba en el lavamanos los cuellos de caucho, y se cepillaba el traje en las festividades, para ir de mejor modo que los demás días. Verdaderamente no son alegres las referencias que os puedo dar de su juventud.

Se casó a los veinte años. En este tiempo ya había publicado algunos versos en la revista *El Album*. Pero mejor que yo, os lo dirá él en unas cuartillas en que apunta sus primeros pasos en la literatura y que escribió no sé con qué objeto.

II

“Muerto *El Album*, ya dediqué mi péñola a conmover el corazón de la que soporta resignada las resultantes de mis segregaciones hepáticas y las acritudes nacidas de mi dispepsia crónica, entonces gallinita de mis ilusiones, en la que agoté el vasto repertorio de los adjetivos en estrofas, si medianamente rimadas, reñidas con el sentido común; y tantas veces la hube de llamar pérfida como la onda, corazón de sílice, peñascal cubierto de flores, que por librarse, sin duda, de aquella poco galante acometividad, se decidió a apechugar conmigo; sobre todo, después de una noche en que, entre las páginas de uno de los tomos de *María o la hija de un jornalero*, le envié unos cantares, capaz, el que menos, de conmover el corazón de un tigre de Bengala, el primero de los cuales decía:

Carmen, ¿por qué con desvíos
gozas en darme tormento?
¿Soy yo culpable si siento
tan ardientes desvaríos?

Este fue el que hizo desvariar, sin duda, a mi compañera, que desde aquel momento, de arisca que era, tornóse dulce como un panal de miel hiblea; y tan de firme apretó el desvarío, que algunos meses después nos trasladábamos, tras la correspondiente visita a la Vicaría, al cincuenta por ciento de un piso vecino a las más altas latitudes interplanetarias, donde, en plena luna de miel, envidiosa la tierra de nuestro constante idilio, por poquito convierte a Málaga en un montón de escombros: que fue mucho terremoto el que nos ofreció la tierra en nuestras horas nupciales.

Tras el terremoto surgió la hecatombe. La casa donde yo prestaba mis servicios se vino abajo, y de buenas a primeras me encontré en la del rey, sin oficio ni beneficio, sin apoyo social, sin dos *anchas* y con un terno digno de figurar en una vitrina; y en aquellos días de amarguísima recordación, pensé en todos los genios que antes de brillar en el cenit de su gloria habían tenido que sufrir los implacables rigores de la contraria fortuna; y una noche, tras abrir enorme brecha en una fuente de boquerones victorianos con que nos había obsequiado la diosa Chiripa, a la luz de un velón tiré de pluma y vino al mundo *Conchita la burrera*, el primer cuento andaluz que ha salido de mi modestísimo meollo.

Leído que fue a la que ya no se gozaba en darme tormento con sus desvíos, a la que por poco el exceso del entusiasmo le produce un síncope, pensé cuál sería el periódico que había de usufructuar el producto de mi ingenio peregrino, y, tras mucho pensarlo, decidí enviarlo a nuestro malogrado gran humorista don Juan J. Relosillas, director por aquel entonces del *Correo de Andalucía* y baluarte literario las Hojas que publicaba los domingos, que sólo habían conseguido traspasar algunos muy contados, contadísimos, escritores de Málaga.

Publicó Relosillas mi cuento, y como sería prolijo contar todos los altibajos de mi vivir, daré un salto de algunos años y hablaré de mis *Íntimas*, un folleto mediante el cual conseguí me honrase con su amistad el insigne Núñez de Arce; y un año después publicaba *Desde el surco*, colección de poesías prologada por el gran poeta.

A este libro, que ya me había hecho traspasar el umbral de lo desconocido, siguió *Cartucherita*, y esto merece que me detenga algo más, a riesgo de molestar a mis lectores.

Una vez publicado *Cosas de mi tierra*, colección de cuentos andaluces, que, como en el prólogo de *Cartucherita* digo, había te-

nido el gusto de ver agotada a poco de darla al público, alentado por lo que de ella habíanme dicho los que después me honraron con su amistad, Pereda, Thebussem, el malogrado Ixart y otros, gloria de las letras españolas, aprovechando unos días que había ido a pasar al campo, escribí *Cartucherita*, novela que guardé en espera de una oportunidad en que darla al público.

Un día en que, armado de unas sustanciosas muestras de chorizos legítimos de Candelario y de sabrosos quesos de Manzanares, hacía el diario recorrido por cuenta de un conocido comisionista, que al año no pudo soportarme más y me puso con la mayor cortesía de patitas en la calle; estando, repito, armado de armas tan bien olientes y tentadoras, dándole *coba* al dueño de un ultramarinos de Puerta del Mar, y entonando en honor de los chorizos y el queso un canto apologético digno de un homenaje de gratitud de todos los fabricantes de embutidos de la antigua Vetonia y de quesos de la rancia Castilla, entró, cortándome el hilo de mi patriótico canto, una comisión que, sable en mano, iba dispuesta a hacer contribuir al dueño de la abacería, con alguna suma, a los próximos festejos; comisión compuesta de dos personas de mi afecto: el entonces presidente de la Diputación, don Miguel Morales Hidalgo, que en paz descanse, y el señor don Francisco Cárcer, si no recuerdo mal, y un tercero, bajito, grueso, elegantemente ataviado, de carnosas y sonrosadas mejillas, ojos de un verde azulado, barba rala de oro y expresión bondadosa, con algo de infantil en la sonrisa, perenne compañera de sus labios gruesos y encendidos.

Oculté necia, estúpidamente, las muestras, llevando a la espalda la mano que las aprisionaba, en tanto con la otra estrechaba la de los primeros y:

—Diga usted, ¿usted es Arturo Reyes?—me preguntó, dirigiéndose a mí bruscamente, el de rala barba de oro y de expresión bondadosa.

—Servidor de usted.

—¿El autor de *Cosas de mi tierra*?

—Eso dicen, y yo lo creo.

El que de tal modo me interrogaba era el entonces gobernador de la capital, señor don Antonio Cánovas, hoy del Castillo y Vallejo.

Honrado desde aquel día con su amistad, no pasaron muchos sin que me preguntara si tenía algo parecido a *Cosas de mi tierra*, y al oírme hablar de *Cartucherita*:

—Yo necesito conocer eso—me dijo.

Desde que oyó su lectura se declaró padrino del afortunado totero, y pronto salió a luz *Cartucherita*; y a poco Ortega Munilla—al que tan honda gratitud debo—, Mellado y Moya, que tanto desde

aquel día hicieron por mí, el glorioso estadista cuyo sobrino había apadrinado la novela, y muchos que sería abusivo enumerar, me tendían la mano y... ¿a qué seguir? Lo que sigue pertenece ya al público”.

III

Después de *Cartucherita* escribió otra novela: *El Lagar de la Viñuela*, que Menéndez y Pelayo juzgaba la mejor de todas, y luego, en 1901, *La Goletera*, que asentó su fama. Esta fue su labor reposada, hecha con toda la fuerza de su salud, con toda la salud de su entendimiento. Entonces gozaba de la vida a su modo, en el ambiente que le era propicio, y que más adelante trataré de describir. Fue su tiempo mejor, en el que iba a Granada a improvisar versos en la Alhambra, y se retrataba a la manera morisca, tan apropiada a su fino trazo de árabe, envuelta la cabeza y la negra barba perdida entre los múltiples pliegues del jaique. El tiempo en que vivió más reposadamente, intermedio entre las pasiones y el dolor, y del que había de nacer un libro de poesías, serenado, ya un poco triste, *Otoñales*, que es un paréntesis de calma entre la exaltación pasional de *Desde el Surco*, y la exaltación dolorosamente mística de estos últimos versos.

* * *

Para imaginar la vida de mi padre hay que conocer aquellos sitios donde pasó sus horas igualmente durante muchos años, y que, si no han desaparecido, ya no son del modo que eran. Estos lugares, de una serenidad humilde, dan más clara noción de su existencia que todas las fechas biográficas que se pudieran acumular. No os hablaré de los que amó, y que pintó en sus obras, como los barrios en los que pasó muchas horas al atisbo del arranque andaluz, sino de aquellos otros, más recogidos y familiares, que, sin influir en su imaginación, encauzaron las horas de su vida de un modo repetido y sosegado.

* * *

La calle de los Negros es la calle de la gitanería. A la entrada hay una fuente de hierro donde se agrupan las mujeres con los cántaros al cuadril; al final, una escalera de ladrillos rojos da salida al Egido. Por esta parte, las casas, en hondonada, sostienen la tierra con muros de contención. De esta manera, adosado a una casa que le da entrada por el piso superior, tiene un jardín Narciso Díaz de Escovar; jardín al viejo uso, en el que las flores ocultan las sendas y que está cercado por una línea roja de geráneos y otra línea azul de campanillas.

Aquí vienen las gitanas por flores, y parecen estatuas bronceas cuando arquean el busto para recoger el clavel sangriento en el azul pálido de sus hojas; aquí nace la flor que en la juerga disputarán los mozos; y mi padre, en este jardín, tan propicio a las maneras de su pensamiento, pasaba sus horas de recogimiento solitario a pleno sol, entre los verdores intensos, leyendo cualquier libro de arqueología romana o árabe, o asomándose a las bardas que dominaban los patios vecinos, donde algún jayán, medio desnudo, forjaba el hierro, o alguna gitana vieja, comida por el tiempo, enseñaba a la moza, vendedora de randas, su monótono pregón, mitad canturía; y entonces, en el silencio del jardín, entre la malla florida de los rosales, mi padre arrojaba el libro para dedicarse al atisbo de esta vida humilde que amaba tanto.

* * *

Hay otro lugar en el que también pasó sus horas cotidianamente durante muchos años. Es la Academia de Declamación. La fundaron Ruiz Borrego, Narciso y él, y la sostuvieron con esfuerzos aun pecuniarios, hasta que logró mantenerse por algunas subvenciones módicas, aunque con vida humilde, arrastrada por pisos oscuros de callejuelas silenciosas. Mi padre estimaba esta escuela, de donde los mozos, mal trajeados, de torpes maneras, marchan por el mundo ilustrando su nombre; y las niñas, listas, graciosas, con su traje de una confección hábil, parten también cobrando fama, y desde las lejanas ciudades envían su retrato, expresando el fausto de su nueva vida; y estas pintadas galas, sobre las encaladas paredes de la Academia de Declamación, son su único premio y gloria.

Si al tiempo que pasaba en estos lugares agregáis sus horas de oficina, en una covachuela mal alumbrada del Ayuntamiento, os podréis figurar su género de vida. En esos instantes de expansión del espíritu en que volvemos los ojos al sitio en que nos encontramos y ellos nos aconsejan y nos guían, nos apaciguan con su serenidad y con su tristeza nos conturban, mi padre halló siempre estos lugares humildes, serenados, que atemperaban su naturaleza impetuosa; que ahogaban su esfuerzo; que le invitaban a la pereza intelectual. Sin conocerlos, sin conocer Málaga, no es posible tener idea de la manera de arrinconamiento, de sosiego apartado, que gozó o sufrió. Por eso os he hablado de estos sitios. Ellos también se trasmutan y desaparecen, y lo que en ellos se sucede igual, nada nos dice del pasado.

* * *

Para completar la visión de su vida hay que rodearle de aquellos amigos que fueron sus compañeros de jornada, o que, sin serlo, le ayudaron a caminar. Yo quisiera poder hablar de sus amistades

verdaderas con palabras nobles que nunca parecieran de ostentación; recoger piadosamente esta herencia única, y sin alarde, hacer sonar algunos nombres como monedas de oro...

Quisiera que ellos formaran un cortejo, íntimo y cordial, a la mayor o menor gloria de mi padre, y así le acompañaran en su vida perdurable como en su vida pasajera. Este libro, que mantendrá el recuerdo de sus dolores y sus soledades, debe también mantener el recuerdo de los que no le abandonaron. Al cumplir este deber quisiera ser estrictamente justo.

Recordaré a los que le demostraron su afecto procurando su bien y que él no menciona en sus cuartillas anteriores. En ellas falta el nombre de quien le quiso desde su juventud, y que fue para él como un hermano: Eduardo León y Serralvo, por cuya amistad redactó mucho tiempo *El Cronista*; y el de aquellos que le alentaron, ya en sus últimos años, a acabar su jornada fatigosa: Benito Pérez Galdós, Miguel Moya, Miguel Ibern y Francisco Verdugo.

Ellos le acompañaron con buen amor hasta que cayó para siempre al borde del sendero; entonces sintieron un dolor profundo, y después, con la tristeza de su recuerdo, continuaron su jornada.

* * *

Tenía la complexión robusta, los movimientos vigorosos, y en todos sus ademanes y maneras, presteza y gallardía. Tenía el color moreno, la frente noblemente espaciada, los ojos grandes, la nariz abierta, la barba recortada. Le eran muy peculiares la mirada centelleante y el andar airoso, y de todo él se desprendía una expansiva fuerza interior.

Era valeroso, con la impetuosidad meridional de la tierra, como en los Percheles libremente criado. No gustaba de las distracciones monótonas de la clase media, y de mejor gana íbase por los barrios a compartir las fiestas del pueblo. Amaba lo luminoso, lo recto y lo sencillo. Era muy crédulo para las cosas de bondad. Juzgábalo todo según su corazón y así vivió lleno de confianza.

* * *

La más viva afición que sintió mi padre, quizás la única, fue por las antigüedades. Tuvo por las cosas viejas, arrancadas al polvo de los siglos, este amor peculiar a los ingenios andaluces; amor por los restos esparcidos, desolados, de otras épocas que evocaban; por las monedas herrumbrosas; por las pinturas patinadas; por la alfarería árabe, deslumbrante de color; por las piedras con inscripciones latinas, de recto trazo. Sumergía su espíritu en este amor, embalsamándole. Despertóse esta afición en él cuando en su pecho se fueron calmando las pasiones, y acabó antes de su muerte, cuando ya sólo en la muerte pensaba, y ya la visión de los tiempos idos se con-

virtió en pasajera y sin importancia, ante la visión infinita, permanente, ilimitada, que de lo venidero le trajo la fe.

* * *

Por los años de 1907 y 1908, cuando mi padre, enfermo, iba sintiendo su espíritu fatigado, paseábamos juntos en las claras mañanas, por las afueras de la ciudad. Ibamos por los caminos polvorientos, entre huertas cercadas de pencares; y luego dejábamos la carretera para internarnos en los olivares, en los pastos, en los viñedos, en los lechos de arroyo sin caudal; por las laderas accidentadas, donde el romero florecía. Al paso nos saludaban los pastores, el labriego que trabajaba en su heredad, la moza que a la puerta de la casa se entretenía en sus quehaceres, con esa cortesía proverbial en las soledades; y luego el cansancio nos tumbaba al pie de algún árbol umbroso, en el huerto de cualquier buen hombre, que a veces se acercaba a nosotros a echar un cigarro, y entonces, en aquellos descansos, cara al cielo, mi padre me hablaba de la vida.

Por aquel tiempo ya tenía una visión providencial de todas las cosas. El milagro perdurable del mundo, de nuestra existencia, de nuestro conocimiento, se iba revistiendo para él de esa bondad y hermosura que le presta la idea del principio inteligente y de la finalidad justa. Por esta creencia amaba la Naturaleza de un modo diferente al mío. Se encontraba en ella comprensivo, fuerte, dominador, alegre de su superioridad, cuando yo me sentía como perdido y humillado solo en mi desconocimiento de todo aquello y de mí mismo. Esto le hacía sufrir, porque me amaba mucho, y procuraba infundirme sus visiones risueñas, sus ideales optimistas. Me enseñaba lo que él había aprendido del mundo, de los hombres, de sus obras y de su voluntad. Como todo inadaptable, mi padre sentía un desdén vago por la lucha por la vida, por los hombres que sin ideal, sin inteligencia, con un grosero valor social, imponían en la vida moderna sus ideales mezquinos; pero esto vagamente, porque era fatalista y contemplaba las cosas con curiosidad, pero sin pasión.

Entonces me decía que no todo es dolor ni miseria; que un momento de sentirse vivir, henchido de vida, a pleno sol, a pleno cielo, amando las cosas infinitamente, en un generoso desbordamiento de la sensibilidad, valía las mayores penalidades; me decía su conformidad desdeñosa con el orden de cosas existente, porque nada bueno esperaba por llegar; todo el fondo firme, claro, trabado de sus ideas, que le daba una serena visión del mundo y una indiferencia feliz por el destino.

¡Claras mañanas, ya apagadas en su pensamiento, en que a pleno cielo, en la alegría de los campos, todos los consejos de su amarga experiencia se convertían en una generosa, en una intensa canción de vida!

* * *

He tenido temor de llegar a los últimos años de la vida de mi padre, porque aún son para mí dolores vivos y heridas abiertas. Estos años fueron para él como una agonía, y su recuerdo me desconsuela más que cuando asistí a ella, porque entonces no acababan en mí las esperanzas de remedio.

Estos años acerbos fueron, sin embargo, los de su más copiosa y febril producción intelectual; en los que alcanzó los mayores premios. En ellos, para ir viviendo, esforzándose con sus últimas fuerzas, dio volúmenes sin descanso: *Las de Pinto*, *De Andalucía*, *Béticas*, *Cielo azul*, *De mis parrales*, *Romances andaluces*, y toda esta labor, sobreexcitada, hecha en un gradual agotamiento de salud, siempre creyendo que el último libro lo sería para siempre. En estos años sus cabellos blanquearon del todo, y su rostro se surcó, hollado por el infortunio y la fatiga. Desmayaba su espíritu y alguna satisfacción moral lo levantaba por algún tiempo. Sostúvole la Academia nombrándole correspondiente; sostúvole Málaga con su homenaje: sosteníase por el pan bendecido de su triunfo, y en falsos alardes de salud, se le veía cruzar por las calles de Málaga como un fantasma de los tiempos idos; todo su cuerpo estremecido por la debilidad, todo su espíritu yerto por la derrota de su vida, en el apogeo de su fama.

Padeció una atonía del estómago que le permitía una alimentación apenas suficiente para ir viviendo; a pesar de ello, tuvo que dedicarse a un excesivo trabajo intelectual, y la falta de economía trajo el desarreglo nervioso, la neurastenia, que entenebreció sus últimos años.

Ya os he dicho del modo que era mi padre. Su visión clara del mundo fue más fuerte que la enfermedad. Así, el trastorno, la depresión de sus nervios, le empeoró el estómago, le atacó el corazón; pero fue impotente contra su imaginación sublimada, y mientras su estado no le permitía muchas veces salir de su cuarto de trabajo, levantarse del lecho aun, hacía novelas, cuentos, poesías; toda esa producción última que la crítica llamaba de apogeo, en sazón, cuando de su mano desmayada se escapaba la pluma.

* * *

Murió lentamente, despidiéndose en versos suaves de aquella impetuosa, apasionada Andalucía de su juventud, que moría con él. Ante sus pupilas melancólicas pasaba el tropel vistoso de las mujeres de la tierra, grandes en el fuego de su corazón; pasaban los mozos, orgullosos y nobles, en la apostura de su valentía; pasaban para no volver por los callados caminos andaluces. Entonces sus pupilas relampagueantes, ya apagadas en nubes de tristeza, veían las fiestas ya acabadas, las castañuelas mudas en las manos caídas, y en la copla gitana encendida la queja, elevado el sollozo sobre el desmayo de los corazones.

Sentía una tristeza infinita en esta despedida de su tierra. Al través de los cristales de su cuarto de trabajo embebecíase en la contemplación de los claros verdores; dejaba mecer su espíritu en el ritmo de las canciones populares, elevadas en el atardecer; y más la amaba mientras más su corazón, harto de sentir, cansado de ímpetus, iba fatigándose lentamente.

El, que, en la serenidad de su optimismo, no había querido nunca reconocer la tristeza andaluza, tomaba contra ella su última actitud. Rodeábase de colores brillantes, pasaba las horas al sol, se enamoraba de la primavera, y, sin embargo, Andalucía, que había sido fuego de su amor y alma de su vida, era ya sólo un triste desfile de visiones lejanas, y con ellas iba su gloria, iba su juventud... Adiós, por los alegres caminos, el arriero, el tratante, las vistosas parrandas, la comitiva fastuosa de los campesinos desposorios. Adiós, por el atajo, el caballista; adiós, por la calle bulliciosa, la enamorada del airoso talle, el viejo sentencioso, el mozo juncal. Adiós todos, que os perdíais por los senderos de la vida, los que estáis ya apagados en su pensamiento.

* * *

El volver los ojos a estos últimos tiempos me acongoja demasiado para que pueda evocarlos con serenidad. Quizá cuando los años pasen y tenga el espíritu asido a nuevas raíces, podré hablarlos de ellos sin sentir más que un poco de melancolía. Tengo en mi alma las cenizas de su vida, y seguramente, al deciros sus amarguras, sus soledades, no sería debidamente justo.

Luego, ante la danza de la muerte, todo el pasado se trasmuta. Lo que era alegre se convierte en triste... Cuando de este modo queda uno abandonado, no confía ni aun en sus sentidos, arrastrándolos sobre las apariencias de las cosas. El espíritu navega sin estela ni rumbo en la infinita vacuidad de todo.

Mejor que yo os hablarán sus versos. Expresó su dolor porque tuvo fe; sin ella no lo hubiera expresado, porque la muerte es bálsamo y herida.

* * *

Murió en 17 de junio de 1913. Sereno, optimista, se perdió en la sombra... Su corazón se aquietó para siempre. Dentro de más o menos tiempo, cuando se aquiete el mío, estas líneas, indiferentes a todos, será lo único que quede expresando nuestro mutuo amor.

Málaga, septiembre de 1913 (*).

(*) Este trabajo fue publicado como preliminar en la obra de Arturo Reyes *Del crepúsculo. Poesías póstumas*. Málaga, Zambrana Hermanos, 1914.

CUENTOS

AL AMOR DE LA LUMBRE

Un vivac parecía la posada donde, sobre el duro empedrado, dormían a pierna suelta algunos de los más caracterizados prohombres de la arriería andaluza, en tanto otros rodeaban el fuego, que alumbraba de modo fantástico el amplísimo zaguán con sus rojos chisporroteos.

Pendiente de una de las renegridas vigas de la techumbre, un enorme farol apenas si ayudaba a iluminar medrosa y tristemente el recinto aquel, donde se respiraba, como en los establos, un vaho pesadísimo y no repugnante, y donde sólo era turbado el silencio por el imponente roncar de varios de los arrieros, por el lento platicar de los que velaban, y por el recio y algo distante cocear de las bestias en los pesebres.

—Vamos a ver tío *Zarzamora*, si jace osté ya un rebusco, y se trompieza con argo que merezca la pena de contarse tan y mientras viene el sueño—dijo Antonio el *Abulaga* encarándose con aquél, el cual le respondió, con voz que parecía salir de un sótano, al par que arrojaba en el hogar un nuevo haz de retama seca.

—¿Qué quíes tú que sus cuente? Si ya sus he contaó jasta el número de dolores que le dieron pa parirme a aquella a la que tenga Dios en su santísima gloria.

—Pero si pa contar sucedíos no tiée osté fin; si a osté le han pasao más cosas que celdas tiée un panal y arvellanas un arvellano.

—Tiée razón el *Abulaga*—exclamó con voz aguardentosa el señor Curro el *Naranjero* al par que liaba un cigarro, y

—Tiée razón—repitió mirando maliciosamente el *Zarzamora*—. Tú eres una carreterá empedrá de cosas que te han pasao, u que tú dices que te han pasao, poique pa el caso es lo mesmo.

—Ca uno nace pa lo que nace; yo nací pa eso como tú naciste pa alimentá con lo que en tí florece a toítos los de San Antón.

—No te enfáes, hombre, no te enfáes, y dale ya gusto al *Abulaga*.

—Sí, tío *Zarzamora*, a ver si se acuerda osté de argo, y por si no

se acuerda osté, ahí va ese recordatorio pa que se le ilumine er sentío.

Y diciendo esto, el *Abulaga* alargó al viejo la grasienta bota, la cual elevó éste como si se tratara de algo divino, y después de un minuto en el que sólo se oyó el rumor del vino al caer en sus fauces sedientas, dijo devolviendo la bota a su legítimo dueño:

—Tiés razón, que esto le ilumina a cualquiera er sentío. Y que este es montillano del de verdá!

—Como que quien clavó la cepa juí yo.

—Vamos, hombre, menos música y más embutío—gritó el *Naranjero*, al par que encendía por centésima vez el cigarro con uno de los flameantes matajos.

—Bien, hombre, sus daré gusto, poique si no el *Currito*, como es primerizo, va a mal parir, y eso sería una lástima pa los frabricantes de tapones.

—A ver si yo me alevanto, y ¡como me alevante!...—exclamó el *Naranjero* con cómica expresión de amenaza.

—No, *Currito*, no te arranques, por los ojos de tu cara.

—Osté, tío *Zarzamora*, a ver si cumple con su obligación—dijo el *Abulaga*—y si no ya me está osté degorviendo to er vino que se ha bebío.

—No, que voy a pagar ahora mesmito... Pos, señó, sus contaré una cosa que me pasó allá en mi moceá..., allá en los tiempos en que entoavía no se frabricaban los hombres con tan poquísima lacha como hoy se frabrican; cuando entoavía tenía yo jechuras, y me daba diez puñalás, y me tiraba diez millones como quien escupe diez gárgaras; cuando entoavía ca vez que yo entornaba el párpado tenía que llamar al sangraor alguna güena moza: cuando yo era un hombre de una vez; cuando...

—¡Tiempo debe jacer de eso!, poique yo, que tengo argunos años más que tú, no lo ricuerdo—exclamó el *Naranjero* interrumpiendo al *Zarzamora* con acento irónico.

—¡Toma! Eso no tiée na de particular—repúsole éste encogiéndose de hombros—, como que entonces eras tú ya er primer tonto der partío.

Y después, arrojando una mirada desdeñosa sobre el *Naranjero*, continuó:

—Pos bien, caballeros, cuando yo era lo que ya no soy, diba yo un día montao en mi jaca *Perdiguera*, un proigio, con los cabos más finos que pinceles, con una cabeza como la de un carnero serrano, con alas en los cascos y pórvora en la sangre; un fenómeno que, cuasi sabía latín; un jechizo que me mataron en los montes de

Arriate. ¡Qué lástima de mi jaca!, caballeros, ¡qué lástima de mi jaca!

El tío *Zarzamora* quedó en silencio durante algunos instantes pensando sin duda en aquel noble bruto sobre el que tantas veces cabalgara en sus ya remotísimas mocedades por la alegre serranía.

—Pos bien, caballeros—continuó el viejo, entristecido por el recuerdo—, como sus decía, iba yo una tarde sobre mi jaca, adornado con mis trapitos de cristianar, con un puñao de moneas en la faltriguera y otro puñao de ilusiones en el corazón, caminito del lagar de los Niños de Casares, que era aonde vivía por aquel entonces la fló que a mí me perfumaba el pecho; una jembra que asustaba de rebonita que era. Pos bien, diba yo pa el lagar de los de Casares, cuando, de pronto, al llegar a lo arto del cerro der Negrete, más allaílla de aonde están las lindes der coto de los Trebujenas, cuando creía yo estar más solo que la una, siento el galopar de un caballo por la vereas der Cantúo, y de pronto y cuando más descuidado estaba yo mirando por si veía al del jaco, ¡pum!, un zambombazo que me río yo de los del Callao de Lima. Al oirlo, la verdá, no sentí mieu, porque yo no sé eso a qué sabe; pero me azaré una miajita, le metí un achuchón a mi *Perdiguera*, y, camará; entoavía no había dao tres brincos mi jaca, cuando en la mismita encrucijá der Pisa-verde me tiro a la cara un jaco, ¡vaya un jaco!

—Ya salió er jaco—dijo Curro con tono siempre zumbón.

—Pos bien—continuó el *Zarzamora*, sin hacerle caso—al ver aquel jaco, que estaba jerío de muerte, y echando por la jería más sangre que agua escupe un manantial, me arrimo a él, y al arrimarme me trompiezo lo primerito con que debajo der jaco, y pasando más fatigas que er mismo cielo, estaba un mozo más grande que una torre, y con dos pinares por patillas, y con una cara de las que no se pueen mirar sin echar mano a la vizcaína. Yo, naturalmente, al ver a aquel prójimo en tan malilla postura, salté de mi *Perdiguera* y le jeché una mano al mozo, que, apenas se hubo alevantao, se tentó los remos como si se quisiera enterar de si necesitaban o no remonta; después miró con ojos de lobo carnícero a su alreor, y al ver que por la loma de los Olivares venían que volaban dos de los buitres encargaos de alicortar a los matuteros en la sierra, me miró de arriba abajo, y diciéndome: “Muchas gracias, compadre, y que le conste a osté que er *Virutero* es hombre agracío”, sartó sobre mi *Perdiguera*, le metió el jierro en los ijares, se tendió sobre el lomo, y en menos tiempo del en que se cuenta, ¡la del humo, pero que ¡la del humo!, caballeros.

—¿Y quién era el *Virutero*?—preguntó el *Abulaga*, a quien parecía haber empezado a interesar el pintoresco relato.

—¿Que quién era el *Virutero*? Pos el *Virutero* era una mala pesailla, un arriscaio pa el que no había ni lindes ni vallaáres, un mozo capaz de cortarle el jálito ar mesmo Cí, un hombre que na más que con la salivilla jacía más daño que er cólera, un *gachó* que antes de dirse pa el otro mundo mandó pa allá la mar de peones camineros pa que le fueran arreglando er camino.

—Güeno, siga osté que me va gustando la cosa.

—Pos bien, como diba diciendo, cuando yo ví aquello, y ví mi jaca en manos ajenas, en poquito estuvo que no me jechara a llorar; pero como la cosa no tenía remedio y aquello no pintaba bien pa mí ni pa naide, recogí la alforja del *Virutero* y salí de estampía, y entoavía no había nocheció cuando ya estaba yo de plática con mi niña en ca de los de Casares.

—¿Y qué es lo que encontró osté en las alforjas del *Viruteron* —preguntóle el *Abulaga*.

—A eso iba. Pos lo que yo encontré fue un poco de jilo, un dedal, un canutero, un poco de yesca, y liao y mu reliao, en paper de sea, un relicario de plata.

—¡Ya salió el relicario! —murmuró irónicamente el *Naranjero*.

—A ver si callas tú ya, que eres el reló de Pamplona. Pos bien, como iba diciendo, yo en lo tocante a aquello no dije a naide ni pío tan siquiera, y pasó er tiempo, y como tos los tiempos no son iguales, pos una vez estaba yo *cimbeleando* una rubia con ca caera como un argibe, en la Plaza Alta de Benaoján, y como el frío me jacía tiritar, me había yo resguardao en el quicio de la puerta del señó Tobalo el *Cortina*, y cuando más embelesao estaba mirando a ver si se abría la reja de la *Jaquetona*, que asina le decían a la rubia, veo que de pronto se me arrima un *gachó* que con la copa der “catite” tocaba la luna, y que se me arrima con la manta jasta los ojos, y que me dice con una voz de las que le cortan el estornúo al más pintao, que le jiciera el favor deirme a la ermita a jacerle una novena a la patrona del pueblo, poique le estaba estorbando yo allí, y que si no me diba por mi gusto me diba a dir de mu malita manera y más súpito que un rayo. A mí me jormigueó al oir aquello to lo que tenemos de hombre los hombres, y naturalmente le dije que yo pa dir a la ermita necesitaba dir acompañaio, poique yo tengo mu medroso el espíritu, y que pairme de tan malilla manera como él decía era preciso que se artillara más mejó que la Numancia...

Cuando yo le dije aquello, que se lo dije con la boca más seca que un esparto, se jechó el hombre a reir como si le hubiera jecho muchísimo salero lo que yo le había dicío, y cogiéndome por un brazo, me llevó a un sitio aonde nos daba en la cara la luz de una jornacina y, ¿quién?, ¿quién creerán ustedes que era el *gachó* que

me había encargao lo de la novena en la ermita a la patrona del pueblo?

—¡Toma!, por sabío, er *Virutero*.

—Pos sí señó, er mismísimo *Virutero* con toítos sus menesteres, que se me queó mirando como si me fuera a retratar con sus ojos de pantera, y acordándose sin dúa de pronto de aonde y cómo me había conocio, me dice: —“Compadre, ¿es osté por casolidá er que me sacó de debajo de mi *Pulío* en el cerro der Negrete?” —“El mesmo, le dije yo, el mesmo de quien, en pago del bien que le jizo, se llevó osté un ala de su corazón.”

—“Pos osté está sagrao pa mí; tan sagrao como si fuera osté mi difunto pare, que aquí aonde osté me ve soy yo un hombre agracío.”

—“Pero, ¿y mi jaca”—le pregunté yo cuasi llorando—“¿qué ha sío de aquella pintura?”

—“Aquel proigio es pa mí como si fuera cosita propia, y como a cosita propia la trato, que cuasi tos los días le barnizo er pesebre, y cuasi tos los días le beso las mollaítas, que gracias a ese águila rial no me han comío más de una vez, y de dos, ya los grajos.”

—“Como que a ese bicho no le farta más sino que lo dortoren. Y ahora supongo que me degorverá osté esa prenda.”

—“Antes de desprenderme yo de ese tesoro me corto la mano con que la embrió. Osté no sabe cómo quiero yo a ese animal, que sentiría perderlo cuasi tanto como sentí perder mi relicario; un relicario que era mi salvación y mi escúo.”

Yo, cuando le oí decir aquello del relicario, cuasi perdí er sentío der gozo que me dió, y le dije: —“Pos mire osté, si osté quiere yo le doy ese relicario que tanto estima, y se lo doy a osté a cambio de mi *Perdiguera*.” Y al oirme se le esponjó er pecho de gusto. Y, ¡camará!, no se ponen más besos en boca de mujer que él puso en el relicario de plata.

—¿Y le degorvió a osté su *Perdiguera*?

—Sí que me la degorvió, y ojalay que no la hubiera deguerto, que asina no me la hubieran matao como me la mataron, va ya pa tres simenteras, al salir un anochecer del campamento con los *Zurdos* de Igualeja.

—Pos to, pero que toíto eso que mos acaba osté de contá, es to una pura mentira—exclamó en aquel instante, medio dormido, y con acento borroso, el señor Curro el *Naranjero*.

—¿Que to es mentira? ¡Vaya una noveál! Eso ya lo sabía yo mucho antes que tú me lo dijeras.

—Vaya, que aún quea con que refrescarse una miajita—dijo el *Abulaga* al narrador alargándole de nuevo la bota.

Y cogióla éste entre sus huesudas manos, la elevó con la solemne lentitud con que siempre lo hacía, y durante algunos instantes no se sintió en el zaguán más rumor que el que hacía el vino al caer por entre los secos labios del señor Paco el *Zarzamora*, uno de los muchos cuentistas ignorados de mi Málaga la Bella.

(EL LIBERAL. *Madrid*, 10-XII-1904).

BANDERA BLANCA

Razón, y no poca, tenía el señor Pepe el *Cerote* para sentirse con la boca un tantico amarga en el momento en que lo sacamos a relucir, que sabido es que nunca supieron a nadie a azúcar de pilón, ayunos de los que nada tienen que ver con los que la Iglesia impone, y la mañana a que nos referimos en vano exploraron los ojos de nuestro ya casi caduco protagonista los rincones donde, cuando el día anterior había tenido el matrimonio algo con que hacer por la pícara existencia, solía encontrar también algo en que emplear, de modo gratísimo, sus desdentadas encías.

En vano exploró—repetimos—aquellos rincones y convencido de lo estéril de su busca tornó los dolientes ojos el tío *Cerote* a la señá Rosario, su apergaminada consorte, y díjole con acento tristísimo y con profunda expresión de desaliento:

—Güena mañanita, *chavó*, güena mañanita, señá Rosario.

—Pero qué querrás tú, don *Cerote*—exclamó la vieja incorporándose bruscamente con los ojos chispeantes de indignación—si querrás tú que con tres riales que me diste por Pentecosté y entre ellos una perra gorda con toserina, te tenga yo a pasto y a toas horas bizcochos, mostachones y chocolate de la Riojana; ¡pos ni que estuvieras pagando un pupilaje en el Recreo!

El señor Pepe aguantó, canturreando con voz cascada unas guajiras, el aguacero aquel con que hubo de obsequiarle su irascible compañera y cuando ésta concluyó, díjole con voz reposada al par que se colocaba sobre el encanecido pelo una gorra que a juzgar por sus apariencias debía venir prestándole servicios desde sus remotas mocedades:

—*Camard*, pos lo único que me faltaba era eso, que tú me salieras por seguirillas; ¡pos güena está pa tafetanes la Malena!

—Pos eso digo yo; si te creerás tú que yo soy una camaleona; lo mismo o más me mojo yo que tú cuando llueve, y sin embargo,

me echo un hilván en la boca y me pudro y me repudro, porque como sé que a tí te duele lo que a mí me duele ¡pos velay tú!

—Güeno, se acabó, ¿sabes?, se acabó y yo me voy a ver si arremato una composturilla que me llevaron hier tarde de casa de la *Curruquito* y a eso de la diez te dejas caer por aquellos manchones pa que lleves a la *Curruquito* el zapato y le cobres una peseta que fue en lo que se ajustó la compostura.

—¿De la *Curruquito*?, ¿una peseta de la *Curruquito*? ¡Como no te pongas lentes!

—¿Qué?, ¿que no me paga la peseta?, pos no le doy el zapato y va a tener que dejarse en casa, cá vez que salga, uno de los *pin-reles*, el dizquierdo, por más seña.

—Eso es, y con el zapato jacemos nosotros una paella a la valenciana.

—En fin, de toas maneras yo me voy y ya veremos qué es lo que hoy la suerte nos depara.

Y diciendo esto salió el señor Pepe, todo lo rápidamente que se lo permitían sus dolamas, de la habitación que habitaba en uno de los más conocidos corralones del barrio de la Goleta.

II

Invadía el sol con su radiante oleada de luz la mitad de la calle de Huerto de Monjas, calle estrecha y de humildes edificios, decorados casi todos en rejas y balcones por tiestos y macetas, donde a la esplendorosa luz de la mañana fulgían como rubíes los geráneos, las dalias rojas como perfumados purpurinos panales, y como de amatista las campánulas que salpicaban los verdes faldellines de las flotantes enredaderas. Faltábale manos con que despachar a su numerosa parroquia a *Currita la Cardenales*, que se movía y removía ágilmente entre los cestos de legumbres con cuyo producto ganábase el sustento y recompensaba a su hombre del casi cruento sacrificio de tener que soportar a diario su falta de narices, acompañada de no bien olientes emanaciones y su fecundidad aterradora; Juan el *Barbero*, cruzado de brazos en el dintel de su establecimiento, en mangas de camisa, limpio, riente y gallardo, aguardaba a que reclamara sus servicios alguno de los ternes que figuraban en su lucidísima clientela; entraban y salían, en animado bulle bulle, en casa del *Zocato* los interesados, por devoción, en la prosperidad de Carcabuey y Cazalla de la Sierra; chirriaba la masa en la sartén del tío Paco el *Tejeringuero*; departían acá y acullá las vecinas

y los vecinos en pintorescas agrupaciones con charla alegre y zumbona, y la numerosa prole de aquéllas y, de aquéllos bullía doquier en alocados bandurrios y con resonante gritería.

—¿De dónde tan trepano? ¿Se ha estáo esta noche de imaginaria?—preguntó Pepe el *Sincamisa* con voz irónica al señor José el *Calderero*.

—No, hijo mío—repúsole éste sonriendo de modo casi evangélico—; de lo que vengo es de partear a tu hermana la soltera.

Y sin detenerse el anciano a oír lo que el *Sincamisa* pudiera contestarle, se dirigió hacia el extremo de la calle, donde ya, sentado frente a su mesilla de trabajo, luchaba denodadamente el señor José el *Cerote* por conquistar el tan codiciado desayuno.

—Dios te guarde, mal remendón, y cómo se arrempuja pa que no falte puchero que espumar en tus *cubriles*—exclamó el *Calderero* deteniéndose delante de aquél y mirándolo con afectuosa expresión.

No dijo mal el que dijo que donde no hay harina todo es mohina, que mirando el *Cerote* a su amigo por encima de las gafas repúsole con acento colérico y agresivo:

—¡Y será mucho lo que a tí te importará que a mí la necesiá me arrempuje o no me arrempuje!

—Hombre, te diré, importárseme a mí eso..., pos la verdá, mucho no se me importa, pero sí me están dando ahora mismo ganas de llorar por los *parneses* que se gastó el que te trajo al mundo en que te educaran en el colegio de la *Cinta*.

—¡La puñalá que le den al *mengue*!—exclamó en airada actitud el zapatero al par que miraba a su amigo con ojos fulminantes.

—Menos cacareo y menos puñalá—exclamó el recién llegado—mirándolo también con expresión de reto al par que se llevaba de modo inconsciente la mano a la faltriquera.

—No, menos no, más sí—balbuceó rabiosamente el *Cerote*, a la vez que empuñaba la chaira con mano temblorosa.

—¡A la guardia!, ¡a la guardia!, que se matan—gritó interponiéndose entre ambos la señá Pepa la *Madrugona*, y

—Vé con la Divina y con tos sus querubines que ya nos veremos; que yo te juro que nos veremos—exclamaba momentos después el tío *Cerote*, procurando inútilmente desasirse de los que lo sujetaban para acometer al *Calderero*, al que se llevaban casi en volanda algunos de los vecinos que habían acudido al desesperado gritar de Pepa la *Madrugona*.

III

Cuando la noticia de lo que había pasado llegó a oídos del *Melindres*, ilustre unigénito del *Calderero*, que llegó por conducto de Joseito el *Tulipa*, uno de sus compadres de más alta jerarquía, quedóse meditando el muchacho, enarcó las pobladas cejas, rascóse sin necesidad la cabeza, echándose al hacerlo, sobre la frente el amplísimo pавero, y murmuró con voz de un tantico alcoholizadas inflexiones:

—Pos lo siento, *chavó*, porque eso puée traer su miajita de cola.

—Cá, hombre, si no ha sío ná, que el *Cerote* como entoavía no se ha desayunao, según dice la señá Rosario, estaba el hombre que jacía la barba y le sentó mal una groma que le dió tu *bato* y le contestó mal a tu *bato* y como tu *bato* si es miel por la güena por la mala no tiée ná de azúcar cande, ¡pos velay tú!

—Pos eso hay que arreglarlo antes que las cosas pasen a mayores, que yo conozco mu bien al señor José, y el señor José es de los que no perdonan un pisotón manque lo aspen; ¿tú te enteras?

Y convencido el *Melindres* de lo cierto que era lo que decía, izó el ancla y salió a toda vela con dirección al establecimiento portátil del irascible zapatero, y

—Güenos días, agüelito—exclamaba deteniéndose delante de éste, algunos minutos después.

—Güenos días—repúsole el anciano con voz apenas perceptible, al par que se entretenía en encerar un cabo con manos temblorosas.

—Y qué, señor Pepe, qué ha sío eso que ha pasao entre dos tan güenos amigos como lo fueron siempre usted y aquel por mo del cual vino ar mundo mi presonita gitana.

—Na, si no ha pasao ná, arsolutamente ná—exclamó el viejo con voz irónica y amenazadora expresión.

—Sí, si yo sé lo que ha pasao, pamplinas pa canarios y pa mistos de canarios y, como la cosa no merece ni una escupitina tan siquiera, por eso me he venío yo de mis palomares con la rama de oliva en el pico, porque se me ha puesto sobre el corazón que se hagan ahora mismito las paces; ¿usted se enterá?

—Déjame a mí de paces y güérvete a tu palomar y llévate en el pico ese ramito de oliva, que mardita la falta que me jace.

—Yo qué he de dirme, señor José, sin que me dé usted gusto; ahora mismito, que quiera usted o que no quiera, lo cojo a usted del brazo, nos vamos a ca del *Peluso*, aonde estará a estas horas mi *bato*, nos meteremos en ca der *Peluso*, se tiran pelillos a la mar,

mos sentamos, tocamos las palmas, mos pregunta el *Cabezota* qué es lo que queremos, le peímos tres púrpitos de café con su miajita de lo que arde, dos cortaos, por barba, del de Yunquera y dos libras de buñuelos que los jace la jembra der *Peluso*, que los jace como los propios ángeles, y en dispués, en dispués... ¡lo que Dios quiera!, con que señor José, yo creo que lo que he platicao no está der tó mal platicao.

El rostro del tío *Cerote* a medida que aquél hablaba había ido perdiendo, poco a poco, algo de sus agresivas rigideces y, cuando aquél hubo puesto fin a su tentadora y hasta casi bien oliente perorata, repúsole haciendo por cerrar los ojos a la atrayente perspectiva con que pretendía matar en flor el *Melindres* sus vengativos propósitos:

—No, muchas gracias, primero que pa jacer unas paces sa menester que haiga guerra; segundo que yo no tengo ganas ni de abrir la boca, y tercero que estoy esperando a mi uva pasa que ha díó a ver si cobra una composturilla a Elisa la *Curruquito*.

—Toma, pos mejor, asín seremos tres los que diremos a cá der *Peluso*.

—¡No te dígo que no!, que muchas gracias, que no tengo ganas ni de abrir la boca.

Y al decir esto, un enorme bostezo púsole casi totalmente al descubierto las mal pobladas encías.

—Pos allí viene ya la señá Rosario—decía momentos después el *Melindres*, mirando hacia el extremo de la calle por donde aquélla avanzaba con paso lento y abatida actitud, paso y actitud que hicieron exclamar al señor José con voz que era un último adiós a una moribunda esperanza:

—¡De verano!, ¡pero que de verano!—y

—¿No te lo decía yo?, jasta mañana si Dios quiere, y si es que le toca la lotería—exclamó la vieja arrojando sobre la mesilla el zapato de la *Curruquito*.

El señor José miró a su compañera con ojos tristes, pensó en lo bien que le sentaría a ambos la prometida buñolada; fueron esfumándose rápidamente en su imaginación sus belicosos propósitos, y

—Pos vamos pa allá y coste que lo jago por darte gusto, na más que por eso, porque lo que es yo no tengo ganas de pasar bocado—repúsole al *Melindres*, cuando éste, llegado que hubo la señá Rosario, incorporóse diciendo:

—A cá der *Peluso* y más vivo o sos mando a dambos a la grillera. Y una hora después, repleto el estómago de masa sabrosísima,

coloreada la rugosa tez y chispeantes los ojos, decíale el del *Cerote* al señor José el *Calderero*, mientras la señá Rosario platicaba con el *Melindres*:

—Mira, José, que te lo encargo mu de veras, mira que vamos a perder las amistades si no lo jaces, mira que yo necesita que de cuando en cuando me faltes al rispeto, pa que en después vea yo venir este palomo con la rama de oliva en el pico.

Y al decir esto golpeaba cariñosamente en un hombro al *Melindres* el señor Joseíto el *Cerote*, el más belicoso de todos nuestros zapateros remendones.

(ESPAÑA. Rev. de la Asoc. Pat. Esp. B. Aires, 2-XII-1904.)

EN EL PATIO DEL COTUFAS

Reunidos en el patio de la casa, que inundaba la luna con sus argentados resplandores y una frondosísima dama de noche llenaba de cálidos perfumes, charlaban animadamente varios de los más caracterizados prohombres del barrio, entre los cuales oficiaba de pontífice máximo el señor Curro el *Cotufas*—decano de la gente de *ácana* del distrito—, un casi ochentón de tez rugosa y pelo blanquísimo, el cual en los momentos en que lo sacamos a escena decía a los que lo rodeaban:

—Lo que yo sus digo, caballeros, es que lo que ha hecho el *Tobi* con su *chanelo* y con Joseíto el *Carambuco* está pidiendo a voces que lo manden no a Ceuta ni a Melilla, ni al Peñón, sino a cá del veterinario a que le ponga dos pares de calzapollos.

—No diré yo que no tenga usté razón—exclamó con expresión respetuosa Juanico el *Talabartero*—, pero sá menester pensar tamién que eso de que vengan a *cimbelearle* a uno a la que es o puée ser madre de sus gurrípatos, eso es más grande que el día del Corpus Cristi.

—Tamién eso es verdá, pero ¿qué ha conseguido er *Tobi* con jacerle un dibujo a punta de *toloseño* en el interior a Joseíto el *Carambuco*?, ¿me quieres tú decir qué es lo que el mozo ha conseguido?

—Hombre, lo que ha conseguido es que se arremate ya de una vez una cosa que no lo dejaba vivir y que lo traía más reloco que un cencerro—dijo, anticipándose al *Talabartero*, Perico el *Tabarrososo*.

—Por vía e la Malena, que tenéis dambos los sesos de lo que son los taponés; si precisamente lo que ha conseguido el *Tobi* con darle la puñalá al Joseíto es condenarse a dos cosas, a tres u cuatro años de *trena* y a perpetuidad a lo que él sólo de pensar que podría ocurrir lo llevó al disparaéro.

Y como todos los allí congregados posaran en él los ojos con

interrogadora expresión, continuó el decano de los hombres valientes del distrito.

—Lo que yo sus digo, señores; yo estoy la mar de bien enteráo y sus voy a contar lo que pasó, lo que pasa y lo que va a pasar, y si me equivoco, yo pago a tós ustedes un garrafón de solera.

—Yo pago cinco ná más que por enterarme bien de lo que usted quiere decir—murmuró Juanico el de los *Caracoles*, poniendo en el anciano una mirada que no hablaba de modo muy lisonjero de sus dotes intelectuales.

—Eso de jacer que tú te enteres bien de una cosa es pá mí más difícil que pintar un techo al temple—dijo el señor Curro; y al ver cómo el de los *Caracoles* miraba con torva expresión al *Tabarreroso* que habíase echado a reír oyéndole, continuó con voz reposada.

—Pero en fin voy a ver si puéo a probarte más pronto que un tiro que lo que ha jecho el *Tobi* no ha sío más que trabajar como un peón porque las cosas lleguen a donde él no quería que llegaran, y si no, vamos a ver ¿por qué ha sío el meterle la puñalá que le ha metío a Joseíto el *Carambuco*?

—¡Toma! porque el *Carambuco* andaba siempre pillándole las vueltas pa rizar la pluma delante de su *gachí*, a la que no dejaba ni a sol ni a sombra.

—¿Y a su mujer por qué le ha jecho dos carrillos de uno?

—Pus porque el hombre se sospechaba que a su *gachí* no le ponía agria la boca el que el otro le tirara los chambeles.

—¿Y qué ha conseguido con ponerle a su *gachí*, sin que ésta le haiga faltáo, una alcancía en la carita gitana?, ¿y qué ha conseguido con poner al *Carambuco* goliendo a algodones fenicáos?

—Pos aliviarse de la bilis—le repuso el de los *Caracoles* encogiéndose de hombros.

—Pos lo que ha conseguido además de aliviarse de eso amargo que tú dices, es que por fin ese velero tire el ancla en su bahía, porque ahora la Dolores está con él que echa más chispas que una fogata por lo del *jabeque* en el perfil y con razón, porque ahora toito el mundo al verla creerá lo que no es, que es una de las de ciento en boca, y además, ahora el *Carambuco*, al que tan de malas jechuras le ha jecho su hombre lo que le ha jecho, le parecerá a ella siete mil millones de veces mejor y más güen mozo, no ya que su *gachó*, sino que los mismísimos serafines; y como el *Carambuco*, según aseguran los forenses, estará como quien dice de aquí a un rato jasta pa bailarse un bolero y el otro sacará dos o tres años de pensión y estará una temporaila sin tener que jacer más que aba-

nicarse en verano y que arroparse en invierno, y como tan y mientras el *Carambuco* y la Dolores podrán verse a toás las horas del día, pos ya saben ustedes lo que la copla dice:

Yo no quiero más que verte
y hablarte y no quiero más,
que el trato jace el contrato
y el contrato lo demás.

Las palabras del pontífice de los de toma y daca fueron acogidas con un murmullo de asentimiento por aquellos ternes dignos todos de ser eternizados en mármoles y en bronces por sus arranques y bizzarrias, y sólo el más duro de mollera de ellos exclamó dirigiéndose al anciano con voz irónica y campanuda:

—Pos entonces, *chavó*, ¿usté créee que cuando un gachó mos ronda a nuestra *gachí* lo que nosotros debemos jacer es darle un tres con tres o una toma de jarabe?

Ya se disponía a llamarlo bruto de nuevo el señor Curro cuando el *Chivati*, que no había despegado hasta entonces sus labios, dijo incorporándose y dirigiéndose al de los *Caracoles*:

—Camará, ¡y quién eres tú!, el señor Curro tiée más razón que naide; lo que ha jecho el *Tobi* no se jace más que cuando las cosas no tiéen compostura, y lo que el *Tobi* debió jacer fue lo que jizo mi compadre el de Tebas, Toñico el de la *Jalapa*.

—¿Y qué fue lo que jizo ese del mote tan peguntoso?—le preguntó con acento zumbón el *Talabartero*.

—Que lo cuente el señor Curro que lo sabe mejor que yo y que cuando explica una cosa es un fenómeno; yo no sus diré más sino que una vez que le oí contar un viaje que jizo a la sierra en invierno vestío de verano, aquella noche caí yo en cama con cuasi una purmonía.

El señor Curro, tras acoger con una sonrisa la exageración del *Chivati*, dijo con voz reposada.

II

—Pos lo contaré yo, caballeros, pero antes de ná sa menester que sepan ustedes quién era el de la *Jalapa*, que fue el que mató el *Pollo del Trabuco* en el camino de Ardales.

—Yo lo conocí mucho—dijo Perico el *Tabarreroso*—; un mozo güeno era el *gachó* sin más deferto que no saber soltar bien lo que bebía.

—Si que era un mozo de *chipé*—dijo el viejo; y tras dedicar un breve suspiro a la memoria del difunto, continuó:

—Pos bien, el de la *Jalapa*, que era un *róa* de cuerpo entero y con un corazón más grande que el *Martinete*, vivía, cuasi como si estuviera jaciéndolo como manda Dios y la Santa Madre Iglesia, con Rosario la *Paloma*, una *gachí* de veinte abriles a la que no se la podía mirar dos minutos seguidos sin que se le descompusieran a uno toitos los resortes der corazón, por cuya *gachí* sentíase el señor Toño, no obstante sus cincuenta y pico y su miajita de panza, capaz de jacer más primores que una monja y más ruío que toito un campanario.

—Sí que la quería de *chipé* y que él era un hombre archisuperior, mejorando los presentes.

—Vaya si lo era, y además güeno y vivo y con *parneses*, con tantos *parneses* que cuando la Rosario le pedía algo, él le pagaba un *chusco* por cá beso que le daba.

—Camará, pos nó serían *chuscos* los que ganaría la *gachí* a toas las horas del día.

—No podía darle muchos seguidos, porque como se los daba en la boca y el de la *Jalapa* era la mar de simpático...

—Pero, en fin, ¿se puée saber qué fue lo que le pasó a ese caballero y lo que le pasó a esa señora?

—Pos lo que le pasó fue que entre los muchos hombres que le tiraron los chambeles a la Rosarito, uno de ellos, un tal Curro el de *Chiclana*, que era un chavalillo la mar de gracioso, empezó a ganar terreno, y la *Paloma* que tenía güeno fondo y güena voluntad a su hombre, encomenzó a ponerse cavilosa y a perder la alegría, lo cual hizo que el de la *Jalapa* empezara a *filar* más que un lince, y un día ya enteráo de que el chaval y ella estaban a pique de un repique, cogió a la *Paloma* y se encerró con la *Paloma* y le dijo a la *Paloma*:

—Mira tú, salero, no te asustes por lo que yo te voy a decir, pero ya estoy enteráo der pe ar pa de que a tí te gusta el de *Chiclana* y de que el de *Chiclana* está por tus güesos, y de que con el conque de preguntar por mí, viene un día sí y otro no en busca mía cuando sabe que estoy jugando al tute en el casino; yo sé también que tú andas defendiéndote como una leona de tí y de él, y yo que no tengo una jícara por mollera, yo que tengo en mi casa un espejo biseláo; yo que no sé de memoria el año en que yo ensuciaba la mar de meteoires; yo que me sé, por experiencia, que cuando sus nace cierta yerba en el corazón no hay aráo que la arranque de raíz; yo que a tí te quiero más que a las niñas de mis ojos; yo que sé que manque seas como eres, de oro, puée llegar un día en que te orvies de tó, en cuyo caso no tendría yo más remedio que matarte, he decidido que las cosas no vayan a más y, por eso, te digo como te digo con

el corazón en la mano que si tú estás prendaita del de *Chiclana* y el de *Chiclana* está tamién prendaito de tí, yo sus dejo más libres que el viento a dambos, y lo único que le pío a un *divé* es que te jaga ese *gachó* tan dichosa como tú te lo mereces.

—¡Vaya un punto, camará!—exclamó Antofónico el *Podadera*.

—¿Y qué fue lo que le contestó la *Paloma*?—le preguntó al señor Curro el *Tabarreroso*, lleno de impaciencia por oír el final del relato.

—Pos la *Paloma* encomenzó a llorar como si estuviera abocaíta a morirse, y en las jielees se vió el *Toño* pa consolarla, y a los tres o cuatro días le estaba ella pidiendo perdón por sus alegrías de ojos con el de *Chiclana*, y el de *Chiclana*, que lo que andaba buscando era un recreo de *upa*, al ver la que se le venía encima, un día se largó a Ecija con un tío suyo juyéndole al calor, y desde aquel día no se le podía mentar el mozo a la Rosario sin que ésta tuviera que tomarse a escape un contra veneno.

—¡Por vía del de la *Jalapa*, *chavó!*, eso se llama tener luz en la pupila.

—Pero es que pa jacer eso se necesita tener agüita clara en las venas—exclamó el de los *Caracoles* con acento de protesta.

—Pa jacer eso lo que se necesita es que no lo paran a uno tan bruto como te parió a tí tu madre.

El *Caracoles* se incorporó bruscamente y miró un punto con amenazadora expresión al señor Curro, el cual tras sostener su mirada con expresión sonriente, le dijo con acento irónico:

—Hombre, siéntate y no me mires asíñ o te siento yo de un guantazo.

Paseó sus ojos el de los *Caracoles* por el pelo blanquísimo, por el semblante rugoso y por el cuerpo escuálido del señor Curro y tras un breve silencio se encogió de hombros y murmuró sentándose de nuevo:

—Pos me sentaré, porque, la verdá es que si se le pone a usted en la cabeza darme el guantazo me lo dá, y si me dá usted... pos que al que Dios se lo dé, San Pedro se lo bendiga.

Y un murmullo de aprobación acogió las frases del más bruto y más nobletón de los hombres de pelo en pecho del barrio de la Goleta.

(ESPAÑA. Rev. de la Asoc. Pat. Esp. B. Aires, 19-VII-1908.)

DONDE MENOS SE PIENSA...

—Mú güenos días señá Pepa.

—¡Josús y cuánto güeno por aquí, señá Rosalía... cuánto güeno! Asíéntese usté... ¡Pepita!... ¡Pepita!... Pero asíéntese usté... ¡Pepita!...

—Déjela usté si está ocupá la muchacha.

—¡Qué he de dejarla yo! ¡no fartaba más! ¡Pa que aluego se entere que ha estao usté aquí y me lleve al juzgao por mala sangre! ¡Quiée usté callar!... ¡Pepita!... ¡Pepiita!...

—¡Ya voy, madre, ya voy, que estoy acabando de tender la ropa!

Y esto lo dijo, o mejor dicho, lo gritó Pepita desde el patio.

—Como que es un león, pero que un león pa el trabajo; como que entoavía andaban por los cielos de parranda las últimas estrellas y ya estaba mi niña en el lebrillo.

—Sí que tiée mú regüenísimos los aceros.

—¡Vaya! Y no lo digo yo porque sea yo la que la porteó a este valle de lágrimas, que lo mismo lo diría asín la hubiera parío Periquito el *Catitero*.

—¿Pero el de los catites se suele meter en esas faenas?

—Y quien dice el de los catites, dice la más pintá, porque es que mi niña no tiée quien la iguale; es verdad que le viée de casta, porque lo que es mi Antonio, que en paz descansa, era también una fiera pa el trabajo, y si no hubiera puesto Dios una viña en este mundo, crea usté que no hubiera tenío ni un pero el probetico de mi corazón.

—Sí que era una prenda, mejorando lo presente; por eso se murió, porque los güenos son los que Dios se lleva enseguiita, pero que enseguiita; en cambio mfe usté mi Cayetano... como es de los que no pasan ni con jarabe, asín lo tiée usté, tan campante, es decir, tan campante en argunas cosas, porque lo que es en otras... ¡Ay, señá Pepa, y qué cosas más cansinas que son los años!

—Sí que lo son, señá Rosalía, y oiga usté, su niña de usté, ¿qué?

—Por lo que usté más quiera en el mundo, que no me platique usté de mi niña, que esa es la que me va a quitar a mí del mundo con ese desatino que le ha entrao por el *Pórvora*, ya ve usté, el *Pórvora*, un arma mía que no tiée en toíta su presona carne con que jacer una albóndiga, y aluego con más pescuezo que un pato; pero ¡lo que semos las mujeres! pa mi niña, como si estuviera pintao al olio, y cá día más emperá por él. ¡Ay, qué *Pórvora* de mis pecaos!

—¿Pero quién es ese *Pórvora*, señá Rosalía?

—¡Y qué sé yo quién es, ni de qué juronera ha salío! Yo lo único que sé es que tiée un perfil que quita el hipo, y que el hierro que tiée es uno de desecho de tiente y cerrao, y lo peor de tó, que es un hombre con la vergüenza en Ultramar; y es lo que yo le digo a mi niña, que le digo: —Pero ven acá tú, so mal ange; ven acá y dime de qué te has prendao tú de ese hombre.—¿Y sabe usté lo que el arma mía me contesta? Pus lo que me contesta el arma mía es que me trae el retrato de su padre, que de Dios haiga, y como ese retrato se lo jizo mi Antonio cuando estaba entoavía en la seca del colorín, pos es natural, el probetico mío está en él pa que lo jechen en espíritu de vino.

—¡Pos diga usté que es usté la mar de afortunaílla con su nena!

—Como que estoy que me pelo con ese hombre, porque es que tó cuanto se diga de él es poco; y aluego lo apegao que es a la mugre, como que es que no se puée estar a su vera: las uñas con velillo, las orejas con velillos, el cogote con velillo... y aluego dígame usté algo a mi hija... ¡quíee usté callar!; y el otro día, que yo le sorté a él una indirerta por lo de los velillos, ¿sabe usté lo que me costestó? Pos lo que me costestó, que aquello es debío a los berrinches que pasa por mí, de los cuales se le cuaja la sangre en esos sitios y se le pone del color de chocolate.

—Pos yo usté, lo que es a ese *Pórvora* le arrimaba un misto más pronto que se dice.

—¿Un misto? Una puñalá traperera es lo que yo le arrimaba, porque ése y no más que ése es el que a mí me va a quitar del mundo, si es que Dios no lo remedia.

—Pos yo, gracias a Dios y a su Madre Santísima, y en güena hora lo diga, lo que es en lo tocante a eso estoy la mar de sin cudiao, porque es que pa mi Pepa los hombres son mismamente como si fueran escarabajos; no le diré a usté más sino que jace cuatro o cinco días le salió una proporción, pero que una proporción: un tal Manuel el *Zurito*, que es oficial en la carpintería del señor Frasquito el *Pringue*, un mozo la mar de bien plantao y la mar de sim-

pático, y pa ser tó flor, jasta no tiée más parentela, según dice él, que una hermana, viuda de un guardacalle, y un hombre, en fin, que gana sus cuatro pesetas diarias de jornal, ¿y sabe usté lo que le contestó?, pos lo que le contestó fue que *nanai*, que no podía ser, que ella está la mar de comprometida con un diputao a Cortes.

—No, pos eso no debe ser tampoco, porque las mujeres no tenemos otro guiso que ése y los años se van y ya se sabe qué cosas son las que se llevan; como que cuando yo me miro al espejo, y ya ve usté que no será porque yo ya tenga que presumir; pero cuando me miro al espejo me pongo nerviosa, porque es que duele el ver cómo cambian las cosas en esta vía.

—Dígamelo usté a mí, que cuando me pongo a pensar en lo que he sío me jincho, pero que me jincho de llorar, y crea usté que no son solamente los años, sino que tamién son las penas las que más nos desfiguran el perfil, porque yo no estaré en capullo, pero tampoco me he tuteao con Matusalén, porque yo, pa la Encarnación, Dios mediante, cumpliré los cuarenta y nueve... los cuarenta y nueve, señá Rosalía, ¡los cuarenta y nueve!

—¿Pero ná más que los cuarenta y nueve años, señá Pepa?

—¿Pero es que le parecen a usté pocos? ¡Pos qué se creía usté quizás, que yo era de las que tuvieron que esconderse cuando entraron los franceses?

—No, señora; sino que yo creía que me llevaba usté más de lo que me lleva, y como yo acabo de cumplir los cuarenta y siete, que los cumpliré por Tosanto...

—Pos dígaselo usté a la señá Cloto la *Chirimollo*, que el otro día estaba diciendo que usté tenía nueve años más que ella, y que ella acaba de cumplir los cuarenta y cinco.

—¡Cuarenta y cinco!, en cá coyuntura; ¡cuarenta y cinco! ¡Se creerá ella que con meter en tinta el añadío!... ¡Vamos, que hay cosas que irritan! ¡Cudiao con decir que yo le llevo nueve años! ¡Nueve puñalás que le den por mala lengua que tiene!

—Y con razón, señora, con razón, porque pa alevantar un falso testimonio, que le pongan a ella una carta o que le manden un recaio... Pero, Pepita de mi corazón... ¡Pepita, Pepiita!

—Déjela usté, señora, déjela usté, que ya la veré otro día.

—No, si acaso, cuando se vaya usté a dir, mos asomaremos al patio, porque es que yo sé en lo que se estará entreteniendo... seguramente le estará contando algún chascarrillo Antofñuelo el *Pipíolo*.

—¿Y quién es ese *Pipíolo*?

—¿Pero usté no lo conoce? ¡Josús, pos si ès más conocío que las

natillas! ¡Y vaya si tiée una hartaga de reír el mocito! Como que mi Pepa se troncha, pero que se troncha oyéndolo, y con razón, porque es que yo no me he trompezao nunca con otro como él pa eso de contar chascarrillos, y si no fuera el hombre tan apegao a la mugre y no tuviera, como tiée, una nariz que es una trompeta, porque es que Dios tó lo que le ha dao de salero, se lo ha dao de mala presentación, y aluego que el probe, por dos pesetas, es capaz de tomar una trinchera; el probe vive en la casa de al lao, y, como el pozo es medianero, pos velay usté, él se pone en la parte de por alia, y mi Pepa, y la hija de la casera, y la Paca, y toas las muchachas, en fin, en la parte de por acá, y él se pone a contarles cuentos, y crea usté, señá Rosalía, crea usté que oyéndolo es cosa que se orvían, pero que se orvían todas las penas... ¿Lo quíee usté conocer, señá Rosalía?

—¿Yo? ¿Pa qué? Pero tenga usté cuidiao, señá Pepa, tenga usté cuidiao, que aonde menós se piensa...

—¿Cudiao con quién, con el *Pipioló*? Vamos, señora, ¡por Dios y por su Santísima Madre! Mire usté, pa que usté se desengañe lo vamos a ver ahora mismito; no digo yo aseparaos por el pozo medianero, en una grillera encerraos los dejaba yo a dambos y me diba a las Baleares.

—Es que como las mujeres somos tan caprichosas...

—Una cosa es ser caprichosa y otra tener cinco cigarrones en lugar de cinco sentíos... ¡Cualisquier día, señá Rosalía, cualisquier día!

—Güeno, pos yo ya me voy, porque desde aquí tengo que dir a Puerta Nueva a ver si encuentro un rancho de chancletes pa mi niña, que se le han antojao, y como la mú pícara es tan dengosa pa las comías...

—Pos entonces vamos pa el patio y con eso, si está ahí el *Pipioló*, se desengañará usté de que es verdá lo que yo le digo, de que se les puée dejar a dambos mú tranquila metíos en una grillera.

Y ambas ilustres comadres se dirigieron hacia el patio, y deteniéndose ambas ante la entornada puerta, ambas a la vez asomaron silenciosamente la cabeza, y

—Pero, señá Pepa, señá Pepa—exclamó en voz baja y con expresión de asombro la señá Rosalía.

—¿Qué? Lo que yo le decía a usté, ¿verdá? ¡que es un fenómeno el mocito!

—Pero si es que ese *Pipioló* es el mismo, pero que el mismo que tan a mal traer trae a mi niña... si es que ese malita hora es el *Pórrora*.

—¿Quién... el *Pórvora*? Vamos, señá Rosalía...

—Pos sí, señá Pepa... pos sí, ese mismito es el *Pórvora*, y mire... mire usted lo que yo le decía.

Y esto lo dijo la vieja al ver cómo aquél deslizábase ágil como una serpiente por sobre el brocal del pozo y un momento después estrechaba entre sus brazos a Pepita, que miraba en torno suyo como asustada.

Y lívida, descompuesta por la ira, penetró la señá Pepa en el patio y nunca más que en aquel instante mereció el *Pórvora* su mote, pues todavía no había llegado al promedio del patio la irritadísima anciana, cuando ya él habíase puesto a salvo de sus garras, mientras Pepita corría en dirección a la puerta de la calle, y la señá Rosalía procuraba calmar en su justa indignación a su comadre, diciéndole con acento resignado:

—Si yo se lo decía a usted, si eso ya se sabe; si es que no se pué una fiar ni de la tierra que se pisa; si es que bien dice el refrán, que donde menos se piensa...

(EL IMPARCIAL, sección de los lunes. *Madrid*, 5-VIII-1911.)

CURRITA LA QUINQUILLERA

Llegado que hubo Joseíto el *Penitas* al *hondilón* del *Caravaca*, como el sol implacable de Junio habíale hecho sudar más de lo que se necesita para curar un constipado, apenas húbose sentado tiró sobre una silla el sombrero, se desabrochó la pechera de la camisa, dejando ver más crines que un caballo de Pomerania, aflojóse el ceñidor que cogíale casi desde el sobaco a la ingle, y después de resollar a pleno pulmón y de enjugarse la frente con un pañuelo de imponentes dimensiones, exclamó dirigiéndose a *Paquiro*, un chaval esmirriado y de acharranado semblante, que mataba el ocio escamoteando alguna que otra aceituna, o alguna que otra rodaja de huevo de las fuentes, que colocadas sobre el limpiísimo mostrador, tentaban a los parroquianos.

—A ver tú *Paquiro*, ¡er baño de la surtana!...

Paquiro tragó sin cuidarse del hueso la aceituna que acababa de escamotear y...

—Ar galope—respondió, cogiendo cuatro de las copas, que limpias y en correctas filas brillaban delante de las doradas cafeteras, y dirigiéndose con ellas, y con vivacidades de ardilla hacia la cuarterola del seco.

El señor Paco el *Caravaca* no habíase enterado de la llegada del *Penitas*; era la hora del *pardillazo* y repantingado en el gran sillón de pino y aneas, descansándole la barba casi sobre el abdomen, sanguíneo, sudoroso, apoplético, roncaba a intervalos y a intervalos también y de modo automático sacudíase iracundo con el pañuelo las moscas que acudían en tropel a posársele en la reluciente calva.

Servido que le hubo *Paquiro* las copas al *Penitas*, levantó éste en alto una de ellas, contemplóla al trasluz y...

—¡Vaya caldo!—murmuró acercándosela a la boca, lenta, lentamente, como si quisiera prolongar el placer que le proporcionaba la contemplación de aquello que, según él, no era vino, sino gloria santa de la que le ha de conceder el Altísimo como galardón a todos sus elegidos.

Volvió a quedar en silencio el *hondilón*, tornó *Paquiro* a sus hábiles escamoteos; seguía el *Caravaca* haciendo temblar al conjuro de sus imponentes ronquidos la cristalería de los pintarrajeados anaqueles; y dábale fin el *Penitas* a la última de las copas, cuando apareció en la puerta de la taberna, penetrando después en ésta como en país conquistado, Currita la *Quinquillera*, una de las más famosas de todas las vendedoras de randas y encajes de Andalucía, hembra como de treinta abriles, de caderas y senos imponentes, tez cobriza, pelo negrísimo, encaracolado en las sienes y cayéndole sobre la nuca en pesadísima castaña, donde lucía un enorme clavelón de tallo larguísimo; dos grandes aretes, de oro, al parecer, brillaban en sus diminutas orejas; un pañuelo amarillo estampado de vivos colores atersábase sobre su seno de nodriza montañesa; su falda de percal encarnado de anchos volantes de vivos negros, dejaba del todo descubierto el pie calzado por arqueados brodequines y el principio de la pantorrilla, de una pantorrilla arrogante, heraldo de otras y más tentadoras arrogancias.

—¿Quién mal te quiere que por aquí te envía?—preguntóle *Paquiro*, echándose de bruces sobre el mostrador y haciéndole un gracioso mohín a la recién llegada.

Plantóse ésta en mitad del establecimiento, la siniestra mano en un ijar, y en la otra, como un abanderado su bandera, una a modo de tienda portátil en el extremo de una caña, sobre cuyos entrenzados carrizos ondeaban randas, puntas y encajes, a modo de blanquísimos gallardetes; plantóse Currita—repetimos—en medio del *hondilón* y sin dignarse contestar a la pregunta de *Paquiro*, exclamó encarándose con el *Penitas*:

—A tí, mozo güeno, a tí es a quien viene buscando Currita la *Quinquillera*.

—¿A mí?—dijo haciendo un movimiento de sorpresa el *Penitas*.

—A tí, hombre, a tí, y oye tú, *Paquiro*—continuó dirigiéndose a éste con acento de zumba—; ¿qué es lo que te pasa hijo? Es que te ha salío un flemón en una encía?

Paquiro mudó de sitio en su boca la aceituna recién ecamoteada, y repúsole a la gitana sonriendo:

—Calla tú, hija, que es un flemón que tiée el mal de San Vito y tan pronto lo tengo en un sitio, como se me pone en el otro.

—¿Conque dices tú que es a mí a quien buscabas tú en esta oficina?

—¡A tí, hombre, a tí!—y Currita clavó los ojos en las vigas del

techo, y cantó a media voz con el estilo más neto de la tierra, y con acento ronco y preñado de pasionales ternuras:

A tí te busco, gitano,
yo nunca busco lo güeno
que siempre busco lo malo.

—Pos muchas gracias por la fineza y abre ya el grifo que aquí está *mangue* pa toíto lo que tú quieras mandar.

—Pus por lo pronto bien poías conviarme, y eso no debías haber esperao a que yo te lo dijera.

—¡A ver, tú, *Paquiro*..., lo que pía esa boca de corales!

—Pos lo primero que necesito—exclamó Currita soltando su “establecimiento” contra una de las cuarterolas, y sentándose gallardamente frente al *Penitas*—es un par de chatos, del barril de los amigos..., pero eso vivo, Paco, y pa darle convoy a esos dos chatos, tráeme unas anchoas; pero, hijo, que no sean de las que tú has dejáo en cueros vivos..., várgame un *divé*, pos dí tú que jaces más estrago en la fuente que un tordo en un olivar... ajajá... mira, mocito, jazme el favor de no jurgarlas con los deos, que siempre te estás tú jurgando con ellos er perfil, y... camará, y cómo ronca el *Caravaca*, y en qué posturita, *chavó*, como que paéce que se está besando la perilla del ombligo... oye tú, que a mí no me gusta comer con los *dátiles*... dame tu navaja... ajajá... pos dí tú *Penitas*, que has jecho hoy una obra de misericordia, como que me parece que no van a llegar las anchoas a su sitio, que se me van a quear enganchás en las telarañas der camino... como que está er negocio pá que lo egiellen, y no lo siento yo tanto por mí, como por mi *churumbel*, y por mi diputao a cortes que está pasando las de *Evelica*; como que no comen más que por casolidá, asina están los probes, que por una pavía son capaces de cometer un patricidio; y esto pasa por lo que pasa, porque nuestro Señor de azotes y columnas, le debe 'estar jaciendo caso a los fariseos..., y sea osté pá esto mujer de bien; porque lo que es yo... arrastrá y enroá se vea la que es güena... como que cá vez que me tiro a la cara a una cualquiera, la *Muselina*, pongo por caso... Mira tú la *Muselina*... Anda guasón, jéchame otro chato, que al *Penitas* no se le engurrufe na por tan poquilla cosa... Ajajá Dios no te recoja sin confesión, *Paquiro*... Pos como diba diciendo, mire usté la *Muselina*, una yegua jarta de destetar potros cerriles, con unos ojos que son tachuelas de tapicero, y una boca en que le caben tres dentones y un besugo, y unas narices en cuyas ventanas le caen las lágrimas cuando llora,

y un pelo... Sí, señores, un pelo, porque si tiée más que uno, que me egüellen; con un pelo que no le llegaría ar pie si le hubiera nació en el tobillo; y con un cuerpo que es un tináo, y con dos *pinreles* que son dos falúas, además con toíto el mal ange que le tocó en el reparto, y pensar que a ese costal de carne en gelatina, la tiée un hombre de mérito cuasi como en un estuche; várgamę un *divé*, y qué cosas se ven en la vía!... Mia, *Paquiro*, dame un cachito der de cabra... ¡Ay! ¡Virgen del Rocío, lo que es el comer! Ya soy otra, pero que otra. Dios te lo pague, *Penitas*, Dios te lo pague.

—Está bien Currita; pero ya que me has jechao a pique dos *lúganass* lo menos, vamos a ver si yo me entero, pá qué es pa lo que tú me buscabas.

—¡Mia qué gracioso!, pos ya lo creo que te lo diré, como que no he venío más que a decirte: Mia, *Penitas*, yo te tengo a tí voluntá, y eso te lo sabes tú de clavo pasao, ¿verdá? Güeno; pos como yo te tengo a ti voluntá, vengo a decirte que es un contra Dios lo que está jaciendo contigo la *Bigotona*,

—¡Bah!, ¡yo creía que era de otra cosa de lo que tú me dibas a platicar, salero!

—¿Pero tú sabes, *gachó*, qué es lo que yo te voy a platicar de la *Bigotona*?

—¡Vaya!, como si me lo hubieras confesao; lo que tú me íbas a decir, es que la *Bigotona* me la pega desde antier con el *Pollo del Trabuco*.

—¿Pero tú lo sabías?

El *Penitas* miró con expresión zumbona a la gitana, y le repuso con acento dulce y simpático:

—Llevaba ya tres meses, mujer, tres meses, y estaba ya tifo de la *Bigotona*, y como no me daba un motivo..., pus ná... pus le jeché el *Trabuco*, y ná, que me ha desbancao er *Trabuco*.

—¿Y cuánto te lleva el *Trabuco* por esa faena?

—Ahora er *Trabuco* trabaja con rebaja de precios; suponte tú que a mí me ha trabajao este chapuz, por un terno de elásticotín, que a mí se me ha queao estrecho, y por una prensa de canilla y una convidá en cá del de los *Caracoles*.

—Camará, y que mó de perder la vergüenza que tiéen toitos los hombres—exclamaba momentos después Currita la *Quinquillera*, saliendo del *hondilón* y plantándose en mitad de la calle bañada en sol y en aquellos momentos llena de una riente multitud, que mataba el

ocio en puertas y ventanas con alegres charloteos; descansó en tierra el extremo de su portátil "establecimiento", y gritó con voz dulce y quejumbrosa:

Niñas, encajes, randas, peinetas,
y agujillas y agujetas
de corales de la mar:
yo to lo vendo y a precio bajo
y cambio hasta el refajo
con la que quiera cambiar.

(ESPAÑA. Rev. de la Asoc. Pat. Esp. *B. Aires*, 23-VI-1907.)



¡NIÑAS, EL CARBONERO!

—¡Niñas, el carbonero!—gritó Paco el de *Mairena*, penetrando en el Altozano precedido de la pacífica *Platera*, que caminaba lentamente agobiada por el peso de los enormes serones llenos de la aún más negra mercancía con que nuestro protagonista ganábase honradamente los garbanzos para el indispensable puchero.

Como, aunque de invierno, la mañana parecía de primavera y el sol caía como áurea y resplandeciente caricia y ostentaba el cielo su más intenso azul y apenas si una brisa suave hacía ondular las flores, que en miserables tiestos y malparadas macetas lucían acá y acullá sus vivísimos colores en balconcillos a los que se llega con las manos, y en ventanas al nivel casi del no limpiísimo suelo; como el día, repetimos, era de los que dieron y dan fama a esta tierra andaluza, en la que Dios quiera nos den las penas sus últimos acosones y nos visen el pasaporte cuando sea llegada la hora de izar el ancla con rumbo desconocido, y como el día era, en fin, archisuperiorísimo, que diría cualquiera de los prohombres de mi repertorio, vecinas y vecinos llenaban la calle en alegres corrillos y en pintorescas agrupaciones.

Allí, casi en el arroyo, estaba lo más selecto de la Cruz Verde: el tío *Campanita*, el más ilustre y famoso de los decanos de la gitanería del siglo que tan mal empieza; Pepe el *Charavasca*, Currito el *Cantinerero*, Perico el *No me olvides*, y veinte más, todos hombres a los que por envidia que les tienen—según ellos afirman—no dejan nunca reposar tranquilos en sus humildes lares los de la Benemérita ni los de la Secreta, en cuanto en la capital o sus alrededores por arte de encantamiento se “volatiza” un penco o desaparece un pollino.

Además de los representantes del sexo viril, no el más débil dejaba de tener allí representación valiosísima, y sentadas, acá y acullá también, sobre el mal empedrado suelo, lucían sus haraposas vestiduras de colores, si vivos un tiempo, ya un tantico apagados por antiguas suciedades; los semblantes renegridos, algunos de gracioso perfil y

ojos magníficos; los pies descalzos y el principio de la pantorrilla curtidos por la intemperie y el pelo sucio y aceitoso, cayéndole sobre la nuca en enorme castaña, engalanado con alguna flor de tallo larguísimo y de perfumado broche.

—¡Niñas, el carbonero!—gritó de nuevo el de *Mairena*, y al conjuero de su voz dejó precipitadamente Rosario el lebrillo en que luchaba denodadamente por devolver a algunas prendas interiores su primitiva blancura, y con las mangas de la chaquetilla arrollada en los brazos redondos y bien dibujados, aprisionándose casi del todo la esbelta cintura con ambas manos; revuelto el pelo negrísimo y rizado, haciendo sonar de modo rápido, no las bordadas chinelas, sino dos brodequines fuera de uso y convertidos en babuchas merced a dos martillazos en el contrafuerte; un tanto jadeante la respiración, arrogante y mal *jateada* y riente y animado el rostro juvenil y bellísimo, lanzóse a la puerta de la calle mientras su madre le gritaba con voz gangosa:

—¿Aónde vas, castigo?

—¡Aónde ha de ser!, al Parque, de paseo.

—Pero si toavía no han enganchao er coche, maravilla.

Y mientras tenía lugar esta escena en casa de Rosario la *Pipiola*, Antoñico el barbero también al oír la voz de Paco y el campanilleo de la *Platera*:

—Usté perdone—díjole al tío *Capachos*, al que acababa de afeitarse un carrillo, y navaja en mano lanzóse a la puerta de su establecimiento, un chiribitil de dos metros en cuadro y en el que lucían varios sillones acreedores a competir con los de más remota fabricación; algunos espejos que bien merecían ser calificados de viles calumniadores por los que en ellos pretendían verse reproducidos; un perchero de nogal; dos cartelones con los nombres preclarísimos del *Reire* y del *Machaco*, a dos tintas; una guitarra de las que casi tocan solas, con su gran moño de colores en el extremo del mástil; una jaula en que un verdón parecía reclamar con su carretilla vibrante y monótona la presencia de los agentes de la autoridad, y una banqueta forrada de yute, sobre la que, abierto por una de sus páginas más interesantes, invitaba a su lectura un volumen no recordamos bien si *El Chato de Benamejé* o *Los Siete Niños de Ecija*.

—Pero, ¿qué haces, asesino?, ¿no ves que con la humedá me va a coger una purmonía este pómulo?—gritóle a Antonio el viejo, señalándose con el índice el aún sin rasurar y copiosamente enjabonado.

Antonio no oyó las elocuentes palabras del respetabilísimo viejo. Lo que le pasaba era para entumecerle el tímpano a cualquiera; le

ardía la sangre y algo hubiera dado en aquellos instantes por zambullirse en un baño de *cuaíaita*; no era para menos: ya estaba como todos los días Rosario en la puerta de la calle, sólo por el gusto de ver pasar al de *Mairena*; ¡aquello era para poner tarumba al de más luces!, ser despreciado por causa de Paco, de aquel *gachó* para sacar en luz al cual se necesitaba todo un cargamento, no ya de sal sosa, sino de espíritu de vino; ¡y ser él la víctima!, él, que según rezaba la partida de bautismo, acababa de cumplir los veinticuatro años; él, que según los espejos y el decir de las gentes era de lo más bizarro del distrito; él, que se lavaba todos los días y se gastaba casi un tarro de aceite de almendras dulces con esencia de bergamota, en dejarse la cabeza como si fuera de cristal; él, que tenía un establecimiento acreditadísimo y un traje de reserva para las grandes solemnidades.

—Pero, mal reventío des por ladrón, que eres, ¿hay en la calle corrias de bicicletas?

Y el tío *Capachos*, ya impaciente, con el paño al cuello y aún un carrillo limpio y pulido y con el otro embarrizado en jabón, dejó el enorme sitio y dirigióse a la puerta.

—¡Ah!, pero ¿entoavía andas tú cimbealeando a la luna?—exclamó con acento irónico al ver los ojos de Antonio clavados con amante y celosa expresión en Rosario, que, a su vez, clavaba los suyos resplandecientes en los de Paco el de *Mairena*.

—Sí, señó, toavía y lo que le quéa—repúsole el muchacho con voz sorda y vibrante.

—Pos déjate ya de eso, que lo que es a esa *gachí* no le costeara tú el cuarto de gallina ni los bizcochos mostachones.

—¿Y eso por quién, por mó de ése?, a ése lo jago yo cisco y lo vendo por carboncilla! ¡por ése... despreciarme a mí! ¡por ése!

—Y tú sabes lo que es ése cuando se escamonda y suelta los trapos de la biega y se pone un terno que tiée de elasticotín y se tira er pavelo atrás y abre er pico que se canta el *gachó* unas soleares que me río yo del *Litré* y del *Picotúo*... cuando ese *gachó* hace tó eso, hipo le da a la jembra de más aguante.

—¿Y cuánto le da a usté el Paco por tó eso que usté dice?—preguntóle con voz colérica Antonio.

—Pos to el carbón que se quema en mis *cubriles*, que no es poco, porque allí tó semos enemigos de las jornillas de gas.

—Por vía e Dios; ¡pos no se ha arrimao a la Rosario!—exclamó lleno de ira el barbero, mirando a su rival con ojos relampagueantes de ira.

—¿Pos te crees tú que la Rosario está de centinela en un porvorín?

—¡Pero si es que nunca se ha arrimao a ella!

—Yo tampoco me había purgao jasta la primera vez que me purgué; eso pasa siempre en la vía.

—¡Y cómo se ríen los dos!

—Pero, ¿te crees tú que el Paco se le ha arrimao pa darle argún pésame?

—Pero si me parece que estoy ensoñando, que esto es una pesaílla.

—Pos no te lo pienses, mi palabra de honor que estás dispierto; que ese que tú ves a la verita de Rosario es Paco el de *Mairena*, el que además de vender hoy carbón es el que corta el bacalao.

—¿En qué parte de su persona quiere usted que le meta yo la dentellá que le voy a meter a usted?—exclamó revolviéndose iracundo, con el semblante lívido y contraído, siniestra la mirada, y amenazadora la actitud, contra el tío *Capachos* el barbero del Altozano.

El viejo dio un paso atrás y repúsole con menos irónico acento:

—Perdona, hombre, que no es pa tanto; yo no creía que te doliera tanto la cosa; si yo lo hubiera sabío no meto yo el percal anoche en cá de la *Trini* como lo metí, pa arreglar ese mal negocio.

—¡Ah! Pero ¿fue usted el que los arregló? ¿Fue usted?

Y de tal modo hubo de decir estas palabras Antofüelo, tan ferozmente le hubieron de brillar los ojos; de modo tan amenazador vió relampaguear en su mano crispada la afiladísima "barbera", que cinco minutos después penetraba el tío *Capachos* en la barbería del *Butibamba* y decíale a éste con acento compungido, mostrándole la mejilla aún sin afeitar y aún casi llena de jabonosas espumas:

—Hombre, *Butibamba*, por el amor de Dios... ¡este carrillo!

—Pero ¿qué es eso? ¿es que no ha tenío usted pa pagar más que medio afeitáo?

Y mientras el *Butibamba* daba glorioso remate a la obra comenzada por Antofüelo en mal hora para el tío *Capachos*, éste contábale lo ocurrido en florido y pintoresco lenguaje, y allá en el Altozano, Antonio casi lloraba de pena y de ira sobre sus ilusiones muertas, y embriagábanse de amor, mirándose con intensa y amorosa avidez, Rosario la *Pipiola* y Francisco el de *Mairena*, uno de los hombres más famosos y juncales de los muchos juncales y famosos de los que venden carbón en mi Málaga la Bella.

EN SAN CAYETANO

I

Vengan con nosotros los que nos leen y no teman a los rayos del sol, que una fresca brisa de Levante templará sus vigores y acariciará el ramaje que proyecta sus movibles sombras en el polvoriento camino que festonean dos largas filas de chumberas como acudilladas acá y acullá por árboles altísimos y frondosos.

Vengan con nosotros y esparcien sus miradas por la radiante perspectiva que embellecen los viñedos en los declives de la montaña, el verdinegro olivar entre cuyas ramas deja oír la tórtola solitaria su ronco arrullo; el áureo rastrojo, en que el ganado sesteá; los blancos caseríos y las eras limpiísimas, donde llegado que sea el crepúsculo vespertino, rendirán las reseca mieses su grano de oro a los rudos requerimientos de la cobra regida por el trillador, que turbará la solemne quietud del atardecer con sus canciones.

Miren cómo alegran el camino la acansinada recua; el arriero que dormita delegando su misión en el liviano; la galera que cruje amenazando romperse en las desigualdades del terreno; algún que otro poderoso de los caseríos próximos, que pregona lo holgado de su vivir merced a lo flamante de su indumentaria y a lo bien enjaezada que luce la fuerte cabalgadura; el ventorrillero que reposa bajo el verde parral con la barba en el pecho y sobre el abdomen las encallecidas manos, y miren cómo delante de una de las blancas alcubillas, medio oculta entre los pencares, rompe el tono áureo del camino con la nota brillante de su rojo zagalejo y de su chaquetilla gris una moza de robusto y de gallardo empaque que vuelca sobre el enorme cántaro el cubo rebosante de agua fresca y cristalina.

Y después de haber contemplado el panorama penetren los que nos siguen en la venta de San Cayetano, no sin quitarse antes el sombrero ante la imagen del Santo encerrada en una tosca hornacina; saluden a la ventera, una cuarentona renegrida por el sol y picardeada por sus tratos y contratos con la arriería andante; al

ventero, un hombrecillo todo nervios y marrullerías, de solapado sonreír y de mirar malicioso, y como nunca por cortés condenóse ningún nacido, saluden también con un “A la paz de Dios, señores” a los en la venta congregados por la sed y por el cansancio, y oigan tras los saludos de rúbrica entre gente bien nacida, lo que dice el señor Antón el *Zorzales* al reanudar la interrumpida conversación, que dirige a su típico auditorio:

II

—Pos, señores, como sus diba diciendo, tan de púas está lleno el *Zamora* que menester es enguatarse pa cojelle, y, si sus lo digo, es por si sus lo tropezáis por ahí, por aquello de que más vale un “Por si muerde” que un “Camará, me ha mordío”.

—Es que lo que le ha pasáo al *Zamora* tiée la mar de filo y la mar de contrafilo; que es mucha labor la que se ha cargao con él Cristóbal el *Mulete* y la Nifía del *Romero*.

—Peor se la quiso jugar él a dambos, que poique el padre de la zagala le debía unos cuantos maravedíes y er probe no los tenía pa pagárselos, lo puso entre la espá y la paré y de la necesiá jizo ley y de la jambre martillo.

—Pero ¿cómo fue eso, tío Antón, que a mí de eso no me ha llegáo entoavía ni un sonío tan siquiera?

—Pos si es asina, has tenío tú que está sirviendo al rey o cuasi, cuasi, difunto.

—Es que yo vengo de segar en la campiña de Jerez y, por eso, no estoy enteráo de la copla que usté canta.

—Pos si es asina pelillos a la mar, y pa que tú te enteres te diré que Cristóbal el *Mulete* estaba en amoríos con la del *Romero* cuasi dende que andaban a gatas.

—¡Toma! ¡de eso estábamos enteraos tós jace ya un puñao de días!

—¿Y estás tú tamién enterao de que el padre de la del *Romero* le tenía hipotecáo al *Zamora* el lagar y que ya estaba vencía la hipoteca?

—No, señor, que eso no lo sabía el hijo de mi padre, el señor Paco el *Rumboso*.

—Pos bien, ya te lo digo; la hipoteca estaba vencía y er *Zamora* estaba prendaico der tó de la der *Romero*, la cual ya le había dicho más veces que no que abejas tié una cormena y que púas un zarzal, pero como cuando er queré se mos mete en el alma por toicos los ventanales, se nos aletarga la razón y la consencia; pos velay tú,

al mozo se le gorvió negro lo blanco un día y le ijo al tío Pepe el *Perejiles* que si su retoño no se casaba con él, él diba a tener el gusto de ponellos a dambos al relente del camino.

—Pos eso jué una charraná de las que Dios no se orvía de jechar en er platillo.

—Sí que jué una charraná, pero como el padre de la *Niña* le tiée tanto apego cuasi como a ella al *cubril* en que ha nació, como no hay en él parmo e tierra que no haiga regáo con el suor de su frente, como er día que le quitaran a él su lagarillo sería como si le quitaran el sol que lo alumbra y lo calienta, pos velay tú, el hombre encomenzó a machacar en la zagala diciéndole que si no consentía en dejar al Cristóbal y en casarse con el *Zamora* diba a tirar-se de cabeza por el Tajo de los Azules.

—Pos pa decille eso a una hija sa menester tener de corcho er corazón y amarillo el pensamiento.

—Esa es la verdá que no es más que una, pero la *Niña*, que no se muerde la lengua cuando no es debío, pues no se la ha mordío, y le dijo al tío Pepe: —Mire usted, padre, no quieo yo que usted se tire por el Tajo de los Azules, y si a su mercé le tiran más estos manchones y estos pencares que mi feliciá, yo transijo, yo me casaré con Joseito el *Zamora*.

—Entonces es con Joseito con quien se ha casao la del *Romero*.

—Er lunes por la mañana se casó con él, que los casó er cura de la Ermitica.

—¿Entonces por qué está er *Zamora*, como usted dice, que sa menester enguantarse pa cojelle?

—Pos está asina por lo que le pasó endispués, que lo que le pasó al salir de la ermita le viée largo y durillo de roer al de mejores molares; como que estaba yo allí y me queé que si me sangran no doy ni gota de caldo, como que me queé como se quearon tos, como si nos hubieran dao con un mazo en la mollera.

—Pero, hombre, ¿qué jué lo que pasó, que estoy que me errito por sabello?

—Pos lo que pasó jué una cosa que cuasi espanta, y que pasó cuando acabábamos de salir de la ermita los novios y los conviaos; por cierto que diba la del *Romero* que embestía de regraciosa, pero más amarilla que el panal de la cera.

—Y el *Zamora*, ¿cómo diba?

—Relamiéndose, y mirando a la *Niña* como diciéndole con los ojos: —Te voy a comer, te voy a comer sin mascarte tan siquiera.

—Y el de los *Perejiles*, ¿cómo diba?

—El de los *Perejiles* una miajita caviloso; como si le estuviera dando er corazón lo que diba a ocurrir, lo que ocurrió, que lo que ocurrió jué que apenitas se había montáo er *Zamora* en el macho, un macho más reluciente que una torre de marfil y más bien enjaezáo que er mismo sol, y cuando ya diba yo a ponelle la mano como estribo a la zagala pa montársela a la grupa, y cuando argunos encomenzaban a gritar: “¡Vivan los novios!”, pataplún... sentimos de pronto el trotar de un jaco, y, camará, en menos tiempo en que puéo yo contallo, se cargó el Cristóbal su faena.

—¿Pero qué jizo el Cristóbal?

—Pos lo que jizo jué encañonarnos a tós con el retaco diciendo: —No hay que asustarse ni que moverse, caballeros, poique al que píe, lo frío. Y, endispués de decir esto, se fue pa el *Zamora*, alevantó el retaco, cogió por el cañón, y ¡vaya si tiée duros los cascos el *Zamora*, caballeros!

—¿Y qué jué lo que jizo el *Zamora*, tío Zorzales?

—¿Pos qué diba a jacer el hombre?, salir dando volteretas por la umbría, y tan y mientras el *Mulete* montó en su jaco, cogió a la *Niña*, que se dejó coger por el talle, y endispués de colocársela a la grupa, pos ná, picó espuela el gachó, y que te alivies, moreno...!

—¿Y no se ha güerto a saber naita de nenguno de los juíos?

—De ellos no se ha sabío más sino una carta que recibió el *Perejiles*, en cuya carta le icía su hija que ya estaba el hombre servío der tó, que como él lo que más quería era sus manchones, que se queara con sus manchones y con Pepico el *Zamora*.

Y si nuestros lectores quisieran tener más noticias de Cristóbal el *Mulete* y de la *Niña* del *Romero*, ya procuraremos llevarlos de nuevo otro día a la venta de San Cayetano para que puedan preguntarle por los dos al tío Antón el *Zorzales*.

(HISPANIA. Rev. de la Asoc. Pat. Esp. B. Aires, sin fecha.)

LA BRAVIA

I

Cuando Rosario la *Bravía* dejó el lecho, no parecía tener vida más que en los ojos, en aquellos ojos suyos sombríos y fulgurantes de atávica fiereza; ojos que según afirmaban los más viejos rabadanes de las cercanías eran iguales que los de su padre y que los de su abuelo, que los de aquellos dos ternes que durante muchos años hubieron de retar impunes y valerosos los riesgos de una vida accidentada, hasta sucumbir a los disparos de sus implacables perseguidores.

Desde punto y hora en que la madre de la *Bravía* supo el desaguisado cometido con ésta por el *Certero*, hasta el instante en que la sacamos a relucir, no habíale dirigido a aquélla un sólo reproche, y al estrechar entre sus brazos al fruto de la falta de Rosario y de la tración de Joseíto, un hondo suspiro se escapó de su garganta al pensar que si su difundo hubiese vivido no hubiera osado seguramente el *Certero* llevar a cabo aquella traición con las que, al verle llegar una noche perseguido y maltrecho al desesperado galopar de su potro, habíanle dado abrigo en sus apartados y pintorescos *cubriles*.

Rosario, el día en que abandonara el lecho, sentóse a la puerta del edificio a respirar la perfumante brisa de aquella tarde de otoño: la dolencia había dejado en su persona sus huellas pálidas; su tez estaba descolorida; su cuerpo enjuto y falto de curvaturas; su pelo, antes abundante y negrísimo, había sido amputado en el período álgido de la fiebre que habíala tenido durante tantos días con vistas al Camposanto.

Sus ojos soberbios y graves vagaron sombríamente distraídos por los accidentes del panorama: todos y cada uno de ellos evocabá en su imaginación una escena furtiva y ardiente de amor; los copudos algarrobos y los altos pinares que tantas veces les sirvieron de sombrero refugio en sus pláticas de amores; las adelfas de la honda cañada, donde mientras ella oficiaba de gentil lavandera, arrullóla un día Joseíto con requiebros chispeantes y saladísimos decires; los

matorrales y ciroleros que forman un a modo de dosel al manantial desde donde él conducíale a la casa los pesadísimos cántaros, porque no se le tronchara a su ídolo el mimbre que habíale Dios otorgado por cintura, como él decía; los verdes bancales del huerto donde tantas veces le ayudara a recolectar las frutas en sazón, y el empinado sendero, flanqueado de pitas y chumberas, por donde vió-le llegar por primera vez al rápido galopar de su caballo y por el cual también habíale visto partir sin que volviera a tener noticias suyas hasta que en la tarde a que hacemos referencia, díjole, deteniéndose delante del lagar el paso de su fuerte cabalgadura, el tío *Zamarrita*, el arrendador de los *Zarzales*.

—Gracias a Dios, Rosario, que se recrean en tus hechizos los ojitos e mi cara!

Rosario sonrió melancólica.

—Venga usted con Dios—dijo al recién llegado con expresión distraída.

—¿A que no sabes tú con quién ha sío con quién me he trompezao hoy en Málaga?—preguntóle el viejo mirándola con interrogadora expresión.

Los ojos de la convaleciente expresaron una profunda zozobra.

—¿A quién, a Joseíto?—preguntáronle con su silencioso idioma de luz al recién llegado.

Este, traduciendo fielmente el luminoso idioma, cabeceó de modo afirmativo, y después continuó con acento de reproche:

—El mesmo que viste y calza; el mozo paése que el último chasponazo no le supo a miel de cormena y ha sentáo sus reales en Málaga, donde, según me han dicho, anda en vísperas de casorio con una tal Dolores, hija de un carnicero a quien le llaman el *Soniche*.

A la *Bravía*, oyendo al tío *Zamarra*, habíasele demudado el rostro; el sudor, un sudor frío y copiosísimo, inundó su semblante demacrado, y por sus enormes ojos de hondos negros resbaló algo siniestro y amenazador.

El tío *Zamarrita* continuó con acento campanudo y bronco:

—Ya sé yo que esto que te digo te tié que doler y que te tié que rejelear, pero no he querío callártelo por si tú pudieres impeir la mala *chaná* que piensa jacer contigo.

Cuando el tío *Zamarra* se hubo alejado del lagar, Rosario no pudo evitar que algunas lágrimas rebeldes le quemaran las mejillas, pero después reaccionaron sus energías, su sangre brava y rencorosa coloreó su tez, y cuando salió su madre de la casa con el casi recién nacido entre sus brazos y le preguntó quién era el caminante, cuya

voz había oído desde el corral, le repuso con acento seco y vibrante:

—Era el tío *Zamarrita*, madre, el tío *Zamarrita*.

—¿Y qué cuenta el tío *Zamarrita*?

Rosario miró a la vieja de hito en hito con expresión extraña, y después:

—Pos lo que cuenta es que Joseíto ha sentao sus reales en Málaga y que, según dicen, quíee casarse con una tal Dolores, hija de un carnicero a quien le llaman el *Soniche*.

La vieja tembló toda de indignación, pero no osó decir una palabra: la mirada, el acento, la sonrisa con que Rosario hubo de decir aquello habíale llenado el corazón de inquietudes.

Rosario la miró silenciosa durante algunos momentos, y después, con voz sorda y enérgica, como si aquello que decía lo estuviera jurando al pie de los altares, exclamó:

—No se apure usté, madreica, no se apure usté, que Joseíto no se casará con la hija de *Soniche* el carnicero.

II

No había mentido el arrendador de los *Zarzales* al decir que cansado Joseíto el *Certero* de jugarse la piel al *pilla pilla* en la sierra, estaba en vísperas de liarse la manta a la cabeza emparentando con arreglo a lo que ordena la Católica Apostólica Romana, con María de los Dolores, unigénita del más conocido carnicero del barrio de Capuchinos.

Y si bien era cierto lo que hubo de contar el *Zamarrita* a Rosario, cierto era también que cuando Joseíto salió ya del todo restablecido del lagar de las *Bravías*, llevaba el corazón lleno de generosos propósitos, y tal vez hubiera liquidado como Dios manda su cuenta a Rosarito, a no haberle llevado una noche al poco tiempo de haber sentado sus reales en la tierra famosa de los más sabrosos boqueros, Antofíco el *Centinela*, a casa de los *Soniche*, donde celebrábase el fausto suceso de lucir por primera vez el vestido largo su hija Dolores, una chavalilla esbelta como un junco, larga de remos, fina de talle, de pelo rubio, reluciente y anillado, de tez rosa, de facciones finas, de ojos negrísimos de acharranada expresión, y de sonrisa picaresca y tentadora.

Cuando Joseíto fue presentado por Antofíco en casa de los *Soniche*, donde aquella noche parecía haberse dado cita la plana mayor de las hembras de tronío y de los hombres de más cartel, abandonó un momento María de los Dolores el grupo que animaba con sus donaires y sus graciosos decires y quedóse mirando como una

tonta a Joseíto, que lucía en airosa actitud su cuerpo gallardo, su marsellés de pana oscura, que contorneaba con elegante ductilidad su busto armónico y fuerte; el negro ceñidor, que apretábale la esbelta cintura; el pantalón de igual tejido que el marsellés, que tras ceñírsele estallante en la cadera y en el muslo redondo como una columna, abotinábasele rugoso y amplio sobre los calados brodequines; la blanca pechera de la camisa de áurea botonadura; el rico pañuelo granate que lucía a modo de corbata con artístico desaliño; el amplísimo pавero con el que jugueteaba su mano, y su rostro, en fin, redondo, terso, lleno de juveniles frescores, de mejillas en que azuleábale la barba en tonos esfumados, de ojos garzos de miradas adormecidas; de tez trigueña y tostada por soles y vientos; de pelo obscuro artificioosamente encaracolado sobre las sienes, y de boca que dejaba libre, merced a una sonrisa, siempre en ella huésped simpático, la dentadura, si algo desigual, blanca como la de un etíope.

Y si María de los Dolores habíase quedado mirando como tonta al *Certero*, éste a su vez habíase quedado como tres veces tonto mirando a María de los Dolores, a la cual, tras las palabras de rigor en casos tales, díjole con voz acariciadora:

—Me jace usted el favor de mandar que me den a goler un poco de éter que me parece que se me va a dir el sentío.

La figura y el rostro de la hija del *Soniche* empezaron a obrar de disfumino para con la imagen de Rosario en el corazón del *Certero*, el cual decíale algunos minutos después a aquélla, secundando los deseos de los allí congregados:

—Baile usted ya, salero, baile usted ya por los ojitos de su cara; no ve usted que a toítos se les ha puesto sobre el corazón que usted baile.

—Güeno, hombre, bailaré si usted se emperra, no sea cosa de que se nos malogre usted en capullo.

Y María eligió rápida y con juvenil desembarazo el sombrero de Joseíto entre los que le ofrecían todos los invitados, se lo colocó con truhanesca desenvoltura sobre el pelo lleno de flores, y mientras los de las guitarras arrancaban al cordaje y de modo casi maravilloso uno de los tangos más en boga, plantóse ella en el centro de la sala, recogién dose con estudiada malicia la crujiente falda de percal hasta dejar al descubierto los microscópicos pies pulidamente calzados.

El *Certero* no pestañaba siquiera mirando a María, la cual, después de brindarle el baile en una mirada, afianzóse el pавero sobre la rubia crencha, repiqueteó los dedos que sonaron como crótalos de cristal, a la vez que arqueaba los brazos, entornó los párpados

con las de Caín en las fulgurantes pupilas, contrajo sus labios en una sonrisa ardiente y retadora y dió comienzo de modo brusquísimo y nervioso al baile, al acorde resonar de las guitarras y del alegre palmoreo.

Joseíto sentíase subyugado por aquella mujer, cuyo cuerpo elástico y ondulante imitaba de tan maravillosa manera las hondas y dulces embriagueces del deseo; el lánguido desfallecer de los anhelos ya cumplidos; ora el espasmo poderoso; ora la exaltación febril y delirante; ya la repulsa provocativa y avivadora; ya la caricia llena de dulcísimas sumisiones; al par que enrojecíanse sus mejillas y aletargábanse sus ojos como vencidos por el deleite, y sus dientes de marfil amenazaban con hacer brotar la sangre de sus labios húmedos y purpurinos.

Y de modo tan firme hubieron de encadenar al *Certero* los encantos de María de los Dolores, que a los tres meses de esta escena aseguraba la última a todos los que la querían oír que en muy breve plazo sería dueño legítimo de su persona Joseíto el *Certero*, según ella el más terne y más juncal y más valeroso de los hombres de Andalucía.

III

El suceso era comentado de modo apasionadísimo por grandes y chicos en el barrio; cuando la noticia, que había circulado como por regueros de pólvora, llegó a la timba donde el *Certero* oficiaba de árbitro supremo, no hubo punto que no saliera de estampía en dirección al lugar de la inesperada catástrofe.

Cuando el dueño de la banca llegó a la calle donde vivían los *Soniche*, una nube de curiosos rodeaba el sitio aún ensangrentado, donde había caído casi exánime Joseíto a la certera puñalada del desconocido agresor.

La señá Antonia la *Duende* narraba por centésima vez lo que habían tenido la desgracia de presenciar sus ojos pecadores.

—Calle usted, señó Paco, calle usted—decía encarándose con el barbero de la esquina—; calle usted que entoavía no me corre la sangre por las venas, y una libra de aceite le tengo que llevar a la Virgen de mi devoción, si de esta hecha no me manda a mí al *Bata-tar* el susto y el mal rato que he pasao.

—Pero ¿cómo fue la cosa?—preguntó con voz jadeante el dueño de la timba, que limpiábase el sudor como si estuviera dándose una fricción en la calva.

—Ay, señó Paco de mis entrañas; usted no sabe... mie usted: sentá

en mi puerta estaba yo esperando a mi don Gregorio por si venía mi don Gregorio, porque nadie mejor que usted sabe que mi don Gregorio pa eso de venir a su casa no tieé na de cronómetro, tan y mientras tié una *torda* en la faltriquera; pos bien, señó Paco, estaba yo tan tranquila sentá en mi escalón cuando vi de venir a Joseíto... ¡qué lástima de hombre, señó Paco, qué lástima de hombre!

Y la vieja, tras rendir aquel último tributo de admiración al *Certero*, continuó:

—Pos bien, llegó el Joseíto a la ventana de Mariquita... probe-tica niña, ¡y qué horita que ha pasao...! ¡qué horita! aún está que se le sangra, y como si se sangrara a un difunto... pos bien, señó Paco, llegó el *Certero* y le chifló a María, y María que lo estaba aguardando jaciendo un pañuelo de croché, salió a la ventana y se pusieron a platicar como siempre y a decirse *chufas*, porque el Joseíto, *parneses* no sé yo si tendría u no tendría, pero lo que es salero... eso lo tenía por quintales.

—Mire usted, señá Antonia, que si sigue usted asíñ voy a mandar un recaó a mi Nena pa que me mande un *tres con tres*—exclamó el Pollo *Clavijo* con acento zumbón.

—¡No se arruinaría tu padre costeándote el colegio!... pos bien, voy a rematar; cuando más a gusto estaban dambos platica que te platica, se metió a caballo por la calle un hombre, mejor dicho, un chavalete mu pinturero, mu fino de cintura, mu requetebonito de cara, y en llegandito que hubo junto a la reja de María saltó del jaco, se fue pa el *Certero*, lo miró de un mó que a mí me puso de punta jasta el añadío; lo cogió por un brazo y le dijo:

—Me han dicho que te vas a casar con esta jembra y yo vengo a matarte, Joseíto.

—¿Y qué le respondió Joseíto?

—Pos Joseíto, que estaba como embarsamao mirando al chaval, se lo llevó dos puertas más arriba y allí platicaron dambos cuatro palabras, y a Joseíto se le subió pronto arriba la espuma, y como era mu manilargo, alevantó la mano; pero entoavía no la había levantao, cuando el otro metió mano al jierro, y na, que un instante después estaba el Joseíto patas arriba y el otro había montao de nuevo en el jaco y la del humo; como que se fue como un tiro, y al dirse atropelló al guardacalle que había intentao coger al caballo por las brías.

—¿Pero no se sabe quién es ese *gachó*?

—No lo conoce nadie, ni Mariquita tan siquiera.

—¿Y el *Certero* ha muerto?

Acaba de morir—exclamó con voz ronca Antoñico el *Centinela*, acercándose al grupo con paso lento—acaba de morir sin que haigamos conseguido que nos diga el nombre del que lo ha matao.

Y mientras seguía comentando en el barrio el tristísimo suceso, Rosario la *Bravía*, lívido el semblante y los ojos llenos de lágrimas y fiera la expresión, rasgaba los ijares de su caballo que galopaba, a la argentada luz de la luna, por los más ocultos senderos de las floridas montañas.

(LA NACIÓN. B. Aires, 1908.)

EN EL MERENDERO

Penetrado que hubieron en el cenador, defendido de la curiosidad de los que transitaban por la polvorienta carretera, por una a modo de tupida y laberíntica red de trepadoras y de campanillas azules, sentáronse aquellos tres próceres de los barrios andaluces alrededor de la amplia mesa, no sin antes haberse despojado de las americanas y de los amplios paveros.

El día era espléndido; desde el cenador en que habíanse guarecido nuestros tres famosos prohombres, situado a espaldas del ventorrillo en una de las accidentaciones del monte—un monte pelado y rojizo sobre el que sólo verdegueaban los rústicos pabellones—, divisábase la carretera de la que cada ráfaga de viento arrancaba un remolino de polvo de oro, la arenosa playa donde morían las olas desdoblándose con plácido murmullo; la vía del ferrocarril, que pone en comunicación algunos de los pueblos de la costa levantina, y el mar que fulgía bajo un cielo espléndido, como un inmenso zafiro, surcado por cien barcas pescadoras de blanquísimo velamen.

—¿Quiénes son los que se han metío en el merendero?—preguntó el señor Paco el *Berrinche* a Perico el *As de bastos*, mozo del establecimiento.

—Pos los que están allí son el *Oblea*, el *Temblores* y el señor Pepe el *Castizo*.

—Está bien—repúsole con expresión complacida el ventorrille-ro al ver honrada su casa por tres de los de más fama de los hombres garbosos de la capital, y después continuó:

—Pos a servir a esos tres patriarcas como si ca uno de ellos me fuera a dejar al morir una renta vitalicia.

—Como que tó se lo merecen, como que sueltan esos gachones los *chuscos* como si fueran bombones.

—¿Qué han pedío?

—Pa encomenzar seis botellas de la Pastora y un ciento de langostinos.

Con razón sintióse satisfecho el señor Paco al ver honrada su casa por aquellas tres altas personalidades, la flor y nata de los hombres jacarandosos y macarenos entre los cuales figuraba como glorioso abanderado el señor Pepe el *Castizo*, hombre de más de cincuenta años, de pelo gris, de facciones enérgicas, de cuerpo aún lleno de vigor y elasticidades y hombre que, no obstante los deterioros inevitables de sus cinco décadas, aún no dejaba de meter los cimbeles, a veces todavía con no adversa fortuna, cuando alguna hembra hacía llamear los rescoldos en su corazón apasionado.

Durante algunos minutos permanecieron en silencio nuestros tres protagonistas contemplando la perspectiva, silencio que fue interrumpido por la llegada del *As de bastos*, el cual exclamó colocando sobre la mesa las botellas y la limpia cristalería.

—Vaya seis botellas de bársamo de *Podendó*, que cura hasta el salpullío.

—Te advierto que como no sean de las de *chipé*, vas a tener que salir pa la Argentina.

—Si usted supiera lo que le he temío yo siempre a la mar—repúsole al *Castizo* el *As de bastos* al par que descorchaba las botellas.

Cuando se hubo ido el mozo, llenó las copas el señor Pepe cerrando los ojos para probar su maestría como escanciador y sin que se derramara una gota al hacerlo, y después de entregarle una a cada uno de sus amigos, exclamó levantando la suya y contemplando al trasluz su contenido que brillaba como un topacio:

—Por ustedes, caballeros.

Sintióse el choque del cristal contra el cristal y un momento después apuraban los tres las copas con toda la elegante pulcritud que pudiera exigir el más primoroso y pulido de todos los bebedores.

—No es maluquillo der tó—dijo el *Oblea* atusándose el recio y negrísimo bigote.

—Ya sabe el señó Paco quién se gasta los cuartos.

—Güeno—dijo sacando la petaca el *Temblores* y ofreciéndosela a sus amigos—haremos un *prajendí*, y tan y mientras echamos humo les diré a ustedes qué es lo que yo quería consultarles, caballeros.

—Me parece a mí—repúsole sonriendo maliciosamente el *Castizo*—que antes que tú nos lo digas me sé yo de memoria tó lo que tú quieres decirnos.

—A clavito pasao me lo sé yo también—dijo el *Obleas* sonriendo también maliciosamente.

—No diré yo que no sepan ustedes argo del negocio, pero no lo saben toíto.

—Tú lo que ties que jacer es platicar como si nosotros acabáramos de llegar de una de las estaciones de la luna.

—Pos bien—dijo el *Temblores*, con acento reposado y expresión meditabunda—ustedes saben mú bien que yo ando cuasi en relaciones con Rosarito la *Belonera*, la hija mayor del señor Curro el *Belones*.

—Eso jase ya la mar de tiempo que se lo sabe toito er mundo de memoria.

—Pero lo que no se sabe de memoria toito er mundo es que en-dispués de estar medio comprometio con ella me he medio comprometío también con Angustias la *Serrana*.

—Eso no lo sabía yo —dijo el *Obleas* sorprendido.

—Yo tamién lo sabía—murmuró el señor Pepe mirando socarronamente a su amigo—lo mismo que sé que tú nos has reunío porque tú mismo no sabes si echar pechos arriba u pechos abajo, porque si bien la *Belonera* es la que más te gusta y a la que tú más quíeres, en cambio la Angustias te quiere a tí más que tú a ella y que te quíee la Rosario, y si no es tan güena moza como la Rosario, en cambio tiée tres lagares en la sierra y una casa en el Perché y otras dos en Martiricos.

—Esa es la *chipé*—exclamó el *Temblores* al par que llenaba de nuevo las copas— y por eso ha sío el querer yo consultar con ustedes, porque dambos se yo que me habéis de platicar con el corazón en la mano.

—Pos vamos por puntos—dijo el *Obleas* con reflexiva expresión—; a tí cuál te gusta más de las dos, ¿la Angustias o la Rosario?

—Sus diré; a mí la cara de la Rosarillo me marnetiza, pero me desmarnetizo cuando veo lo alegre de ojos que es con toitos los hombres de güen ver y de güen empaque, y me pnogo a echar la cuenta de los guantazos que voy a tener que dar por mor de ella y ná que me parece a mí que si me caso con ella se me va a gastar el pulpejo.

—¿Y la Angustias qué?

—Pos la Angustias no tiée el perfil que la otra, pero en cambio tiée unas jechuras que no puée uno mirarla sin que se seque a uno el velo del paladar y sin que se le corte a uno la respiración, pero lo cierto es lo que dice Pepe, que a mí me quiere más la Angustias, y además que me parece a mí que la Angustias tié los centros de raso tan y mientras la otra los debe tener de muselina morena.

—¿Y dices tú, José, que la Angustias *habellela* más parneses que la Rosario?

—Pos de juro; si la Rosario no tiée más rentas que la espuma de la mar.

—Pos yo, a cierra ojos me casaba con la Angustias—dijo con aire decidido el *Obleas*.

—Y yo tamién me casaba con la Angustias—murmuró el señor Pepe repiqueteando con los dedos en una de las botellas.

—Es que—dijo el *Temblores*—yo le temo más que a un tiro al casarme con una *gachí* que me traiga más de dos camisas y más de dos pares de chaponas, porque si a mí algún día mi mujer me echase en cara...

Y el *Temblores* enmudeció arrugando el entrecejo al par que sus ojos fulgían con amenazadora expresión.

—Es que—dijo el *Castizo*—si la Angustias no tuviera pa costearse una corcheta y la Rosario tuviese una mina en el Perú, yo te aconsejaría lo mismito porque, tenlo tú mú presente, pa que un hombre sea feliz casándose sa menester que mos quiera nuestra mujer más que nosotros a ella.

—Pero y si algún día vinieran las cosas mal y yo les jurgara a las lagares y a ella se le desazonara el cuerpo...

—Queriéndote como ella te quiere ya puées tú jacer lo que te dé la repotentísima gana, que pa la *gachí* que quíee a su hombre, pa esa no hay más colores que el rosa si es de su hombre de quien se trata; y conste que no te hablo yo de memoria, que esto que te aconsejo yo, yo lo jíce en su día, que *parneses* y no pocos *parneses* tenía tamién mi probetica María de los Dolores.

Y al decir esto un hondo suspiro brotó en labios del *Castizo* por cuyos ojos resbaló una ráfaga de melancólica tristeza.

—¿Y no te echó nunca ná en cara tu María de los Dolores?

—¿Ella en cara a mí? Yo entonces era un chaval cuasi, un chaval más loco que una yegua y aficionáo a tó lo que más le gusta al cuerpo, y por tanto creo inútil decirles a ustedes que a los dos años de casáo había hecho polvo un corralón y dos solares y un almen-dral en Almogía, y que mi probe *gachí* que estaba acostumbrá a que le llevaran cuasi la cola, tuvo que andar durante una temporá pasando más fatigas que un asmático, y fregando y barriendo y lavando y jasta quitándose el pan de la boca pa que yo me lo comiera.

—¿Y nunca te dijo naíta?—le preguntó el *Tembloso* al *Castizo*, cuyo acento parecía brotarle del corazón empapado en lágrimas.

—¡Decirme!, ¿qué diba a decirme a mí la probetica mía? Pa saber quién era mi María de los Dolores no hay más que preguntárselo a mi compadre el *Tocínero*, que por haberse metío una vez

en camisa de once varas, desde dos años antes que recogiera Dios a mi María no pudo volver a poner un *pinrel* en mis *cubriles*.

—¿Y eso?—le preguntó al *Castizo* el *Oblea* mirándolo con interrogadora expresión.

—Pos eso pasó porque un día que fue a buscarme, cuando yo ya había vendío jasta los clavos, en una temporá en que ni pa Dios acertaba yo una carta, llegó mi compadre a mi rincón y como al hombre le dió pena de ver a mi María que era más bonita que el sol, cuasi como estaba Eva en el Paraíso y sin tener ni una silla en que sentarse...

—Vamos, no platiquemos de esas cosas—exclamó en aquel momento el *Temblores* al notar cómo se le humedecían los ojos al señor Pepe el *Castizo*.

—Güeno—dijo éste con voz más firme tras un breve silencio—, lo cierto es que a mi compadre al ver aquello se le ablandaron las entrañas y encomenzó a decir que aquello era un contra Dios y que yo estaba pidiendo a voces un grillete, y, camará, nunca lo hubiera dicho; al oírlo mi María se revolvió contra él como una fiera diciéndole que yo era más güeno que San Juan Evangelista, y que si yo me había gastáo los cuatro ochavos que tenía, no había sío en vicios, sino que lo había perdío en malos negocios y que ella era tan feliz que no se cambiaba ni por la reina de España, y que no quería golver a verlo a él en mi casa, y ná, que no púe yo conseguir que lo indurtara, camará; tan no lo conseguí que no gorvió a cruzarse su palabra tan y mientras vivió con la de mi compadre Antónico el *Tocinero*.

—Por vía e la Virgen, que no hemos venío aquí a que se nos errita el corazón—exclamó el *Oblea* empuñando una de las botellas.

—Sí, jéchame vino—díjole el *Castizo* con acento emocionado.

—Pos no se platique más del asunto—dijo el *Temblores* con acento decidido—, y ya saben ustedes que de aquí a dos o tres meses me caso con Angustias la *Serrana*.

Y resonó de nuevo con argentinas vibraciones el cristal al chocar contra el cristal, y una hora más tarde no hubiera sido prudente penetrar en aquel merendero defendido de las miradas curiosas de los transeúntes por un a modo de laberíntico cortinaje de verdes trepaderas y de campanillas azules.

(ESPAÑA. Rev. de la Asoc. Pat. Esp. B. Aires, 27-IX-1908.)

ENTRE CIMBELES

No morena, sino casi etiópica, era Currita la *Mayorala*, hembra de veinte abriles, de pelo rizado, abundantísimo y negro como el azabache, con ojos de antílope en celo, tez fina y renegreante, de facciones enérgicas como las de un gitano adolescente, y cuerpo lleno, robusto, de marmóreas y arrogantes curvaturas y suelto y ágil como el de la más gentil bailadora.

Y con estos atractivos y otros, como eran su habilidad en cantarse un tango o una "tartanera", como pudieran hacerlo ángeles y serafines, y su inimitable gracia en taconearse cualquiera de los tangos más en boga; poniéndole seco el paladar y fatigoso el aliento a los que tenían la buena o mala fortuna de contemplar sus primores, no era de extrañar, repetimos, que llevara como llevaba ya dos años de cimbel en la taberna de la *Chata* de los *Chícharos*, mimada por ésta y por su consorte, el señor Juanico el *Talabartero*, uno de los más ilustres ejemplares de los que viven o vegetan de upa en Maguíta la bella.

Currita la *Mayorala* cumplía su cometido de modo maravilloso, sin dar nunca al olvido lo que le hubo de decir la de los *Chícharos*, antes de colocarla por primera vez junto al mostrador de su establecimiento, que le dijo con voz a la que el uso o tal vez el abuso del de *Jubrique* había robado casi toda vibración sonora.

—Antes de que encomiencen a trabajar sá menester que te dé yo unas cuantas liciones, y sá menester que sepas que el oficio de *simbé* es más bonito que er só *chanelando* una miajita, y teniendo una miaja de tunantería, otra miajita de vergüenza y otra miajita de güenas inclinaciones.

—Sobre tó lo de las güenas inclinaciones—exclamó ratificando lo dicho por su consorte Juanico el *Talabartero*, que parecía no haber nacido más que para remachar todo cuanto afirmara la de los *Chícharos*.

—Pos bien—continuó ésta en grave actitud y colocándose ambos

puños en los ijares—, has de saber tú que tu obligación es jacer que no haiga en tó er barrio *gachó* aficionado ar *chocolate* que no ajoci-que aquí pa gastarse con alegría lo que traiga en la fartriquera: tener *quinqué* bastante pa sortear a los guasones encuerinos que viven de lo que *gorrean*, y saber si llega el caso, que siempre llega, plantarlos de un empellón en la del rey; alternar con los güenos parroquianos, aceptar sus convidás, pero que resurte como si en lugar de jacerte ellos un favor se lo jicieras tú a ellos, beber mucho y escupir más, pero sá menester escupir con tarto y sin que se te enteren ni los cormillos tan siquiera, que en lo que tú escupas, tú llevarás tu tanto y cuanto, y sá menester tamién que estés siempre que rechines de limpia, y que si tiées penas te las comas con tomate u sin tomate...

—Eso es... con tomate u sin tomate—repitió gravemente el *Talabartero*.

—Tú te callas...—díjole con aire de suprema autoridad a su marido la de los *Chícharos*, y dirigiéndose a Currita, concluyó—. Sá menester tamién saber de qué pie cojea er que viene a la casa, saber cuánto puée valer er chaleco y la leontina que traen, que dambas cosas son lo primerito que dejan en prenda, bailar y cantar lo menos posible, que al hombre jarto jasta su jálito le jiede; y sobre tó, hija mía, sobre tó en lo que resperta a lo otro, a lo de *chipé* sá menester no dar al orvío que a los hombres hay que trastearlos con muchísimo entendimiento, que los hombres tós o cuasi tós están pidiendo a voces una enjalma y un ronزال y una batícola. ¿Tú te enteras?

—¡Eso es, una enjalma y un ronزال y una batícola!

—Pos sí, hija mía—continuó la de los *Chícharos*, aprovechando el inciso de su marido para tomar resuello—, haz tú caso de lo que yo te digo, con los hombres no hay que ser ni palomas ni zarzales; hay que llevarlos y sobrellevarlos con muchísimo *pesqui*, y decirles con los *sacais* “Júrgame” y con la boca: “Como me jürgues te mato”, y sobre tó, Curra, sobre tó que no se enteren nunca de cómo pones tú el perfil cuando se te va er sentío, porque los hombres en cuantito se enteran de eso ya no quieen saber más. ¿Tú te enteras?

Y de modo tan admirable hubo de aprender las lecciones de su profesora y protectora Currita la *Mayorala*, que a los seis días de estar desempeñando su cometido, díjole la *Chata* acariciándole bondadosamente las mejillas.

—Estoy la mar de contenta de ti; a ti al mandarte al mundo te mandaron pa cimbél, y como estoy contenta de ti, y yo tengo conciencia, en vez de pagarte a razón de una *púa* diaria te voy a pagar a razón de cinco riales, y como llevas seis días aquí son seis veces

sinco, y seis veces sinco son treinta riales bien contaos y mu requete-bién contaos.

—Pos muchas gracias, señá Lola, y que le conste a usted que ta-mién estoy yo la mar de contenta, y no dirá usté que no alterno que hier tarde me bebí na más que seis chatos y escupí por lo menos dos millones.

—Ah, pícara, te creerás tú que me he jecho yo la lila con lo que te corresponde por escupir, ná de eso, hija mía, es que eso es cuenta aparte, y por escupir te corresponden tres pesetas.

—¿Ná más que tres pesetas, señá Lola?

—¿Tú sabes lo que deja er vino? Er vino no deja ni pa zargatona, hija mía; pero, en fin, como yo no quiero que tú pienses que mos-otros semos de los que se les engorruñe el ombligo por dos pares de lentejas, quíee decir que te daré cuatro en vez de tres, y no me pes-tañees, que eso que te llevas tú no lo gano yo, só agoniosa, en menos de una quincena.

II

El señor Antonio el *Toneles* comprendió que el nuevo cimbel de la de los *Chícharos* iba a ser la muerte de su establecimiento; que aquella pícara de ojos como brasas y de piel casi de luto íbale a dar a la de los *Chícharos* el triunfo en el torneo mantenido por ambos *hondilones* desde su fundación, y viendo el *Toneles* la muerte al ojo, como vivo y experimentado que era, apercibióse a la defensa, para lo cual en el día en que lo sacamos a relucir, al ver penetrar en su taberna al *Matita de Poleo*, que penetró en ella contoneándose gallardamente y como diciéndole a todos los que allí estaban congregados: “Mírenme y pásmense, caballeros.” Al verlo penetrar en el *hondilón*, repetimos, una idea surgió en su cerebro caldeado por recientes y repetidas libaciones, y como hombre vehemente y esclavo de sus casi infalibles corazonadas que era.

—Ven acá tú, *Matita de Poleo*—díjole a éste con acento bronco y enérgico.

Matita de Poleo se plantó en firme, encogió los párpados, se puso la mano a modo de pantalla sobre los ojos como si le molestara la luz y exclamó con acento de zumba:

—¡Ah, que es usté, caballero!

Y acercándose siempre contoneándose al mostrador, se detuvo delante de la gran batería con que tentaba a los bebedores hambrien-

tos el *Toneles*, cuya cónyuge tenía, según afirmaban paladares acreditados, manos de ángel para preparar una fuente de anchoas o un puñado de aceitunas o una fuente de boquerones.

—Pos sí, señor, yo soy er que te llama pa platicar contigo de la mar de cosas y pa peírte un favor que yo te voy a peir con mis requetegüenísimos modales.

—Pos a peir de tó lo que yo pueo dar menos corcho que lo tengo tó contratáo.

El *Toneles* cogió por el brazo a *Matita de Poleo*, llevóselo a un extremo, solitario a la sazón y espléndidamente iluminado por un mechero de gas, y púsose a contemplarlo detenidamente y con expresión complacida.

—¿Pero es que me va usté a contar los poros?—preguntóle sonriendo *Matita de Poleo*.

—Cá, hombre, es que si yo fuera una *gachí* y una *gachí* de las de no te menées, ahora mismito te peía yo que me quisieras o que me tiraras a un pozo.

—Compare, pos tenga usté la seguriá de que lo tiraba a usté ar pozo. ¿Y es pa eso pa lo que me ha traío usté a la vera del de *Lágrima*?

—No, hombre, yo te he llamao pa decirte que tú eres er mozo más *chipé* der barrio, el más bonito, er más pinturero y er más afortunao con toítas las mujeres; que a la *gachí* que tú le pongas los puntos ya puée mandar por los Oleos, pues no le vale ni Santa Rita; que, además de los méritos que te dio el *divé* que es la bandera de tu amparo, tú tiées güenos comportamientos pa con tos los que te estiman, y tiées simpatía y tiées labia y tiées perfil, y tiées güenas ropas y lo único que te jace falta es un remontúa de *chipé* con una leontina de oro de *chipé* y en la leontina y como corgantes un sello y dos tumbagás.

—¿Y me va usté a regalar el remontúa y la leontina y er sello y las tumbagás?

—Pos to pudiera ser, si tú fueras capaz de jacerme a mí otro favor.

—Pos por jecho, con tal que no sea que me purgue.

—Na de purgas, lo que yo necesito es que me mates un cimbel con una de tus caías de párpado y con uno de tus cimbresos de cintura.

—Y ese cimbel, ¿se puée saber quién es?

—Si es que me juras guardar el secreto si el negocio no te conviene, más vivo entoavía.

—Yo soy una sepultura pa guardar toítos los secretos.

—Pos bien, el cimbel que yo digo es la *Mayorala*, la de cá de la de los *Chícharos*, una morucha que me trae frito, que se me ha llevao la mitá de mi parroquia, que le está engordando a la Dolores la barriga por cuasi ná, un cimbel que vale más que un bandurrio y que me va a quitar la vía a fuerza de berrenchines.

—Pos ya sé quién es la que usté dice, lo que yo no sé es si esa *gachí* es blanda de corazón y si se ríe u no se ríe cuando se le jace cosquillas.

—Jasta pa eso es mala; yo, la verdá, ya le he jechao una jauría de las que valen cuasi tanto como tú y trabajan más barato, como son el *Arpiste*, el *Mistela*, el *Gorigori* y er *Mantequilla de cacao*, pero como si na; tos han salío con er labio caío y las manos en la cabeza.

Matita de Poleo quedó un instante pensativo y

—Güeno, pos probaré yo tamién fortuna, pero ya sabe usté que ha de ser de oro de ley la leontina y de oro de ley er reló y er sello y las dos tumbagas.

—Vaya, más fijo que hay Dios que te merco toíto ese *argahijo* si te sales con la tuya.

—Pos me voy a ganar er jornal, que tengo yo ya ganas de verme con úas esas cosas en er chaleco.

Y Matita de Poleo salió de casa de *Toneles*, que se quedó murmurandi con aire satisfecho:

—Me paéce a mí que lo que es ahora va de veras y que no tiée este *achó* ni pa desayunarse con Curra la *Mayorala*.

III

—ye tú, Currita, me quiées decir por qué se las trae contigo er *Tonel*, que dice que en cuanto sepa que un día se te ha orvíao en tu cas, er pito de carretilla te va a dar un crugío que se te va a caer toíto e pelo.

Cuita la *Mayorala* se encogió de hombros y repúsole al *Pantalo-*nes al ar que limpiaba la mesa de pino en la que acababa de colocar un añero.

—Csas der *Toneles*, al cual le vivo yo la mar de agradecía, que si no fura por él, no tendría yo más de dos pares de chaponas y un mal jerón en mi cama.

—¿leso se puée saber por qué lo ices tú?

—A sté se lo digo yo tó, agüelito, porque usté es hombre callao, y al quyo le tengo muchísima estima y muchísima voluntá.

—Estimando lo que platicas como si ca palabra tuya fuera un cintillo de diamante y rubíes, pero explícame eso de las chaponas y del jergón de tu cama.

—Pos la cosa es más clara que er sol; yo no sé por qué; porque sí, porque les da la repotente gana, a los mozos les ha dao por venir aquí desde que yo estoy con la *Chata*, y la *Chata* vive adorando en mí, y arcángeles son pa ella demonios que yo pinte.

—Pos naturalmente que sí, si esto antes que tú vinieras estaba llamando a voces a los seportureros.

—Será por lo que sea, pero lo cierto es que yo ganaba cinco riales y un tanto por escupir y que a los dos meses me tiró el *chambel* el *Toneles* con dos *púas* por cebo, y yo, como soy decente y tengo vergüenza y güenos procederes, se lo dije a la de los *Chícharos*, y la de los *Chícharos* entoavía no se lo había dicho cuando ya me estaba poniendo el mismo jornal en la parma de la mano.

—Bien, pero que mu bien jugá la partía—exclamó el *Pantalones* con acento complacido.

—Pos bien—continuó Currita con voz risueña—, viendo el *Toneles* que no hacía caso empezó a trabajar con las de Caín, y mesortó tres o cuatro palomos de los de mejor casta der barrio, y yo, que me comí la partía, empecé a repicar a quéa, y la de los *Chíchara* me regaló un par de botas a la Imperiala y un corte de vestío y do pares de enaguas blancas que, de finas que son, paecen de tó mens de muselina morena.

—Como que sabe más ésa sin narices que toítos los narigons.

—Pos endispués y ya a la desesperá er *Toneles* buscó ar *Matita de Poleo*, usté lo conoce, un *gachó* que de bonito que es paec una litografía, y que no puede andar de tonto que es, y al que al dlarlo su madre se le orvió darle los *apoyos* e la vergüenza.

—Sí que tiees razón; como que el mu pendón no vive má que de lo que rebaña.

—Pos bien, a ése fue el que escogió er *Toneles*, y la de la *Chícharos* se enteró de que er *Toneles* le había prometió un reló y una leontina y un sello y dos tumbagas si me quitaba de aquí y mllevarba a su casa u a cualquier *buchínchi*, y la de los *Chícharos* me lo dijo, y la de los *Chícharos* y yo mos pusimos de acuerdo pa astigar al *Toneles*, totar que yo hice como si *Matita de Poleo* me euviera quitando toítas las tapaeras der sentío, y er *Matita de Pol* se lo creyó y jace tres días me dijo que le daba muchísima penale que yo estuviera aquí y que era menester que me fuera a mi ca y dejara ya este negocio, y que lo mejor era que me fuera a ca d *Toneles*, y yo le dije a to que sí, y er *Toneles* se lo creyó y por pquito si

se guilla de la alegría, y... na que ar día siguiente, se me vino er *Matita de Poleo* con er chaleco que era toíta una belonería.

—¿Y endispués?

—Pos endispués, asín que lo vide tan lleno de relumbrones le dije que a mí no me gustaban los hombres con caenas, y que le dijera ar *Toneles* que me alegraba de verlo güeno y, naturalmente, aún está er *Toneles* que habla solo y se muerde hasta la palma de la mano.

—¿Y a to esto la de los *Chícharos*, qué?

Y no fue preciso que contestara Currita al *Pantalones*, pues en aquel momento penetró en el *hondilón* la de los *Chícharos*, congestionada por el sol y por la carrera en pelo que sin duda acababa de darse, y llegada que hubo y respirando fatigosamente exclamó soltando sobre el mostrador una caja y dirigiéndose a la *Mayoralá*.

—Vaya, hija, pa que veas tú que yo bailo al son que me tocan. Y diciendo esto abrió la caja, y Currita se estremeció de gozo al ver brillar al sol que inundaba el establecimiento un mantón de Manila de larguísimos flecos y de vivísimos colores.

—¿Y esto es pa mí, señá Lola, esto es pa mí?

—Pues ya lo creo, pa ti, y éste es de los de órdago, treinta duros como treinta soles me acaba de costar en cá de la señá Pepa la vendedora de Capuchinos.

—Pos yo sé la cara que va a poner en cuantito me lo vea el *Matita de Poleo*.

—A propósito de eso, tú no sabes lo de *Matita de Poleo*, tú no sabes que por poquito si se mata con el *Toneles*.

—¿Y eso poiqué? ¿Por mo de mí?—preguntó alarmada la muchacha.

—Cá, no, no por ti, sino poi que los ha llevao a que los toquen, y les ha resurtao, no de oro de ley, sino de oro de belón, el reló y la leontina y er sello y las dos tumbagas.

Y una explosión de risa resonó en la taberna de la de los *Chícharos* celebrando la astucia del *Toneles* y la derrota del *Matita de Poleo*, uno de los hombres más bonitos y de más cartel del barrio de la Victoria.

(ESPAÑA. Rev. de la Asoc. Pat. Esp. B. Aires, 3-III-1907.)

LA APUESTA

I

—Me parece a mí por la pinta, que es el *Pinturero* el que vié por el Arroyo de los Angeles—dijo Dolores, entornando los párpados y colocándose la mano sobre ellos a modo de pantalla.

Rosario dejó la costura sobre una silla, se acercó a la reja, mirando en la dirección que acababa de indicarle su hermana, y

—El mismo que viste y calza—exclamó apenas hubo clavado un punto en la dirección indicada sus negrísimos ojos de gacela, y tras un instante de silencio, añadió con expresión ponderativa:

—Como que no se puée confundir con nadie ese *gachó*; como que es el mozo mejor plantao del barrio de Capuchinos.

—Cuando está como ahora a caballo, que cuando no lo está, parecen sus piernas las dos asas de una ponchera.

—Cómo se conoce que nunca te ha sío a ti ese *gachó* ni medio simpático tan siquiera.

—Como que a mí no me lo son nunca los hombres que presumen, y no me negarás tú que ése es de los que se piensan que en mirando a una mujer, el Santolio pa señora.

—Si las mujeres tuviésemos una miajita más de vergüenza, no se enterarían ellos de lo que no se deben enterar, y entonces no tendrían razón pa ser presumíos.

—Es que a ése lo parió su madre pa que se mirara al pasar en tos los escaparates.

—Eso no es to grano, porque sa menester tener en cuenta que quienes más aprietan hablando mal de Joseíto son cuatro esgraciás a las que no puée ver, sin que le dé hipo, el *Pinturero*.

—Lo que parece mentira es que tú defiendas a ese mocito en-dispués de lo que con él te ha pasao.

—Es que cuando él hizo la apuesta que ha hecho con ese mal arate de Juan Galindo, le llegaba el solera a las glándulas, y, además, no tengas tú cudiao, que si el hombre pecó como pecó, ya sufrirá la penitencia.

—El día que ese *gachó* tenga que pagarle la apuesta al otro, ese



día, como si lo viera, tiée que llamar al barbero pa que le dé una sangría.

—No tanto. No diré yo que a Joseíto le guste encender la copa con billetes de Banco, pero de eso a que se le encoja el corazón ni le dé una alferecía..., y si fuese tan “to pa mí”, como dicen, no vestiría el hombre como viste; no tendría tan bien alimentá ni tan bien *jateá* a su hermana María Pepa, ni se gastaría un *chusco* cuando es preciso gastárselo, como el *gachó* se lo gasta... Pero vamos a callar que me parece que ese guasón se viée como tos los días farturao pa nuestra ventana.

—Naturalmente que vendrá a ver si a fuerza de darte coba se ajorra los cuatro chavos de la porfía.

—Sí, ya verás tú los cuatro chavos que le voy a dar yo a ese mozo ahora mismito.

—Pero ¿le vas a decir lo de la apuesta?

—Pos de juro que sí, como que tengo la mar de ganitas de decírselo.

—Pos entonces, tan y mientras yo me voy al patio con la casera.

Y Dolores salió de la sala, mientras Rosario volvía a la costura, no sin recrearse en mirar a hurtadillas a Joseíto, que seguía avanzando con dirección a la reja al paso airoso y lento de su cabalgadura, un potro de gran alzada, de cabos finos y de aventadas narices que enarcaba el robusto cuello como enorgullecido de su gallardo jinete.

II

—Buenas tardes, proigio—dijo el recién llegado, casi haciendo meter a su potro la cabeza por entre los hierros de la ventana, y después, apeándose de él con la misma agilidad que hubiese podido hacerlo un acróbata, arrojó las bridas sobre las crines de su cabalgadura y añadió al par que se desentumecía las piernas, taconeando fuertemente sobre el empedrado:

—Que un *divé* bendiga a la reina del rocío... ¿Me querría usted jacer el favor de un buche de la del pozo, a ver si se me pasa el berrinche?

—Vamos, hombre, que sa creío usted que yo soy la Samaritana.

—Lo que me he creío yo es que usted es las dos alas de mi corazón, ¿usted se entera? Lo que yo me he creío es que usted es pa mí la más graciosa, la más pícara, la mejor torneá y, sobre to, la de más malita sangre de toitas las mujeres.

—Y oiga usted: ¿eso de la mala sangre se cree usted que sea mal que no tenga cura?

—¡El cura! Ese es el que yo necesito, el que tiée en su mano el bársamo que me tiée que curar a mí la penita de que muero.

—¡Pos como no le dé a usté el cura ese bálsamo!

—Pero ¿es que usté no se va a adolecer de mí? Pero ¿es que usté me va a dejar morirme de *chingares*? ¿Es que se ha pensao usté que a mí me güele el aliento u que tengo yo algún defecto escondío?

—Pero ¿es que usté se piensa—exclamó Rosario mirando irónicamente a su enamorado—que es usté el sol y que le tiée que gustar usté a toítas las mujeres?

—Pero ¿es que no le gusto yo a usté, salero?—preguntó a Rosario, posando en ella una mirada suplicante Joseíto.

—Hombre, no es cosa que yo le diga a usté que me gusta; pero, en fin, si usté se empeña, le diré que de usté me gusta la fachá, pero no más que la fachá, y sobre to, que no es cosa de que yo parlamente con usté na más que porque usté se salga con la suya y gane la apuesta y se meta en la faltriquera un puñao de *colunarias*.

Y al decir esto, no pudo evitar Rosario que su voz delatara el despecho que le producía el recuerdo de la arrogante apuesta del *Pinturero*.

Este se puso encarnado, y

—¿A usté quién le ha dicho eso de la apuesta?—preguntó a Rosario con voz de sordas inflexiones, a la vez que se tornaba adusta y sombría su mirada.

Rosario se sintió arrepentida; los ojos del *Pinturero* acababan de prometerle unos cuantos acosones a Juan Galindo, y asustada por esto, exclamó con voz ligeramente turbada:

—De eso me he enterao yo por casolidá, ¿sabe usté?, por casolidá; porque como esas cosas no las dicen ustedes nunca debajo de una campana... Y yo le juro a usté que con la presona que a mí me lo ha dicho no puée usté pelear, so pena de que se ponga usté una chapona y unas enaguas y dos ligas de colores.

—Pero si el día en que pasó eso...

—No siga usté, hombre, no siga usté... Lo que yo le digo a usté es la fija: yo me he enterao porque me he enterao, y usté comprenderá que después de saber yo eso...

Joseíto miró con expresión inquieta y turbada a Rosario, y después:

—Mire usté, ¿usté va a creer lo que yo le diga?—le preguntó.

—Puée que me dé la rabia que tengo por creer lo que me diga.

—Pos bien, es verdá que yo aposté con el Galindo que antes que pasara el día de la Candelaria había de tenerme usté ya prometío ser la que me sazónara y me espumara el puchero; pero eso lo jice

yo aquel día porque el *charrán* del de la taberna, que me tiée mu mala voluntá, me había dao petrolio en lugar de solera, ¿sabe usté? Pero aluego me arrepentí más que de haber nació, y si no jice de mi palabra un trapo y lo tiré a la corriente de la calle fue porque no quise yo que pensara Juan Galindo que me había arrepentío por no tener que soltar los cuatro ochavos que mediaban en la cosa, pero a clavito pasao me sabía yo que usté no estaba pa mí ni medio mollar tan siquiera. Total, que yo estoy ya la mar de arrepentío, y como de los arrepentíos y de los que lloran es el reino de los cielos, y como pa mí no hay más reino de los cielos que el cielecito de su carita morena, pos velay usté.

—Pos si eso del cielo es verdá y no lo jase usté por salirse con la suya, ya está usté montando en su jaco y metiéndole espuela a su jaco y saliendo de estampía en su jaco, y que no lo güerva yo a ver a usté por aquí jasta que haiga pasao el día de la Candelaria.

Joseíto no se hizo repetir la orden, y ya con un pie en el estribo y apoyándose con una mano en el enarcado cuello del potro y con la otra inclinándose sobre la frente el pavero, preguntó a la hembra de sus amores:

—¿Y me promete usté que ese día no me iré yo con el corazón dolorío?

Y ante la sonrisa y la mirada de aquélla, que fueron dos promesas y dos caricias, saltó ágilmente sobre su potro, que manoteaba impaciente, y un momento después alejábase Joseíto el *Pinturero* por el polvoriento camino del Huerto de los Claveles.

III

—¿Y crees tú que vendrá hoy Joseíto?

—¡Vaya! Tan segura tuviera yo la gloria.

—¿Y si ha caío en cama por haber tenío que pagar la apuesta?

—¡No te digo que no es Joseíto lo que han dao en decir media ocena de envidiosas!

—¿Y se puée saber por qué ha estao aquí confesándose contigo Juan Galindo?

—Ha venío a pagarme lo que el hombre me debía.

—¿A pagarte lo que te debía?—preguntó sorprendida Dolores a su hermana.

—Como lo oyes, a pagarme una apuesta que tenía jecha con mi presonita gitana.

—Camará, que me maten si te entiendo.

—Pos me vas a entender. Tú sabes que Juan Galindo es un *roa*, ¿no es asín?

—¡Vaya!

—Pos Juan Galindo, como no gana más que cuatro pesetas de jornal y tiée que llevar yeros a dos palomares, pos endispués que jizo la apuesta con Joseíto, al hombre le temblaron las pantorrillas y se atosigó sólo en pensar que pudiese perder la apuesta y se vino en busca mía y me contó lo que le pasaba, y me dijo, pidiéndome cuartel con los ojos: “Si me jase usté llevar la contraria en este mal chapú, yo la mato a usté y endispués yo me enveneno.”

—Y entonces, ¿por qué apostó ese mal *arate*?

—Pos, según él dice, apostó porque como a mí me había oído decir que yo no parlamentarí con el *Pinturero* tan y mientras no pensionara al *Pinturero* el Estao, pos velay tú, el hombre se resfaló de la sin güeso y cuando quiso recoger vela, ya lo había soltao, y como los hombres no tiéen más que una palabra...

—Entonces hoy estará el *gachó* tan contento con el *parné* en el bolsillo.

—No, porque los *parneses* que le ha pagao Joseíto los tengo yo aquí pa degolvérselos esta tarde al *Pinturero*.

Y al decir esto, sonrióse maliciosamente la muchacha golpeándose la faltriquera.

—Pero ¿cómo puede ser, chiquilla?—le preguntó Dolores, mirándola con expresión de asombro.

—Pos es mu fácil; yo quise castigar a Joseíto, pero no que el otro guasón se gozara con sus *parneses*, y, por lo tanto, lo que yo jice fue decirle a Juan: “Pos mire usté, so lila, to puée arreglarse. Ya que ha apostao usté contra él, apueste usté tamién contra mí; apueste usté conmigo a que yo me rindo antes del día de la Candelaria, y si me rindo, yo le pago a usté y usté le paga a él con mis dineros, y si no me rindo, me paga usté a mí con los *parneses* del otro. Total, que pude convencerlo y el hombre ha cumplío como quien es, y aquí tengo yo un dineral metío en mi faltriquera.

—¿Y qué vas a jacer tú con esos dineros?

—¿Qué querrás tú que haga yo con ellos?... Pus lo que ya te he dicho: dárselos esta noche a Joseíto pa que los eche en una alcancía.

Y no pudieron continuar en su diálogo las dos hermanas, porque en aquel instante sintióse el brioso trotar de un caballo en el polvoriento camino, y momentos después decía Joseíto desde la reja con voz querellosa y besando con sus ojos los ojos negrísimos de Rosario:

—¿Y hoy no habrá por aquí un alma caritativa que le dé siquieira por compasión un buchito de agua a un probetico sediento?

(“EL IMPARCIAL”, sección de los lunes. Madrid, 5-IV-1909.)



LA DE LOS LUNARES

I

No le hubiera sido posible desmentir su abolengo gitano a Rosarito Heredia, más conocida que por su nombre y que por su ilustre apellido por la *Niña de los Lunares* en todo el barrio en que habíala hecho popular, además de su árbol genealógico, su semblante de maravilloso perfil, de ojos grandes, negros, de dulcísimo mirar, de tez morena y suave, de boca de labios gruesos y encendidos; de nítida dentadura, y de pelo tan abundante y tan indócil, que era empresa casi imposible el domar sus relucientes rebeldías.

Y como cuando el Supremo Hacedor dice más, no se cansa de repetirlo, habíale otorgado a nuestra gentil protagonista, además de los méritos ya indicados, un cuerpo de los que producen vértigo y calenturas, una imaginación viva y chispeante, y como testimonio irrecusable de su infinita bondad, habíale dado por progenitores al señor Juan el *Mestizo* y a la señá Clotilde la *Belonera*, o sea al más famoso de los decanos de los caldereros y a la más famosa de las vendedoras de randa y encaje de toda Andalucía.

Y como donde hay panales no faltan zánganos, no extrañarán nuestros lectores que fuesen casi innumerables los que mariposeaban alrededor de Rosarito, entre los que ocupaba lugar preferente Perico el *Talabartero*, un chaval medio *tábiro* que parecía estar pidiendo a voces la *Revalenta*, de ojos magníficos y febriles, graciosa sonrisa, rostro exangüe y demacrado, y del cual solía decir Rosarito con aire meditabundo:

—Cudíao que Perico es feo, pero cudíao que tiée rocío y tiée ángel y tiée cosas en su carita morena.

Y sin decidirse, no obstante, del todo por Perico, ni por ningún otro de los muchísimos que la arrullaban, estaba Rosarito, cuando una noche, en que gozaba en compañía de sus viejos del aire libre, en mitad del patio de su casa, hubo de penetrar—según cuentan—la tía *Pingajitos* anunciando con voz de aguardentosas inflexiones, que una comisión compuesta de la flor y nata de los mocitos *baries*, o sea, de Antonio el *Viruta*, Juanico el *Tartañoso* y Currito el *Tone-lero*, solicitaban ver a la *Niña de los Lunares*.

Penetrado que hubo la comisión en el patio:

—Que Dios les dé muy retegüenas noches a tos ustedes—exclamó el *Viruta*, destacándose del grupo y dirigiéndose gallardamente hacia Rosario.

—Que El se las dé a ustedes más mejores—repúsole, incorporándose trabajosamente, el señor Juan el *Mestizo*, mientras su mujer y su hija contestaban al saludo con algunas inclinaciones de cabeza.

—No, muchas gracias, no nos sentamos—exclamó el *Viruta*, rechazando blandamente la silla que el *Mestizo* acababa de ofrecerle—. ¡Nosotros no venimos más que a llevarnos, manque sea en andas de plata y bajo palio de sea, a este primor de primores!

Y al decir esto, el *Viruta* señalaba a la de los *Lunares*, que exclamó, mirando a aquél con los ojos graciosamente entornados:

—¿A mí? ¿Pos qué delito he jecho yo pa dir entre tres ladrones?

—¡Es... esti... mando!—exclamó con acento gangoso el tartamudo, al par que se llevaba la mano militarmente al sombrero.

—Pos si nosotros queremos llevárnosla a usted es porque ha de saber usted que en ca de Candelaria la *Pecosa* se ha armao una mija de ruío, ¿sabe usted? Se ha armao eso que digo, y el *Garañón* ha trincao la guitarra y el *Claviña* ha salío por tangos, que los canta que disloca y ha salío tamién bailando la *Chirrina*, ¿sabe usted?

—¡Sí señó que lo sé, que me acabo de enterar!

—Pos bien, esta noche ha díó por allí tamién un guasón que creo que es de Osuna, un *gachó* que por brillar se lo dora toito con purpurina, ¿usted sabe? Pos bien: ese *gachó* al ver bailar a la *Chirrina* dijo que no había en to er mundo quien bailara er tango como una tal Currita, que, según él, menea los *pinreles* en un tablao de Estepa, ¿sabe usted? Y nosotros oyendo esto, pos como es natural, le dijimos que pa bonita y que pa charrana y que pa regraciosa y que pa bailarse tangos la *Niña de los Lunares*, ¿sabe usted?

—Muchas gracias por el favor que ustedes me jicieron—exclamó Rosarito, sonriendo picarescamente.

—Totar—añadió el *Viruta*, mientras sus compañeros seguían asintiendo a cuanto él decía, moviendo la cabeza como caballitos amaestrados—, que nosotros dijimos lo que dijimos, y hemos apostao una convidá pa tos los que están allí, a que Rosario le quita los moños a la de Estepa en cuantico mueva un regatón y entorne un *cliso*, y large el primer púm... púm... púm... ¿Usted sabe?

Y terminado que hubo de hablar el *Viruta*, y tras de una débil resistencia de la de los *Lunares*, salieron todos los allí congregados

en dirección a casa de Candelaria la *Pecosa*, una de las hembras de más postín del Huerto de los Claveles.

II

—Oiga usted, so maravilla, ¿usté también es de las que creen que ésa de los *Lunares* baila más mejor que la que yo digo de Estepa? —preguntóle a Dolores la *Jureles* el admirador de Currita, retirándose gallardamente en la silla.

—Le diré a usted—repúsole la *Jureles* con acento de zumba—, como yo de Estepa no conozco más que los mantecaos, por la verdad... no sé, pero lo que sí pueo decirle es que si baila la de los *Lunares*, ¡sa menester que se apuntale usted toíto entero, y que después busque usted quien lo armione!

—¡Como que no hay en toíto er mundo una *gachí* que sirva ni pa quitarle la caspa tan siquiera!—exclamó el *Ventolina*, uno de los enamorados de Rosarito, que había escuchado el diálogo del de Osuna con la *Jureles*.

—Eso mu pronto sa de ver—dijo el forastero, encogiéndose de hombros desdeñosamente.

—¿Y quién va a ser el que va a poner los puntos sobre las íes? Porque pa eso se necesita una presona que haiga visto bailar a esa maravilla de Estepa—dijo Rosalía la *Pirulita*, sonriendo maliciosamente.

—Pos es verdá—murmuró Dolores en expresión meditabunda.

—Pos ¿y yo no la he visto?—exclamó el apasionado de la de Estepa—. Pos si yo no sé cómo no se ma gastao ya la campanilla de gritarle ¡olé, y olé tú y olé tu madre, salero!

—Pero es que eso no es bastante, que farta un cacho entoavía.

—¡Vaya si es bastante! Como que yo empeño mí palabra de hombre, de probar a toítos ustedes que no baila la de los *Lunares* lo que la que yo he visto en Estepa y, además, que ahí está el señor *Paquiro*, que lo ha visto como yo, y que es un hombre que por decir siempre la verdá ha vivió siempre con el perfil hipoteca.

Y ya disponíase a contestar al de Osuna otro de los concurrentes cuando...

—Aquí está la de los *Lunares*—gritaron algunos de los situados más cerca de la puerta de la calle.

—No sé yo cómo bailará er tango esa *gachí*—murmuró el de Osuna después de someter a una detenida inspección ocular a la de los *Lunares*, que acababa de penetrar en el patio, escoltada por su

madre y por los próceres de la comisión—, ¡pero sí perdería fijamente si hubiera apostao a que ha nació de madre una carita más regraciosa que su cara y un cuerpo más rebonito que su cuerpecito serrano!

Presentado que fue el de Osuna a la de los *Lunares*, y designado que fue también el *Paquiro* como juez supremo de la porfía...

—Con que queamos en que si este manojo de flores baila más mejor que la de Estepa, yo pago la convidá pa to er que quiera, ¡manque pía mate en coco!

—¡Y en que si baila peor, yo soy el que pago!—exclamó el *Ventolina* en actitud gallarda y arrogante.

—Conforme. Pero si baila mejor, yo necesito una cosa: que me quite el amargó de boca, ¡y eso que yo quiero es el clavel de bengala que tiée ese proigio en su peíito anillao!

—Pos entonces yo pongo la misma condición, porque así nunca llega las de perder, siempre se va ganando. Así es que si baila peor que la de Estepa, el clavel pa mí, y si no, el clavel pa usté y pa que lo guarde usté en un estuche de plata.

—Conforme—gritó la de los *Lunares*—. Pa el que pierda, el clavel, que no mos vamos a dijustar por tan poquilla cosa.

Y en el momento en que acababa de brotar de sus labios aquella palabra, sus ojos, que vagaban distraídos por entre la risueña concurrencia, se tropezaron con los de Perico el *Talabartero*, que la miraba con expresión suplicante y al par amenazadora y sombría.

Rosarito sintió que una vaga inquietud se apoderaba de su espíritu. Perico el *Talabartero* acababa de decirle con sus ojos negrísimos y chispeantes que había hecho mal en ofrecer aquella flor que tantas veces habíale pedido inútilmente aquella tarde; no obstante, la cosa no tenía ya compostura; además, ella era dueña de hacer de su capa un sayo y nadie tenía derecho a ponerle esclusas a sus caprichos ni diques a su voluntad, que para eso era más libre que la ola en el mar y que el pájaro en la rama.

III

El *Clavijero*, que había templado la guitarra como solía hacerlo en las grandes solemnidades, dio comienzo a su artística tarea, ora punteando de un modo tan hábil como vertiginoso, ora rasgueando de modo acompasadísimo, mientras la cantadora llenaba el espacio con sus inimitables y populares armonías, y la concurrencia palmo-teaba y jaleaba de modo automático y acompasado.

La Niña de los Lunares se recogió graciosamente la falda color

rosa de amplísimos volantes, dejando en descubierto el pie arqueado y prisionero en reducidos zapatos de piel finísima, y el principio de una pantorrilla capaz de quitarle el sueño a un cataléptico; atóse a la cintura el pañuelo de crespón encarnado, que ceñíale el busto, lleno de arrogancias virginales; dirigióse hacia donde estaba Perico, envolvió a éste en una mirada que fue una intensa y enloquecedora caricia; quitóle el pavero que aquél habíase plantado rabioso de un *choclazo* en mitad de la coronilla, al ver en peligro el codiciado clavel de bengala, y colocándose ella con todo primor sobre el peinado, avanzó al centro del patio, esperó en airosa actitud la entrada, que no tardó en ofrecerle el *Clavijero*, y dio comienzo a bailar el tango, el más gracioso y picaresco de los bailes andaluces.

El tío *Paquiro* clavó los ojos en la bailadora, y

—Baila como los mismísimos ángeles—murmuraba momentos después, tragando saliva a borbotones y sintiendo cómo resurgían de sus ya casi yertas cenizas ardentísimas llamaradas.

Y razón por quintales tenía el señor *Paquiro* al hacer tal afirmación, que no había hombre que pudiera ver tranquilo cómo la *Niña*, en maravillosos alardes de ductilidad, malicia y gentileza, movía de modo sensual su cuerpo, delatando en sus dulces ondulaciones hechizos y más hechizos; taconeando con habilidad suprema y electrizando a todos los en estado de responder a sus irresistibles tentaciones con sus ardientes contoneos, sus lascivas actitudes, sus espasmos dulcísimos y sus miradas en que el placer parecía hacerse letargos y centelleos.

IV

—¿Conque, dices tú, que la de los *Lunares* se llevó la palma? —preguntábase al día siguiente Paco el *Melenas* a Juan el *Pamplinoso*, sentados ambos frente a frente en la taberna de Lola la de los *Chapuces*.

—¡Vaya! ¡Pero que la parma! Como que er propio Currito cantó la gallina y se adelantó cuando ya no púo más y le tiró a los pies er pavero, y por poquito si no tenemos que sujetarlo con una camisa de fuerza; como que decía que se la diba a comer de una dentellá. ¡Tú sabes cómo se puso er *gachó*! ¡Si estaba que echaba jumo por toítos los poros e su presona!

—Entonces, ¿pagaría la apuesta?

—¡Digo! ¡No te diré más sino que hubo *gachó* que a estas horas debe estar con un cólico miserere!

—¿Y le dio la *Niña* er clavel ar de Osuna?

—Toma, en eso se emperrió el hombre, y la de los *Lunares* andaba dándole largas a la cosa, porque estaba allí el *Talabartero*, que no aseparaba de ella los ojos, y como pa la *Niña* no es costal de paja el *Talabartero*..., ¡pos velay tú!

—Pero ¿qué fue lo que por fin pasó?—preguntó, ya impaciente, a su amigo el de las *Melenas*.

—Toma, pos pasó lo que tenía que pasar: que la *Niña* fue a darle por fin el clavel ar de Osuna, y que cuando diba a dárselo, pegó el *Talabartero* un brinco, tal y como si le hubiera picao una tarántula, y que le quitó er clavel de la mano a la de los *Lunares*, y que la de los *Lunares* se queó jecha una estatua, y que Perico se puso er clavel en el ojal de la chaqueta, y que se queó mirando ar de Osuna como si estuviera mentándolo la madre con los ojos, y na, que dio media vuelta después, y que después se fue jacia la calle diciendo:

—¡Yo tamién he apostao que es pa mí el clavel, y que no hay quien a mí me quite este clavel de bengala!

—¿Y qué hizo er de Osuna? *Chavó*, ¿cuántos tendones fueron los que le rompió a Perico?

—Pos no pasó na ni le rompió ningún tendón, sino que cuando carculó el hombre que el otro podía estar ya en las Baleares, empezó a dar coses y relinchos, y a decir que se diba a comer de un bocao er clavel, y el ojal, y la chaqueta, y ar *Talabartero*. Y na, que asín que se desahogó... ¡Na, que no pasó más que lo que ya te he contaó!

—Pero a la *Niña* ¿le sentaría mu mal lo der *Talabartero*?

—Vaya, tan mal que ahora memisto he pasao yo por su casa y me la he encontrao de palique, en la ventana, con Perico el *Talabartero*.

—Siempre es tiempo de aprender, y las mujeres no se parecen más que a las mujeres—murmuró con acento sentencioso el de las *Melenas*.

Y enorgullecido por lo que acababa de decir, llenó hasta los bordes las copas, ofreció una de ellas a su amigo, llevó la otra con casi religiosa gravedad a la altura de los ojos, contempló con voluptuosa fijeza el licor que en ella brillaba y la acercó después a sus labios, bebiéndola sin desperdiciar ni una sola gota de su oloroso contenido.

(“ESPAÑA”. Rev. de la Asoc. Pat. Esp. B. Aires, 2-IX-1906.)

ENTRE PENCARES

I

—Calle ostó, tío *Arcasiles*, que paece que Dios está enojao con mosotros; mie osté que mi olivar es un olivar la mar de regracioso y la mar de agraecío. Pos bien: ogaño no mos ha dao ni pa llenar la torba ni una vez tan siquiera, ni pa manchar el alfarge ni pa alegrar la regaifa. ¡Pos y los almendros! Cualisquier año a medio meter, no más que a medio meter, mos da él solico pa pagalle al amo lo suyo. Pos bien: ogaño cuatro pipas, pa un ajo blanco; lo único que se ha medio portao ha sío el jigueral, al que se le han recogío cosa e cien ceretes de los blanquillos, que son, por más señas, ca uno un terrón de azúca. Pero ajuste osté la cuenta y verá su mercé... No le diré a osté más sino que no he poío mercalle a mi jembra ni un mal refajo; como que estamos viviendo del aire cuasi como los camaleones, y gracias que a las cuatro cabrillas que tenemos las ha rispetao la *jerusa* que ogaño se ha llevao el quinto de ca piara.

—Y el zagal, ¿qué es lo que jace?

—Pos lo que siempre: erritiéndose trabajando. El zagal mos ha salío de ley, camará, que no lo cambio por una granizá de onzas de oro, que tiée una voluntá pa el trabajo que gusto da miralle menear los remos, y si por él no fuera, yo no podría con este argahijo, que ya a nuestra edá el mucho trasiego mos erriba, que los años jasta los treinta dan flores, pero endispués de los treinta no dan más que sinsabores.

—Diga osté que sí, pero eso pa contallo sa menester pasallo, que cuando uno es mozo y le jierve la encarná en las venas, to mos parece naíca y er mundo chico y er plomo plumas.

—Diga osté que sí, tío *Arcasiles*. Pero, platicando de otra cosa, ¿jacia aónde diba su mercé por estos andurriales? Y su mercé perdone la confianza.

—Pos ni más acá ni más allaílla de aonde he venío a erribar con toícos mis menesteres.

—Pos que le coste a osté que es pa mí una gala dalle sombra a su mercé en mis *cubriles*.

—Y la señá Pepa, ¿por aónde anda la probe?

—Por ahí entro; esa pícara vieja mía es un león pa sus jaciendas, y no sé yo cómo tiée rejo pa jacer lo que jace, que entoavía no ha encomenzao a clarear y ya la tiée osté meneándose más que el viento y que el azogue.

—Como que tiée fama de güena y de jacendosa.

—Y merecía, y no lo digo por alabancia: Güen tomillo y güen romero se encuentran en to este partío—güen tomillo y güen romero, mas son mejores los míos.

—Asina era la que a mí me dejó solico y asina es tamién mi Rosario, como que ella es mi alegría, como que si no fuera por ella lo mesmo serían pa mí que el jugo de la retama las mieles de los panales.

—Y que está la moza jechita una jembra, pero que una jembra de una vez, tío *Arcasiles*.

—¡Que si lo está! Osté no sabe na de eso; eso pa enterarse una miajilla tan siquiera sa menester emplear un día por lo menos en mirar ca una de sus faiciones, como que tiée unos ojos azules que a los mismísimos serafines se les podían engarzar en la cara, y una nariz que es un piñón, y una boca que cuando se sonríe yo me queo tonto, pero que tonto, mirándola; y una mata de pelo y un mo de platicar, poique ella sabe platicar mu requetebién, y con un metal de voz que tiée que es una música; y si como cara es un primor, como cuerpo..., como cuerpo no ha parío madre zagala más bien torneá ni más bien repartía; y resperto a sus interiores, resperto a sus interiores, la más mejor podrá igualalle, pero no rebasalla, y estos no son calores de padre, sino que es la verdá, la santa verdá que no tiée más que un camino.

—Si eso ya lo sabemos tos mosotros, si er sonío canta er metá de la campana; además, que mosotros, manque no la haigamos tratao, sabemos mucho de ella, como que nuestro zagal no platica de otra cosa dende que nace el sol jasta que sale la luna.

—Pos por eso vengo yo a visitar a sus mercedes, poique mi Rosario no jace más que suspirar y mirar jacia estos olivares, y no está a gusto más que cuando anda el zángano alreor de la colmena, de la que apenitas se aparta, y cuasi toa la noche se las pasa cantándole su querer dende er fondo de la caña u de en mitá de la era.

—¿Y cómo puée ser eso, si mi mozo se tiée que quear en er monte al cuidao de los bichos mientras andan careando?

—Pos carearán sin él. Y no es eso sólo, sino que ahora con este con qué y aluego con el otro, lo tengo en casa cuarenta veces ar día, y po eso me he determinao yo a venir pa decille a su mercé que no es que a mí me agravie la voluntá que a la muchacha le tiée el za-

gal, que si ella es una rosa de Jericó, él es tamién una prenda, pero es que mi zagala está entoavía en capullo y la mies que mejor se trilla es la que más el sol dora; y además, y sobre to, y platicándole a su mercé con er corazón en la mano: la verdá es que a mí er peso de la edá me tiée ya enterrao cuasi jasta los corvejones y er día menos pensao sarta un terral y me reseca der to y me arranca de la cepa, y como pa uno los hijos son cuando se quean desamparaitos, los que ie juntan de jiel la boca a la de la guaaña, pos velay osté, yo he pensao colocar a la moza antes de que yo hipe por última vez, y como uno pa lo suyo siempre quíée lo mejor..., pos por lo que pasa..., a mi colmena me la ronda un güen colmenero..., un colmenero que, manque le venga mal el ogaño, se alimenta de lo de antaño, y manque a mi moza el tal no le güele a mejorana poique se ha aficionao a lo que menos le conviée, dicho sea esto sin ofender a naide, a mí se me ha metío entre ceja y ceja no tener por almohá al morirme un montón de cavilaciones. Asín es que como el colmenero que yo igo está una miajita asoliviantao con el zagal de ostés, y ella está pa él más dura que una jerriza, pos lo que yo me dije esta mañana, que me dije: "Oye tú, señó Pepe Villarrubia: si tú quíees jechar por el camino mejor, hoy mesmito te vas a ver al señó Toño el Serrano, que es hombre que no tiée corcho en los sesos, y cuéntale lo que te pasa, que ya verás tú como él es hombre que se pone en razón y verás tú como sin dalle tormento al zagal, que no se lo merece, lo quita de esa querencia, en lo cual te jace a ti un favor y él se jace otro favor y se lo jace al zagal, poique la verdá es que cuando se juntan dos probes no traspasa cuasi nunca sus lindes la alegría, y la necesidá se les sienta en el regazo, y mejor es que mi jembra se case con ese que yo digo, que tiée siempre por empezar una hogaza, y que su zagal de usté busque otra que le traiga argo más que dos estrellas por ojos y que un mimbres por cintura."

—Güeno, hombre, está bien. Lo que más lejos tenío yo de mí era que diba a tener que dalle a mi zagal hoy por to desayuno esa copita de tuera... Pero, en fin, ca uno jace con su pleita su serón, y no tenga cudiao su mercé, que no le cantaré más desde la era mi zagal a su zagala.

II

La luna inundábalo todo con su luz serena y pálida; apenas algún que otro lucero brillaba en el tranquilo horizonte en que resbalaban lentamente algunas nubes; dormía todo inmóvil y silencioso en el monte; el lagar de los "Mimbrales" fulgía como de mar-

fil y como engarzado entre las flotantes ramas de dos copudísimos algarrobos; los olivos y los almendros manchaban las empinadas laderas con sus tonos oscuros, y con sus claros verdores las apiñadas chumberas, que circuían el bien encalado edificio; la solemne quietud no era turbada más que de tarde en tarde por el ladrido de los perros, leales y avisados guardadores de los cercanos caseríos.

Todo parecía dormir a la luminosa caricia de la luna, cuando escalando ágil la cañada se destacó a espaldas del lagar la silueta garrida de Toño el de *Carambuco*, un zagal de no más de veinte años, fuerte, elástico, cenceño, de semblante atezado, de ojos de fiero y franco mirar, de labios gruesos y de pelo bravío; pantalón de pana, rojo ceñidor, recios zapatonos de baqueta, blanca camisa, amplio pañuelo azul a guisa de corbata; al hombro, la chaqueta de paño burdo, y en la mano, la indispensable escopeta.

Posó el recién llegado una mirada ávida en la tapia del corral, y como si su mirada tuviese algo de mágicamente evocadora, apareció por encima del muro el torso arrogante de Rosario.

—¿Me esperabas?—le preguntó Toño con voz trémula, posando sus ojos, grandes y febriles, en el semblante, aquella noche torvo y contraído, de la hembra de sus ensueños.

—De juro que te esperaba—reptúsole aquélla con voz sorda—. ¿No te había de esperar si mi padre me lo ha contaó toíco, toíco me lo ha contaó? ¿Y sabes tú ya lo que quíée jacer conmigo?

—Sí—le repuso con voz sombría el *Carambuco*—; casarte con Paco el de los *Jazmines*. Pero no tengas cudiao, que yo iré en busca de ese hombre.

—No, tú no irás en su busca—exclamó aquélla con voz acongojada.

—Sí que iré, ¡no he de ir! Pero no temas tú naíca, poique lo que yo le diré a ese hombre será: “Miosté, Paco, yo soy un probe que no tiée más fortuna que lo que se gana con el suor de su frente; pero yo, andando por la vía, me he trompezao con un manojo de flores, y en ese manojo de flores he puesto yo toa el alma con tos mis cinco sentíos; y ese manojo de flores es pa mí lo que es pa el pajarico la rama y lo que es el sol pa el que se jiela y lo que la mesma Virgen fue pa el Santo Patriarca. Osté, en cambio, tiée seis u siete lagares, osté a Rosario no le tiée más voluntá que la que se le tiée a lo que mos jechiza los ojos sin habernos entoavía jechao raíces en er corazón. Yo sé que el padre de mi Rosario na más que por agonía quíée casarla con osté, y si osté transige y si osté se muestra gustoso...”

Y Toño no pudo proseguir, y un silencio elocuente y amenazador puso epílogo siniestro a su apasionada plática.

—Pero ¿es que tú crees que ese hombre se va a apartar de nuestra vera na más que porque tú se lo igas? No; esengáñate, Toño: ese hombre está emperrao en salirse con su gusto, pero no se saldrá, porque antes de que se vaya a salir con él, soy yo capaz de decirte a ti...

Y enmudeció Rosario; pero de modo tan decidido y elocuente siguieron sus ojos hablando al *Carambuco*, que éste, convulso de pasión al leer en ellos un tropel de apasionadas, de ardientes, de dulcísimas promesas, y tras breves instantes de angustioso silencio, le repuso sombrío y decidido:

—No, eso no; eso sería matar a tu probetico viejo.

—Tíees razón, sería matallo; pero es que yo antes de que un hombre que no seas tú me jeché el jálito en la boca, me tiro de cabeza por cualisquier mal balate, por cualisquier despeñaero.

—¡Qué ha de jecharte a ti otro hombre el jálito de su boca! ¡Qué se ha de poner una mano que no sea la mía en la naca de tu cuerpo! ¡Ay del hombre que lo intente tan siquiera!

Y en aquel momento de trágicas meditaciones, cuando ambos enamorados al mirar el horizonte de su vida veíanlo como velado por una ráfaga de sangre y de infortunios, una voz cascada resonó en sus oídos y un hombre, destacándose de detrás de los pencares, avanzó lentamente hacia la tapia.

—¡Mi padre!—gritó, asustada, Rosario.

—El tío Cristóbal—murmuró sombríamente el *Carambuco*.

—El mesmo—dijo el viejo, con voz grave y reposada—; el mesmo, que sus ha estao oyendo dende el prencipio al remate, y que te va a peir un favor a ti, Toño, a ti, que eres güeno. Y ese favor es que te vayas ahora mesmito a tu choza y que le digas a tu padre que tíee un hijo que vale más que mi hija, y que como yo soy un envidioso y un to pa mí, que quieo que vengan mañana pa jacer conmigo un trato, porque yo quieo tamién que sea cosa mía un zagal como tú, que vale cien veces más que puée valer mi zagala y cien veces más que puée valer el Paco el de los *Jazmines*.

Y mientras Toño alejábase ebrio de gozo y henchido de esperanzas, y el viejo se dirigía hacia la puerta del lagar, Rosario, que lo había oído todo, lloraba de pena y de alegría, apoyada contra el muro, murmurando con voz sollozante:

—¡Probetico viejo mío, qué desengaño que le di y que bien que me lo paga!

TRINI

I

Trini se arrebujó en el mantón; una bocanada de aire frío había hecho estremecer, y sus dientes castañetearon; no obstante, no se atrevió a cerrar la ventana; podía rendirse al sueño, y si llegaba Antonio y la cogía dormida era muy capaz de coger el portante, como en la noche anterior, y marcharse a pasarla con aquella mala hembra que trabajaba por arrebatárselo y que empezaba a conseguirlo; apenas si ya Antonio tenía para ella una frase cariñosa, una de aquellas miradas enloquecedoras, una de aquellas sonrisas con que había conseguido hacerla abandonar su rincón, embellecido por todo cuanto puede hacer grato el vivir de las clases humildes, por aquella sala de tres metros en cuadro, combatida por la humedad y sin más mobiliario que el lecho, una mesa de pino, un baúl, cuatro sillas y cuatro cuadros, todo adquirido de lance en el baratillo de Curro, amueblador de los hogares miserables.

Trini comparaba aquel zaquizamí, mal alumbrado por un quinqué de tubo desboquillado, con la habitacioncita que ocupara en casa de sus tíos, con una ventana al patio, ventana en la que dábanle los buenos días los gorriones con su alegre píar a los primeros rayos del sol desde el frondoso ramaje del árbol que embellecía el patio de la casa; su cama de hierro con sábanas blanquísimas y mullido colchón de lana, que su tía había arreglado sangrando los dos suyos; una mesa de caoba con una Dolorosa, la cual empleábase ella en vestir con infantil alborozo; una cortina azul, que daba tonos tan suaves y poéticos a la estancia cuando la corría para defenderse de los rayos del sol estival; sus cuadros con molduras de pajarrosa, hechas y adornadas por ella con cintas de colores en los ángulos; la butaca de lona, en la que, una vez terminados los quehaceres de la casa, gustábale tanto reclinarse casi tendida, un pie sobre el otro, los brazos alrededor de la cabeza y, con los ojos entornados, dar suelta a su pensamiento, a la vez que oía de modo confuso el alegre gritar de los chiquillos que jugaban en el anchuroso patio.

Trini movió nerviosamente la cabeza para ahuyentar sus recuerdos; no quería pensar en sus tíos; cuando la imaginación la hacía ver sus rostros entristecidos, sus ojos llenos de lágrimas, sentía que el corazón se le partía; ella había pagado con la más negra ingratitud sus desvelos, sus ternuras, sus sacrificios; verdad que ella había huído engañada; a ella Antonio habíale dicho que en el instante en que ella huyera con él, ellos tendrían que dar su consentimiento, y en cuanto lo dieran... Ella no recordaba ya los pretextos que Antonio había buscado para no cumplir su juramento; primero, que necesitaba el consentimiento de unos parientes. ¡El consentimiento de unos parientes!, cuando el tío *Pámpana*, su vecino, habíale dicho que un hombre a los veintiséis años sólo necesitaba el permiso del sereno para casarse; luego fueron los gastos; mientras la cosa no se formalizara, él podía tenerla en aquel cuartucho, pero en cuanto se casara ya era distinto, tendría necesidad de presentarla como quien era y no como la tenía, casi al aire sus carnes de nácar... Sí, eso sí, palabras de miel no le faltaban a Antonio; aquello lo decía él como quien echa azúcar en un brebaje amargo y venenoso, y menos mal mientras duró el azúcar, pero ya..., ya no iban siendo más que hielos; cada vez que ella le preguntaba, con voz tímida y temblorosa, cuándo le iba a cumplir su promesa, él fruncía el entrecejo y, con una inflexión de voz hasta entonces para ella desconocida, respondíale bruscamente:

—Si tú quiées que yo agüequé el ala y no me güerva a parar en este caballete, no tiées más que seguir por ese camino.

Ella, la primera vez que oyó esto sintió como si el corazón se le subiese a la garganta para ahogarla; pero tuvo que tragarse sus lágrimas, porque no quería llorar; días antes habíale dicho Antonio al verla anegada en llanto:

—Mía, salero, que pierdes toíto er mérito en cuantito se te mojan los lagrimales y se te ponen los ojos que paecen dos azofaifas.

¡Qué diferencia! ¡Azofaifas los que fueron luceros matutinos y estrellas polares! ¡Los que fueron espejos donde bajaban a mirarse ángeles y serafines!

El viento seguía soplando cada vez más huracanado, y la lluvia empezó a arreciar, salpicando el rostro de Trini, que se defendía con el maltrecho mantón. La calle estaba solitaria; la luz de los reverberos refractaba, pálida y triste, en los charcos formados por la lluvia en el desigual empedrado; brilló en el extremo de la calle el farol del sereno, y su silbato dejó oír un a modo de silbido estridente y lastimero, y la campana de la vieja iglesia parroquial dejó oír su ronco tañido.

—¡Las dos!—musitó Trini, y sujetándose el mantón contra la

boca se cubrió el juvenil semblante hasta los ojos, y poco a poco abatieron sus párpados de nácar el haz de sus largas pestañas, y...

—Pero, Trini, hija, ¿qué jaces ahí? ¿No ves que te vas a quear helaíta?—exclamó el señor Curro, el tabernero, un viejo de crecido abdomen, rubicundos mofletes y pelo blanquísimo, que asomaba por bajo la encasquetada gorra de lana, viendo al abrir la puerta de su establecimiento a la muchacha hecha un “cuco” en la reja.

Abrió sobresaltada los ojos Trini, contempló con expresión entristecida al tabernero; poco a poco fue recobrando la lucidez, y

—¡Ah, que es usted, señor Curro!—exclamó con voz dulce y musical, al par que se restregaba los grandes ojos con ambos puños cerrados.

—Pero ¿pa qué te has alevantao tan temprano? ¿O es que...? Y los ojos del viejo pusieron fin a la interrogación.

Trini inclinó la cabeza y calló humillada; no quería confesar que habíase pasado la noche aguardando inútilmente a su Antonio..., su Antonio... ¿Dónde estaría su Antonio?... Al pensar esto, surgió en su imaginación el recuerdo de Filomena, de aquel trasto que había conseguido engatusar a su hombre.

—Conque no ha vinío y tú te has pasao la noche en la ventana, ¿verdá?

—No, es que me queé dormía.

—¡Es naturá, al calor de la lumbre!... ¡Charrán de mi ahijao! ¡Teniendo como tiene una flor que vale cien mil millones!... Asérate, mujer, que acaba de jervir el café y te sentará de primera.

—No, muchas gracias, no tengo gana.

—Si es que estarás helaíta, mujer. Verás qué bien te sienta.

Trini no insistió en la negativa; sentía necesidad, imperiosa necesidad, de tomar algo caliente que la desentumeciera, y de no haberse brindado el señor Curro, seguramente no hubiera podido satisfacer aquella más necesidad que deseo, porque Antonio, al irse la noche anterior, había arramblado con los pocos cuartos que tenían para aquel día que empezaba a teñir el cielo con sus primeras claridades.

II

Antonio penetró en la sala, y sentándose en la mecedora, se echó el sombrero sobre la cara, montó una pierna sobre la otra, cruzó las manos sobre el pecho, y pareció entregarse al sueño.

Filomena le contempló en silencio, y

—Que Dios te los dé mu güenos—exclamó con voz de reproche.

—Perdona—dijo aquél secamente—, pero tengo un sueño que me troncha.

Filomena le miró con vaga expresión de desdén. ¿Qué bicho le habría picao? Siempre que entraba y la sorprendía como estaba en aquellos momentos, apenas velado el arrogante seno por la camisa llena de cintajos de colores vivos, al aire los recios brazos de piel cálida y suelto el cabello sobre las carnosas espaldas, siempre tenía para sus carnes duras y morenas, para su pecho de nodriza de la montaña, para su rostro de facciones duras y agitanadas, un borbotón de deseos en sus ojos garzos y pasionales y una frase acariciadora en los labios voluptuosos. Y aquel día...

Filomena volvió a mirarse con más atención en el espejo. No, pues aquel día no tenía ella nada menos que los otros; sin duda, algo le pasaba a aquel pícaro chavalete que tan de cabeza la traía, cuando ya ella había tenido necesidad de arrancarse algunas canas no prematuras, con su gallardo empaque, su rostro terso y brillante, su boca fresca, apenas sombreada en el labio superior por un bozo suave, con sus donosos decires, con su cuerpo elástico y grácil.

—Pero ¿es que estás malo?—preguntó Filomena a Antonio, al par que con la más páfida intención alzaba los brazos para hundir el peine en la oscura cabellera.

—No; éjame, mujer, que es que tengo un *pardillazo* que no pueo con él—repúsole Antonio sin hacer un movimiento.

Si Filomena hubiera podido leer en el pensamiento de Antonio en aquel instante, hubiérase apresurado a ponerle velillos, si no a su corazón, a su vanidad y a sus deseos. El pensamiento de Antonio en aquellos instantes revoloteaba celoso y despechado en torno de Trini, de aquella chavalilla, capullo convertido en flor a sus caricias, un primor de mujer, de formas elegantes y sueltas que ondulaban suaves cual las del antílope, de carnes sonrosadas, de pie casi invisible y de rostro a los que los malos ratos y las pesadumbres no habían logrado arrebatarse ni su tersura, ni su brillantez, ni los tonos suavísimos de rosa temprana que lucía perpetuamente en sus encarnadas mejillas; ni a sus grandes ojos aquella dulce expresión infantil, que fueron y volvían a ser a modo de luminosos acicates de los deseos del mozo.

Este había empezado a notar una extraña metamorfosis en Trini: ya ésta no le recibía con cara adusta, ya no le preguntaba cuándo iba a dar cumplimiento a su promesa, ya no se pasaba las noches esperándole en la ventana, y cuando él preguntábale, respondíale ella con voz dulce y acariciadora:

—Pero ¿pa qué quíees que pase tan malas noches, si apenitas pegas en la ventana, ya estoy abriéndote la puerta de la calle?

Esto era verdad, pero también lo era que ella empezaba a no ser la misma. Además, había él observado otros detalles: Trini parecía cuidarse más del personal adorno, y ya apenas si la sorprendía él alguna vez sin peinar y sin acicalar con los escasos medios con que contaba para embellecer su persona. Verdad que Trini no necesitaba, como Filomena, pasarse dos horas delante del espejo, ni encorselarse, ni cambiar tres veces al día de chaquetilla, ni buscar los colores que mejor le sentaban. Trini, con meter la cara en agua fresca, salía su cara del lavamanos como una flor en las mañanas de abril; a Trini bastábale con pasarse dos veces el peine por la blonda melena y recogerse la larga trenza sobre la nuca para que pareciera arrancada de un cromo.

Y respecto a vestidos, ¿qué le importaba a ella no tener más que dos faldas casi fuera de uso, si al ponérselas parecía que se abrazaban a las curvas de su cuerpo, como de ellas enamoradas, poniendo de relieve sus tentadores hechizos?

Antonio puso mentalmente en paralelo a Trini y a Filomena, y un mal disimulado gesto de desdén contrajo sus labios y sintió que empezaba a pesarle el vaho de aquella habitación de ambiente envenenado con el olor de los perfumes baratos.

—Qué, ¿te has peleao con Trini, por casolidá?

Esta pregunta irritó a Antonio; antojósele casi una profanación. Cuando en otras ocasiones había nombrado a Trini Filomena, había causado mal efecto, pero en aquel instante antojósele que por causa suya acababa de mancharse Trini saliendo su nombre de aquellos labios agostados por las más brutales caricias; antojósele que Filomena, al nombrarla, la ponía a su nivel, y esto le hizo exclamar:

—No me gusta que mientes a Trini. Tú, en tu casa, y Trini, en la suya.

Filomena enarcó las pobladísimas cejas... Sin comprenderlo, adivinó el porqué de aquella protesta, y lastimada en su orgullo:

—¿Es que con mentarle ofendo yo a esa señora?

Antonio se incorporó como un corcel al oír el clarín guerrero, y en los labios le brincó una rotunda afirmación, pero pudo contenerse, y

—No, no es que la ofendes, sino que no me gusta que me la mientes, así como está por la primera vez que ella te haiga mentao a ti pa naíta. Yo te juro que nunca te ha mentao a ti mi Trini.

Filomena palideció de rabia. Antonio, sin piedad, acababa de pisotear su amor propio; sin querer, había dicho que era tanto el desprecio hacia ella de Trini, que ni siquiera se dignaba pronunciar su nombre, y al sentir el trallazo, todos sus treinta años de poderío

y de dictadura entre los hombres de más cartel se le incorporaron en el corazón y exclamó, entre iracunda y desdeñosa:

—Pos cuando quieras te vas con tu Trini, que yo en mi casa miento a quien quiero, ¿sabes tú? ¡A quien a mí me da la repentinísima gana!

Antonio se incorporó, procurando ocultar su regocijo al ver desmoronarse uno de los muros de su prisión, dejándole el paso libre, y

—Está bien—dijo con voz que inútilmente se esforzó en que resonara dolorida—; está bien. No me esperaba yo que le dieras tú este pago al querer que te tenía.

Y echándose el “cordobés” sobre la frente, se ajustó bien la trincheta de los pantalones, y

—¡Llama ar *mengue*!—musitaba momentos después alejándose rápido por el corredor, al sentir la voz suplicante de Filomena, que le gritaba arrepentida:

—¡Oye, Antonio..., ven acá, Antonio..., por tu salú, que no te vayas!

III

Antonio sintió que las lágrimas quemaban sus ojos y que los ceños mordíanle en el corazón.

¡Ay del hombre que había penetrado en su nido! El le haría pedazos para poder calmar el tremendo oleaje de su ira y su pena.

Cómo le dolía verse burlado por Trini, por aquella en quien había puesto todas sus ilusiones... Verdad era que él habíala tenido algo olvidada unos días a causa de aquel puñado de estiércol de Filomena, pero ¡qué hombre no tiene una malita racha! Todos sus amigos tenían sus belenes, y no por eso sus mujeres... Verdad que Trini no lo era suya todavía, pero lo hubiera sido muy pronto... Pero ya, ya aquello era imposible; aquella carta, de la que él no había conseguido arrancarle más que un pedazo, era de un hombre que, sin duda, enterado y valiéndose del abandono en que él la tenía, habíale desbancado en su corazón ofreciéndole oro y cariño, que éstas eran las palabras que contenía aquel pedazo de papel...

Oro..., cariño..., las dos cosas que más vuelven locas a las mujeres. ¡Ah!, pero ni él ni ella se burlarían de él; no habían ellos contado con la huéspeda, con que a él le sobraban corazón y bríos para cobrarse aquella mala partida.

—Pero ¿qué te pasa, Antonio?—le preguntó con voz afable el señor Curro—. ¿Qué te pasa a ti esta noche, que parece que te has propuesto beberte la cuarterola del seco?

Antonio miró con ojos conmovidos a su padrino; sabía muy bien que éste era uno de los pocos que le querían. Por esto, porque estuviera más que bajo su vigilancia, bajo su amparo, había tomado aquella habitación frente a su taberna y había aposentado en ella a Trini, pero sin duda los años habíanle quitado la vista al viejo, cuando nada había visto, porque de haber visto algo, él le hubiera evitado o le hubiese dado a tiempo la voz de alarma por lo menos.

—Pero ¿es que te has peleao con Trini?

—¿Peleao? No; no, señor. Yo no me pueo pelear con una mujer que a mí no me pertenece.

—Hombre, ¿que no te pertenece? Por vía e María Santísima, y qué purmón que tiées tú pa decir ciertas cosas.

—Yo pensaba que sí, que lo era—murmuró con voz sorda Antonio—; pero Trini me engañó. Trini está en relaciones con otro hombre.

—¿Que Trini...? Vamos, hombre, que tú no estás güeno del *aguacate*.

—¡Cuando yo se lo digo a usté!

—Pero si eso no puée ser, hombre. Por más que si eso hubiera pasao, mejor pa ti, porque tú, creo yo que por lo que andabas peleando era por eso.

—¿Yo pelear porque me engañara mi Trini?

—Hombre, si no es asín, yo no he visto cosa más parecía; porque cuando se trata a una mujer como tú lo has hecho con ello, teniéndola mal comía, mal vestía, en un mal chamizo, tratándola cuasi a puntapiés...

—¿Yo?

—Sí, tú. Pues qué, ¿no tengo yo ojos en la cara? Pos han sío pocas las veces que yo te he dicho: "Mía, Antoñuelo, que eso que tú estás jaciendo con esa rosa de Jericó es como tirarla al pozo." Y aluego, ¿por quién? Por un pendón como la Filomena, que ha sío toíta su vía un bebeero de palomos.

Antonio se mordió primero los labios; luego, un dedo, y

—Güeno, padrino, no me ajonde usté más el cuchillo. Conforme en que he sío yo el que me he matao..., porque es que esto a mí me mata, porque es que yo, antes de permitir que a Trini se la lleve otro hombre, mato a ese hombre, mato a Trini y mato...

—Menos matar, hombre, que no estás en la guerra, y si tú quieres yo iré a ver a Trini y...

—¿Y pa qué va usté a verla, si ya Trini quiere a otro; a otro que se cartea con ella, un señorito que le ofrece oro y cariño?

—¿Un señorito que le ofrece oro y cariño?

—Sí, señó. Esta mañana le cogí una carta; mejor dicho, un peazo, porque como ella se metió en el cuarto de la casera... Pero mire usted el peazo que le arranqué, vea usted lo que dice:

Y Antonio sacó con mano trémula un trozo de papel, que entregó al tabernero, diciéndole:

—Míe usted si no es verdá lo que yo digo.

El tabernero contempló el papel, y después de poner en él los ojos un instante:

—Vamos, hombre—repuso con voz grave—. Y si to esto resultara que no era naíta de lo que tú te figuras, ¿ejarías a la Filomena y cumplirías como debes cumplir con Trini la *Maravilla*?

—¿Y cómo va a poer ya ser eso, padrino?

—¿Tú harías lo que yo te he preguntao?

—¡Toma! Si eso fuera posible, por de juro que sí. ¡Digo!, mañana mismo estaba yo despertando de madrugá al cura de la parroquia.

—¿Me lo juras por la memoria de tu padre?

—Por la memoria de mi padre.

—Pos entonces toma y junta ese cacho al resto de la carta y lee, alma mía.

Y diciendo esto, entregó a Antonio la carta amputada, y cuyas arrugas delataban la lucha que hubo de librar inútilmente aquella mañana Antonio para arrancarla de las manos de Trini.

Antonio contempló como aturdido a su padrino, y leyó:

“Mi querida Trini:

Ten resignación, que ya se le pasará eso a tu Antonio, porque tu Antonio te quiere, tu Antonio es bueno, tu Antonio es trabajador y tu Antonio arrematará por casarse contigo y por darte lo tuyo, y tú arrematarás por tener tú lo que tú te mereces, oro y cariño. Tu casi padrino, Curro Heredia.”

Y al concluir de leer la carta se incorporó Antonio, contempló al viejo, que le miraba irónica y afectuosamente, y

—¡Camará, padrino, y cómo me ha llegao el espolazo a lo más rejondo der corazón!—le dijo con voz vibrante.

—Pos piensa en que lo que no ha sío puée ser, en que el que va a Sevilla pierde su silla y en que cuando se tiée una flor der mérito de la que tú tiées en tu *cubril* hay que cuidar mucho de que no la cojan las babosas. Y vámanos pa allá, que ya es justo que a la que tanto ha penao por ti, le brindes una alegría.

(“EL IMPARCIAL”, sección de los lunes. *Madrid*, 26-II-1912.)

ALMAS HONRADAS

Dolores se sentó, meditabunda, en el murete adosado a la fachada del edificio y posó, distraída, la mirada en el bellissimo paisaje.

Un espléndido sol otoñal ponía sus áureas pinceladas en la riente perspectiva, en las doradas cúspides de los montes, en las floridas laderas, en las que acá y acullá blanqueaban los nevados caseríos; en los grandes macizos de verdores que festoneaban las márgenes del río, salpicados de rojas adelfas y de blanquísimos rosales.

Dolores, que podría contar veinte abriles, era de cuerpo ceniceño y gentil, de semblante agraciado y de tez en que la vida desbordaba en cálidas entonaciones; de ojos de mirar risueño, de boca fresca y fragante y de pelo abundantísimo, cuidadosamente recogido bajo un pañizuelo color de grana, como de color de grana era el zagalejo que cubría su airosa figura, adornada además con un corpiño de percal rameado, amplio delantal de mallorquín y recios zapatones de vaqueta.

Cuando más embebecida parecía estar en sus meditaciones, poco gratas al parecer, destacóse en el umbral de la casa la figura desmedrada y sarmentosa de su padrino, el señor Frasco, el *Zorzales*, un viejo de grandes ojos azules, de tez rugosísima y de blanquísimos cabellos.

Qué, ¿se va osté ya, padrino?—le preguntó, incorporándose rápida y acercándose al anciano la muchacha.

—Sí, mi prenda—repúsole aquél con acento cariñoso—. Voy a dalle un vistazo al jabal y un meneón a los yeros.

—Menester es que se vaya su mercé dejando de tantísimo matarse, que no está ya su mercé pa meterse en tantísimas jonduras, que ya es mucho lo que ha meneao su mercé las aspas de su molino.

—Si que ties razón, pero es que el día en que yo no me puea menear, ese día me muero de reconcomia—díjole con expresión distraída el viejo, el cual, tras poner una mirada inquieta en uno de los edificios más cercanos, que blanqueaba en una loma próxima, continuó dirigiéndose a la muchacha:

—Míá, que cuando venga el *Breñas* me le mandas en seguííta aonde yo esté, que estaré en el “Tajo del Tardío”.

Y dicho esto penetró el viejo en la casa, de la que volvió a salir a poco al hombro la azada, y momentos después se perdía de vista por entre los verdinegros olivares que parecen jadear eternamente trepando, torcidos y retorcidos, por la empinada vertiente de la pintoresca montaña.

Arrojó el *Zorzales* la azada en la tierra removida recientemente y sentóse cejijunto y sombrío sobre una de las desigualdades del terreno, reflejando en su rostro la terrible lucha que libraban en su corazón, de una parte, su conciencia, y, de otra, las razones con que pretendía acallar su voz inflexible y acusadora y—¡Güeno!—musitó con voz sorda y colérica—; güeno que tú me gritaras si yo fuera el mismo que juí; si ahora, como entonces, estuviera sortando por ca poro de mi cuerpo un borbotón de resina y de ca martillazo el corazón me aupara toíta la tabla del pecho, que otra hubiera sío la vereá que yo hubiera pisao de ser yo lo que juí; pero es que, con razón, ya no quíee pelear connigo el *Pintao*, porque es que yo ya estoy jechito una lástima; pero es que yo no podía consentir tampoco en llevarme al otro mundo la ofensa que a mí me jizo, porque es que la cosa es de las que chorrean sangre, y si él se aterminó a jacer aquella charraná con la hija de mi hermana, jue porque sabía que no había un hombre que le cobrara en plumas de las alas e su corazón su mala *chanáita*, y a la probética Remedios su deshonra fue la que se la llevó a la seportura, y aluego que la muerte por mo de la cual anda juío la jizo de muy malilla manera, porque el probe de Tobalo estaba ya en el suelo cuando le tiró con la cachicuerna, y Tobalo era un mozo que yo estimaba de verdá, y aluego que eso de venirse a esconder cuasi a dos pasos e mis *cubriles*, es venir a mojarme las orejas con saliva, y sobre to, que yo tenía el deber de elatarlo, y como tenía el deber, pos por eso lo he delatao.”

No obstante estos razonamientos, no conseguía el viejo hacer callar aquella voz que tan tercamente hacíaie oír sus acusadoras inflexiones desde que horas antes diera orden al *Breñas* de llevar la carta delatora al jefe del puesto cercano.

El sol empezaba a ocultarse tras los picachos de la montaña, y sus últimos rayos incendiaban el celaje, dándole tonos de púrpura y de oro. Ya seguramente el *Breñas* habría entregado la carta al sargento Torrente, y pronto se dirigiría éste hacia casa del *Naranjero*, donde podría sorprender al matador de Tobalo, y su delator podría verle pasar atado codo con codo por delante de su casa.

Algunas gotas de frío sudor surcaron la frente del *Zorzales*, y tirando, al pensar esto, violentamente el cigarro que fumaba, echóse

al hombro la chaqueta y la azada y se encaminó hacia su hogar, abrumado, más que por el peso de los años, por uno misterioso que angustiábale el corazón y llenábale de sombras el pensamiento.

—Qué, ¿viéé osté mu cansao?—le preguntó Dolores saliendo a su encuentro en la cuesta y aliviándole del peso de la azada.

—Sí, que con razón ice la copla que pa las cuestras arriba quieo mi mulo—repúsole el *Zorzales*, pretendiendo enmascarar con una sonrisa su profundo desasosiego.

—Cuando yo le digo a su mercé que no está ya su mercé pa meterse en esas trabajeras...

El viejo penetró en la casa y se sentó sombrío y silencioso junto a la amplia chimenea.

—Pos yo, tan y mientras acaba de cocer la puchera, voy a tender la ropa que acabo de traer del río—dijo Dolores, dirigiéndose hacia la puerta del hogar.

El viejo, que no podía permanecer sentado, empezó a pasear inquieto y febril por el interior de la cocina, alumbrada por los últimos resplandores del crepúsculo vespertino, y sin atreverse a asomarse al umbral de la casa por temor, sin duda, a ver pasar por delante de él y escoltado por la Guardia Civil, al matador de Tobalo y burlador de su sobrina.

Además de su conciencia, abrumaba su espíritu el pensar lo que dirían de él sus antiguos camaradas cuando se enterasen de que no había encontrado medio mejor y más generoso de realizar su venganza que delatar al fugitivo al jefe del puesto, y antojábasele ver las miradas de reproche y desdén con que todos le acogerían.

Concluído que hubo Dolores de tender la ropa, penetró ligera como una ardilla y con la copla en los labios en la casa, y minutos después colocaba limpio mantel sobre la blanca mesa de pino, y

—Qué, padrino, ¿se han hecho ganas de comer?—le preguntó con acento alegre como el cantar de un pájaro.

—No, hija, que no tengo ni chispita de ganas de abrir la boca—repúsole sombríamente el *Zorzales*.

Dolores posó en él sus grandes ojos, en que desbordaban la ternura y la malicia, y acercándose a él de repente y sentándosele sobre las rodillas, rodeóle el cuello con un brazo, y

—¿Qué le pasa hoy a mi viejo parral sin pámpanas ni racimos? ¿Qué le pasa a la presona más quería que Dios puso en sus pejuarres?—le preguntó con voz zalamera.

El viejo, a la caricia del único ser que hacía grato el triste invierno de su vivir solitario, sintió que el secreto de su traición forcejeaba por brotar en sus labios, y no sintiéndose con fuerzas para oponerse a aquella expansión de su angustiado espíritu:

—Pos sí—dijo con voz turbada—; me pasa algo que no sé cómo decírtelo, y es que me parece que al cabo de cuasi ochenta años de estar mirando a toíto er mundo cara a cara, voy a arrematar por no poer mirar ni a mi sombra frente a frente.

—¿Usté?—exclamó llena de asombro Dolores—. ¿Usté no poer mirar a la gente cara a cara?

—Yo, sí, yo—murmuró sombríamente el viejo; y después, tras breves instantes de silencio, exclamó con acento reconcentrado—: Camará, y en qué horita más negra que escribí yo anoche esa carta maldecía.

—¿Qué carta? ¿La del señó Bartolo?

—No, hija mía; la del señó Bartolo, no; la que tú le diste esta mañana al *Breñas* pa que se la llevara en seguía al comandante del puesto de “Vizcaíno”.

Dolores miró con expresión triunfal al viejo, cogió su rostro rugoso entre sus manos, endurecidas en los diarios quehaceres, quedósele mirando de hito en hito, y tras un brevísimo silencio,

—Vamos a ver, ¿qué daría usté ahora por no haber mandao a su destino esa carta?—le preguntó.

—¡Qué sé yo lo que daría!

—¿Daría usté un beso?

—Un millón de besos daría yo—dijo el viejo mirando lleno de ansiedad a la muchacha, la cual, poniendo cerca de los labios de aquél la sonrosada mejilla y urgándose ésta con un dedo, le dijo sonriendo picarescamente:

—Pos encomience usté a besar, que yo iré llevando la cuenta.

Y ya empezaban a asomar en el pálido horizonte algunas estrellas cuando exclamó el señor Frasco el *Zorzales* con acento de súplica:

—Chiquilla, por los ojitos e tu cara, que ya van más de dos mil millones y ya me duele jasta el corazón, a pesar de que, como ice la copla,

Mismamente dos panales
tiée mi niña por mejillas,
llenos de miel de rosales.

(“EL IMPARCIAL”, sección de los lunes. Madrid, 9-X-1911.)

DIALOGOS DE MI TIERRA

—Ay Curruco, ay Curruco de mi corazón, y en qué mala horita jeché yo al mundo a ese charrán de mi Pepe que arrastrao se vea y a quien un *divé* le dé sarna que rascar jasta que yo alevante el deo.

—Pero *chavó*, comadre, ¿qué nueva *chanaita* es la que le ha jugao a usté ese querubín apóstata?—preguntóle a la vieja el no más joven señor Toño el *Curruquero*, uno de los más caracterizados patriarcas de los de pelo en pecho del distrito.

—¿Qué quíee usté que me haiga jecho? A mí na, a mí no me ha jecho na cuasi; pero, en cambio, le ha dao la pesaumbre a Toñuelo el *Garabato*.

—¿Al *Garabato*? ¿Y qué le ha jecho al *Garabato*?

—Pos cuasi na, cortarle el hipo de una puñalá trapera de las que están pidiendo a voces el Santolío.

—Pero qué está usté diciendo, comadre; si el Pepe y el Toñuelo estaban cuasi injertaos por la voluntá que se tenían, si cuando dambos tenían tos bastaba con que uno cualisquiera de ellos tomara el jarabe y sudara-el costipao.

—Pos ahí verá usté, a pesar de eso de la tos y del jarabe, el uno va ya cuasi caminito de la Audencia, y el otro cuasi caminito del Camposanto.

—Pero con ésta y con la otra entoavía no me ha dicho usté por mo de quién ha sío el enganche.

—¡Por mo de quién quiere usté que haiga sío! sino por mo de la Candelaria.

—¿Por mo de la Candelaria?

Y con tal expresión de extrañeza hubo de decir esto el *Curruquero*, que hízole exclamar a la anciana con acento irónico:

—¡Pus por mo de quién pensaba usté que había sío! ¿Por mo del *Zaragozano*?

—Yo nunca he creío que sea por mo del de los almanaques, pero es que yo creía que la Candelaria seguía en la corte pa estar allí cuando se abriera el Congreso de los Diputaos.

—Sí que se fue a la corte. ¡Por cierto que yo no sé como no lo dijeron los periódicos!

—¿Y por qué fue el venirse de nuevo ese cepillo de ánimas?

—Por qué querría usted que fuera; porque al llegar se encontró con que por estar mu ocupaos y ocupáas no fueron a recibirla los del cuerpo de alabarderos ni las señoras de las cofradías, y..., naturalmente, la pobretica se ofendió y le gorvió la caera a la tierra de las purmonías furminantes y se vino otra vez a la de los boquero-
nes algunas veces baratos.

—Pero ¿eso qué tiée que ver con el derrote de Pepe al Toñuelo?

—Hombre de Dios, y qué duro es usted de mollera pa comprender las cosas y las razones. ¿No sabe usted que esa mala *gachí* es la domaora de mi tigre? Pos como es su domaora, y ella se sabe de memoria que siendo suyo, el cobre es oro pa mi Pepe, pos apenas gorvió de la corte y se enteró de que mi Pepe estaba cuasi dando dineros a ganancias, pos entonces mi niño ganaba catorce riales de jornal; pos se jizo la encontraiza con él y se gorvieron a tomar de pico y na, lo que pasa, compadre, lo que pasa, que los quereles se lañan y ellos lañaron los suyos y como si na, como si tal cosa, como si ella no se hubiera dío antes juyendo de él a la tierra de los marqueses y los vizcondeses.

—Pero to eso ¿qué tiée que ver con el enganche del Pepe con el *Garabato*?

—¡Vaya si tiée que ver! Usted ya sabe, compadre, que la Candelaria es más peor entoavía que un banderín de enganche.

—¡Ya lo creo que lo sé! Como que jasta pa mí tiée sus salías esa mala siquirillera; como que la otra tarde me dijo la mu señora de bien que tenía ganas de saber cómo roía yo los coscorriones.

—¿Y usted qué le dijo?

—Pos yo na, porque me atorrullé de la vergüenza que me dio.

—Pos eso salió usted ganando, que le diera a usted lo que usted nunca ha tenío.

—Como que mi madre que Dios tenga en su santa gloria la tomó a usted por modelo.

—¿Por mo... qué?

—Por mo... na.

—Güeno, pos siga usted su cuento, comadre.

—Pos bien: como la Candelaria es como es y el *Garabato* tiée sangre de garañón y si rispeta a la luna es porque no la alcanza manque se remonte en globo, pos a fuerza de verse se gustaron, y como se gustaron se entendieron y como mi Pepe tiée aprobá toas las asinaturas y ve más dormío que otros despierto, pos se comió

la partía, y como el *gachó* es más súbito que un rayo, apenas se la comió, trincó al Toñuelo, le dio dos copas en ca del *Ventolina* y en-dispués se lo llevó a la Plaza del Callao y allí le dijo que tirara del jierro y él metió mano a su cachicuerna, y como mi niño es una pan-tera cuando se le sube la temperatura, pues el *chavó* quebró al *Ga-rabato* como los propios ángeles y le atiró una de las de *chipé*, de las de pronóstico reservao.

—Y qué, ¿parmará del acosón el Toñuelo?

—Yo creo que no, manque los méicos dicen que sí, que puée pasar eso, pero yo creo que eso lo dicen por tirria que nos tienen porque nunca los llamamos.

—Pudiera ser eso, pero también pudiera ocurrir que el derrote haiga sío de los que debieran pensionar las funerarias.

—Si no puée ser eso, campadre, si es que no puée ser, si es que mi Pepe cuando da una puñalá la dibuja pa que la pena no pase de algunos meses y algunos días; si es que coge el jierro cuasi por la punta pa graduar el metío.

—Es que a cualisquiera se le escurren los *dátiles* en esa faena, por más que no es fácil, porque lo que es el niño sabe más que *Lepe*.

—¡Que si sabe! Dígamelo usted a mí, que lo eché al mundo.

—De casta le viene al galgo...

—Diga usted que sí, que de casta le viene al galgo.

—Sí que le viene de casta, que por algo decía toíto er mundo que mi hombre, al que Dios haiga recogió en su seno, tenía en ca articulación un catedrático.

—¡Sí que es verdad, que era to un hombre el difunto!

—¡Vaya sí lo era! ¡Probetico mío de mi corazón, qué hombre más cabal, y qué pico de oro el suyo y qué manos que tenía!

—¿Qué manos? ¿Pos no era manco de la zurda, comadre?

—Sí que lo era, pero na más que con el zoquetillo de la mano que le faltaba sabía jacer él más primores que usted con dambas suyas y con las de cualisquier amigo.

—¡Qué fenómeno de hombre, comadre, qué fenómeno de hombre!

—¿Es eso quéa, campadre?

—Qué ha de ser quéa, comadre. Yo soy mu formal, que pa formal me echó a mí mi madre al mundo.

—A usted lo echó su madre al mundo pa que si le dan a usted un zamarreón mos enterremos en bellotas; pa eso lo echó a usted su madre al mundo; pa eso y pa pendón y pa lo que no quiero decir por no decir más verdaes.

—¿Y eso de pendón lo ha dicho usted por mí, comadre?

—¿Por usted? Ca, compadre, por él.

Miauú miauú, mirrimimiau

Y la señá Pepa remedó de modo maravilloso al más humilde de los felinos.

—¡Zape!—gritó en tono de zumba el anciano, y después continuó con acento irónico—: Ay, comadre de mi corazón, y cómo se conoce que fue una gata morisca aquella por mo de la cual jechó usted el ancla en esta badía.

—Ay, compadre de mis entrañas, no se meta usted con mi madre, que la probetica mía no aguantó a naide más que a mi padre tan y mientras que la de usted aguantó más acosones que una trinchera carlista.

Y de un modo tan agresivo hubieron de mirarse los dos viejos, que comprendiendo yo que en breve íbamos a tener que tocar el pito de carretilla, dejé el burlaero desde el cual sin ser visto acababa de oír el pintoresco diálogo, y colocándome entre ambos respetables contendientes, exclamé con voz la más ronca de mi reducido repertorio:

—Vamos a ver si tenemos una miajita de *quinqué* y otra miajita de miramiento y otra miajita de lo que Dios manda y reparte.

Y gracias a mis buenos oficios pude impedir que pasaran las cosas a mayores entre aquellos envejecidos representantes de las buenas mozas y los buenos mozos de antaño.

(“ESPAÑA”. Rev. de la Asoc. Pat. Esp. Buenos Aires, 2-XII-1904.)

LA DE LOS ENCAJES

Y después de lanzar su armónico pregón se detiene Pepa en la esquina de la calle para descansar un punto de la fatigosa caminata.

El sol cae esplendoroso sobre la mitad de la calle, iluminando con sus rayos de estío las húmedas y floridas macetas que embellecen las rejas y los balcones de las humildes viviendas; la ropa que puesta a secar en improvisados tendederos ondula cual brillantes banderolas; el viejo y ruinoso muro por encima del cual asoma el árbol su frondosísimo ramaje; los umbrales solitarios de los pobres edificios en los cuales sólo algún que otro rapaz encuerino osa retar al sol con inconsciencias infantiles; la gran cortina roja de la barbería del *Cariñena* y la azul del *hondilón* de Cayetano; el puesto de Cloto la *Pipiola*, que defiende sus poco tentadores confites y chucherías oseando las moscas con un largo mosquero de papel, y una nasa en que resguardadas de una insolación por un trozo de estera fuera de uso, dormitan perezosas algunas gallinas y un gallo de pluma tornasolada.

Contempla la de los *Encajes* con indiferente expresión el golpe de vista que presenta la calle; su figura destácase en la riente penumbra como en ella colocada por la mano de un artífice, con su rostro atezado donde la juventud desborda en tersuras y en purpurinas florecencias, con sus ojos fulgurantes y lánguidos; con sus labios carmesíes y carnosos que siempre entreabiertos, dejan ver la dentadura, si desigual, limpia y como de marfil; con su pelo lacio y negrísimo partido en dos bandas sobre la frente y graciosamente recogido sobre la nuca; con su nariz que ligeramente arremangada da a su rostro apicarada expresión, lo mismo que los dos hoyuelos que al sonreír aparecen en sus bien curvadas mejillas.

Su cuerpo, no obstante lo raído del pañuelo, un tiempo color de oro, que hace ondular su seno mórbido y temblador, lo poco flamante de la roja falda de percal de amplísimos volantes, que dejan al descubierto sus pies breves, descalzos y endurecidos, y lo poco elegante de la chaquetilla azul que descúbrese por bajo del pañue-

lo; no obstante el desaliño de su típica indumentaria, destácase grácil y lleno de esbelteces en la cintura, de arrogancia en la cadera, y de morbidez en el seno.

Y recostada contra el muro, al brazo la gran cesta de mimbres, abarrotada de encajes y en la mano una caña en cuyo extremo hace el viento flamear algunos pañuelos de los colores más vivos, permanece durante algunos minutos en lánguida quietud que turba Antónico el *Pelirrojo*, el cual, al penetrar en la calle y ver a la gentil quinquillera, exclama, deteniéndose ante ella en la más amanerada de las actitudes y colocándose, merced a un hábil *choclozo* en el ala, en la coronilla el amplísimo pavero:

—Hoy sí que pueé decir que me he alevantao yo con la Divina de cara.

La de los *Encajes* contempla un punto al *Pelirrojo*, y después, apoyando contra el muro la cabeza, pregona con voz vibrante:

Aquí está ya la gitana,
que la llame a su ventana
la que le quiera mercar;
lleva las randas mejores,
lleva cintas de colores
y lleva tiras bordás.

—¡Vaya si tiées tú un pito *chipé* en tu boquita granate!—exclama Antonio mirando a Pepa con ojos enamorados.

Pepa—a la que el *Pelirrojo* sin duda nunca logró secarle el paladar ni adornecerle la pupila—pone los hermosísimos ojos en el cielo, y—

y aluego dirá la gente
que tengo mala fortuna.

canturrea con acento de clínica resignación.

El *Pelirrojo*, acostumbrado a los desdenes de la gitana, sonrío apicaradamente y le responde mirándola con ojos malignos y acendrados:

—Eso es que tú no te has fijao bien en la mía presonita, y además que tú podrás encontrar la mar de hombres con mejor estampa y mejor vestío que yo, pero no encontrarás ninguno de mejores centros que *mangue* ni de mejores propósitos ni que te quiera lo mismo que yo te quiero.

Los ojos de la de los *Encajes* se posan siempre indiferentes en los de su enamorado, queda un instante meditabunda y murmura después encogiéndose de hombros:

—Y qué se le va a jaser, “si a mí me parió mi mare pa otro moco moreno”.

—Eso es porque a ti se te ha metío en la mollera que yo no soy más que un guiñapo. Y tú estás dequivocá; yo soy güeno de *chipé*, yo tengo de azúcar el corazón y de azúcar los procederes, y además que yo no sé por qué no encuentro yo una *gachí* que me guste lo mucho que tú me gustas; que yo no sé lo que tiées tú en tu carita y en tu mo de mirar y en tu mo de sonreír y en el metal de tu voz, que cuando te miro y te oigo, tiemblo toíto y se me quita el aliento, y cuando te estoy mirando, la vía diera yo na más que como dice la copla:

por lastimarte los párpados
a fuerza de darles besos.

Y esto lo dice el *Pelirrojo* con voz trémula, con los dientes apretados y mirando a la de los *Encajes* con voluptuosa fijeza.

La gitana soporta siempre glacial aquella mirada que parece querer en vano tomar posesión de toda ella y le pregunta a Antonio mirándolo de hito en hito:

—Pero vamos a ver si es verdá que tú tanto me quieres. ¿Serías tú capaz de casarte conmigo como manda Dios y como manda Nuestra Santa Madre Iglesia?

El *Pelirrojo* mira un punto sorprendido a la de los *Encajes*, y después, tras un solo instante de meditación, tras uno sólo, exclama con voz sorda y resuelta, y siempre mirando codicioso a la gitana:

—Pos bien: sí. Yo me caso contigo la mar de veces, y toas las veces como manda Dios y como la Santa Madre Madre Iglesia dispone.

—¿Y tú sabes que yo he quería, como yo sé querer cuando quiero, dándome toíta entera a Pepe el *Tarugo* y al *Pollo de los Belones*?

—Sí, que lo sé—le responde el *Pelirrojo*, como mordiendo antes de que broten en sus labios sus palabras.

—¿Y dices tú que serías tú capaz jasta de casarte conmigo?

—Sí, yo te juro que me casaría contigo. Y tú, ¿te casarías conmigo?

Y Antonio mira ansioso y temblando de emoción a la quinquillera, la cual, tras arrojar sobre él una mirada desdeñosa, responde:

—No. Yo no me casaré nunca con un hombre que sea capaz de casarse conmigo sabiendo lo que yo he sío y lo que soy, y además que no lo quiero.

Y volviéndole la espalda se dirige calle arriba, sin dignarse volver el rostro y canturreando de nuevo con voz dulce y quejumbrosa como una canturia del Oriente:

Aquí está ya la gitana;
que la llame a su ventana
la que le quiera mercar;
lleva las randas mejores,
lleva cintas de colores
y lleva tiras bordás.

(“EL IMPARCIAL”, sección de los lunes. *Madrid*, 28-III-1908.)

AL BORDE

I

Llegado que hubo Currito el *Mimbre* al borde del tajo, sentóse en él, y triste y meditabundo pareció abismarse en la contemplación de la brillante perspectiva que extendíase a sus pies, en los risueños valles cubiertos, acá y acullá, de pomposos majuelos y de oscuros olivares, en el río que serpeaba, gris y resplandeciente, por entre las empinadas laderas, y en los alegres caseríos que blanqueaban por doquier como arropados entre florecientes verdores.

Media hora llevaba el mozo contemplando, sin ver, sin duda, el paisaje, cuando:

—Camará, y cómo me cogiste la elantera—dijo, deteniéndose junto a él, el señor Paco el *Gallareta*, hombre de más de sesenta años, alto, enjuto, de rostro descarnado y de facciones angulosas, tostadas y curtidas por vientos y soles.

Se incorporó el *Mimbre* rápidamente, y

—Sí, señó—le repuso, procurando en vano poner en sus labios una sonrisa—; pero eso no tiée naíta de particular, poique es que esta noche me la he pasao cuasi toíca a dormivela.

—¿Es que has estao maluco esta noche?—le preguntó aquél al par que colocaba en tierra el enorme barreño, lleno de agua, que sobre los hombros conducía.

—No, señó, y sí, señó, poique es que esta noche, como muchas otras, lo que me ha espaventao el sueño ha sío la enfermeá que paezco jace ya una mancha e meses y que me paece a mí que va a ser la que, si Dios no lo remedia, me va a meté en el joyo.

Apartó el viejo su mirada del zagal, y

—Esas son aprinsiones tuyas—le repuso con acento indiferente.

—Puée ser que no piense su mercé lo mesmo cuando le haiga yo ya platicao de lo que tengo que platicalle—balbució Currito sin atreverse a mirar al anciano cara a cara.

Este enarcó las pobladísimas cejas, colocó las piernas en ángulo, sacó de debajo del rojo ceñidor la enorme petaca y

—¿Y qué es lo que tú tiées que platicarme a mí?—preguntó al

muchacho con acento desabrido, y mirándole como si pretendiera hacerle enmudecer con su mirada.

Currito permaneció silencioso y con los ojos bajos durante algunos instantes, y después:

—Ya se lo platicaré yo aluego—le repuso con voz insegura.

Quedó silencioso el *Gallareta*, reflejando su semblante lo poco gratamente que hubieron de resonar en él las palabras del muchacho. Ya él sospechaba qué era lo que éste parecía tener necesidad de decirle, que de memoria sabíase el viejo que su Rosario había con su hermosura y su gentileza puesto fuego en el corazón del mozo, y aunque éste no le pareciera al anciano cosa despreciable, no creíase obligado tampoco a hacerle el sacrificio de sus ensueños, dejando de esperar al riquísimo hacendado, que, según sus ilusiones, no debía tardar mucho en presentarse para elevar a la más alta posición social aquel prodigio que él había tenido el alto honor de poner en este mundo, para pasmo y admiración de las gentes del partido.

Estas esperanzas del viejo hacían que mirara con mal disimulada hostilidad aquel que él creía solamente conato de amoríos entre los zagales, por no estar al tanto, sin duda, de que no había noche, lloviera o venteara, en que no pelasen la pava aquéllos por las bardas del corral, mientras él roncaba a más y mejor como un bendito que era.

En tanto el viejo meditaba, siempre con las piernas en ángulo, los brazos atrás y el enorme cigarro en la boca, Currito reconocía detenidamente la larga sogá que iba sacando lentamente del barrero.

—Paece que ya tardan los *Pedrotes*—dijo el *Gallareta*, cuando aquél hubo acabado de examinar la sogá, arrojando una mirada escrutadora en el camino.

—Es que esta mañana hemos dambos madrugao más que madrugan los tordos y los zorzales.

—Es que nos conviee bajar a la hora en que llegan las águilas, que son pajarracos mu duritos de roer cuando defienden su nío.

—Oye, tú, ya están aquí los *Pedrotes*—exclamaba momentos después el viejo, puestos los ojos en una de las cumbres inmediatas.

—Pos es verdá; pero es que yo los esperaba por el atajo.

Pronto llegaron al lugar de la escena los *Pedrotes*, dos mocetones que pregonaban a legua, por su parecido, el lazo fraternal que les unía.

—A la paz e Dios, señores.

—Buenos días, caballeros.

—Pero, Currito, ¿qué jaces?—exclamó el *Gallareta*, transcurridos que hubieron algunos minutos, al ver cómo aquél ceñía a su cuerpo la soga en tanto los *Pedrotes* se entretenían en hacer un cigarro, que acababa de ofrecerles el anciano.

—Es que—repúsole el *Mimbre* con voz sorda—se me ha puesto hoy a mí entre ceja y ceja ser yo el que baje al nío a recoger la postura.

—¡Ca, hombre!—exclamó enérgicamente el viejo—. ¿No comprendes tú que tú pesas un peazo más que yo y que yo no tengo ganas de que mos des un mal rato?

—No hay cuidiao, señó Frasquito; yo ahora peso mu poquita cosa, pero que mu poquita cosa; su mercé no sabe bien lo que me come la pena.

II

Pronto el nido del águila estuvo en poder del *Mimbre*, sin que felizmente ni la hembra ni el macho hubiesen acudido en su defensa, y, ya con él en el pecho, antes de confiarse de nuevo al espacio, arrojó el mozo una mirada en el fondo del abismo, no sin que no obstante su reconocida intrepidez, dejara de estremecerse al contemplar el profundo precipicio.

Pronto se balanceó dulcemente sobre él, y

—¡Arriba!—gritó con voz firme a la vez que contemplaba con ojos ya más serenos la cabeza del anciano, sombreada por el astroso sombrero, y la del más joven de los *Pedrotes*, que sentado al borde del abismo, con el dedo en el gatillo de la escopeta, escrutaba con miradas avizoras las azules lejanías.

A la voz del *Mimbre* dieron principio a izarle el viejo y el mayor de los *Pedrotes*, y ya casi iban a poner feliz término a su tan peligrosa faena, cuando:

—A ver, señó Paco—gritó Currito con acento sonoro, mirando al viejo con expresión decidida—. No tire más su mercé, que antes de acabar de subir quiero yo que platiquemos una miaja de un algo que a dambos mos interesa.

Se puso pálido el viejo, y tras breves instantes de sombrío silencio:

—Cuando subas platicaremos—le repuso, en tanto se miraban recíprocamente sorprendidos los *Pedrotes*.

—Como siga tirando su mercé, le doy un corte a la soga—gritó Currito, y su voz decidida y sus frases trágicamente amenazadoras hicieron detenerse repentinamente al viejo, el cual, limpiándose con

la manga de la camisa el copioso sudor que empezaba a inundar su rostro, avanzó de nuevo al borde del tajo, y al ver a aquél con el acero en la mano tembló todo, y

—Pero muchacho—le gritó, procurando sonreír sin conseguirlo—, ¿qué groma es ésa de querer que platiquemos en tan malilla postura?

“¡Posturaa!”, repitió el eco en el fondo del precipicio.

—Es que esta postura es pa mí la mejor de toas, porque es que yo estoy esesperaíto, señó Paco; es que yo me estoy muriendo a chorros por su Rosario de usté, y su Rosario de usté se está muriendo a chorros por mí, y manque yo sé que yo no me la merezco y que su mercé no querrá nunca dármela, he querío sabello de la misma boca de su mercé en esta malilla postura, poiúe como yo sin mi Rosario no quieo pa naíca la vía, pos me dije yo: “Si el señó Frasquito no me la quíee dar, pos yo le doy gusto a la mano y aquí se acabó mi pena.”

—Pero tú estás loco, chiquillo—exclamó el viejo, que sentía que el pelo se le erizaba ante la fiera decisión que se pintaba en los ojos del enamorado campesino.

—Yo no sé cómo estoy; lo que yo sé es que pa vivir sin Rosario, más mejor quieo caer en lo jondo del barranco.

—Güeno, ya se arreglará to eso cuando subas. Tira, Pedrote—dijo el viejo con acento decidido.

—Que no tire su mercé, le digo, si no me da su Rosario.

—¿No te digo que ya se arreglará eso cuando subas?

—Y yo le digo a su mercé que si quíee su mercé que yo llegue arriba, me tiée su mercé que dar su palabra de hombre que será pa mí su Rosario, si es que ella tamén es gustosa en serlo.

—Güeno, hombre, güeno; se jará lo que tú quieras.

—No; su palabra. Y u me la da y si no, corto la sogá.

Se puso lívido el rostro de aquél al ver de nuevo relampaguear siniestramente la hoja de la navaja, y

—Güeno, palabra de hombre—balbució, tirando briosá y desesperadamente del muchacho.

(“EL IMPARCIAL”, sección de los lunes. *Madrid*, 27-II-1911.)

LO DE SIEMPRE

La escena representa una barbería, un portal entrelargo con tres altos sillones de caoba y viejos almohadones forrados de hule; frente a cada uno de los sillones un espejo con marco también de caoba y un tablero de la misma madera cubierto con cachivaches y útiles del oficio; en el otro lado de la habitación una larguísima banquetta forrada de yute descolorido; en las paredes dos o tres anuncios de fiestas taurómacas y un trofeo con la cabeza de un *gachó* de Miurá, un par de banderillas vírgenes y una montera en desuso; debajo del trofeo, colgado de una alcayata, un guitarra adornado en el mástil por una moña de colores.

Al empezar la acción aparecen, sentado en uno de los sillones con la cara ya enjabonada, Pepe el *Cuco* y, junto a él, probándose la barbera en el pulpejo, el maestro *Quitapenas*.

ESCENA UNICA

EL CUCO Y EL QUITAPENAS

El Cuco.—Mia tú, que no me escañones mucho, que aluego se me pone la cara que paese un mapa mundi.

Quitapenas.—Eres tú er parroquiano más permazo y más dextigente... que hay bajo las estrellas.

Cuco.—Y tú el barbero más bruto que ha nació de madre.

Quitapenas.—Como me güervas a faltar al rispeto te va a llegar la barbera a la perilla del omblogo.

Cuco.—¡Hombre, por la Santísima Virgen!, mia que vas a matar en flor toítas mis ilusiones.

Quitapenas.—(Cantando a media voz):

Ilusiones de viejos
son arvellanas,
¡arvellanas que toas
nos salen vanas!

Cuco.—¿Eso de viejo es por mí o por tu difunto padre que Dios tenga en su Santísima Gloria?

Quitapenas.—¿Por ti, *chavó*? ¡Cualisquier día! ¿Viejo tú? Y entoavía tiées el perfil más fresco que una escarola.

Cuco.—Pos mía, tú, otros tieen la piel peor que yo, pero que mucho peor.

Quitapenas.—¡Vaya!..., las pintarrojas, pongo por caso.

Cuco.—¡Las pinta-tiros que te peguen con balas pun pun y con pórvora sin humo!

Quitapenas.—¡U te callas u te mondo!

Cuco.—¡Pero es que no tengo yo la piel fresca, por vía e la Malena! ¡Pos no tengo yo ahora mismito un espejo elante que me dice que entoavía estoy una miajita de recibo, pero que una miajita y una miajita más!

Quitapenas.—Es que mis espejos pa beneficiarme a mí engañan a mis parroquianos; lo mismo que le pasa a la Curra contigo, pongo por caso.

Cuco.—(Incorporándose con brusquedad y mirando al barbero amenazadoramente.) ¿A la Curra conmigo? ¿Qué es lo que tú estás diciendo de la Curra: que a mí la Curra me engaña?

Quitapenas.—Pero ¿es que tú te has creído que la Curra está prendá de tu persona?

Cuco.—Hombre, lo que yo creo es que te voy a dar una puñalá que te va a parecer un ataque a la bayoneta.

Quitapenas.—(Encogiéndose de hombros.) ¿No sería mejor que me pagaras la iguala?

Cuco.—Pero ¿por qué has dicho tú eso de la Curra, vamos a ver, por qué lo has dicho?

Quitapenas.—¡Toma!, porque eso que he dicho es tan verdá como el Evangelio de la misa... Pero, hombre, asosíégate, mira que no voy a poder arrematar mi faena.

Cuco.—Antes de na lo que yo necesito es que me pruebes eso que acabas de decir.

Quitapenas.—Por algo digo yo a to el que quiere oirme que si tú no estás medio tonto, es porque estás tonto de remate. Mira, Pepe, fíjate bien en lo que te voy a decir: tú tiées cincuenta y dos años.

Cuco.—Cincuenta y uno y cinco meses y catorce días.

Quitapenas.—Güeno, cincuenta y uno y cinco meses y catorce días que parecen sesenta mil por aquello de que el que mucho corre pronto se cansa, y sa menester que no te orvíes que tiées una panza que parece un miriñaque, que las patas e gallo te llegan ya al cogote; que cuando te da la tos alborotas el distrito, y escupes más que una regaera, que te güele el aliento a vitriolo manque te pur-

gues tres veces en semana, y que, además de to eso, estás quebrao de dambas ingles y que...

Cuco.—(Interrumpiéndolo con profunda ira.) Güeno, ¿y a qué viée to eso, vamos a ver, a qué viene eso de las ingles y der vitriolo?

Quitapenas.—Pos eso viene a probarte que se necesita estar más loco que una yegua pa jacer lo que tú has hecho, u sea, coger la mejor moza del barrio, una *gachí* que enciende la yesca con los ojos y emborracha con el jálito, y llevártela a tu *cubril* y poner en ella tus cinco sentíos y creerte que esa *gachí* no se le arrebotará el estómago ca vez que tú la beses en la boca o manque no sea más que en las inmediaciones.

Cuco.—Pos qué querías tú, ¿que me hubiera llevao a mi *cubril* al cura de la parroquia, u a *Jabones* u a Paco el *Talabartero*?

Quitapenas.—Hombre, mismamente al cura no, ni el *Jabones* tampoco..., pero...

Cuco.—Déjate de peros, guasón, que tiées siempre gusto en amargarme el afeitao.

Quitapenas.—Porque te quiero bien, porque te conozco y soy amigo tuyo desde que andábamos a gata, porque me duele pensar que pudiera llegar un día en que... ¡Si Torrijos murió fusilado! (Canturreando.)

Cuco.—¿Te quiées callar? Que na más que de pensarlo me brinca de rabia er corazón en er pecho.

Quitapenas.—Si yo no digo que pase na, pero la Curra es más bonita que er sol que reluce, la Curra tiée veinte y cuatro años, la Curra...

Cuco.—(Con energía.) La Curra es prima hermana de Santa Teresa de Jesús, por lo güena que es; la Curra me ha tomao a mí apego y voluntá; la Curra no ve más que por mis ojos; la Curra no pisa la calle, ni se asoma al balcón, ni parpaguea tan siquiera sin mi permiso y en mi casa no entra nadie sin que yo le ponga el visto bueno y sin que lo registre, y sin que...

Quitapenas.—¡Hombre, alguien entrará manque no sea más que en tarjetas postales!

Cuco.—¡Sí, ya lo creo que entran! El *Virona*, que es tío suyo por parte de madre y que jace ya una eterniá que no sabe lo que es roer un coscorrón; y el *Pinsapo*, que es pariente suyo por parte de su madre también, y que anda dándole coba a los cuatro duros de años; y el *Golondrino*, su maestro de guitarra, un probetico que no mira por si ofende y al cual ella no puée ver ni en pintura. No te diré más sino que ella no jace más que dicirme que sa menester que se vaya y que le busque otro, porque con ese entoavía no ha apren-

dío ni a rasguitar las murcianas tan siquiera y, además, porque de antipático que le es le agria siempre la comida.

Quitapenas.—¿Y por qué no le pones otro maestro que la enseñe mejor y que no le sea tan antipático y que no le agrie los alimentos?

Cuco.—(Levantándose ya afeitado.) Porque por algo he vivío yo, lo que yo he vivío, por aquello que dice la copla:

Que mos enseñan los años
mucho más que los dutores.

con que me voy... Adiós, *Quitapenas*, y no seas mal pensao, hombre, y me alegro de verte güeno.

Quitapenas.—(Mirándolo salir con sonrisa y mirada irónicas y turreando con acento también irónico):

Lepe, Lepijo y su hijo
eran los tres tres tunantes,
y a los tres se los pegaba
una tonta de remate.

(“ESPAÑA”. Rev. de la Asoc. Pat. Esp. B. Aires, 3-V-1906.)

A M P A R O

Cuando penetró en el limpio patio del corralón Paco el *Coquinas*, brillaba todo en él, iluminado por el sol de la tarde, como de coral los floridos geráneos de los arriates y como de esmeraldas la enredadera que tendía sobre el muro sus a modo de faldellines de encajes; trasudaba el cubo en cristalino goteo sobre el limpiísimo brocal del pozo; porraceaba, junto a éste, sobre el ladrillo de lavar, la señá Consuelo la renegrida ropa de su hombre; picoteaban acá y acullá algunas gallinas; desperezábase al sol un gato de morisca piel en graciosas ondulaciones; parecía de cristal purísimo el espacio, de zafir el horizonte; todo, en fin, parecía entonar al unísono un cántico a la vida.

—¿Qué te pasa?—preguntóle al *Coquinas* la señá Dolores, la casera.

Paco fue a sonreír, pero acordándose de la mala cara que debería tener si quería que le sirviera de pararrayos, en la borrasca que suponía le aguardaba en sus *cubriles*, mantúvose con el semblante fosco y repúsole a la vieja:

—¿A mí qué me va a pasar?... ¡Naíta!

—Pus me alegro... ¡Ah!, se me orviaba... Aquí han estao el *Pimpi* y el *Talabartero* a conviarte pa esta noche al bautizo de la hija de la *Nena*.

—Me los acabo de trompezar a dambos.

—Pos aquí estuvieron un ratillo de palique con tu jembra.

—¡Ya lo sé!

—Pos mía tú, la cosa creo que va a sonar más que un repique, porque el pairino va a serlo el *Tururú*, ¡y como el *Tururú* está ahora en parneses! Y tú no te perderás el rato, ¿verdá?

—Pos de juro que no me lo perderé.

—Y harás mu bien si lo jaces.

—¡Vaya si iré, y si a Amparo le sienta mal, que tome tila!

—¿Y por qué le va a sentar mal a Amparo? ¿Por qué? ¿Porque tamién irá al bautizo la Rosarito?

—¡Como es tan maniosa y no quiere ni pa Dios que yo vaya a onde la otra vaya! Pero yo, señá Dolores, yo soy un hombre, y a los hombres las mujeres deben respetarlo.

—Pos naturalmente que sí. ¡Digo! Pos ya lo creo. Y si Amparo dijera argo tú te pones en tu sitio; pero no creo que sea menester, porque yo he platicao con Amparo y yo la he visto tan contenta arreglándote la ropa y como si la cosa se le importara un comino.

—¿Tan contenta?—preguntó lleno de asombro el *Coquinas*.

—Hombre, no te diré yo que esté bailando la tarántula, pero lo que es tranquila, lo está... En fin, que a mí me parece que como ya te va conociendo y sabe que a ti no se te puede llevar la brida, pos la mujer se habrá dicho "que más vale un por si acaso que un quien pensara."

El *Coquinas* no volvía de su apoteosis. ¡Que Amparo no estaba rabiosa después de saber que él pensaba ir a un sitio donde vería a Rosarito! Indudablemente la señá Dolores había tomado la mañana protegiendo a Rute, a Faraján o a Cazalla de la Sierra.

Cuando Paco penetró en su sala, donde por el balcón abierto de par en par penetraba la radiante luz del día en deslumbradoras oleadas, quedóse un punto perplejo.

La habitación estaba que embestía de limpia; brillaba el suelo recién fregado; los muebles, a los que un poco de petróleo hacíanle aparecer como recién salidos de manos del barnizador; la cama, que tentaba al reposo con el blando de su colcha y de sus almohadas también blanquísimas; las flores, que en tiestos y macetas dábanle al balcón aspecto de jardín, y, por último, la figura de Amparo redondeada por los primeros síntomas de la maternidad; con el bellissimo rostro de gitano abolengo radiante y expresivo, con los encendidos labios contraídos por una sonrisa y los magníficos ojos adormecidos y como impregnados de enervadoras caricias.

—¿Cómo tan temprano?—preguntóle Amparo al *Coquinas*, incorporándose rápidamente y poniendo en magnífico relieve al hacerlo el seno espléndido y la arrogante cadera.

Paco contempló un instante a su mujer: su actitud, su sonrisa, el plácido mirar de sus ojos, toda ella, en fin, llenándole de profunda sorpresa.

—¿Sabes que aquí han estao el *Pimpi* y el *Talabartero* a con-viarte al bautizo de la hija de la *Nena*?

—Sí; me los he trompezao en el camino.

—Yo por si querías llevar la ropa negra la he sacao toíta y le he dao un limpión... Ahí la tienes toa prepará y cuasí goliendo a jazmines.

Y Amparo señaló con un dedo las sillas donde aparecía cuidado-

samente doblada la amplia chaqueta, el abotinado pantalón, el escotado chaleco, la blanca camisa de bordada pechera y todas las galas, en fin, de las grandes solemnidades.

Paco no sabía qué pensar, ni qué decir, ni qué cara poner. Amparo no era su Amparo; aquello no tenía explicación. ¿Por qué, por qué Amparo no se ponía por las nubes sabiendo como sabía que si iba al bautizo de la *Nena* seguramente había de tropezarse con Rosarito?

—Pero qué te pasa, hombre. Cualquiera diría que te habías propasao hoy con el solera.

—No, no me he propasao con na ni con nadie; lo que me pasa es que me duele una miaja la cabeza y me voy a echar un ratillo en la cama.

—No hagas eso, hombre, mira que cuando tú coges el sueño eres un tabardillo pa alevantarte.

—No, ya verás como no.

—Entonces, ¿a qué hora te llamo?

—Pos un poquillo antes de la hora de la cita.

Cuando ya algo aligerado de ropa húbose tumbado Paco en la cama, entornó Amparo cuidadosamente el balcón y sentóse a coser aprovechando la escasa luz que por él penetraba.

Paco estaba lleno de intranquilidad; no podía explicarse la actitud de su Amparo; aquel cambio tan brusco y sorprendente llenábase de inquietud el corazón. Amparo parecía no ya resignada, sino contenta; vaya si parecía contenta. ¿Y por qué, por qué había de estar contenta?... Y vaya si era bonita Amparo; con razón la llamaban la *Serrana*, y luego que además de bonita era buena desde la raíz a la pámpana; para ella todo hombre que no fuese él como si fuera una estampa..., y eso que para él no había pasado inadvertido que Juan el *Galafate* la miraba con las de Caín, y si él ya no le había dado el quien vive al *Galafate* era por no dar una campanada... Y vaya si el *Galafate* era un mozo de una vez, buen mozo, simpático, con rumbo, con el corazón en su lugar y luego cantándose como los propios ángeles... ¿Por qué no habrían invitado al *Galafate* al bautizo? Y no lo habían invitado fijamente porque el *Pimpi* le había dicho muy claro que cantarían el *Virana*, el *Caperuza* y el *Niño del Espartero*... ¿Por qué sería aquello del *Galafate*, tan amigote como era éste del padre del recién nacido?...

.

—Pero despierta, hombre, que son ya las tantas—exclamó por tercera o cuarta vez Amparo, moviendo bruscamente a su marido.

Este entreabrió los párpados, miró hoscamente a su mujer y díjole con acento nada acariciador:

—¡Que me dejes ya, que me duele mucho la cabeza!

—¡Pero es que se te va a jacer tarde, hombre, que son ya casi las ocho!

—Pos que sean las ochocientas—gritó Paco mirando de modo amenazador a Amparo, que miró a su vez a su marido con ceñudo semblante, y volviéndole las espaldas, salió de la estancia ondulando gallardamente su cuerpo de escultura.

Y apenas hubo traspuesto el umbral de la sala, intensa expresión de triunfo se derramó a borbotones en su semblante, y vibrando toda de alegría dirigióse rápidamente hacia la señá Dolores, que aguardaba en la puerta de su habitación, y echándole un brazo al cuello, la atrajo hacia su pecho y díjole besándola en las chupadas mejillas:

—¡Ay, señá Dolores!, que ca consejo de usté vale un millón, porque le he dicho que van a dar las ocho, por poquito si me pega.

—Pos no se lo güervas a decir, poique se le pudiera ir la mano en el especiao, y en vez de amanecer mañana amarilla y con ojeras, pudieras amanecer con toíto el cuerpo llenito de cardenales.

Y mientras Amparo se dirigió de nuevo hacia su habitación, murmuró la señá Dolores con acento lleno de profunda ironía:

—¡Y luego dicen que si *chanelan* los hombres! Y eso que el *Coquinas* es un *vivo*. ¡Los setenta años sí que saben más que los siete sabios de Grecia!

(“ESPAÑA”. Rev. de la Asoc. Pat. Esp. B. Aires, 2-VII-1906.)

PASION QUITA RAZON

—Mira, Francisco, si quiées que yo te platique con er corazón en la mano, sa menester que no se te suba, cuando yo te esté platicando, er genio a las narices y que no te vayas del seguro y que no me faltes al rispeto, y que te jeches las galgas y que no digas como dices, ca vez que te llevo, por tu bien, la contraria, que si tú eres el mejor de mis amigos, yo en cambio soy el peor de tus enemigos.

—Es que yo no quiéo que te entretengas; como te entretienes, en retorcerle er cuello a mis últimas ilusiones. ¿Tú te enteras?

—Pero ven acá, loquito de remate, que estás más loco que una yegua loca. ¿Tú no comprendes que por lo mismo que te quiero con toas las veras e mi corazón tengo que aconsejarte contra tu gusto? ¿Tú no comprendes, bruto que eres, que eso que tú quiées jacer es una barbaridá más grande que un navío; que no estamos nosotros ya pa dislocar jembras de catorce brotes, que no tenemos mosotros ya liría pa tanto? ¿Tú no comprendes que el espejo es el único que mos dice la verdá y que cuando mos miramos en él, lo que mos dice es que no nos quea ya güeno más que er corazón; que estamos cuasi pidiendo a gritos que nos apuntalen, que no tenemos ya más de cuatro güesos en la boca con que aguantar los carrillos; que se mos ha caío er barniz y se mos ha queao la piel como la de las pintarrojas; que no son ya patas e gallo, sino toíto un gallinero el que lucimos en el rabillo del ojo; que ya cuando suspiramos es como si espertoráramos; que ya de ca cien pelos mos quea uno; que...?

—¿Te quiées callar, mala hora? Que tiées envenená la campanilla y envenená las intenciones y envenenao er corazón—exclamó interrumpiéndolo iracundo el señor Frasquito.

—¿Por qué? ¿Porque te digo la verdá? ¿Porque no quieo que siendo como eres pa mí cuasi un hermano gemelo le des que decir a las gentes y que reír a las gentes y que *chuflearse* a las gentes?

—Pero ¿por qué ha de ser eso asín, vamos a ver? ¿Será la primera vez que se prenda de una *gachí* con diecinueve o veinte pri-

maveras un hombre fresco entoavía, un hombre que entoavía no ha llegao a los dos duros cabales?

—¡Dos duros! Por vía e la Malena! ¿Jasta a mí me quieres tú tirar el pegó? ¡Dos duros! ¡Dos y medio mu largo e talle!

—Güeno, pos pongamos que sean tan largos e talle como tú dices. Güeno, ¿y qué? Cincuenta, pos eso tenía el *Pelambrera* cuando se casó con la *Terezona*.

—Pero la *Terezona* en lugar de tener diez y nueve, tenía treinta y ocho y por cara un plato de sobreúsa.

—Güeno, pero la *Golondra* no tenía más que catorce, y es más bonita que el sol y se ha casao con el *Pólipo*, que tiée más que yo lo menos catorce meses.

—Asín anda er *Pólipo*, que tos los sombreros se le rompen por la coronilla. ¡Como que es una cabeza que ha de rematar en perchero!

—¿Y el *Tinaja*, vamos a ver, y el *Tinaja*? ¿Qué edá tiée er *Tinaja*?

—Dos u tres años más que tú, según dicen.

—¿Y su mujer la *Mantequita*?

—Diez y ocho no cabales.

—¿Y qué? ¿La cabeza del *Tinaja* tamién va a arrematar en perchero?

—Pero hombre, ¡qué vas a comparar! Si la *Mantequita* es un matamosca; si tiée por narices un berbiquí, si le *funguela* el aliento, si ca *pinrel* que tiée es una escampabía. ¿Vas a comparar a la *Mantequita* con tu delirio, que tiée por ojos dos luceros y un cintillo por boca y por pies dos altramuces? No, Frasquito, sa menester que te desengañes; eso que tú vas a jacer es más peligroso que er túnel de la Canasta.

—Pero si es que tú no ves claro en este negocio; si es que mi nena de mi corazón está por mí más día der sentío que yo por ella; si es que está que trina por mi presona.

—Camará, eso es lo que a mí no me cabe en er meollo: que tú te pueas creer eso. Vamos a ver, ¿me creerías tú si yo te dijera ahora mismito que me gusta más un plato de lentejas con güéspedes que er solomillo con tomate?

—Y er plato de lentejas con güéspedes soy yo, ¿verdá?

—Pos qué, ¿te crees tú que eres er de solomillo con tomate?

—¿Y quién es el del solomillo?

—Toma, pus cualquiera de los que arquean la pluma delante de tu ídolo. Suponte tú si una *gachí* como ella, más bonita “que los clavelitos blancos, que abren por la mañanita”, y más güena que una reliquia y cantándose como ella se canta, y en un tablaio por

añadiúra, suponte tú si tendrá a su alreor mozos de *ácana* y con perfil y con la edá en la dentaúra y con el talle fino y con la piel más atirantá que un tambor, que le digan cosas propias de la edá, y con un metal de voz que no suene a carraca como suena el tuyo y como suena éste con que yo te estoy platicando las del *Barquero*.

El señor Frasco no pudo contenerse más tiempo; su amigo había hecho ver un cuadro que lo sacaba de tino, había hecho ver a la *Topacio* en una de las mesas del café cantante donde ganábale la vida trinando como una alondra, y había visto alta, esbelta, gallarda, con el pelo abundante y sedoso, coronado de flores, la tez de nácar, los ojos como empapados en luz, envuelto el arrogante busto por un pañolón de Manila, desnudos los brazos adornados por ajorcas de metal fino; y alegre, triunfadora y resplandeciente, rodeada de mozos de arrogante apostura, de dulce mirar, de labios frescos y de picarescas sonrisas; gente rumbosa y macarena de saladísimos decires y de gallardísimos arrestos, y viéndola así sintió martillearle en el corazón y en los oídos la voz ruda, entonada, implacable del mejor de sus amigos diciéndole con crueldad insoportable:

—A mosotros no mos quea que esté de recibo ya más que er corazón, y cuando mos miramos al espejo, el espejo mos dice que estamos ya pa el guano y naíta más que pa el guano.

El señor Frasquito no pudo contenerse—repetimos—, y se incorporó con el semblante congestionado por los celos y la ira, y

—Está bien, esto se arremató y na más que porque tú eres quien eres no te doy una puñalá y no te arranco er corazón y ¡te lo jecho en sarmuera!

Y dicho esto, convulso, descompuesto, jadeante, rendido por el supremo esfuerzo que hubo de hacer para ponerle bridas a su cólera, salió del *hondilón* del *Tapete* deseando tropezarse con alguno en quien poder saciar la ira que se le retorció en el corazón como una serpiente de fuego.

II

Cinco años habían transcurrido desde el día en que el señor Francisco, liándose la manta a la cabeza y contra viento y marea y contra los consejos del mejor de sus amigos, hubo de contraer enlace matrimonial con Dolorcita la *Topacio*.

Y como no son los cincuenta años edad apropiada para tales desaciertos, ocurrió, como era de temer, que en el día en que sacamos a relucir de nuevo al señor Francisco, era éste un *purí* con todas las de la ley, que habíansele por su mal arqueado la espina y abombado enormemente el abdomen; el negror de su pelo, ya más que es-

caso, era, de modo tal, áspero y tornasolado que delataba hasta vista de pájaro su química procedencia, su dentadura salida de su faltriquera, andaba a cachetes con sus ojos hundidos y siempre lacrimosos, y con su nariz por bajo de cuyos cartílagos brotábale una selva de pelos blancos; en sus mejillas entrelazábanse las arrugas en geométricos y complicadísimos dibujos, y sus piernas, adelgazadas y débiles, eran ya menos que insuficientes a sostener el torso grande y ventrudo.

Y si el señor Frasquito había llegado a la casi total abdicación de sus ya remotas arrogancias, en cambio Dolorcita estaba que metía miedo de buena moza; los cinco años transcurridos habíanle convertido en arrogantísima matrona de amplísima y redonda cadera, de talle siempre esbelto y de seno de tentadora curvatura; su rostro, antes algo enjuto, habíase redondeado, atersándose su piel blanca como el marfil y fina como el raso; el amor al acariciarla con un ala solamente no había podido ajar su espléndida hermosura.

Calmados un tantico los amorosos anhelos del señor Frasquito, dejáronle sus casi seniles apasionamientos un resquicio a la razón que hubo un día de decirle con voz de persuasivas inflexiones:

Mira Frasquito: tú te has cargado una malita, pero que mu malita faena con el mejor de tus amigos; por aquella salida tuya para con él, debías tú estar por lo menos en el Peñón de la Gomera; si Pedro le dio tres puntapiés a tu vanidad, se los dió por tu bien o creyendo que por tu bien lo hacía. Sa menester que pienses que Pedro ha sido desde hace la mar de tiempo el más leal de tus amigos y que no abundan los amigos de verdad como si fueran cotufas.

Y tantas cosas hubo de decirle la razón y tan elocuente hubo de estar aquel día, que dos horas después celebraban las paces el señor Pedro y el señor Frasquito, en casa del primero mediante un abrazo de los de *chipé* y dos botellas del más oloroso néctar que ha salido de las vides montillanas.

Y cinco años eran transcurridos—repetimos—durante cuyos cinco años jamás había despegado sus labios el señor Pedro refiriéndose a la *Topacio* para nada que no fuese entonar un himno en su honor, cuando un día, día otoñal, fresco y luminoso, en que parecía reír el cielo azul, el espacio límpido y sereno, el sol ardiente y vivificador; en que alegres *bandurrios* de mozas y mozos cargados con los cestos de la merienda y la indispensable guitarra, acomodábanse acá y acullá en las desigualdades de los montes o en las hondonadas de los arroyos, para alegrar la vida con algunas horas de solaz y de esparcimiento, sentáronse ambos amigos al pie de uno de los árboles que sombrean la Carrera de Capuchinos, y

—¿Qué tiées, que estás triste?—preguntóle el señor Pedro, al par que le ofrecía la petaca, al amigo de sus preferencias.

Este tomó la petaca, suspiró hondamente y, tras algunos instantes de silencio, murmuró con acento quejumbroso al par que liaba con dedos ya trémulos un imponente cigarro.

—¡Qué quiées que tenga! Las *duquitas* de muerte que me dan de verme como me veo.

—¿Y cómo te ves pa que te dé tanta pena?

—¿Que cómo me veo? Pus como me ves tú, como me verá toíto er mundo..., ¡como me verá mi Dolores!

—Ca, hombre. No diré yo que seas un chaval, pero ya quisieran conservarse como tú otros que la pintan de catorce pámpanas.

—Déjate de *queas*. Yo ya estoy como los perros del tío Alegría, y ca vez que pienso esto y miro a mi *gachí* con aquella cara, con aquellas jechuras, con aquel modo de entornar el párpado y de jechar el habla del cuerpo, yo no sé lo que me pasa, Pedro, pero me dan intenciones de jacerla porvo pa que nadie pueda jurgar nunca su cuerpecito de nácar.

—¡Hombre, por la Virgen Santísima, no seas bruto! ¿Que tu Dolores es un proigio de bonita? Pus que mejor que mejor.

—Es que mi Dolores va perdiendo vapor a chorros pa conmigo; es que ya no es lo que era, es que ya cuando yo la acaricio me parece que me está diciendo con toa su presona: “Güeno, ¡qué se le va a jacer! ¡Quien manda, manda!” Y na más que pensar en eso me trae loco perdío, y a lo mejor se me mete en la cabeza que me va a dar el tifus y que me voy a morir y que mi Dolores va a golver al café cantante y a verse otra vez rodeá de mozos de los de *ácana* y...

—Vamos, hombre, tú estás más loco que un cencerro. ¿Por qué has de pensar asín de Dolores? Dolores es güena desde la raíz a la cepa. Dolores te quíee a ti más que a las niñas de sus ojos.

—No, eso no puée ser—repúsole el señor Frasquito, como esforzándose en cerrarle el paso a tan gratísimas convicciones.

—Vaya si puée ser. ¿Qué motivos tiées tú pa pensar mal de Dolores? Una *gachí* que por no darte una esazón no se asoma ni por casolidá a la ventana; que no hay un *gachó* que puea presumir de que le haiga sonreío una vez tan siquiera desde que se casó contigo.

—To eso es verdá. ¡Pero estoy yo ya tan poco de recibo!

—Esas son cavilaciones tuyas, y además que las mujeres son mu caprichosas... ¿Pos no lo estamos viendo a ca paso?... Mía tú, la *Pelitos*, loca perdía por su Pepe el *Carabinero*, y mía tú que el *gachó* está ya que cuando tiée que platicar fuerte, se lo tiée que encargar a cualisquiera de sus amigos.

—Es verdá, pero la *Pelitos* es el llorón de un bombero.

—Y la *Saláita*, la mujer del *Baticola*. ¿Qué me tiées que decir de la mujer del *Baticola*? ¿Pus y la *Tamicera*?

—No, con ésa no me compares tú a mi Dolores.

—Es que eso que dicen de la *Tamicera* es guayaba y, en fin, que lo que yo digo es que me apuesto el corazón a que pa tu *Topacio* no hay más hombre en er mundo que er que lleva tus calzones.

Calló el señor Frasquito. Las palabras de Pedro habían conseguido que entraran en su pecho los rayos de aquel sol que iluminaba la radiante perspectiva, y

“Esto es un amigo”, murmuró mentalmente mientras casi mentalmente también canturreaba el señor Pedro:

“Siempre pueden más si riñen
el amor que la amista,
y el dulzor de la mentira
que la jiel de la verdá.”

(“ESPAÑA”. Rev. de la Asoc. Pat. Esp. B. Aires, 23-XII-1906.)

DEBAJO DEL PUENTE

Guadalmedina, como casi todos los del año, más parecía arenal que lecho de río el día a que hacemos referencia, y más aún que arenal campamento de gitanos, en el sitio en que uno de los puentes que lo salvan pone en comunicación Puerta Nueva con el Perchel y la Trinidad, dos de los más famosos de nuestros barrios populares.

Nada más pintoresco y peor oliente que el sitio a donde pretendemos llevar a los que nos leen; lugar donde al que, con nosotros, por él se aventure aconsejaremos recate el olfato si no quiere oler a aceite frito, que a esto, y no a nardos y a jazmines, huelen las enormes sartenes, donde alguna sacerdotisa de las dedicadas en otras horas a leerle el porvenir al más vivo en la palma de la mano, confecciona el sabroso *tejeringo*, o mal fríe el atún y los boquerones, que llegada la hora de hacer por la vida, buscan, pagan, o no pagan y devoran, los menos escrupulosos y adinerados de los de su ilustre abolengo.

Y si los que se aventuren con nosotros por aquel lugar son de los que creen que el arte sólo se viste de riquísimas urdimbres, reténense de aquellos lugares, que allí sólo encontrarán sus ojos hembras, si graciosas y gallardas, no pulcras ni bien vestidas, dedicadas a la venta de ropa fuera de uso, de hierro viejo, de libros adquiridos casi de balde para venderlos casi con dineros encima, y de verduras de la que no osan los revendedores de fuste presentar a su escogida parroquia.

Vengan, pues, conmigo aquellos que quieran por el sitio indicado; arremánguense, los más pulcros y cuidadosos, el pantalón; fumen y háganlo recio y aprisa los de nariz más delicada, y atravesando bañados en sol por entre la alegre multitud, llegaremos casi ensordecidos por el pregonar de los vendedores, el charlotear de los transeúntes y el repicar de las campanas, al lugar preferido para sus transacciones, expansiones y conferencias, por casi todos los que en esta tierra se dedican al manejo de las *cachás*, lo mismo para dejar

al asno de pelo más indócil como si saliera de casa de *Carbonell* que para realizar alguno de sus sangrientos y frecuentes y heroicos desaguizados.

Y ya sobre el terreno, después de mirar un punto a los cuatro cardinales y saludar por un lado al mar que se une al cielo en una línea azul y esplendorosa; a los montes que recortan el horizonte de zafir con sus cumbres onduladas por otro, y por los otros a la población donde hierve la vida, lléguese conmigo a un grupo donde lucen sus dotes personales tres de los más caracterizados prohombres de la gitanería malagueña, o sean, Currito Heredia, Antonio Alcaide y Joseíto Carmona, más conocidos por el *Trompeta*, el *Guitarrista* y el *Niño del Calderero*.

Éfjense nuestros acompañantes en estas tres cúspides supremas, dos de ellos con la edad en la boca todavía, según aseguran, y todos ellos con las guedejas sobre las sienes y la frente, tirado hacia atrás el sombrero de alas amplísimas, la chaqueta corta de astrakán, el pantalón de pana, los zapatos de cuero, color de sangre la faja, pañuelos de seda de vivísimos colores a modo de corbata y apoyados todos tres en enormes báculos y pregonando su origen con sus semblantes bronceados, su fino perfil y sus enormes ojos negrísimos y luminosos.

—Que Dios sus guarde, caballeros—digo yo, colocándole fraternalmente una mano en el hombro al *Niño del Calderero*, no sin antes ponerme de un *choclozo* el cordobés en la mismísima coronilla.

—¡Venga osté con El, pairino!

—¡Aónde tan de mañana?

—Güenos días, don Fulano.

—De qué se trata, caballeros. ¿Qué tiée usté, tío *Trompeta*, que parece que le han cortao a usté el estornúo?—le pregunto al más viejo de los que formaban el brillantísimo triunvirato.

—Calle osté, hombre, que hay días en que lo debían jacer a uno fideos tallarines y cosas en la vía que jacen más boquetes que un berbiquí y que duelen más que un avispero.

—Pero ¿es que le ha tocao a osté la quinta por casolidá?

—¡*Chavó*, y qué dexagerao que es usté, tío *Trompeta*!—exclama escupiendo y matando con el pie la salivilla el *Guitarrista*, el cual después, volviéndose hacia mí, me dice con acento de hombre vencido:

—Mire osté, ¡que me den una puñalá en un sobaco, si tiée éste razón en naíta de lo que dice!

—Mire osté—exclama el viejo con voz exaltada—: osté va a ser el que me va a dar, si la tengo, la razón y el que me la va a quitar si no la tengo.

—¡Si no la tiée osté, cómo se la van a quitar! Mire osté, pairino, yo le contaré lo que pasa—exclama el *Niño* colocándose el báculo debajo del brazo.

—Güeno, anda, cuéntaselo tú, pero sin fartarle al rispeto a la verdá, ¿sabes tú?

—Pos verá osté, pairino: este *puri*, al que ya no le quea más que un raigón y dos dientes delanteros, tiée una *gachí*...

—¡Un penco!—grita el tío *Trompeta* con acento despreciativo.

—Güeno, lo que osté quiera..., un penco..., la *Taponera*..., una jembra que entoavía trota y galopa y se canta unas siguirillas que quitan toas las tapaeras der sentío..., porque eso no me lo negará osté, ¿verdá?

—Pa mí ya ca siguirilla que canta es un martillazo que me pega en er tímpano, y eso te lo sabes tú de corrió.

—Pos bien...: este caballero está ya más jarto de la *Taponera* que del mal comer, pero como de gusto no hay na escrito, si no le gusta la *Taponera*, en cambio está prevelicaíto por un burro que tiée el *Córdoba*...

—Un burro que es una prenda e gala y que vale un Potosí...; un burro más grande que un cerro y con una sangre que es pórpora y sabiendo más que un catedrático. ¡Como que na más que por mirarlo se debiera pagar contribución!

—¿Me dejará osté que arremate?

—¡Es que cuando oigo platicar de ese pasmo se me va er sentío!

—Pos bien, como diba diciendo, éste está prendao der *Cenicien-to*, que asín se llama er burro, y, en cambio, el *Córdoba* está que tira piedras por la *Taponera*.

—Y como yo—exclama el tío *Trompeta* interrumpiendo bruscamente al *Niño*—nunca le he tenío voluntá a esa *gachí*, que tiée por cabeza un bolo de billar y por *pinreles* dos lanchas cañoneras, y si le ha dao ar pico alguna que otra vez ha sío porque 'a mí me echó mi madre al mundo con el corazón lleno de misericordia, y ya me apesta que me mata, y como a mí el *Ceniciento* me gusta al perder, y al *Córdoba* (un *divé* le valga) le gusta la *Taponera*, pos el otro día como el hombre me tiée rispeto y no se atreve a meterse en mis aguas sin que yo le vise el ro, pos como el otro día estuvimos un rato de copas y de polos y de jabras..., pos lo que pasa..., se rodeó la cosa, y como las palabras se enrean y las unas tiran de las otras...

—Miré osté, pairino—dice el *Niño* interrumpiendo a su vez al viejo—, lo que en resumías cuentas pasó fue que este punto y el otro punto trataron una cosa esaboría, u sea que el *Córdoba* le die-ra el *Ceniciento* a éste, y que éste dejara al *Córdoba* *jonjabelle* la *Taponera*.

—Lo que *chanelan* sus güesos, camará—digo yo, guiñándole un ojo a los que nos acompañan, que nos miran turulatos, boquiabiertos y casi, casi despavoridos.

—Pos a pesar de to lo que yo *chanelo* me han salío las contrarias, no le digo a osté que hay cosas en la vía que duelen más que un avispero.

—Pero ¿no se quedó el trato firmao y rubricao por dambos a la vez?

—Vaya, y el *Córdoba* me dio el *Ceniciento* jasta con la baticola bordá, pero es que yo creía... que la *Taponera*, a la que un *divé* quiera le salga un cangro en ca poro, se ha portao como quien es, y esta mañana, cuando el *Córdoba* le arremató de platicar der negocio, como la mu mala jembra estaba friyendo unos calamares y como tiée er genio tan súpito y como no le sentó bien er trato, pos la mu pícara, se fue der seguro y según parece le metió un sartenazo al *Córdoba* que cuando éste vino a contarme lo que pasaba, entoavía estaba er *gachó* escupiendo calamares!

* * *

Y como ya va picando el sol y es llegada la hora de que cada hormiga busque el grano para su troje, si los que nos acompañaron en esta expedición matinal nos lo permiten, nos despedimos hasta otro día del enamorado del *Ceniciento* y de sus dos ilustres compañeros, tres de los más bizarros representantes, en esta tierra, de los de chaquetas de astrakán, pantalón de pana y *cachás* en la cintura.

(“ESPAÑA”. Rev. de la Asoc. Pat. Esp. B. Aires, 9-IV-1905.)

ENTRE COMPADRES

I

Después de escuchar Currito el *Carabina* todo cuanto hubo de decirle la hembra que sin permiso de la Católica, Apostólica, Romana, cuidábase de zurcirle lo roto, de coserle lo descocido, de espumarle el puchero y de muchísimas cosas más que por discreción callamos, quedóse nuestro hombre silencioso durante algunos instantes, no sin redoblar nerviosa y acompasadamente sobre el suelo con el tacón de uno de sus brodequines y no sin poner cara de malísimos propósitos, y exclamó después con acento sordo y amenazador:

—¡Por vía e Dios con el compadre! Cudiao como está de emperrao en que yo le meta un crugío que suene jasta en los montes Pirineos.

—¡Qué le vas a meter tú un crugío! Pos no parece que no conoces tú al compadre... Si eso no es un hombre, si eso es un gato siempre en enero..., si es que no lo puée remediar; si es que lo tiée en la masa de la sangre..., si en cuanto ve una chapona sa menester atarlo a una estaca; si es un *gachó* que le tira el *cerote* al Verbo Divino. ¡Si eso no es un hombre, sino diez hombres en uno solo!

—Pos mira tú por donde, de un solo acosón, voy a cargarme diez hombres a la bandola; que estoy yo ya mu jartico de jacer la vista gorda y de jacerme el *lila* con él y tan y mientras la cosa no han pasao de guiñás y de cuatro *chufas* al paño, menos mal, podía aguantarse. Pero eso de hoy, eso ya no lo aguenta el amo de mi tabartería. ¿Tú te enteras?

—Pero ¿qué ha pasao hoy tampoco pa eso? Que sabe que tú te vas a dir a Vélez y el hombre no quiere que yo me agurra ni te jeché de menos este oscurecer y quiere por lo mismo darme un rato de compañía. ¿Y eso qué tiée de malo, vamos a ver, qué tiée de malo?

—Camará, y qué misericordioso es mi compadre.

—Pos tú te tiées la curpa; porque tú has sío el que dale que le da y jerre que jerre no has parao hasta conseguir que se crea que ésta es su casa, y es que tos los hombres, el más vivo está pidiendo a voces un aparejo reondo.

—¡Y qué diba a pensar yo que mi compadre fuera así! Cuando yo cuando voy a su casa cuasi cierro los ojos pa no ver a mi comadre.

—Eso lo harás tú cuando tengas los ojos acatarraos. Tú harás lo que él, sólo que como tú eres más tunante, tú te dirás: “Los ojos platican y no comprometen”, porque los ojos no dejan rastro, y con los ojos se tantea er terreno y se sabe si se puée o no se puée entrar en vedao, y eso es lo que jacen los vivos como tú y no los tontos como el compadre. ¿Tú te enteras?

—Bueno, ¡vamos a dejarnos de primores! ¿Dices tú que el compadre te dijo...?

—Primero me miró como si me quisiera marnetizar; después me dijo lo de venir esta noche, y después fue alargando la zurda, y como yo la vi de venir en mu mala direrción, pus me alevanté y él se queó llamándome inquisiora y mala sangre. Y na, que así que se jartó de decirme cosas, salió de estampía prometiéndome que aluego había de venir y había de entrar manque tuviera que tirar más tiros “que espinas tiene un rosal y que hojitas la retama”.

—¡Pos eso es lo que se va a ver esta noche!, porque lo que es esta noche se jura aquí la Costitución; porque lo que es yo no me voy a Vélez ni conducío por la Benemérita, y esta noche duerme mi compadre en el *Batatar* y yo metío en un calabozo, con un grillete ar pie y esposas en dambas manos.

—Vamos, hombre, no digas tú pamplinas. ¡Esta noche pasará lo que un *divé* y yo queramos que pase, y tú harás lo que yo te diga y na más que lo que yo te diga!

—Pero ¿qué es lo que quieres tú que yo haga?

Y a la pregunta de Currito, Rosario sentóse sobre las piernas de aquél, le rodeó el cuello con el brazo, y más adelante podrán conjeturar los que nos lean lo que le dijo al *Carabina* la hembra que le planchaba las pecheras, zurcíale lo roto y cosíale lo descosido.

II

—¡Riá, riáá, *Primorosa!* ¡Arza, *Pepa!* ¡Arza, *Tontona!*

Y a los gritos del mayoral, y a los sonoros crugidos de su látigo, arrancaron las robustas mulas, arrastrando la diligencia, entre cuyos viajeros destacábase el rostro varonil y agitanado de Currito el *Carabina*.

Cuando Joseíto el *Carambola* vio alejarse la diligencia, quedóse plantado en la acera, la vista en el empedrado, el amplio cordobés inclinado sobre la frente, las manos en los bolsillos del marsellés y con el semblante grave y meditabundo.

No estaba el *Carambola* muy satisfecho de sí mismo; parecíale sentir que le escarabajaba en la conciencia la mala partida que desde hacía mucho tiempo venía pensando en jugarle a Currito. La comadre tenía la culpa; la comadre y Dios, que la había hecho tan regraciosa y tan rebonita; si Dios no le hubiera dado unos ojos tan retecharranes y tan renegros, ni una carita de porcelana tan expresiva, ni un pelo tan abundante y tan reluciente, ni un pecho tan dislocador, ni una cintura tan retedislocadora, ni una cadera tan revalliente, ni unos pies tan rechicos, ni un metal de voz tan redulce...

Y en lo redulce de la voz de su comadre estaba pensando nuestro héroe, cuando, interrumpiendo bruscamente el curso de su pensamiento y deteniéndose delante de él, díjole la tía *Candela*, la encargada de ayudar en sus quehaceres domésticos a su comadre, la hermosísima Rosario:

—Oiga usté, señó Joseíto, ¿se ha díó ya mi amo er *Carabina*?

—Ya se ha díó. ¿Es que venía usté a traerle la merienda?

—Pos no, señó, que no venía a eso que usté dice, sino que su comadre de usté es la mar de antojaiza, nunca se le ha antojao que yo venga ni vaya a enterarme de estas cosas, y hoy... vaya usté a saber por qué y pa qué y con qué fines me lo ha encargao... Pa na güeno será fijamente, y no es que yo sea mal pensá..., pero es que yo no sé qué le pasa hoy a mi ama... Está como quien espera una carta con un giro.

—¿Y qué ha sío lo que le ha dicho a usté mi comadre, si es que el decirlo no paga puertas?

—Pos lo que me ha dicho, platicando en prata fina, es esto: "Oiga usté, tía *Candela*, ahora mesmito se echa usté er mantón y se va usté a la diligencia y me jace usté er favó de enterarse si se ha díó o no se ha díó mi hombre." Eso fue lo que me dijo. Pero como tengo ya treinta años en ca uno de mis *pinreles* y no sé montar en bicicleta, por velay usté, he llegao tarde, y si no es por usté me voy sin enterarme de si se había díó o no ese jarto e pringüe y jartico e roar a quien no pueo ver ni en pintura.

—¿Y por qué no puée usté ver ni en pintura a mi compadre, señora, cuando mi compadre tiée durce jasta las entretelas...?

—Pos por muchas cosas..., señó Joseíto, por muchas cosas... Ya sabe usté que pa mí la Rosario es la Consagrá, porque la conozco desde que estaba en peligro de desangrarse por la tripa, y porque es más güena pa mí que el azufre pa el moquillo, y porque es una

esgraciaíta que está pasando un día sí y otro no por la ruela de las navajas y buche de agua que se bebe a la vera del *Carabina* es una puñalá que le meten, y ca beso que le da, un vomitivo que toma. Y la verdá, como yo la quiero más que a las niñas de mis ojos, pos velay usté, me *rae* la cosa las entrañas, y si en mi mano estuviera, y si ella se guiara de mis consejos, otro gallo le cantaría, otro gallo, señó José, otro gallo con muchísima más cresta y muchísimas más plumas y muchísimos, pero que muchísimos, más espolones.

—Pero ¿qué es lo que me está usté diciendo, tía *Candelica*? Pero si eso no puée ser. ¡Pos si parece que dambos se están dando er pico a toas las horas der día!

—No es mar pico er que se dan; como que su compadre de usté tiée er corazón de una jiena y si ella cuando llega vesita a casa no alegra el perfil, aluego cuando se van los extraños, es un dolor como él le pone el cuerpo. Usté no sabe, señó José, lo que pasa bajo las vigas del techo que cobija a aquer proigio de hermosura...

—Pero ¿es posible eso?—preguntó Joseíto cuando la sorpresa le permitió modular algunas palabras—. ¿Es posible que mi compadre tenga tan retemalísima sangre con una *gachí* tan retengrasiosísima y tan regüenisíma y tan retesuperiosísima como mi comadre?

—¡Si se creerá usté que tos son de la condición de usté! ¿Usté sabe cómo está er campo, señó Joseíto? Por ca rosal que nace, nacen catorse mil arcasiles. Su jembra de usté es la que debe estar en la gloria estando a la vera de usté. Verdá que usté es de los que van con una mano por el suelo y otra por el cielo y le gusta a usté er querer más que er comer y el besar más que el rascar, pero ésas son cosas de hombre y no por eso deja usté de querer a su morucha más que a sus entrañas y de tenerla en su sitio y de respetarla y de darle gusto en toíto lo que se le antoja... ¡Pero er *Carabina*! Si eso no es un hombre, sino un tigre carnicero. Bien dice mi ama que cambiaba catorse burros por usté y vendía jasta er moño pa darle dineros encima.

—Pero ¿es que dice eso mi comadre?

—Vaya si lo dice. Pero yo con esto y con lo otro me he entretenío más de lo que Dios manda y entoavía tengo que mercar unas cosillas que me encargó aquer pasmo de bonitura; con que quéé usté con Dios, señó José, y que de esto que yo he platicao no se entere ni la tierra.

—Vaya usté con Dios, y pierda usté cudiao y dígame usté a mi comadre que aluego sin farta irá yo a darle una cosa que me ha dejao pa ella mi compadre.

La tía *Candela* miró sonriendo maliciosamente a Joseíto y alejóse después murmurando con acento lleno de retintines:

“¡No va a ser chico purgante el que te vas a tener que tomar tú mañana por la mañana!”

III

Rosario la *Carabina* estaba que metía miedo de buena moza. Una bata blanca llena de encajes ceñíase dúctil y tentadora a su cuerpo, donde cada curva era un espolazo en los sentidos para todo el que en ella posaba sus ojos; de nácar parecía su semblante oval y de graciosa expresión, y de azabache parecían sus ojos grandes y adornados, sus cejas pobladísimas y la reluciente crencha que rizábasele sobre la tersa frente.

Cuando penetró Joseíto en la habitación y vio a Rosario sentada en la mecedora, luciendo parte del brazo de intensa blancura y ceñido en la muñeca por anchas pulseras doradas; cruzadas las piernas de modo que dejaba ver el nacimiento de la pantorrilla que amenazaba hacer estallar la finísima media, y que ponía de relieve la magnífica redondez del muslo; libre la redonda garganta que ceñía un collar dorado, cuyos dijes reposábanle sobre la retadora curva del arrogante seno; cuando vio de aquel modo Joseíto a la *Carabina*, sintió algo que se le ponía sobre el corazón, y, tras algunos instantes de silencio y de mirar a Rosario como un náufrago la playa, exclamó trémulo y emocionado:

—¡Ay, comadre de mí vía! O me da usted una vinagrá o manda usted llamar correndito con el guarda calle al barbero.

Rosario rió dulcemente, y

—Vamos, compadre, menos sangría y menos vinagrá, y jágame usted el favor de decirme qué es lo que le ha encargao mi Curro que usted me diga.

—Pos a mí el compadre no me ha encargao más sino que le diga a usted que se cuide mucho y que se quite del relente y que tenga usted güen corazón y güena sangre pa con los que gimen y lloran, conmigo, pongo por caso, ¡que me estoy muriendo a chorros por su presonita gitana!

—Pero ¿es de verdá eso, compadre? ¿Es de verdá que le ha entrao a usted por mí er querer tan de gorpe y porrazo y tan grande que le ha borrao der sentío el rispeto que to amigo se merece?

—¡Que si es grande mi querer! Tan grande que si se pusiera de puntilla se daba un caramonazo con la luna. Camará, pos si ya no vivo, ni duermo, ni como ni sosiego, y si fueran topacios los suspiros e mi pecho, tendría usted topacios jasta pa empedrar la calle aonde vive. Si ya pa mí no hay en er mundo más ojos que los ojos de su cara ni más metal de voz que er metal de su voz.

—Pos ¿y los ojos y er metal de voz de mi comadre, Joseíto; de mi comadre, que es más bonita que er cielo?

—Sí que lo es, pero pa eso es usté más bonita que cinco cielos y que cinco cielos más.

—Y además, hombre, que mi comadre no ve más que por los ojos de su cara de usté y la pobretica es más güena que un colirio.

—Y si yo no digo que sea mala... Pero vamos a dejar a la comadre, que ahora es usté la que a mí más me interesa, y la que más me duele y la que más me lastima.

—Ahora... Pero ¿y mañana, cuando el día claree...? Entonces, ¿qué?

Entonces lo mismito que ahora, comadre de mis pensamientos.

—Entonces a usté mi comadre..., ¿qué?

—Pos a mí su comadre de usté... na...

—Pos, hombre, me alegro de saberlo, porque si eso es asín, lo otro pudiera pasar tamién de matute, porque la verdá es que es un dolor que su compadre de usté a la chita callando... Ya se ve, como el hombre es tan isimulao y tan redomao y parece que no rompe un plato..., y la comadre se tapa tan requetebién lo que se tiée que tapar...

—¡A ver, explíqueme usté eso más clarito que yo me entere! —exclamó Joseíto, poniéndose de pronto grave y cejijunto y mirando a Rosario con expresión tan inquieta como interrogadora.

Rosario sonrió, columpióse dos o tres veces en la mecedora, se arregló los bucles que le caían sobre la nuca y repúsole después con voz risueña y reposada:

—¿Y qué le importa a usté mi comadre, si quien le importa a usté soy yo, según acaba usté de decir?

—Le diré a usté... importáseme..., importáseme..., no... Pero importárseme..., importárseme..., sí, algo se me importa.

—También se me importa a mí algo... otra presona... Pero, en fin, si lo que usté me dice es verdá y yo... yo..., vaya, yo le gusto a usté tanto..., pos qué se le va a jacer..., ellos se tiéen la curpa, que ellos han sío los primeros.

—Pero ¿me quiere usté hablar ya clarito, que yo me entere de lo que me quíee usté decir, comadre de mis entretelas?

Y esto lo dijo Joseíto mirando casi en amenazadora actitud a la Carabina.

—Camará, y aluego dicen que es usté un vivo, ¡qué más claridá! Si yo le gusto a usté tanto, usté me gusta a mí mucho; y si yo le gusto a usté y usté me gusta a mí, pos no habrá bronca en los tendíos; porque como Curro y mi comadre... y mi comadre y Curro...

Joseíto oyendo a Rosario habíase incorporado, lívido y descompuesto, y

—Eso es una calurnia—gritó con voz ahogada por la emoción y la ira.

—Calurnia..., ca..., hombre..., que ha de ser calurnia. Los que-reles son los que mandan, y lo que yo pueo decir a usted, compadre, es que en este mismísimo momento su compadre de usted y mi comadre están como estamos nosotros de palique u de argo más que palique, que no sería yo la que metiera por ellos un deo en la candela.

—Eso no puée ser—rugió Joseíto, vibrando todo de ira y de celos—. Mi compadre se ha díó a Vélez.

—Ha jecho como que se diba, pero no se ha díó; se bajó en Cinco Minutos.

—Eso es una charraná—balbució roncamente el *Carambola*, colocándose de cualquier modo el sombrero y dirigiéndose en casi trágica actitud hacia la puerta de la habitación.

Y cuando ya su mano temblorosa posábase en la llave, cuando con toda el alma hecha lágrimas y cólera disponíase a ir en busca de la mujer querida y del amigo que lo traicionaba, abrióse la puerta de cristales de la alcoba y, cogidos del brazo, sonriente él y cólerica ella, penetraron en la sala, seguidos de la tía *Candela*, Pepa la *Maripozona* y Currito el *Carabina*.

Detúvose Joseíto. La sorpresa hízole poner cara de tonto, y

—¿Qué es esto?—preguntó, paseando su mirada de uno en otro con aire desconcertado.

—Esto es lo que yo le había dicho a usted, que mi Curro y mi comadre estaban, como nosotros estábamos, de palique y que sa menester que se enmiende usted, compadre, y que como se merecía usted un castigo por mala persona..., pos na, que ya está usted castigao.

Y diez minutos después, mientras se alejaban Joseíto llevando casi a remolque a su Pepa, que le disparaba a quema ropa toda una granizada de improperios, decíale Rosario a su Curro con acento zalamero y brindándole toda el alma en sus negrísimas pupilas:

—¿Ves tú como ni el compadre duerme en el *Butatar* ni tú duermes metío en un calabozo?

Y

EN PESCADERÍA

—¡Valiente percal se retacea en este sitio!...—exclamó Antónuelo el *Matraca* al ver reunidos bajo el cobertizo del saladero del *Viruta* a los más caracterizados próceres de la guapeza de Pescadería, entre los que se destacaba por su arrogante actitud y por el desdén casi olímpico con que dignábase mirar de cuando en cuando a los demás héroes allí congregados, Currito el de los *Bigotes*.

“La Muñeca”, nombre con el cual no sabemos por qué hubieron de bautizar la nueva Pescadería, brillaba a los abrasadores rayos del sol con sus edificios de madera casi todos y pintarrajeados de los más vivos colores, adaptados en su mayoría y del modo más caprichoso y pintoresco a las exigencias de la industria; acá y acullá, bajo los amplios cobertizos, mozos atezados llenaban unos los serones de pescado que colocaban entre verdes hojas de palma; en tanto otros, bañaban en tinte de pino las larguísimas redes; los más viejos y menos ágiles, los renegridos veteranos entreteníanse en hacer mallas, sentados en el duro suelo al abrigo de algunos sombreros; agrupábanse los cenacheros, cenacho al hombro, alrededor de los grandes depósitos de madera rebosante de sardinas para hacer postura al artículo que pregonaba con monótono sonsonete el pregonero.

—¡A peseta, a peseta! ¿Quién es el guapo que remonta la peseta?

Las tabernas estaban casi solitarias, y sus dueñas o dueños colocaban en orden sobre los limpiísimos mostradores la reluciente cristalería; regaban el suelo y colocaban a la vista del transeúnte algunas macetas que daban a los establecimientos sumidos en húmedas penumbras aspecto de oasis y de refrigerantes refugios en las horas en que el sol parece querer hacerlo todo yesca bajo sus implacables rayos.

La vida desbordábase en aquellos lugares; gritaban, reían, *chusqueábanse* todos al unísono, en medio de aquel ambiente caldeado y bajo un cielo de abrasadora brillantez; los hombres más graves,

panzones y sesudos, buscaban las posturas más cómodas a la sombra de los caprichosos edificios; la gente moza discurría por doquier en animado bulle bulle; de vez en cuando algunos jabegotes, de desnuda y hercúlea pantorrilla y pie extraño siempre a toda clase de cautiverio, porteaban a tal o cual saladero, ora un *jaquetón* de acerado matiz y de enormes dimensiones, ora alguna brótola o pescada capaz de hacerle la boca agua al menos gastrónomo de todos los nacidos.

Antoñuelo el *Matraca* arrojó una mirada sobre el grupo de hombres de pelo en pecho que presenciaba la subasta en casa del *Viruta*, y

—Camará—dijo con acento un tantico malhumorado—, esto va a ser peor que la toma de los Castillejos, y esto en que yo me voy a meter me va a salir por un ojo de la cara, porque lo que es el de los *Bigotes* en cuanto se entere de lo que yo quiero, ca pelo de su bigote va a ser una bayoneta, y el pimporrazo que me va a meter va a sonar en el Torcal de Antequera, y a mí no me parió mi madre pa recibir esas clases de pimporrazos, y yo tengo que hablarle al de los *Bigotes*, porque Toñuela no transige ni pa Dios sin que yo platique antes con su *bato*, y yo si pierdo a Toñuela me jago un boquete en el ombligo con un berbiquí y hablar con su padre, según dicen, es peor que jurgarle a una tintorera, y...

Y Antoñuelo el *Matraca*, haciendo un esfuerzo y casi como el que se decide a tirarse por un despeñadero, avanzó decidido hacia el grupo donde lucía el de los *Bigotes* su imponente actitud de hombre aguerrido y capaz de quitarle el resplandor de un *metío* a cualquiera de los luceros, y díjole llegando a él y mirándolo con heroica indiferencia:

—¿Usted quisiera premitirme, señor Curro, que platiquemos dos minutos?

El de los *Bigotes* posó la imponente mirada en el recién llegado; un mohín de disgusto probó a Antonio una vez más las dificultades de su empresa, y

—Oyé, tú, *Garabato*—exclamó Currito encarándose con uno de sus amigos—, si víe el *Tomatera* dile que me aspere, que tengo que decirle una cosa que a dambos mos interesa; que yo voy a ver pa qué me quiere a mí este caballero.

Y con tal acento de zumba hubo de decir esto Currito, que exclamó el *Matraca* con voz dulce y un tanto irónica, dirigiéndose a los amigos del temible progenitor de Toñuela, que sonreían y lo miraban de un modo que estaba pidiendo a voces la bofetada.

—Eso de caballero lo ha dicho el señor Curro por mí, señores, y ése soy yo, pa lo que ustedes gusten mandar.

Contemplaron sin dejar de sonreír los allí reunidos al *Matraca*, y —Si ya lo sabemos, si yo lo conozco a usted mucho de vista, porque me parece que lo he visto yo a usted retratao la mar de veces en las cajillas de misto—exclamó con grave y reposada actitud uno de los de la guardia pretoriana del de los *Bigotes*.

—Vamos ya, mocito, que tengo prisa—exclamó éste dirigiéndose al *Matraca*, el cual le siguió lentamente, y no sin antes contemplar con extraña expresión al que habíase permitido asegurarle haberle visto en las cajillas de mixtos.

—Vamos a ver qué es pa lo que usted me quiere—decíale momentos después el de los *Bigotes* al *Matraca* ya a solas con él en la taberna de Frasquita la de *Levante*.

—Pos, señó—dijo con voz insegura Antoñuelo, al par que se secaba el sudor que cubríale la frente—, yo no sé si usted sabrá que tiée usted una hija...

—¡Hombre, valiente noticia me da usted cuasi en ayunas!—dijo el de los *Bigotes*—. ¿Y es pa eso—continuó con voz irónica—pa lo que me ha jecho usted abandonar, mocito, mis muchísimas ocupaciones?

—Usted disimule—repúsole Antonio con voz turbada—. Es que por algo tenía que encomenzar. Yo supongo que usted sabe eso de que tiée usted una hija, pero lo que usted no sabe es otra cosa, que es lo que yo le voy a decir a usted, si es que usted me lo permite.

—Pos usted dirá, y métale usted espuelas al jaco, que tengo yo mucha prisa.

—Pos bien, ya verá usted qué pronto arremato mi faena. Usted tiée una hija que es er delirio y yo tengo veinte y tres años, soy güérfano de padre y madre, no tengo oficio, pero sí tengo un cortijo que me renta tres mil *púas* y la mar de codornices, y además jace cosa de dos meses tuve la desgracia o la fortuna de trompezarme en ca de la *Llorona* a su hija de usted, y desde punto y hora en que la vi se me aflojaron las coyunturas y me quedé tonto, pero que tonto der to, y como ya jace dos meses que no vivo, y como yo voy por la de *en medio*, pos esta mañana que me alevanté trempano me dije yo mirando hacia el suelo y rascándome el cogote: “Esto no puée seguir así, Antoñuelo. Tú estás ya que jaces gárgaras, y con razón, por la hija del señor Curro, que es un fenómeno de bonita; ella te mira a ratos y no de mu mala manera, pero dice a tus arrullos que *nanai*, porque le teme a su padre más que al terral, y que tan y mientras tú no platiques con su padre y su padre no te vise el pasaporte, puées izar el ancla y largar el velamen y dirte por esos mares e Díos en busca de atunes, y si no de atunes de albarcoras, y si no de albarcoras en busca de lo que más te dé la repotentísima

gana." Esto me dije yo esta mañana cuando empezaba a clarear, y como yo soy así, pos aquí me tiée usté repitiendo lo que yo me dije esta mañana pa que usté corte por aonde quiera, porque ya sabe usté que mi corazón es la carne y que su voluntad de usté es er cuchillo y que usté es, señor Curro, er que mata y er que sana.

No habíale caído mal del todo a Curro el palique del *Matraca*, y cuando éste hubo concluído, adoptó aquél postura más cómoda en la silla, se retorció con aire caviloso el imponentísimo bigote, y

—Pos siento yo y siento de verdad—dijo con acento grave y reposado y lleno de sinceridades—no poer visar a usté el pasaporte, porque la verdá es que no me sabe a mí mal eso que usté dice, pero...

—Pero ¿qué?—preguntóle inquieto el *Matraca*.

El señor Curro miró fijamente a Antoñuelo, e incorporándose después bruscamente exclamó en resuelta actitud y con acento decidido:

—Pero eso no puée ser, y no puée ser porque está por medio el *Tomatera*, y er *Tomatera* es un chacá, un lobo rabioso, un tigre, un miura, ¡y no quiero yo broncas con el *Tomatera*!

—¡Bah!, pos si no es más que por el *Tomatera*, eso ya está más liso que la parma de la mano—dijo el *Matraca*, encogiéndose de hombros y sonriendo con maliciosa expresión.

—¿Y cómo está eso más liso que la parma de la mano?—preguntóle, mirándolo lleno de asombro, el de los *Bigotes*.

—¿Que cómo?—repúsole con acento dulce Antoñuelo—. Pos de un mo mu sensillo: como yo sabía eso del *Tomatera*, pos antes de venir aquí me fui en busca suya, y me lo trompezé en ca der *Cotufas* y mos fuimos solitos a la Escollera, y ya en la Escollera le pedí por Dios y por su Santísima Madre que puesto que su hija de usté no le tiée voluntad y no es usté, cuando ella se case, el que tiée que oírlo esptorar por las mañanas, pos le peí que me dejara libre el campo, eso es..., libre el campo.

—¿Y en qué sitio le dio a usté la puñalá el *Tomatera*, cuando usté le dijo eso?—preguntóle con acento vibrante el de los *Bigotes*.

—No, si no me dio puñalá ninguna—le repuso dulcemente el *Matraca*.

—¡Entonces es que estarán ya liaos con él los del *úle*!

—Ca, no, señó, na de eso. El, como era natural, se abroncó una miajita, y jasta me parece que metió mano al jierro; pero no pasó naíta, señor Curro, naíta que merezca la pena de contarse.

El de los *Bigotes* miraba silencioso y lleno de asombro al *Matraca* cuando:

—Me premite usté, señor Curro—exclamó en aquel momento el

Brótola, que acababa de penetrar en el *hondilón*, acercándose respetuosamente a la mesa.

—¿Qué te pasa?—preguntóle aquél al recién llegado con acento un tanto iracundo.

—Es que como estaba usted esperando al *Tomatera*...

—Güeno, ¿y qué es lo que pasa con er *Tomatera*?

—Pos que el *Tomatera* ha mandao un recaó urgente con el hijo del *Canilla* diciendo que no puée venir, porque tiée la cara como una bota por mo de un flemón que le ha salío en las encías.

El de los *Bigotes* contempló de nuevo y fijamente al *Matraca* y, tras algunos instantes de incertidumbre, exclamó dirigiéndose al recién llegado:

—Güeno, pos mándale a decir al *Tomatera* con el *charrel* del *Canilla*, que se ponga en el flemón una pasa de Corinto, que son mu buenas las de Corinto pa esa clase de flemones.

Y volviéndose hacia el *Matraca*, díjole, tendiéndole la mano, que aquél se apresuró a estrechar briosa y efusivamente.

—Y usted puée contar con mi consentimiento, que no quiéo yo tener entre los míos ninguno que padezca de esa clase de hinchazones en las encías. ¿Usted se enteró?

Y momentos después salían del *hondilón* Antoñuelo y el de los *Bigotes*, dirigiéndose, cogidos del brazo, al saladero del *Viruta*, donde aguardaban al segundo, ya impacientes, los más caracterizados de los prohombres de pelo en pecho del barrio de La Muñeca.

(ESPAÑA. Rev. de la Asoc. Pat. Esp. B. Aires, 23-XII-1906.)

EN LA ZAPATERIA

—Camará, y que mo de llover, ¡ni cuando enterraron a *Bigotel*! —exclamó el señor Curro el *Pimporrio*, penetrando en casa de su compadre el señor Pedro el *Cerote*, uno de los más populares de los por aquel entonces dedicados a calzar a los que podían permitirse tal lujo en el barrio de La Pelusa.

El *Cerote*, que en aquellos momentos dedicábase a encerar un cabo, apenas si se dignó mirar a su compadre por encima de las gafas, que cabalgábanle sobre la acaballada nariz.

No se dio por ofendido el *Pimporrio* por la descortés acogida del *Cerote*, y después de colgar el sombrero del espaldar de una silla, sentóse en ésta, y sin decir oxe ni moxe, echó manos a la roñosísima petaca que aquél había colocado, como siempre, entre los útiles del oficio.

—¡Cuándo llegará el día en que tenga usted cutis y no fume siempre de *úpa*!—refunfuñó el zapatero al par que aforaba con los ojos y con expresión de ira el grueso imponente del cigarro que empezaba a liar el recién llegado.

—Camará. ¡Es usted, compadre, el hombre más desagradeció que parió madre desde que er mundo es mundo y desde que la sarna pica!

—Pos si yo fuera desagradeció, ¿llevaría usted, como lleva, derechos los contrafuertes?

—¿Y si no fuera por mí habría quien le mandara a usted un par de brodequines pa que les echara una remonta o un tacón o una suela mallorquina?

—A propósito de mallorquina..., ¿es verdá eso que dicen del *Greñitas* y de la *Tururú*?...

—¿Y quién es el *Greñitas* y quién es la *Tururú*?

—¡Pos ni que viviera usted en un campanario! Pos no son mu conocíos dambos, camará. El es el torerillo más salao y con más hígados que ha nació de madre, y ella la chavalilla más graciosa que

hay desde aquí a Lima, una cosa fenomená, más rechica que un carambuco, con los ojos como tazas, er talle como er de una avispa...

—Oiga usted, compadre, no se acalore usted que se le está a usted cayendo la baba.

El *Cerote* llevóse el dorso de la mano a la boca y exclamó con los ojos chispeantes después de morderse con sensual y cómica expresión los sumidísimos labios con las desdentadas encías.

—Como que es un primor la chavalilla, y si yo tuviera veinte años menos...

—Tendría usted sesenta y pico, compadre.

—Sesenta y pico de tumores que le sargan a usted en la mala lengua que tiene. Sesenta y pico, *chavó*, pos ni Matusalén ni toíta su decendencia.

—Vamos a dejarnos de cosas esaborías, y cuénteme usted eso del *Greñitas* y la *Tururú*.

—Ya me ha quitao usted las ganas de platicar. ¡Hombre, que con veinte menos tendría yo sesenta y pico! Vamos, compadre, que no sé cómo no meto mano a la chaira y le doy a usted más puñalás que veces tose un costipao.

—Pero no se ponga usted así; si eso no se lo digo yo a nadie si no viene a pelo u si no me lo pregunta.

El *Cerote* miró a su compadre de modo iracundo; su compadre era un tostón y un *malahora*, que lo sacaba de tino con su sonrisita siempre zumbona y con el retintín con que siempre le hablaba, y el día menos pensado iba a ocurrir en su portal una cosa estupenda.

Y pensando en la cosa estupenda que podía ocurrir algún día en el portal, sentía el viejo hervirle la sangre, y tal vez hubiérase ido del seguro, a no penetrar en aquel momento en su establecimiento con un quitasol convertido en paraguas por la necesidad, Dolores la *Rabicortona*, una hembra alta, gallarda, redondeada por la plenitud de la vida, ondulando al andar la cintura, esbelta sin presión de artificio alguno, vibrándole al andar el seno redondo, y con el pelo rubio cayéndole sobre la frente y la nuca en artística rebeldía; una mano recogiendo la falda de coco, poniendo al descubierto al andar un pie y el principio de una pantorrilla, capaces ambos de hacer estallar al de menos pólvora en la Santa Bárbara, y luciendo su cara de tez nítida, de facciones correctas, de dientes tentadores entre labios de desesperante frescura, de ojos azules y adormecidos y de expresión acharranada.

La entrada de la *Rabicortona* hizo levantarse al *Pimporrio*, el cual, recordando las actitudes en que solía subyugar las hembras más indóciles y descontentadizas en sus ya remotas mocedades, plan-

tóse la mano derecha en la cintura, echóse con la zurda el blanco ^{peo} sobre la sien y sin arquear el busto, por tenerlo ya más que arqueado por la edad, exclamó comiéndose a aquélla con los ojos:

—¡Olé ya por las jembras de *chipé*, de bandera, de tronío, y bendita sea la yunta que inventó tu dinastía!

La recién llegada soltó el quitasol y exclamó riéndose al par que le tomaba ligeramente la cara al entusiasmado *Pimporrio*.

—¡Y que Dios lo bendiga a usted también, so pinturero!

—Eso de pinturero te lo ha dicho...

—Eso me lo ha dicho—exclamó el *Pimporrio* interrumpiendo al *Cerote*—porque lo soy, porque a mí me echó mi madre al mundo pa pinturero, pa dislocar a las mujeres... ¿Verdá, tú, Lola, que fue pa eso pa lo que a mí me parió mi madre?

—Güeno..., vamos a dejarnos de música... y dígame usted cómo andan mis zapatos.

—¡Sin tacones entoavía!

—No le saliera a usted un cangro en ca coyuntura, so ladrón... Tres días y pico pa unos tacones.

—Es que como llevamos tres días sin sol y yo entoavía no he puesto la eléctrica..., pos velay tú.

—¿Y pa qué necesita usted la, eléctrica?

—¡Hija, pa qué ha de ser! Porque pa componer zapatos tuyos se necesita to eso, porque a mí ya no me alcanza la vista. ¡Como que tiées por pies dos corchetas!

—Diga usted que sí, compadre, que son dos *pinreles* que marne-tizan a Dios uno y trino, y si no fuera más que los *pinreles*, pero y lo que sigue cuesta arriba..., cuesta arriba..., cuesta arriba...

—Hombre, que usted ya no está pa esas cuestras arriba, sino pa cuestras abajo, y... vamos a lo que me importa, ¡que yo necesito pa esta noche sin falta mi par de botas imperiales!

—¿Y por qué las necesitas tú pa esta noche?

—Porque esta noche hay juerga en ca de la *Tururú*, y estoy con-vidá a esa juerga, y no es cosa de que vaya con alpargatas valen-cianas.

Y al decir esto, la *Rabicortona* descubría el pie, y además del pie algo también de la tentadora pantorrilla.

El *Cerote*, al divisar aquello, cerró los ojos, y

—¡Dios mus coja confesao! Dolorcitas, ten caridad de dos pro-beticos viejos y tapa, tapa eso, ¡por la Santísima Virgen!

Dolores, que no tenía seguramente mal corazón, tornó a ocultar el pie bajo la falda, y continuó:

—Pos sí, esta noche hay una miajita de argo en ca de la *Tururú* en celebración de su empalme con Joseíto el *Azúcar*.

—Pero ¿es por fin con el Azúcar con quien empalma la Tururú?

—¡Pos con el Azúcar!

—Pero ¿y el Greñitas?

—El Greñitas se ha licenciao él mismo en presona.

—¿Y cómo ha sío eso?

—Pero ¿se puée aclarar una chispa lo que platican ustedes y que me entere yo de lo que pasa?—exclamó el Pimporrio con acento malhumorado.

—Pero ¿no le he dicho yo ya a usté que el Greñitas estaba por la Tururú?

—Eso sí..., pero como llegó este proigio y perdí los papeles y se me secó el paladar y se me puso er pelo de punta y me dieron escalofríos y se me emberrenchinó la sangre y...

—Sóoo..., ¡por vía e la Malena!... Pos en dos jipíos lo concluiré yo de poner a usté al corriente del negocio... La Tururú es una Divina Pastora que no abulta lo que un merengue, el Greñitas es un novillero más valiente que Hernán Cortés y más bruto que un *argahijo*, y el Joseito el Azúcar es un primer banderillero. ¿Usté se entera?

—Enterao.

—Pos bien—exclamó la Rabicortona continuando el relato que comenzara el Cerote—, el Greñitas y el Azúcar estaban dambos a la vez más locos que cencerros por la Tururú, la que, dicho sea con perdón de ustedes, pa mí no es una mujer, sino un catite...

—Ya lo quisiera yo pa endurecerme la dentaura, salero.

—¿Usté?... Güeno, pos según diba diciendo, dambos estaban por la Tururú a matar, y la Tururú, manque le gusta más el de la Azúcar que el de las Greñas, como el Greñitas es mataor y el otro no es más que banderillero, pos lo que pasa..., no sabía a qué carta quearse y a dambos le ponía güen perfil y mejor frente, y lo que pasa..., como la cosa no podía seguir asín y la cosa diba a arrematar de mala manera, pos el Azúcar empezó a buscar mataor con quien dirse, y el Greñitas a buscar otro primer banderillero.

—Pero si acaban de torear juntos en Moclinejo cuatro bueyancones como cuatro cortijos.

—Como que ésa diba a ser la última corría en que diban a trabajar juntos, y si fueron fue ya por compromiso, y, según dicen, el Greñitas quedó en los cuatro como los propios ángeles.

—¿Y el Azúcar?

—El Azúcar más desgraciao que el Postigo de San Agustín, pero jizo una hombrá y le tocó la lotería.

—¿Y cómo fue eso?

—Pos eso fue que uno de los bueyancones salió con las de Caín

y como azogao, y el *Greñitas* salió a pararle los pies, y yo no sé cómo fue la cosa, pero, según me han contaó, el toro enganchó al *Greñitas* por la faja y endispues lo tiró pa recogerlo de nuevo, y que ya lo diba a recoger, cuando el *Azúcar*, al ver que ninguno de la cuadrilla metía el percal por el mataor, se fue derecho al bicho y se le agarró a la cola y na..., que cuando se alevantó el *Greñitas*, como el chaval no tiée mal fondo ni es desagradeció, pos se fue pa el *Azúcar* y le dio un abrazo y na..., que, según parece, él mismo, él en persona, en quantito llegó a Málaga se vistió de pontificá y se fue en busca del *bato* de la *Tururú* y le pidió la *Tururú* como Dios manda pa su primer banderillero.

—Ah, ¿y por eso será la juerga de esta noche?

—Pus por eso, y por eso necesito yo que me arremate usted pa esta noche mis zapatos.

Y momentos después alejábase del establecimiento del *Cerote* Dolores la *Rabicortona*, mientras el *Pimporrio* mirábala alejarse desde la puerta de la zapatería y los escasos transeúntes hacían resonar al paso, en sus oídos, los más elocuentes requiebros de su vastísimo repertorio.

(ESPAÑA. Rev. de la Asoc. Pat. Esp. B. Aires, 16-III-1906.)



¡YO SOY ER TANO!

—Yo soy er *Tano* de Ecija, ¿sabe usted?, er *Tano* de Ecija. Y er *Tano* de Ecija es el primer cantaor de seguirillas, y de soleares, y de serranas, y de carceleras, y de polos y de medios polos que hay bajo er sol, y bajo la luna y bajo el lucero matutino. Y aquí aonde usté me ve, yo canto siete veces más que el *Chinche*, y siete veces más que el *Pirulero*, y siete veces más que el *Pucherete*, y siete veces más que tos los que viven de dar jipíos, dende aquí a las pampas argentinas, ¿sabe usté?

—Pos que Dios Uno y Trino le conserve a usté la sirena—repúsole Joseíto el *Cañamones*, sonriendo irónicamente y mirando irónicamente también a aquel típico representante de la gitanería andaluza.

—Pero ¿es que se cree usté que es *jonjana* lo que yo platico? Vamos, hombre, lo que yo hablo es más verdá que la luz, y aquí aonde usté me ve, al parecer tan de uñas con el sastre y con er zapatero, si yo quisiera tendría la mar de ternos de elasticotín y ca diamante como un melón y la pechera bordá y las pretinas bordás y jasta los carcetines bordaos; pero es que ca uno es como es ca uno, y yo soy como me parió mi madre, y si bien yo tengo cuando quiero una sucursá der Banco en la campanilla, yo soy hombre mu raro y mu cabezón, y yo no canto más que cuando mi gusto me dice: “Canta”, ¡y como yo allí, en Ecija, tengo tres olivos y tres jigueras brevaes y a mí er jamón se me repite, y en cambio me prevelico por el bacalao a la vizcaína!, pos velay usté, no canto nunca cuando la gente me lo quieen pagar, sino cuando a mí me sale de los ijares, cuando a mí me da la repotente gana, ¿sabe usté?

—Hombre, ¿y pa decirme eso es pa lo que usté me ha citao en este sitio? ¿Pa que yo me entere de lo que le gusta a usté er bacalao a la vizcaína?

—Aspere usté, hombre, y no sea usté súpito, hombre, que las cosas se deben emprencipiar por el principio, y si no ¿cómo diba

usté a saber lo que yo canto, si yo no se lo digo a usté como se lo acabo de decir, señor Joseíto?

—Pero, hombre, ¿a mí qué se me da que usté cante más que un mixto? Lo mesmito se me da a mí de eso que de la fábrica de azúcar o de la del chocolate de la Riojana?

—Ya verá usté como no dice usté eso cuando yo le diga a usté que na más que pa platicar con usté me he vinío yo de Ecija, porque yo no he venío de Ecija más que pa cantarle a usté lo que usté imora, u sea, que jace ya un año cuasi que se descorgó por mi pueblo una *gachí* que me miró una vez y me tuvo tábiro una temporá, una *gachí* argo parienta de usté, Lolilla la *Miraflores*.

—¡Ah!, ya, ya voy *chanelando* una miajita de lo que usté se trae conmigo—exclamo, fruciendo la frente, el gallardísimo *Cañamones*.

—Pos verá usté—continuó el *Tano* con acento plácido y zalamero—, como a mí me gusta lo güeno, como a usté, pongo por caso, y en el lao dizquierdo no manda naide, pos la verdá, ver a Lolilla y quearme medio perlático, to fue uno, y como es naturá, encomencé yo a dar paseítos en su calle, con las alas caías y arras-trando la cola, y viendo que ella ni pa Dios se adolesía de mí, y viendo que de la pena diba a perder jasta el cielo de la boca, pos jeché manos de mis méritos, y una noche me pegué a su reja acompañao der *Tabardillo*, un *gachó* que toca la guitarra como los propios ángeles, y me arrimé a la reja, digo, y apenas er *Tabardillo* me dio la entrá, salí yo templándome, y na..., lo que pasa a cuasi toítas las mujeres en cuantito me oyen er pito, que se *desparranguilló* de gusto la Lola, y que se asomó a la reja, y que encomenzamos a platicar, y na..., lo que pasa..., que hoy dambos estamos sin sentío, y yo vivo pasando más fatigas que si estuviera en un pozo, y ella

Tiene la cara morena
y negrito el corazón,
que se lo quemó la pena.

—Güeno, ¿y qué más?—exclamó con acento sordo el *Cañamones*, al cual a medida que hablaba el de Ecija íbasele ensombreciendo más y más el atezado semblante.

—Pos bien: como era de esperar, ella se pasó en seguiita ar moro, pero er *bato*, que tíee por sangre la jiel de los calamares, y al que no le gustó mucho mi postín, al comerse la partía, me cojió a mi Lola y a la probética mía la tuvieron que meter en una tina de árnicá, y endispués se la trajo aquí y ella aquí y yo allí empezamos

a escribarnos, y oiga usted lo que me escribió mi Lola la última vez, que jace ya ocho día, por lo menos.

Y diciendo esto el *Tano* sacó de la faja la faltriquera, de la faltriquera un pañuelo, y de entre los dobleces del mismo una carta, la que leyó quitándole casi la arenilla con las encorvadas y negrismas pestañas.

“*Tanillo* de mis ojos: Has de saber tú al recibo de ésta, que la cosa se está poniendo mu esaboría, que mi primo er *Cañamones* está por mí que elira, y como aprieta más que un miserere, y como a mí mi primo me sabe a ragua de cañadú abitocá, y como tú me sabes a mí a lo que tú sabes que a mí me sabes, pos yo digo que yo no tengo lo que tengo más que pa tu presona gitana, y que antes de casarme con mi primo me tiro a la mar pa que me coman los peces, y cuando yo digo esto me arrima mi *bato* ca pie e paliza que me troncha, y to mi cuerpo lo tengo acardenalao, y como quiera que esto no es vivir, yo te pío por los ojitos e tu cara que vengas acá y que veas de arreglar er negocio sin dirte der seguro, porque has de saber tú que mi primo es mi primo, porque es hijo der señor Paco er *Cacatúa*, al que Dios tenga en su santa gloria, y er *Cacatúa* era como sabes hermano de mi probe mare, y si te fueras der seguro y sus embistierais dambos y yo tuviese la suerte de que tú le dieras un crugío al otro, mi *bato* no te lo perdonaría ni manque te vistieras de nazareno, y sería peor lo roto que lo descosío, asín es que ven juyendo y ve de arreglar la cosa, sin que la tierra se entere tan siquiera de que yo te he escrito esta carta, que me la escribe er sereno, que ya sabes tú que es hombre más callao que un chuzo.—Tuya, tuya, tuya, tuya, tuuya, tu Lola la *Miraflores*.”

—Güeno, pos no está esaboría der to esa carta, no, señó. que no está esaboría—exclamó con voz ronca y vibrante el *Cañamones*.

—Pos bien: ahora bien, si yo peleo con usted y me da usted candela..., malo, pero que mu malo; si yo le arrimo a usted un crugío y lo lisio, malo, pero que mu malo tamién. Y siendo dambas cosas malas, está más claro que er solera claro que yo no peleo con usted. ¿Usted se entera?

—Y si no peleamos, ¿qué es lo que vamos a jacer, que yo me entere?

—Pos lo primerito que va usted a jacer, digo, si es que usted quiere jacello, es contestarme a una pregunta, y esta pregunta es que me diga usted si es verdá que usted está prendaíto der to de su prima Lola.

—Ya esto no es cuestión de enamoramiento, hombre; esto es cuestión de negra honrilla. A mí mi prima me gusta, porque a quién no le gusta la *chipé*. Pero ahora mi prima me paga a mí eso

de compararme con la ragua de una cañadú abitocá, y endispués que me pague a mí ella eso, asín que me lo pague, ya pensaremos qué es lo que vamos a jacer mosotros.

—¿Y no sería muchísimo mejó que jiciéramos dambos un tratillo que a dambos mos conviniera?

—¿Y qué tratillo quíe usted que hagamos mosotros?

—Pos verá usted. Usted no está prendao como yo de la Olores, usted vive como las propias rosas cortando aquí er bacalao en el cante jondo, y yo si se me pone sobre er corazón, pueo dejarlo a usted pollito, pero que pollito der to, y quitarlo a usted der comeero. ¿Usted se enterao?

—Por enterao.

—Pos bien: si usted se empeña en lastimarme un ala del corazón, yo me vengo de Ecija, dejo allí mis cuatro olivos y mis cuatro jigueras y me vengo aquí, y ya aquí encomienzo a dar jipíos, y no van a llamarlo a usted a cantá, ni manque lo recomiende er Gobierno. ¿Usted se enterao?

—¡Por enterao!

—Pos bien: si por el contrario usted me deja libre la jaza y me jecha una manita pa con su tío de usted, yo le prometo, en cambio, no golver a cantar una copla elante e gente en to lo que me quea de vía.

El *Cañamones* quedó pensativo durante algunos instantes, miró después con escrutadora intensidad al de Ecija, y

—¿Me da usted su palabra de hombre de que esa carta se la ha escrito a usted mi prima?

—Mi palabra de hombre que ella me la ha mandao, porque eso de escribirla ya sabe que quien la ha escrito ha sío er sereno de su calle.

Tornó a quedar pensativo el *Cañamones*, y tras otros instantes de vacilación, díjole sonriendo irónicamente al ecijano:

—¿Y quién me prueba a mí que es usted cantando un proigio, como usted dice?

—Eso se lo pruebo yo a usted ahora mismito, pero que ahora mismito. ¡Pus pa qué si no lo he citao yo a usted en este escampao!

Y el *Tano*, tras un brevísimo silencio, entreabrió los labios, y...

—Por vía de Dios y de la Santísima Virgen, *chavó*, que canta usted que pone er pelo de punta, camará—exclamo brusca y apasionadamente el *Cañamones* cuando el *Tano* hubo puesto fin a su seguidilla gitana.

—¡No se lo decía yo a usted, hombre!—díjole el de Ecija con expresión complacida, y después, y mirando maliciosamente a su rival, le preguntó:

—Y qué, ¿entonces hacemos o no el tratillo que yo pensaba jacer con usté, mozo güeno?

—Ya lo creo que sí que lo hago, pero con una condición, y es que siga usté cantando toíto lo que le de a usté la repotente gana.

—No, eso no; yo le prometo a usté no cantar en tanto y cuanto no me lo pía usté, por favor, lo menos catorce veces...

Y según hemos oído asegurar a muchas gentes, para que cante una copla el ya marido de Lola la *Miraflores*, hácese preciso que se lo suplique catorce veces, por lo menos, Joseíto el *Cañamones*.

(ESPAÑA. Rev. de la Asoc. Pat. Esp. B. Aires, 9-VI-1907.)

TRATO HECHO

Antonio el *Moreno* se dirigió a la mesa junto a la cual estaba el *Pelirrojo*, y sentándose junto a éste, no sin antes golpearle afectuosamente con una mano en el hombro, exclamó, dirigiéndose al mozo de "Los Leones", que, reclinado contra una de las cuarterolas y con los brazos cruzados sobre el pecho, entreteníase en silbar uno de los tangos más en boga:

—A ver, tú, Isidoro, café pa mí y unas copas de veneno pa la compañía.

El *Pelirrojo* permaneció, grave y circunspecto, sin abrir los labios, como era en él casi sistema, y sólo cuando Isidoro hubo colocado delante de él los nuevos cortados de aguardiente, dignóse preguntar, con voz campanuda, al recién llegado:

—Qué, ¿cerraste por fin el trato con el de Osuna?

—Ca, señó Curro; pos no está ese *gachó* mu dequivocaíllo, camará. Usted supóngase que, el mu alma mía, se me ha dejao caer ofreciédome por los seis muleros y los dos potros dos mil pesetas, cuando las dos mil pesetas, como usted sabe mu requetebién, lo valen na más que el pasarle las manos por las ancas.

—Sí, que los bichos valen lo suyo—dijo el señor Curro, con acento reposado—, y yo creo que el hombre subirá la tara y arrematará por llevárselos. Pero es que como está tan a gusto aquí, pos es natural, ese tira y afloja que se trae contigo le sirve al hombre de pretexto pa no izar el ancla de esta badía.

—¿Y él qué interés tiée en no izar el ancla de esta badía?

—¡Pos ni que tú vivieras en la luna! Pos si toíto er mundo sabe que el *gachó* está una miajita ilusionao por la Lucesita, la novia de tu compadre, Antonio el *Tarambana*.

—¿Por la novia del *Tarambana*?—exclamó, mirando lleno de inquietud al *Pelirrojo*, el *Moreno*.

—Por la misma, y lo más peor no es que él esté por ella una miajita ilusionao, sino que, según parece, a ella no le pone él tampoco la boca amarga, y pa mí que si el de Osuna no agüeca pronto

el ala de aquí, va a tener tu compadre que tomar la mar de zarzaparrilla de Bristo.

Cuando una hora después penetró en su casa el *Moreno*, iba con el entrecejo fruncido y la cara para que nadie intentara pedirle un favor.

—¿Qué es lo que te ha pasao a ti, so mal ange, que traes una cara que ni pintipará pa que yo pía el divorcio?—le preguntó su mujer, la cual, con las mangas arremangadas y dejando ver, por tanto, desnudos sus brazos redondos, y tan nítidos que dejaban transparentar las azules venas; y sus pies, de indiscutible abolengo andaluz, empleábase en tender la ropa, recién lavada, que iba sacando de una canasta.

Antonio el *Moreno*, que al penetrar en el patio lo primero que había hecho había sido quedarse en mangas de camisa y sentarse en una vieja mecedora, no se dignó contestar a la pregunta de su bizarrísima consorte, y, durante algunos minutos, permanecieron ambos silenciosos.

El patio presentaba un risueño golpe de vista con sus bien cuidados arriates, que la mano de Mariquita cuidábase de limpiar de hojas secas y de flores mustias, y que sus desvelos habían convertido en reducidos verjeles, en que imperaban las notas de rubíes de los geranios y las no menos purpurinas de los claveles de bengala; un a modo de tapiz de enredaderas vestía la parte más ruínosa del muro, donde ponían una nota de intensa poesía las azules campanillas; un carambuco lucía, en uno de los extremos, sus áureos botones, y en otro, un jazmín lucía sus flores perfumadas; en el centro del patio, y sobre el carcomido brocal del pozo, goteaba el cubo, pendiente de una garrucha, y junto al brocal, sobre un tenderete de pino, el enorme lebrillo de lavar, aún lleno de jabonosas y espumeantes aguas, hablaba elocuentemente de la índole pulcra y hacendosa de Mariquita.

—¿Conque no se puée saber—preguntó ésta—qué malita yerba ha sío la que ha pisao hoy el hombre más pelmazo y más guasón que ha puesto un *divé* en este valle de lágrimas?

Sonrió Antonio, y como ya sentía hervirle en el corazón lo que tanto le preocupaba, y como no se sentía nunca a gusto hasta confiar cuanto pensaba y sentía a su compañera,

—Cállate tú, chiquilla—exclamó con acento malhumorado—, que acaba de decirme una cosa el señor Juan el *Pelirrojo* que me ha puesto la boca más amarga que la tuera.

—¿Y qué ha sío lo que te ha dicho esa carretá de años y de güesos y de malas intenciones?

—Pos lo que me ha dicho ha sío... Tú sabes mu bien lo que yo quiero a mi compadre, Antofico el *Tarambana*.

—Vaya si lo sé; pregúntamelo a mí, que cuasi tuve que peirle por la Pastora Divina que no me pusiera chinitas en el camino, cuando tuve el mal gusto de consentir en ser yo la que te lavara y la que te zurciera toas tus prendas interiores.

—Y tú sabes—continuó el *Moreno*, sin parar mientes en las palabras de su mujer—que si Antonio ha dío a Córdoba no ha sío más sino porque yo se lo peí por favor, pa que me arreglara una chapuza que yo tenía por arreglar con los *Mellizos* de Tebas.

—¿Pos no lo he de saber, qué gracioso que eres tú; no lo he de saber, si me jiciste que te emprestara los cuatro chavicos que tenía yo arrejuntaos pa pagarle a tu compadre el viaje, porque aquel día estabas tú con más boqueras que un mirlo?

—Y que de eso te puées tú quejar, salero, cuando eres peor que nadie pa las gabelas.

—¿Y el peligro que corro yo de que no me pagues? ¿No ves tú que si te cito a juicio no me va a querer servir el Juzgao?

—Güeno, dejemos eso y vamos a lo que más interesa, o sea, a lo de mi compadre, al que me parece que le voy a poner un parte pa que se venga ensegúa.

—Pero ¿eso por qué?

—Pos por una razón mu sencilla; porque, según me acaba de decir el señor Juan, Pedro el de Osuna, el que ha venío a ver si puée arrecoger los seis muletos y los dos potranquillos, anda dándole coba a la Lucesita, y como la Lucesita, sin ser mala, le gusta más el *chufleo* con los hombres que a ti mirarte en los ojos e mi cara...

—Josús, María y José, ya ves, por tu causa me he costipao.

—Pos bien: conforme te diba diciendo, como si mi compadre ha dío a Córdoba, ha dío por mo de mí, pos es naturá, estoy que me ajogo con un soplío.

—¿Y qué curpa tiées tú que a la Lucesita le guste más que el turrón que la miren y la *chufleen*?

—Sí, pero es que yo sé que mi compadre está más loco que un cencerro por la Luz, y si viée y se trompieza con que el de Osuna le jace musarañas a su jembra, es mu posible que al hombre le dé la picá, y ya sabes tú lo que es el compadre cuando le da la picá, que dos picás que le han dao en su vía, una le costó estar tres meses y pico en el hospital y la otra una temporá en el Peñón de la Gómera.

—¿Y qué quiées tú jacerle, qué curpa tiées tú de to eso, si es que pasa?

—Es que si mi compadre no hubiera díó por mo de mí a Córdoba, no hubiera pasao naíta; porque como la Luz, a pesar de to, a quien bien quiere es a mi compadre y, además, le teme más que a una espá esnúa, pos, ¡como si lo viera!, al primer guiño del de Osuna le hubiera güerto la espalda, y se acabó mi cuento.

—Sí, en eso tiées razón—murmuró, pensativa, Mariquita, y tras algunos momentos de meditación,

—Vamos a ver—preguntó maliciosamente a su marido—: ¿qué te costaron a ti los seis muletos y los dos potranquillos?

—¿Y qué tiée que ver eso con lo que yo digo?

—Vamos a ver, tú contéstame a lo que yo te pregunto.

—Pos bien: a mí, entre lo que me costaron y lo que se ha arri-mao, me vienen a estar..., me vienen a estar...

Y, tras echar cuentas durante algunos instantes de modo mental, el *Moreno* continuó:

—Pos bien: entre unas cosas y otras y chispa más o chispa menos, a mí me vendrán a estar en unos seis mil reales mal contaos.

—¿Y cuánto te ha ofrecido a ti por ellos el de Osuna?

—Pos a lo más que ha llegao a subir ha sío a dos mil *tordas* y la convidá.

—¿Y tú cuánto quieres sacar más de eso?

—Yo menos, pero que un peazo menos de lo que valen. Tú suponte que lo que yo quiero que me den es diez mil quinientos reales.

—¿Y dices tú que el de Osuna no ha vinío aquí más que a cerrar este trato?

—Como que si ha vinío no ha sío más que porque yo le aconsejé que viniera.

—Es decir, que en quantito cierre el trato el hombre y arrecoja los bichos, ya puée el *gachó* estar saliendo de estampía, ¿no es así?

—Eso creo yo.

—Pos, hijo, prémiteme que te diga que hay días que te alevantas con los cinco sentíos jechaos en espíritu de vino. Si el de Osuna se va en quantito cierre el trato; si lo que hay entre él y la Luce-sita no es más que cuatro pamplinas y cuatro quiebro de cintura; si tú estimas tantísimo a tu compadre; si tu compadre ha díó a Córdoba por mo de ti; si tú temes que si se entera del pamplineo de Luz con el otro puée el hombre buscarse una esaborición; si a ti los bichos te están en seis mil reales mal contaos y el de Osuna te ofrece ocho mil, una de dos, u eso del apego a tu compadre es pura guayaba, u hay días en que habría que ponerte una iluminación en la mollera.

—Pero ¿a qué viée to eso?—preguntó a Mariquita mirándola con los párpados entornados el *Moreno*.

—Pos viée a que no sé yo porqué has de apurarte tantísimo. Y si no, ¿quieés tú saber lo que yo jaría en tu lugar?

—Pos de juro que quisiera yo saberlo.

—¿Y qué me vas a dar porque yo te lo diga?

—Según sea lo que tú me digas.

—Pos suponte tú que yo te digo lo que yo jaría en tu lugar, y que tú lo jaces y te queas tan contento y con la frente más lisa que la palma de la mano, y con la cabeza libre de tantas cavilaciones.

—En ese caso..., *chavó*, en ese caso yo te daría..., yo te daría...

—Vamos a ver, ¿qué sería lo que tú me darías?

—Pos yo te daría cien mil millones de besos de los de *chipé*, y tos ellos en la boca.

—A mí me dejas tú de besos, que es mucha la cosecha que tengo yo de eso to el año. Lo que yo necesito son *parneses* u cosa que lo parezca.

—Vaya, güeno; pos te daré el mantón que vende la señá Dolore la *Garabito*.

—¡Olé por mi San Antonio!—gritó repiqueteando los dedos como crótalos Mariquita la *Clavelera*, y después

—Pos mira—dijo al *Moreno*—, lo que yo haría en tu lugar sería llamar o buscar enseguiita al de Osuna y decirle: “Mire usté, mozo güeno, como usté ha vinío a Málaga por mo de mí y se ha metío usté en gastos y yo soy hombre de consencia, yo le doy a usté los seis machos y los dos potrancos en las dos mil *púas* del ala, pero se los doy a usté con la condición de que se vaya usté enseguiita y se lleve usté mismo los bichos.” Y como el de Osuna lo que se trae con la Luz no es más que un tonteo, pos el *gachó* trinca los bichos, se larga tan campante a Córdoba, y aquí no ha pasao na, pero que naíta que ha pasao.

Antonio se quedó mirando como entontecido a Mariquita, y

—Pero eso ¿cómo no se me ha ocurrió a mí?—exclamó lleno de asombro—. ¡Si eso no vale el mantón que te he prometío! ¡Si eso se le ocurre a un tapón de corcho, a un puñao de virutas, a un rancho de calamares! Si eso no es na, si eso no vale na, si eso es como decir Jesús cuando se estornúa.

Mariquita miró con expresión de cómica indignación al que de modo tan cruel recompensaba su feminil clarividencia, y

—Pos eso no quieé decir más, sino que tú *chanelas* menos que un tapón y que un puñao de virutas y que un rancho de calamares, y como yo no tengo la culpa de na de eso, a mí me tiées tú que mercar el mantón de la señá Lola *Garabito*.

—Sí, mujer, sí—se apresuró a decir el *Moreno*—; te lo compraré, ya lo creo que te lo compraré, ¿qué culpa tiées tú de que yo sea tan bruto? ¡Por vía e la Malena! Ahora mismito me voy a buscar al de Osuna.

Y aquella tarde, cuando ya dado fin a los cotidianos quehaceres, penetró de nuevo en su hogar Antonio el *Moreno*, exclamó sonriente y dirigiéndose a su mujer, que, graciosamente acicalada, tocado de flores el magnífico cabello, le esperaba cosiendo sentada junto a la puerta del patio, en el que el sol muriente ponía sus últimas claridades:

—Dicho y jecho, camará. Dicho y jecho, y toma y guarda en la gabeta esos *parneses*.

Y al decir esto arrojaba algunos billetes de Banco en la falda a su mujer, que le preguntó sonriendo:

—¿Y qué, se va mañana, por fin, ese arma mía?

—Mañana mismo se va, gracias a Dios y a tu boquita de grana.

—Pa que aluego presuma la Luz con los tonteos del de Osuna. Y ya ves tú si puée tontear, cuando no ha valío pa él tan siquiera ni dos mil quinientos riales.

Y con razón, con sobradísima razón había le contestado aquella tarde a su marido Mariquita la *Clavelera* cuando aquél le ofreciera cien mil millones ds besos en pago de sus consejos que de besos tenía ella siempre más que sobradísima cosecha.

(MUNDO GRÁFICO, núm. 109. Málaga, 1912.)

PARA UN VIVO OTRO VIVO

I

—¿Qué edá dices tú que tiée Pepilla la *Picarona*?

—Me parece a mí que debe andar pisando cuasi er dos con un cerito a la vera.

—¿Y la estatura?

—¿La estatura? Regular.

—¿Y de jechuras?

—¿De jechuras? Yo no te diré más, sino que ca vez que me la tiro a la cara, me entran la mar de ganitas de darme un chapuzón en la Escollera.

—¿Y de cara?

—¿De cara? ¡Uyuyuy! ¡De cara! Lo menos jechó Dios una quincena en fabricar ca una de sus farciones, y tiée una nariz que es un dije, y una boca que es otro dije, y dos orejas que son dos dijes, y dos ojos que no son ya dos, sino doscientos mil millones de dijes; en fin, un pasmo, *chavó*, un pasmo es lo que tiée Pepilla por frente y por perfil, y aluego si fuera eso sólo, menos mal; con taparse dambos ojos con dambas manos cuando se la trompezara uno... Pero lo malo es que tiée un metal de voz que parece que es que tiée embargá una alondra en la campanilla y aluego que güele como si tuviera en ca poro una violeta, y no te digo na de cuando trinca la guitarra, porque es que cuando la trinca, me río yo del *Pipi*, del *Tunela* y hasta del hijo del de los *Bollos calientes*.

—Camará, pos di tú que sa menester no salir de casa los días en que esa *gachí* luzca el garbo por el distrito.

—Como que yo creo que si ahora se muere más gente en el barrio no es por mo de lo que corre, sino por mo de esa *gachí*, que descoyunta a to aquel en quien clava sus ojitos, que paecen que se lo barnizan con rayos de sol toítas las mañanas trempano.

—¡Camará, y a ese estrupisio de hermosura quiées tú que yo le tire el *cerote*! ¡Pos ni que yo te hubiera sacao una finca a la subasta!

—Hombre, te diré, si quiero yo que tú le pongas los espartitos a esa *gachí*, es porque esa jembra hace que sean pa mí siempre canícula toítas las estaciones. ¿Te enteras tú bien de lo que yo te estoy platicando?

—Que me den una puñalá aonde yo diga, si te entiendo, *chavó*. ¿Que tú quiées que yo le jaga la ruea a la *Picarona*, porque a ti la *Picarona* te gusta más que los molletes con manteca?

—Tú lo has dicho, *chavó*: mucho más, pero muchísimo más que los molletes.

—Pos que me coja un tranvía elétrico si me pueo yo explicar eso que tú me dices, Antonio.

—¡Camará, y lo poquito que *chanelan* tus güesos! Suponte tú lo que es la verdá, que tú eres er mozo más pinturero, más bien do-tao de perfil, más jechaíllo pa alante que hoy en Málaga luce las jechuras, y que tú le tiras el *chambel* a esa brotolita de nácar y que esa brotolita de nácar muerde el anzuelo y empieza a tomarte afición y te la toma a to trapo.

—Pero manque eso fuera der mo que tú dices, ¿qué es lo que dibas a conseguir tú con eso, si yo dentro de quince veces veinticuatro horas, en cuantico suene en esta badía la sirena del trasarlántico que yo espero, meto mis cuatro pares de carretines en una sombrerera y dentro de na estoy chupa que chupa cañadú en cualesquiera de los ingenios de La Habana?

—¡Mía qué gracioso eres tú! ¿Pos te crees tú que si no fuera asín, diba yo a aconsejarte que me *chambelearas* a mi morucha? Yo te lo aconsejo porque sé que te vas en cuantico llegue el trasarlántico que tú esperas.

—Pero ¿qué vas tú consiguiendo con que yo me meta en ese chapuz?

—Pos yo—repuso mirándole con aire evangélico el *Urdiales*—voy consiguiendo una cosa; y si no, vamos a ver. Si a ti te pusieran delante de tus ojos un estuche con un remontúa de oro y otro remontúa de plata fina, y otros muchísimos remontúas de metal, ¿cuál remontúa escogerías tú pa ponértelo en er chaleco?

—¡Mía qué Dios! ¡Cuál diba a ser sino el de oro!

—Y si por casolidá te escamoteaban el de oro y no pudieras colgarte el de oro, ¿cuál de los otros que queaban escogerías tú pa tu calabrote?

—¡Mía qué Dios, pos el de plata!

—Pos bien: tú eres el remontúa de oro, y el de plata fina yo, y los de metal los otros que andan *cimbeleando* a la *Picarona*. Ahora bien: manque tú no conozcas a la *Picarona*, la *Picarona* te conoce a ti, porque tú pasas cuasí tos los días, porque no tiées más remedio

que pasar, por la acerita en que ella vive, y yo sé de mu güena tinta que tú le gustas a ella a morir, y que por mo de esto yo no adelanto naíta con ella, y por eso me he dicho yo pa mí: "Si Manolo le tira los *chambeles* a esa *gachí*, esa *gachí* se cuele de *chipé*; a los quince u veinte días Manolo está cantando tangos y soleares en la proa del trasatlántico, y la *Picarona* al ver que en el estuche no quea más que un reló de plata y otros cuantos de níquel, pos lo que es natural: *chingaita* de muerte porque se le ha escapao el de oro, pos apachugará con el de plata, y como el de plata soy yo..., ¡pos velay tú! La cosa me va a resultar a mí que ni pintá por pintores.

—Pero qué necesidá hay pa eso de que yo me arrime a esa *gachí*, porque si es verdá que yo no le arrebotó el estómago a ella, como yo dentro de na me voy, pos tú te queas jechito el amo sin que te puean llevar a ti el purso en ese negocio ninguno de los remontúas de níquel.

Antonio, que no esperaba sin duda lo que acababa de objetarle su amigo, quedóse un tantico turulato durante algunos instantes, y transcurridos éstos, exclamó sonriendo plácida y bondadosamente:

—Es que a mí, la verdá, a mí me conviée muchísimo la cosa, porque como yo soy el de más confianza de tus amigos, ten tú la seguridá de que en cuantito tú izes el ancla, no va a querer Pepilla platicar con naide más que conmigo, y lo que pasa en estas cosas, platicando, platicando conmigo de ti, arrematará por no acordarse ni del santo de tu nombre...

—Güeno, pos siendo asín, se te servirá, hombre, se te servirá repúsole Manolo sonriendo con marcadísima ironía, e incorporándose añadió al par que le colocaba una mano sobre el hombro:

—Y ahora, dime: ¿aónde vive esa jembra tan rebonita?

—Pos ahí, casi a la vera, dos casas más abajo de aonde vive Dolores la *Quinquillera*.

Y momentos después, ya lejos de su amigo, murmuró con acento que era un misterioso himno de triunfo:

"¡Lo que es ahora, me parece a mí que se le va a caer hasta el pelo al *Zargatona*!"

II

No había mentido del todo el *Urdiales* al hacer la descripción de la *Picarona*, la cual en el momento en que la sacamos a relucir, entreteníase en charlar amistosamente con Dolores la *Campechana* en el patio del corralón donde ambas tenían sentados sus reales.

—¿Conque entoavía colea el *Zargatona*?—preguntábale la segunda a la primera al par que subía una liga sin tener que faltar al

recato debido, o sea, sin arremangarse la crugiente falda de percal ni las limpiísimas enaguas.

—¡Vaya si colea!—repúsole la *Picarona*; y, encogiéndose desdeñosamente de hombros después, continuó—: Pero por mí, que colee hasta que se le caiga el rabo. No será fijamente ese *gachó* el que a mí me quite los núos de las enaguas blancas ni el que me arruge la chapona.

—Pero vamos a ver, ¿por qué le has tomao tú tantísima tirria a ese *gachó*, que yo me entere?

—Pus por la mar de cosas; poique a mí no me gustan los hombres que desazogan los espejos; que se creen que se lo merecen to, y que por añadidura quieren que a toas nos caiga tiricia por su persona, si no por la güena por la mala, a traganúos, como si fueran el Santolio.

—Eso será otra cosa; eso será que a ti no te güele a podrío el *Urdiales*.

—¿A mí el *Urdiales*? Pos si el *Urdiales* vale muchísimo, pero que muchísimo menos que el *Zargatona*, porque el *Zargatona*, al fin y al cabo, y a pesar de que se unte blandurilla en er pelo y se unte cosmético en er bigote, es un hombre. Pero el *Urdiales* es un pendón que desde que le dio en la nariz el *Zargatona*, cuando pasa por la calle, si el otro está de centinela, yo no sé cómo no sé las gasta de tanto mirárselas, las puntas de los brodequines.

—¿Es de verdá eso que tú dices, Pepilla?

—¿Que si es de verdá? Pos si eso está ya a chavo y a cuarto; si saben ya hasta en la serranía que el *Urdiales* le teme al *Zargatona* más que a un miura.

—Entonces vamos a ver, ¿cuál te gusta a ti más de tos los que quieren hirnotisarte?

—Pos el que más me gusta de tos, ya sabes tú quién es: uno que no me mira y no me come más que con el rabillo del ojo.

—Vaya, de fijo que ése es Manuel, el amigo del *Urdiales*.

—El mismo. ¡Y la verdá es que no sé por qué me gusta a mí ese hombre!

—¡Toma! Te gusta por lo mismo que te gusta er chocolate con bizcochos, porque el Manuel es uno de los hombres por el que pudiera darse con una piedra en los dientes la que más presumiera de bonita.

—Es que como a mí no me gustan los hombres güenos mozos...

—Los que a ti no te gustan no son los güenos mozos, sino los que saben demasiado bien y de corrió que lo son, ¡ésos son los que a ti no te alegran las pajarillas, salero!

—¡Pos mira! Quizá sea la verdá lo que tú dices.

—Vaya si es verdá. ¿Y dices tú que el *Ecijano* te mira con el rabillo del ojo?

—¡Vaya!, lo que te digo. Me mira, pero como si fueran a jacerle que pagara contribución por mirarme.

Y no pudieron terminar el diálogo las dos amigas, porque en aquel momento gritó desde la puerta del patio la hija de la *Cenachos*, una chavalilla greñuda y escuálida, de magníficos y negrísimos ojos, interrumpiendo a Pepilla la *Picarona*:

—Venga usted, Pepita, que en la ventana hay un hombre preguntando por usted.

—¿Un hombre?

—Sí, señora. Un hombre o una cosa mu parecía, que me ha dicho que le diga a usted que se llama Manolito el *Ecijano*.

III

No hizo esperar mucho a éste Pepilla la *Picarona*, la cual, después de alisarle el pelo rapidísimamente y de pasarse la borla de los polvos por el bellissimo semblante en la habitación de su amiga, salió disparada hacia la suya, no sin acortar y convertir en lentísimo su paso al atravesar sus umbrales.

No habíale engañado ciertamente la hija de la *Cenachos*, que apoyándose con una mano en uno de los hierros de la florida reja, y con la otra abarcándose parte de la cintura, en la coronilla el amplio cordobés, gallardo, rudo y sonriente, aguardábala el hombre aquel al cual acababa ella de darle el primer lugar entre todos los de su gusto.

Pepa, llegado que hubo cerca de la ventana, preguntóle seria y desdeñosamente, al parecer, a Manolo con voz que no parecía invitar a la confianza.

—¿Es verdá que ha preguntao usted por mí a la hija de la *Cenachos*?

—Tan verdá como que Cristo murió entre dos ladrones.

—¿Y se puée saber pa qué me quiere usted a mí y quién es usted, pa que yo sepa con quién estoy gastando saliva?

—Pos yo soy un civil disfrazao que viene en busca de usted pa llevársela a un calabozo.

—¿Y qué delito he cometido yo, arma mía, pa que quiera usted meterme en un calabozo?

—Pos no uno, sino la mar de delitos son los que ha cometido usted con un *gachó* que jace mu poco tiempo que ha venío de Ecija pa embarcarse pa La Habana, y el cual ha estao jace un ratillo en el

cuartel y me ha dicho que le han robao cuasi to lo que traía consigo, y que es usté la que ha jecho con él esa fechoría.

—¡Bien dicen que Dios nos libre de un falso testimonio asín como de una mala lengua! Yo no soy capaz de robarle una pluma a una golondrina.

—Pos él dice que usté ha sío la que le ha robao to lo suyo.

—Y se puée saber qué es lo que traía ese probetico de la tierra de los güenos atajarres.

—Pos sigún me dijo el mozo, lo que le ha robao usté ha sío er corazón, er sueño, las ganas de comer y jasta la manera que tenía antes de echar el habla del cuerpo.

—Pos dígame usté a ese hombre de mi parte que toíto eso es un cuento que le han contaó; que yo no le he robao naíta; que se registre bien y verá como lo encuentra to, y si no lo encontrara ahora por casolidá, que en cuanto esté en el trasarlántico lo encontrará fijamente en la boega, y si no en la boega, en el palo de mesana.

—Pos yo no le digo eso al *Ecijano*, que es más delicao que un ramillete y va a ser eso pa él muchito peor que la ruea de las navajas.

—¿Y se pudiera saber, ya que tanto le interesa a usté ese hombre—preguntóle sonriendo graciosamente Pepilla, al par que se sentaba en el poyo de la reja—, desde cuándo ha advirtío ese *gachó* que le han quitao tantas cosas como dice usté que le han quitao?

—Pos le diré a usté—repúsole dulce y gravemente el *Ecijano*—, lo menos jace ya una semana que ese hombre, una noche que pasó por aquí se encontró al dirse a su casa que le habían tomao toas las cosas que dice, y enseguiíta se dijo él: “Ya sé yo quiénes son los dos charranes que se han cargao conmigo esta malita faena.”

—Pero ¿geran dos o uno?—preguntóle zumbonamente la *Picaroná*.

—Era una maravilla que tiene dos charranes en la cara.

—Güeno, siga usté, que eso me va distrayendo.

—Pos bien: el *Ecijano* al verse sin aquellas cosas que tanta falta le hacían lo primerito que pensó fue venir a escape a pedirle a usté lo que usté le acababa de quitar, pero cuando ya estaba en la mitá der camino se enteró de que la que había hecho con él aquella perrería era el delirio del que él creía el mejor de sus amigos, y que se llama...

—¡No me miente usté eso, hombre, que a mí con na se me arrebotó el estómago!—exclamó interrumpiéndole bruscamente la *Picaroná*.

Y con tal acento de desprecio hubo de decir esto Pepa, que le chispearon de júbilo los ojos al *Ecijano*, que continuó con acento dulce y vibrante:

—Pos bien, pus por mentao. Como ese *gachó* tiée más dura que un yunque la voluntá y no sabe jugarle a naide una mala *chanáita*, empezó el hombre a darse contravapor y a jecharse la galga por no darle que sentir a su amigo, a pesar de que éste no le había dicho naíta de lo que tanto le dolía, y por mo de esto no fue antes al cuartel a darnos parte de lo que había jechito usté con su presona.

—¿Y cómo es que hoy el hombre se ha decidío a jugarle esa mala partía al mejor de sus amigos?

—Pos porque el *Ecijano* ha visto esta mañana el cielo abierto, porque su amigo ha querío jugársela de vivo, porque se ha enterao de que no es amigo suyo de verdá, porque ese caballero le tiée asquito a un tal *Zargatona* que anda cimbeleándola a usté, y que no quiere que naide cante unas malas seguirillas en este alero, y como le tiée asquito pos le ha querío dar *coba* al de Ecija, pa que el de Ecija, sin saber lo que se jacía, le quitara el mal bicho del reondel, y el *Ecijano*, como es natural, se hizo er lila y como ya no tiée que guardarle consecuencias a naide, pos velay usté, se ha díó en busca mía, y yo me he venío aquí pa decirle a usté que o le degüelva usté a ese hombre toíto lo que le ha quitao o se jura la constitución ahora mismito al pie de su ventana.

—Pero ¿qué falta le hace al *Ecijano* eso, cuando dentro de na, sigún parece, se va a dir al otro mundo?

—Pos si no se lo degüelva usté, la cojo a usté, la prendo a usté, y er día antes de que salga el vapor la llevo a usté a la parroquia y la meto a usté en el trasarlántico. ¿Usté se entera, señora?

—Pues puée usté jacer lo que le dé la repotente gana, porque lo que es yo no le degüelvo esas cosas al *Ecijano*.

—¿De verdá?—exclamó éste como si pretendiera aprisionarla toda entera con sus ojos negrísimos y centelleantes.

Pepa sintió que la sangre le subía a las mejillas, y posando la mirada en el alféizar, al que se entretenía en atar y desatar los picos del pañuelo de crespón que se atersaba sobre su arrogantisimo seno, murmuró con voz suave y dulcísima:

—¡Vaya si es de verdá lo que le digo!

Y como en aquel momento alzára la vista la *Picarona*, entablaron, intensos e inmóviles, un ardiente diálogo de amor los ojos de

ambos enamorados, que no pudieron darse cuenta de que en aquel momento desembocaba en la calle braceando gallardamente el famoso *Zargatona*, el cual detúvose un instante, sorprendido e iracundo, al ver al también famosísimo *Ecijano* en la reja de la mujer querida, avanzó después decidido hacia ellos, y al llegar casi a su lado, vaciló un instante, dominó en él por fin la prudencia a la ira, y se alejó lentamente murmurando con voz sorda y balbuciente:

—No, no tengo yo ganas de volver a jugar al tute en el Peñón de la Gomera.

(ESPAÑA. Rev. de la Asoc. Pat. Esp. B. Aires, 7-IV-1907.)

DESENCANTO

La escena representa el patio de un corralón; a derecha e izquierda, puertas numeradas; en el fondo, el muro, vestido de enredaderas y campanillas azules, y al pie del muro, un ruinoso arriate, donde margaritas y geráneos lucen sus flores blancas, unas, y carmesíes, las otras; a la entrada, a la izquierda, el brocal carcomido de un pozo, sobre el cual un cubo oscila y gotea, pendiente de una garrucha; el sol inunda el fondo del patio y bañanse en el sol un gato de morisca piel y algunas gallinas que parecen querer hundirse entre la tierra removida; el tío *Zancajito* el zapatero, delante de la mesilla del trabajo, canturrea con voz gangosa golpeando a la vez la suela con el achatado martillo.

En el momento de levantarse el telón ábrese una de las puertas de las habitaciones del patio y aparece en el umbral Dolores la *Pica-pea*, una chavala de arrogantes hechuras, de tez morena, ojos negrísimos y apasionados y rica cabellera que se le revuelve sobre la nuca y la frente en anillados mechones.

ESCENA UNICA

El tío *Zancajito*:

Por la calle abajito
va mi comadre...

Dolores.—¿Me quiere usté jacer el favor de dejar ya en paz a su comadre, que es usté más pesao que un grillo?

Zancajito.—Pos dejá, salero, que por darte gusto a ti soy capaz de pasarme la vía en una mazmorra, que por algo eres tú más bonita que er sol y más salá que un salero y güeles más y mejor que un manajo de claveles; como que yo no he encontrao en toíto er mundo más que una *gachí* que se puea comparar con tu presona.

Dolores.—Su hija de usté, Pepa, ¿verdá?

Zancajito.—Mi hija Pepa, que es otro sol como tú, con unos sa-

cals que meten mieu. Y si no ya la verás tú y verás tú como es lo que yo te digo.

Dolores.—Pero ¿es que se va a venir de La Habana su hija Pepa, agüelito?

Zancajito.—¡Ca! Ella no se viée de allí ni amarrá ar mesana de un navío; pero en su última carta mos decía que mos diba a mandar en la que debe llegar hoy un retrato que se ha jecho mu requetebién vestía, porque has de saber tú que ella tamién es mu pinturera y mu aficioná a meterse er talle en un cintillo y a jechar mu por delante lo que Dios, su madre y yo le pusimos entre la cintura y la barba.

Dolores.—¿Y hace mucho tiempo que está por allí ese fenómeno de hermosura?

Zancajito (suspirando).—Ya va pa catorce meses, que a su madre y a mí mos parecen catorce mil puñalás que mos han pegao. ¡Tengo ya unas ganitas de golver a oír er metal de su voz!

Dolores.—¿Y qué se fue a jacer allí esa criatura?

Zancajito.—Pos ella es peinaora, ¿sabes tú? Pero una de las de punta; como que es una *gachí* que pone un deo en una calva y sale en la calva un tirabuzón de pelo.

Dolores.—¡Qué lástima, hombre, que antes de dirse no le hubiera puesto a usté los diez en la suya, que güena farta le están a usté haciendo, agüelito!

Zancajito.—Nunca quise yo que me los pusiera, porque mi calva es un ricuerdo. Yo tenía una melena que parecía mismamente un zarzal, pero una noche me dio un susto un guardacalle y, camará, como si me la hubiera afeitao *Relampaguzita* el barbero.

Dolores.—¿Y se fue sola su hija Pepa a La Habana?

Zancajito.—No, señora, que se fue con la familia del coronel Triviño, una familia mu superior. ¡Más gracioso es el coronel! Es un hombre que le gusta la mar que le jagan cosquillas, y cuando se la jacen, se echa a reír de un mo que viéndolo no hay más remedio que reírse.

Dolores.—No reventara usté, so guasón. ¡Camará, cómo está usté hoy de *chungo* y de alegre!

Zancajito.—¡No he de estarlo, proigio, si estoy esperando al cartero con el retrato de mi niña y esta noche no voy a dormir, pa pasármela toíta entera mirando el retrato!

Dolores.—¿Y cómo es que ya no ha tirao de ustedes la Pepilla?

Zancajito.—Pus porque la otra hija, la Rosarillo, no mos quíee dejar de dir, porque como la probetica no ttee tampoco más calor que el nuestro...

Dolores.—Pero ¿es que ya no le da calor su marío?

Zancajito.—¡Su marío!... ¡No lo cojera un miura por charrán que es!... ¡Su marío!... ¿Tú sabes quién es su marío?

Dolores.—Pos dejuero que lo sé: Joseíto el *Jureles*.

Zancajito.—¿Y tú sabes lo que es el *Jureles*?

Dolores.—¡Vaya! Uno de los que pregonan más mejor el pescao.

Zancajito.—Eso sí; lo que es pregonar, pregonar como si tuviera en la boca una bandurria, pero es mu malito el *gachó*, y tiée una sangre que cuando se pincha suerta más negro que un rancho de jibias y otro rancho de calamares.

Dolores.—¿Y por qué consintieron ustedes en que se casara con ese mar *bagío* la Rosarillo?

Zancajito.—Yo no quería. Pero lo que pasa, yo encomencé a decir que no y que no y que no, y ella que sí y que sí y que sí, y se me puso la muchacha que daba lástima verla, y na..., lo que pasa cuando a ustedes sus pica la tarántula del querer y se sus pudren los sentíos...

Dolores.—¿Y la Pepa no tiée novio?

Zancajito.—Que yo sepa, no. Mi Pepa es otra cosa, mi Pepa tiée más *pesqui* que un ministro, y mi Pepa, si se fue, se fue porque la daban *ducas* de muerte ca vez que mos teníamos que acostar sortando más flato que un fuelle, y como la familia der coronel Triviño no podía arreglarse sin ella, pos se la llevaron y ya allí está buscándose la vía, y gracias a ella, a lo que mus manda, pos vamos tirando, la Rosarillo con sus cuatro *chorreles*, y mi Toña, y yo. Por cierto que ya mos va queando poco arpiste, y por eso me he alevantao trepanito y le he metío mano a los brodequines del *Zurrapa*, que ya está rabioso conmigo.

Dolores.—Y con razón, hombre; si le ha tenío usté tres días corraos los brodequines en lo más arto de la higuera.

Zancajito.—Y gracias que ha soplaio terrá, que si no allí estarían ventilándose. ¡Tú sabes lo que ar *Zurrapa* le *sundelan* los pies! No te diré más sino que no encuentra casero que le alquile.

La señá Toña (penetrando jadeante).—Güenos días, Olores... ¡Ay!, qué recansaíta que estoy... ¿Ha llegao ya el cartero?

Dolores.—Entoavía no, señora.

Señá Toña.—Pos ahora debe venir; le ha dicho a la *Tulipa* que tiée carta pa nosotros (dirigiéndose a su marido).

Zancajito.—¡Por vía e Dios! ¿Por qué no se la ha dejao a la *Tulipa*?

Señá Toña.—Porque él siempre quíee entregarla en propia mano.

Zancajito.—Pos yo voy a ver si me lo trompiezo por ahí.

Dolores.—Espérese usté, hombre, que ya vendrá.

Zancajito.—No pueo, que me está bailando un chotis er corazón. ¡Tengo ya unas ganitas de ver er retrato!

Señá Toña.—Pero si yo ya he buscao a ese esaborío de cartero y no he podío dar con él.

Zancajito.—Habrá dío a llevarle arguna carta a la *Generosa*, y ya se sabe: como tiée él que leársela a solas en su habitación...

El cartero.—Buenos días. Carta, tío *Zancajito*.

Zancajito.—Gracias a Dios, hombre, que has llegao.

Toña.—Démla usté y tome, tome usté el porte.

Cartero.—Hasta otro día... Adiós, Dolores, que ya me has quitao hoy la gana de tomar alimentos con tu carita gitana.

Zancajito.—Oye tú, Toña...

Toña.—Abre ya la carta, hombre, o la abro yo.

Dolores.—Sí, ábrala usté ya, hombre, que tengo yo ya ganitas de ver ese proigio.

Zancajito (con hondo desaliento).—Oye, Toña... ¡No viene el retrato!

Toña.—¿Que no viene? ¿Dices que no viene?

Zancajito.—No... Lo que víe es una letra.

Toña.—Pero mira bien el sobre.

Zancajito (con honda tristeza).—Na..., lo que te digo..., que... no viene.

Dolores.—No se lo habrán jecho... Pero ¿qué es eso, agüelito?... ¿Llora usté?

Zancajito.—¿Yo? ¡Ca!... Es que me pican los lagrimales.

Toña.—Vamos, hombre, por Dios, que no es pa tanto... No habrá podío mandarlo la probetica.

Zancajito.—¡Dinero!... ¡Dinero!... Bien podía no habernos mandao dinero ninguno.

Dolores.—¡Vamos, que no se los dará usté a un ciego, que nunca vienen mal los *parneses* bien viníos!

Zancajito.—No..., venir mal no vienen, pero entre recibir el *parné* u recibir el retrato...

Zurrapa (penetrando descalzo en el patio).—Tío *Zancajito*, ¿cuándo me va usté a rematar esa compostura, que estoy echando a perder estas botas de cartera.

Zancajito (cogiendo los brodequines con una mano y tapándose con la otra las narices).—Toma y llévatelos y que te los remiende un chato.

Zurrapa.—Pero...

Zancajito.—Que te los llesves te digo, que no te los compongo.

Zurrapa.—¿Pos no me dijo usté que sí, con la condición de pagarle la alhucema que gastara?

Zancajito.—Pos ahora te digo que no y que no.

Zurrapa.—Por su sal de osté y por la de la señá Toña.

Zancajito.—Que no, te digo.

Zurrapa.—Por la de su Rosarillo de usté.

Zancajito.—Pero, hombre...

Zurrapa.—Por la salú de su Pepa.

Zancajito.—¡Deja ahí esas dos rosas de olor!... ¡Por vía e la Pastora!... Dinero..., siempre dinero... Bien podía haber mandao el retrato, y lo que es entonces sí que no es el tío *Zancajito* el que te compone a ti esos dos manojitos de azucenas.

(ESPAÑA. Rev. de la Asoc. Pat. Esp. B. Aires, 19-I-1908.)

EL PADRE DEL "BORRICOTE"

Acababa Rosarito—cuando la sacamos a relucir—de cumplir los diecisiete años y de recatar del todo, a la vista de los muchos golosos y mirones del barrio, la torneada pantorrilla, gracias a Antoñico el *Borricote*, que no había dejado de martillar un solo día cerca de su futura madre política, diciéndole con abrumadora insistencia:

—¡Eso no puée ser, señá Frascal! ¿No comprende usted, señora, que son ya muchas pantorrillas las de mi morena pa que las queme el relente?

Y tanto hubo de martillar el *Borricote*, que al fin decidióse aquella a darle gusto, y todavía no había acabado Antoñuelo de ver a Rosarito vestida de largo, cuando sintiendo más hondo que ningún día el espolazo del deseo, fuese a su casa y penetró en la carnicería, donde su ilustre progenitor, repatingado en su gran sillón de aneas, desabrochado el pantalón, del que pugnaba por salirse el crecidísimo abdomen; desabrochado el cuello de la camisa, que dejaba ver la garganta corta y apoplética, y oseándose a manotadas las moscas que interrumpían su sueño al posarse en su cabeza monda y lironda, vengábase del madrugón de todos los días dormitando en el a la sazón solitario establecimiento.

—Güenas tardes, señor Hermenegildo—exclamó el *Borricote*, cogiendo una silla y sentándose frente al autor de sus días.

Este desentornó los párpados, miró con expresión soñolienta a su unigénito, y...

—¿Qué es eso, tú por aquí?—preguntóle, volviendo a entornar los ojos antes de oír la respuesta del muchacho.

Este no se desconcertó, y...

—Es que como nunca pillo ocasión de platicar con usted a solas en la casa, pos velay usted, y como de lo que le tengo que platicar es mu serio, pos velay usted.

El señor Hermenegildo puso cara de pocos amigos, se incorporó trabajosamente, quedóse mirando de modo huraño al *Borricote*, y...

—¡Como si lo viera! Hoy te pée a ti er cuerpo darme un tostón platicando de tu *permacito* de durce.

—Pos sí, señó, de mi *permacito* de durce le voy a platicar a usté, si es que usté me da su permiso.

—Con tal que no me platiques de casorio, toíto te lo consiento.

—Pos mismamente de eso le diba a platicar a usté, y créalo usté que no es por mí, que me maten si es por mí por lo que me meto yo en estas jonduras.

—¿Pus entonces por quién es, hijo mío, que yo me entere?

—Pos por quién ha de ser sino por usté y por mi mare; es decir, por las dos alitas de mi corazón.

—¿Por mí y por tu mare?

Y dicho esto el señor Hermenegildo, quedóse mirando boquiabierto al *Borricote*, que le respondió:

—Usté lo ha dicho, y si no, fíjese usté: si yo no me caso con Rosario de aquí a un rato, como quien dice, a mí me da er tifus o me pongo ético, y si me da er tifus u me pongo ético, ¡palmo!, y si yo *palmo*, se me muere mi mare de la pena, y usté se me muere de la pena, y...

—¡Ca, hombre, ca! Ni a ti te da er tifus, ni te pones ético ni te pasa na.

—Sí que me pasa—exclamó, poniéndose grave el *Borricote*—, y tan me pasa que si yo no me caso pronto con esa *gachí*, er día menos pensao cojo un vapor y...

—Lo que yo hago es cogerte a ti y lisiarte manque tenga que ponerte patas e palo. ¡Un vapor! ¡Un vapor! Si te creerás tú que no hay más que coger un vapor... ¿Y aluego to esto por mo de quién? Por mo de una lagartija, y si aluego esa lagartija y los lagartones de sus padres te quisieran por ti, pero si yo me sé de clavo pasao, que si te reciben con palmas y juncias es porque saben que cuatro ochavos que tengo yo son pa ti y na más que pa ti, y siendo pa ti...

—No, padre, eso no—exclamó interrumpiéndolo bruscamente Antónico—. Mi Rosario no es capaz de eso, pa mi Rosario son serrín de corcho los *parneses*.

—Yo no digo que ella sea capaz, naturalmente que no; si ella es una criatura con el aceite de almendras durces entoavía en la boca; ella no, pero su *bato* sí. Su *bato* es un vivo con unas *boqueras* que le llegan al contrafuerte.

—Güeno, lo que yo sé es que mi Rosario es güena, y que me quiere con delirio, y que o me caso con ella o me voy a la Argentina. Yo le juro a usté que me voy a la Argentina.

El carnicero vaciló ante la repetida amenaza; conocía lo testa-

rudo que era su Antoñico, sabía que aquella amenaza podía llegar a ser una realidad, y repúsole, encogiéndose de hombros, con aire resignado;

—Güeno, hombre, no tomes las cosas con tanto calor. Te casarás, hombre, te casarás si Dios lo quiere y su Santísima Madre.

—Es que yo me quiero casar mu pronto, pero que mu pronto...

—Hombre, pos ni que tuvieras que coger el correo. ¡Vaya un Dios! Ya te casarás, hombre, ya te casarás, y se te pasará la calentura, y er día que te arrepientas te cojo y te hago chicharrones, ¿tú te enteras?, pero que chicharrones.

Y el respetable expendedor de carne dio media vuelta y se metió en la trastienda murmurando:

—Vaya una siestecita la de hoy..., y ese borricote es mu capaz de tomar el vapor, si no consiento, y de dirse a Chile u a el Perú u al Congo o a la puñalá que me peguen.

II

Seis meses eran transcurridos desde el día en que el señor Hermenegildo, accediendo a los deseos de Antonio, hubo de ir en busca del señor Paco a solicitar de éste la mano de Rosarito para aquél.

—Ahí está el señor Paco—exclamó alegremente la muchacha, penetrando en la sala en que sus padres departían de modo que parecía anunciar una próxima borrasca.

El matrimonio, que no gustaba echar la ropa sucia a la calle, serenóse de pronto como al conjuro de una varita de virtud, y penetrado que hubo en la sala el futuro pariente, díjole éste al señor Paco, después de los saludos de rúbrica aun en las clases más refractarias a los formulismos sociales.

—Pos si se puée usted venir conmigo, se lo agradeceré, porque a mí no me gusta platicar de cosas serias elante de las mujeres.

—Pus por eso no hay que dirse a la calle, poique lo que es ésta es tan macho como usted y tan macho como yo y tan macho como el apóstol Santiago.

—Oye tú, que siempre has de estar de chirigotas—repúsole, sonriendo con las de Caín, la señá Frasquita.

El señor Paco se colocó el amplio pавero, y...

—Vámonos—exclamó dirigiéndose a la puerta de la sala, hurtando hábilmente el cuerpo de las manos de su consorte, que habíase dirigido hacia él al objeto de que saliera, sin duda, si encontraba ocasión, con algún cardenal en alguna parte de su persona.

La entrevista del carnicero y del señor Paco dejó a éste tan mal humorado y sombrío que al penetrar de nuevo en su casa ya no se

acordaba de la venganza que su mujer quería tomar, sin duda, de lo dicho por él a su futuro consuegro, y penetrado que hubo en la sala seguido de su hija, tiró violentamente el sombrero sobre una silla y sentóse en otra resoplando como un cetáceo.

—¿Pa qué te quería el padre de Antonio?—preguntóle Rosarito, impaciente por conocer el objeto de la entrevista.

—Pa jugar al “zorro que te vi”. Anda, dile a tu madre que venga a escape.

Rosario no se hizo repetir la orden; habíale dado olor a bronca la voz y la actitud paterna, y momentos después preguntábale con voz agria la señá Frasquita a su marido:

—¿Qué güeso es er que se te ha roto pa que me jagas venir tan depriesa y tan corriendo?

—Calla, mujer, que tú no sabes lo que pasa, que es más grande que er día der Corpus. Pero ¡por vía e Dios! ¡Por vía e la Virgen! ¡Y por vía e la santa Malena! Y por vía de... ¡Quién diba a pensar! ¡Si es que en este mundo le tiran er pego a San Juan Evangelista!

—Pero ¿quieres acabar de reventar de una vez y que yo sepa qué es lo que pasa?

—Pus lo que pasa es... Espérate.

Y el señor Paco se levantó de pronto y avanzó rápido hacia la puerta, llegando a tiempo de sentir el rumor de los jarapos de Rosarito, que, sorprendida, huía como un corzo por los estrechos corredores.

Ya persuadido de que no era escuchado, díjole el señor Paco a la señá Frasquita con acento misterioso:

—¿Tú quíees saber pa qué me ha llamao a la calle er señó Hermenegildo? Pos me ha llamao pa decirme: “Oiga usté, señó Paco, ha de saber usté que vengo en busca suya pa peirle un favor mu grande.” “¿Cómo de grande?”, le pregunté yo, creyendo que lo que me diba a peir era, cuando más, que me pusiera en cucullas, y el hombre se me queó mirando como si tuviera mieo de decir lo que me diba a decir, y na, que me pidió emprestao dos mil riales en *chuscos* u en billetes de los de circulación forzosa.

Ni que le hubiere nacido de pronto el pelo se queda más asombrada de lo que se quedó la señá Frasquita al oír el notición, y...

—Eso no puée ser más que *quea*—exclamó tras algunos instantes de atonía.

—¡Vaya si puée ser! Como que el hombre se explayó conmigo, y resulta que er *gachó* debe hasta er jarabe que toma pa la tos, y que si no se le sueltan los *parneses*, dentro de na no le quea de la carnicería ni el rótulo.

La señá Frasquita inclinó la cabeza sobre el pecho con aire me-

ditabundo, y, tras algunos instantes de reflexión, díjole a su marido con voz imperativa:

—Pos hay que darle esos *parneses* ar señó Hermenegildo, manque tengamos que empeñar jasta el mote; hay que buscar esos *parneses* manque sea der centro de la tierra pa sacar a ese hombre de su atollaero.

—¡Enseguíita me empeño yo pa eso! ¡Enseguíita! Antes me paso ar moro y reniego de mi ley.

—Ahora mismito *pules* er jaco, y yo *pulo* mis arracás y mi mantón e Manila y las entrañas, ¿tú te enteras?, y las entrañas.

Quedóse el señor Paco mirando de hito en hito todo turulato y boquiabierto a su consorte, rascóse con terrible ensañamiento el cogote, y...

—Vamos, mujer, tú estás malita, pero que mu malita. ¿Vender er jaco?... ¿Vender tus arracás de diamantes?... ¿Vender tu mantón e Manila?

—Y jasta er velo der paladá... ¿Tú qué sabes?... Tú eres mu bruto, y yo *chanelo* muchísimo más que tú, y sobre to que si no lo haces cojo mis trapos y me voy de tu vera y que venga otra a darte las unciones cuando te duela la barriga.

Esta última fue, sin duda, razón irrefutable y abrumadora para el señor Paco, que hizo un gesto de resignación, incorporóse lentamente y se dirigió hacia la puerta diciendo:

—Güeno, pus se *pulirá* toito. Encárgate tú de las arracás y der mantón, que yo me encargaré der jaco.

III

—Güeno, ya están reuníos los *parneses*. ¡Camará, y qué pena tener que soltarlos! ¡Pos no jace mucho tiempo que yo no veía reunío tantos ineros, y pensar que no lo volveremos a ver!

—¡Ca, hombre, ca, si esos *parneses* no van a salir de la palma de tu mano!—exclamó la señá Frasquita, sonriendo de modo malicioso.

—¿Que no? Deja tú que los trinque el señor Hermenegildo, y ya verás tú como entonces no los suelta, manque lo jagan paper de Armenia.

Y no pudo responder la señá Frasquita, porque en aquel momento resonaron dos suaves golpes en la puerta, y tras ésta la voz del señor Hermenegildo, que preguntaba:

—¿Dan ustés su premiso pa que pase un carnicero?

—Adelante—gruñó el señor Paco guardándose los billetes en el bolsillo de la americana.

—Güenas tardes—exclamó alegremente el señor Hermenegildo, penetrando en la habitación con gallarda desenvoltura.

—Mu güenas—repúsole la señá Frasquita, sonriéndole dulcemente.

—Qué, ¿se ha poío arreglar eso, pa jacerme el favor que les he pedío?—preguntó al matrimonio el carnicero, al par que se sentaba en una silla que crujió lastimosamente bajo su imponente balumbre.

—Pos de juro que sí—exclamó la señá Frasquita—, manque hubiéramos tenío que perder las pestañas. Tú, Paco, anda ya y dale eso al señó Hermenegildo.

El señor Paco se puso pálido, y pálido y tembloroso echó mano al bolsillo, acarició dentro de éste con sus dedos crispados los billetes y haciendo un esfuerzo supremo se los alargó al carnicero sin pronunciar una palabra.

El señor Hermenegildo no llegó a tocarlos siquiera; quedóse mirando con expresión conmovida al señor Paco, y...

—Asín me gustan a mí los hombres; me han embragao ustés er corazón. Guarde usté esos ochavos, que se los regalo yo para er primer jatillo a mi nuera, y dentro de un rato les traerán a ustés er mantón y las arracás y jasta er penco, que to eso he sío yo quien lo he mercao; que to eso no ha sío más que una probaúra que he jecho yo con ustés y que me ha salío que ni bordá, pero que ni bordá, caballero.

El señor Paco quedósele mirando como atontado, mientras la señá Frasquita decíale a su marido con sus maliciosas miradas:

“Ves tú, hombre, ves tú, como tengo yo muchísimas más cosas que tú metías en la mollera.”

(ESPAÑA. Rev. de la Asoc. Pat. Esp. B. Aires, 2-XII-1906.)

EN EL TREN

—Señores, buenos días.

—Buenos días.

—¡Josús y lo que se suda, camará! ¡Como que esto de no parar más que un minuto en algunas estaciones, es el delirio!... Oiga usted, ¿es de usted esa niña que llora?

—Pa servir a Dios y a usted, caballero.

—Pos diga usted, señora, que tiée usted por niña una trompeta... ¡Josús y qué pito que tiée el ángel de Dios! ¡Alma mía! ¡Debe tener la campanilla de plata!... Oiga usted, amigo, ¿usted pa Ronda?

—No, señó; pa Lucena.

—Buena tierra y buenos velones; por cierto, que una vez por poquito si por mo de un velón tengo yo un enganche la mar de sa-
borío con uno de Lucena en Cartagima.

—¿Dice usted que por mo de un velón?

—Sí, señó; por mo de un velón de cuatro mecheros. Supóngase usted que lo acababa de encender el amo de la posá, que era lucentino, y yo, que lo necesitaba, le digo: "Oiga usted, ¿me hace usted el favor de alargarme su paisano?"

—¿Y el hombre se enfadó?

—¡Que si se enfadó! ¡Camará, si se enfadó! Como que por poquito si tengo necesidá de mandarles un recaíto a los del tricornio. A mí me han pasao la mar de cosas grandes... Oiga usted, ¿usted de dónde es, de Córdoba?

—No, señó; de Málaga.

—Pos yo de Sevilla, y la mar de ganitas tengo yo ya de ir a Málaga... Pero ¿no ve usted qué niña?... Por la Virgen de la Macarena, ¿usted no tiée na que arrimarle a la boca a ese angelito?

—Yo na..., ¿y usted?

—¿Yo? Las entrañas le arrimaría yo porque se callara a ese se-
rafín, que es to un órgano.

—¿Y usted qué es?

—Eso usted lo dirá... Con que, amigo, ¿dice usted que usted va pa Ronda?

—No, hombre, no; pa la tierra de los velones.

—¡Ah, es verdad! Pos bien: yo vengo de Algeciras... Quise ver cómo se portaba Ricardo, y vaya una corriíta guasona. Y no se pien-se usted que era malo el ganao; no, señó, na de eso. No era malo ni muchísimo menos, porque, eso sí, pa mí la verdá es la verdá, y los bichos fueron superiores; pero el *Bomba* tuvo aquel día el santo de espaldas, y mire usted que yo soy de los que creen que al *Bomba* no lo coge un toro como no le tire un cuerno... ¿No estuvo usted en la corría?

—No, señor.

—Pos no se perdió usted na, y mire usted que estaba la plaza pa chillarla, parecía mismamente un muestrario de percales de colores, y llena, tan llena, que no había donde echar una salivilla... Y un mujerío..., ¡qué mujerío! Ese sí que es un ganao de *chipé*... ¡Jo-sús, y qué niña! Me tiene ya nervioso, porque yo soy mu nervioso..., no lo puedo remediar... Bueno, pos conforme iba diciendo, estaba la plaza de mujeres que daba pánico... Yo llegué al tendío una chis-pitilla antes de que encomenzara la faena, como que no había hecho más que sentarme cuando pun..., las cuadrillas en el reondel, y a poquito, tirirí..., tirirí..., tirirí, sale el primer bicho, y, ¡camará!, ni que el bicho fuera de azogue. Yo no le diré a usted sino que al mi-nuto no había en mitá de la plaza ni la sombra de un torero. ¡Vaya unas barreeras que se traía el tal animalito, el de los pitones!

—Por lo que veo, a usted le entusiasman los toros.

—¿A mí? Supóngase usted... Yo he echao los dientes viendo to-ros, yo por los toros deliro; por los toros y por las telas. Porque, mire usted, yo creo que ca uno nace pa una cosa, y yo he nació pa ver toros, pa bregar con telas, y le advierto a usted que los que vivi-mos detrás de un mostrador somos tan toreros como el mismísimo *Guerrita*. Como que una tienda es un reondel... ¿Qué? ¿Que no?... Se lo voy a probar a usted ahora mismito, y si no, fíjese usted: Una paroquiana, ¿qué es sino un bicho? Y la labia, ¿qué es sino un ca-pote? ¿Y qué si no un estoque la vara de medir?

—Sí, pudiera ser.

—¿No ha de poder ser? Y si no, vamos allá. Supóngase usted que estamos en mi establecimiento y que, de pronto, se nos mete por las puertas una *gachí* en busca de lo que más necesita. Pos bien: yo todavía no la he visto de entrar cuando ya le estoy a usted diciendo: "Este bicho es noble y bravucón y no hay que aburrirlo mucho con el capote." U: "Ese es un vivo y me va a hacer sudar tinta china." U: "Ese es de los que se entableran en el último tercio y no hay

quien haga con él naíta de lucimiento.” U bien: “Esta prójima se trae mu malitas intenciones y me va a da una corná que me va a dejar lisiao.”

—¿Y no se equivoca usté nunca?

—¿Yo? Como el *Guerra*... Como que yo tengo fama. Mire usté: un día estaba yo en la tienda (esto pasó en Osuna), estaba yo en la tienda de palique con un viajante (un hombre mu simpático, mejorando lo presente). Pos bien: estaba yo de palique con él, como le digo, cuando, de pronto, se nos mete por las puertas un bandurrio de gentes de las que vuelven de la siega en la campiña, que es cuando están esos pobreticos pa que se les metan los cimbeles. Yo, que no había hecho más que verlos entrar y ya sabía la faena que necesitaban, le digo al comisionista: “¿Quiere usted ver trabajar a un hombre?” “Con mucho gusto”, me responde. Yo sigo hablando con él, y mi compañero se va a los bichos, les da cuatro de las que dan tos los novilleros y, total, que los de la siega emplean entre tos ellos veintisiete pesetas y noventa y cinco céntimos y toman las de Villadiego.

—Pues no veo el trabajo de usté—me dice el viajante.

Y yo, que me estaba reservando, como es natural, me queo mirándolo con una miajita de zumba, me sonrío y le respondo:

—Ahora, yo, y la faena, por usté.

Y diciendo esto, pego un brinco, me voy a la puerta de la calle y le grito al que capitaneaba el pelotón, que era uno al que le decían el *Moreno*, y el cual ya estaba casi en los límites de la provincia:

—Oye, tú, ven acá, que voy a hacerte un regalo.

—¿Qué quiées, *Rubio*?—me dice el *Moreno*, porque allí toíto el mundo me llamaba el *Rubio*.

—Hombre, qué vengas acá, que se me ha olvidao enseñarte una reliquia.

—¿El güeso de algún santo?

—Yo no te enseño a ti nunca un güeso, guasón.

—Pos no me enseñes ya más na, porque yo ya no tengo más haberes que gastarme.

—Si no vas a gastar naíta; si lo que vas a hacer es recrear los ojos de tu cara en una cosa maravillosa, una pana que acabo de recibir, y que ya tengo vendía; una pana que sólo las personas de gusto, como tú, son capaces de apreciarla.

—Yo no quiero ya más pantalones de pana, que dan mu mal resultao.

—Pero si yo no quiero más sino que lo veas, y no pienses tú que te voy a cobrar na por verlos, na de eso. Te los voy a enseñar de balde, pero que completamente de balde.

Ya en esto, ya tenía yo tos los pájaros otra vez dentro del jato, y al verlos ya dentro, salto el mostrador y saco una pieza de pana gris, que ya estaba yo tentao de regalársela a los ratones, porque no había un alma caritativa que la metiera el diente.

—¿Y ésta es la pana que tú dices que es tan regüena?—me pregunta el *Moreno*, metiéndole el puño a la tela, porque la pana, pa conocerla bien, hay que meterle bien la mano.

Yo, que vi que la pana no le gustaba, le digo:

—Esa es una parienta de la que yo digo; porque es que yo quiero enseñarte toa la familia.

—Pos saca otro pariente más cercano, porque lo que es éste no me gusta.

—Eso ya lo sabía yo, y, pa no marearte, límpiarte bien los ojos, que te voy a traer dos cortes que tengo separao pa que tú los veas; pero na más que pa que los veas, porque los tengo ya vendíos.

Y diciendo esto, me meto dentro, saco las tijeras, corto en menos que se dice dos pares de pantalones, vuelvo y se los tiro encima del mostrador, diciéndole:

—Ahora mételes el puño a éstos. Esos sí que son canela; como que traje dos piezas na más y no hay uno en Osuna que sea hombre de gusto y que *chanele* que no tenga un par de pantalones de esta pana.

—Sí, ésta sí es güena. ¿Y dices tú que éstos los tiées ya vendíos?

—Hace ya tres días que estoy esperando que vengan por ellos; pero si algún día recibo más de esta clase, yo te prometo reservarte a ti el primero que se corte de la pieza.

—La custión es que como yo ahora tengo dinero, y aluego, cuando puea venir otra pieza, yo no sé si lo tendré...

—Tu cara pa mí vale más que un billete de Banco.

—Muchas gracias; pero el caso es que yo me lo quería llevar ahora.

—¿Y cómo voy yo a dejar plantao a otro marchante casi tan bueno como tú? Por más que el otro me dijo que mandaría por él al día siguiente, y la verdá es que yo quisiera darte gusto a ti, porque tú eres un buen parroquiano y no compras más que en mi tienda.

—Pos cuando venga el otro, le dices que tu compañero se distrajo y lo vendió, sin que tú ni tan siquiera te enteraras.

—No; lo que yo puedo hacer por ti, y por tratarse de ti, es venderte uno de los dos cortes.

—Pero si tú sabes mu bien que yo no me merco una prenda sin mercársela también a mi zagal, que se viste siempre lo mismo que yo me visto.

—¡Por vía e la Macarena, y, camará contigo, que aprietas más

que un dolor! Pero, en fin, no quiero yo que tú te vayas desazonao con la casa. Voy a liar los cortes enseguiña, no sea cosa de que, por parte del demonio, vaya a venir el otro marchante.

—Y oye tú, *Rubio*, ¿esto no será mu caro, mu caro?

—No te asustes, hombre, que cuando yo hago una gracia, la hago completa. ¿Tú sabes a lo que nos cuesta a nosotros esta pana? Pues esta pana nos cuesta a nosotros a dos pesetas el metro; es decir, que nos viene a salir el corte por seis pesetas aproximadamente, y, por tanto, te creerás tú que yo te voy a poner nueve por el corte, porque ¿qué menos nos vamos a ganar que tres pesetas en cada uno?

—Eso es mu caro, hombre; yo no pueo gastar tantos dineros.

—Cállate tú, guasón. Si tú eres aquí el amo. A ti no te pongo yo nueve pesetas por el corte..., ni ocho tampoco..., ni tampoco siete siquiera; porque como tú ya en lo que te has llevao nos has dao a ganar unos ochavos, te voy a tratar como tú te mereces y te voy a poner..., te voy a poner..., ¡ea!, te voy a poner lo mismito que nos cuesta: doce pesetas na más por los dos, y vete ya, hombre, vete pronto, no sea cosa que me arrepienta y te quite los pantalones.

Total, que se fue el *Moreno* con su pana, y que yo me fui a la presidencia y me quité la montera y que el viajante me dijo:

—Es usté más torero que el que vive tan cerca de la Mezquita.

—Y tuvo razón el viajante.

—¡Que si la tuvo! Mire usté: estando yo una vez en Algeciras... Pero ¿qué es esto, camará, ya hemos llegao?

—¡Ronda, quince minutos!

—¡*Chavó*, y cómo juye este argaijo! ¡Bueno, qué se le va a hacer!... Pues, amigo, en otra ocasión ya se lo contaré... Quédese usté con Dios, y ya sabe usté, Antonio Urdiales, en Morón.

—...

—Pues hasta otra vez, si Dios quiere.

—Buen viaje, y muchas, muchísimas, pero que muchísimas gracias.

—Gracias, ¿por qué?

Y retirándome bruscamente de la ventanilla, me hice el sordo a la pregunta de aquel sevillano franco y alegre, locuaz y ponderativo.

(EL LIBERAL. Madrid, 1910.)

EL TRIUNFO DE LA PELIRROJA

Se colocó Soledad delante de un espejo que, según ella, padecía de salpullío, llevóse las manos a la cabeza, y momentos después desbordábasele el pelo por los curvos hombros y por la mórbida espalda en guedejas negrísimas y relucientes.

La habitación estaba sumergida en vaga penumbra; la luz del sol perdía sus abrasadoras intensidades al atravesar la enredadera primero, y la roja cortina después, que cubrían la gran reja andaluza en que todas las tardes lucía sus hechuras nuestra gentil protagonista.

Desatóse ésta, repetimos, la riza cabellera y dio comienzo a trenzar de nuevo, no sin desmarañar previamente las negras ondas, y pronto dieron fin a su tarea sus manos, tan hábiles como reducidas, y reprodujo el espejo su cabeza ya artísticamente peinada, en la que colocó dos rosas de vivísimos colores.

Ya peinada y limpia su tez morena y fina como el raso, substituyó la de los quehaceres domésticos con una falda azul, púsose una chaquetilla blanca adornada de encajes, atóse a la esbeltísima cintura un delantal blanco también y también adornado de randas; calzóse pulidos brodequines de cuero blanco, adornó su cuello con un collar de múltiples vueltas de abalorios, y dado que hubo fin a su tocado, sentóse en la mecedora grave y meditabunda, pensando en el modo y manera de salir del atolladero en que habíala metido la decisión de su señor tío, el señor Cristóbal el *Confitero*.

Y no dejaba de tener razón Soledad para estar cavilosa y cariacontecida, que aquella mañana, cuando disponíase a arreglar el almuerzo, habíale dicho el señor Cristóbal, con acento bronco y enarcando amenazadoramente las pobladísimas cejas:

—Mía tú, Soleá, esta noche vié a platicar conmigo Toñico el *Clavicordio*, y vié a platicarme de ti y a pedirme tu mano y con la mano toíta tu presona, y como a mí el *Clavicordio* me jace clase, porque es güeno y es trabajador, y te tié voluntá, y a ti te convié casarte cuanto antes, porque el día que a mí me dé un *sanguñuelo*

y me lleven al *Batatar*, a ti te llevan al hospicio; pos velay tú por qué quiero yo que emparmes cuanto antes con Tofico el *Clavicordio*.

—Yo no me caso con el *Clavicordio*. ¿Usted se entera? Yo no me caso con él. Más mejor me voy por esas calles vendiendo alhucema y cuerdas pa er pelo.

—Tú no te irás a la calle ni venderás cuerdas pa er pelo, y te casarás con el *Clavicordio*, ¿sabes tú?, con el *Clavicordio*.

—Pero si a mí el *Clavicordio* me pone er pelo de punta, tío Cristóbal.

—Pero ¿por qué? ¿Porque tiée una miajita desnivelá argunas de las farciones?

—Porque es más feo que un tiro; porque tiée un carrete por nariz; porque le *sundela* er jálito; porque no se lava más que cuando le pilla un aguacero en la calle; porque...

—To eso se arregla, mujer—exclamó, interrumpiéndola, el *Confitero*—. To eso tiée compostura, y si er *gachó* no es bonito como un cromo, en cambio tiée un corazón más grande que un navío, y es serio y trabajador, y na, que no hay tu tía, ¿tú sabes?, que tú te casas con el *Clavicordio* y se acabaron las musarañas con el *Tabardillo*.

—Pero ¿por qué ha de ser eso asín, si el *Tabardillo* me quiere, y yo lo quiero a él, y el *Tabardillo* es el hombre que a mí me güele a romero?

—Pos antes de consentir en que te cases con el *Tabardillo*, consiento yo en que me jagan catite. ¡Con el *Tabardillo*! ¡Casarte tú con el *Tabardillo*! Vamos, mujer, no digas eso ni en broma.

—¿Pos qué tiée er *Tabardillo* menos que el *Clavicordio*?

—Pos tiée muchísimas cosas menos: tiée menos cutis y tiée menos formalía y tiée menos corazón y tiée menos cosas de hombre y, sobre to, que er que a mí me jace clase es el *Clavicordio*, ¿tú te enteras?

—Pero ¿va a ser usted o voy a ser yo la que tenga que enterarse si pinchan mucho o no pinchan mucho sus bigotes?

—Tú y na más que tú, y no se platique más de esto. Esta noche viée el *Clavicordio* a que yo le conteste ya de una vez, y ya sabes tú lo que yo le voy a contestar: que tú has perdido por él la *chaveta*, y no me chistes, que aquí no se jace más que lo que manda y ordena el señor Cristóbal el *Confitero*.

Soledad, que había retenido íntegro el diálogo transcrito, no cesaba de repetirlo colérica y con ganas de llanto, cuando:

—¿Se puée pasar?—preguntó desde la puerta Dolores la *Pelirroja*.

—Pasa, hija—repúsole Soledad con acento cariñoso y triste.

No se hizo repetir la invitación la *Pelirroja*, y empujando briosamente la puerta, penetró en la sala ondulando su cuerpo gentil y espigado, y penetrado que hubo, exclamó con acento de zumba, dirigiéndose a su prima:

—Vaya, y cómo te has puesto de rebonita, salero. ¡Pos ni que fueras a la procesión del Corpus!

Soledad sonrió con melancólica expresión y murmuró, encogiéndose de hombros:

—Bastante tengo yo con mis procesiones, que no dejan de ser más largas de lo que yo quisiera.

—¡Camará, y qué perfil! ¿Me quiere usté jacer el reverendo favor de decirme qué es lo que le pasa a usté hoy, señora, que parece que tiée usté una penita en ca poro?

—¿Qué quieres que tenga, Dolores? Na, naíta tengo.

—Vaya, mujer, dame la mano que te voy a decir la güena ventura.

—Déjame de gitanerías, Dolores.

—Qué gitanerías ni ocho cuartos y medio. Dame la mano te digo.

—Vamos, mujer, tómalas; pero acaba pronto, que tengo yo hoy el cuerpo cortao y no tengo ganas de tonterías.

La *Pelirroja* cogió entre las suyas la mano de aquélla y, después de examinarla con cómica gravedad, exclamó con acento de agitana-das cadencias:

—Por Dios uno y trino, salá de mis entretelas, lo que te voy a platicar va a ser tan verdad como lo que se dice en la misa. Tú tiées clavadilla en mitá der corazón una espinita de oro de las que tiran los quereles, y con tu gusto te has de salir, pero sin que pases, serrana, la mar de *duquitas* de muerte. El *gachó* que tú camelas y que te *currela* a ti es un mocito juncá con los *clisos* como soles, como percheros las pestañas, y morenito subío y con er pelito anillao; ese mozo está por ti que prevelica der sentío; pero otro *gachó* más feo que una bayoneta y que tiée por nariz un sacacorchos, le ha dao coba al arbolito que a ti te cobija, y...

—Déjate de pamplinas—exclamó en aquel momento Soledad, retirando blandamente su mano de las de Dolores.

—¡Pamplinas!—exclamó ésta—. Pero ¿no es verdá lo que yo te digo, salero?

—Sí, que es verdá. Pero ¿quién ha sido la presona que te lo ha dicho?—preguntóle Soledad, mirándola con interrogadora fijeza.

—Pos nadie. Yo, que pegué la oreja a la cerraura tan y mientras te daba mi *bato* la puntilla.

—Pos entonces ya ves si tengo motivos sobraos pa estar como estoy, desesperaíta y mordiéndome jasta er cielo de la boca.

—¿Desesperaíta? ¡Ca, tonta! ¿Por qué vas a estar desesperaíta tú, prenda mía?

—Porque soy mu desgraciá, Dolores, porque yo no pueo tener voluntá propia, porque yo no tengo más calor que el calor de ustedes y si yo no hago lo que tu padre me manda, ¿qué quieres tú que haga yo? El *Tabardillo* no puée casarse entoavía, y además yo no estoy tan loca por él que me atreva a darles a ustedes una esazón ni a jacer una charraná con mi presona, ni a dar una campanaíta en el barrio.

—¡Ca! No hay que pensar en eso. Deja quietas las campanas de la parroquia. Tú no has contaó conmigo, mujer, y has hecho mal; ya verás tú como yo arreglo las cosas de mo y manera que mi padre sea el que te diga que no te preocupes más del *Clavicordio*, y eso lo arreglo yo ahora mismito, y si no, ya verás, no te muevas de aquí jasta que yo vuelva, ¿estás tú?, que voy a volver en seguía y con la palma en la mano.

Y dicho esto Dolores, fuese al tocador, humedeciósse los lagrimales, se restregó rabiosamente los ojos, y besando después a su prima, que la miraba hacer llena de asombro, salió de la habitación como si llevara casi el corazón encogido.

II

El señor Cristóbal el *Confitero* habíase repantigado en su enorme sillón de pino y aneas a la sombra del viejo parral a la sazón lleno de verdes pámpanos y apretados racimos, y meditaba en la mala partida que, considerándola buena, pensaba jugarle a su sobrina.

Y pensando, pensando, ya empezaba el sueño a entornar sus párpados, cuando de pronto penetró como aturdida en el patio Dolores la *Pelirroja*, la cual, al ver a su padre, intentó retirarse como extrañada de su presencia.

—Ven acá tú, Lolita—exclamó el viejo, también sorprendido al notar la brusca retirada de su hija.

Esta se detuvo como desconcertada, y tras breves instantes de indecisión, avanzó hacia su padre con paso lento y con los ojos humedeciðos.

El señor Cristóbal la miró fijamente, y

—Tú has llorao—exclamó, cogiéndola bruscamente por un brazo.

—Yo no, padre, yo no he llorao—repúsole Lola con cara compungida.

—¡Sí, tú has llorao! ¡Vaya! ¿Y por qué, vamos a ver, por qué has llorao?

La muchacha permaneció silenciosa, y dos nuevas lágrimas resbalaron por sus mejillas.

—¿Que por qué has llorao y por qué lloras? ¡Por vía e la Malena!—exclamó el señor Cristóbal con acento colérico y amenazadora actitud.

—¡Por na, por na he llorao, padre!

—¿De aónde vienes tú ahora, vamos a ver, de aónde vienes?

—Del cuarto de mi prima vengo.

—¡Ah, ya! ¿Es que tu prima te habrá contao lo der *Clavicordio*?

—Sí, que me ha contao lo del *Clavicordio*.

—¿Y es por eso tu pena y por eso es tu lloriqueo, Dolores?

Esta vaciló algunos instantes, y después, como quien adopta tras un esfuerzo supremo una decisión suprema también, exclamó, llevándose el delantal a los ojos:

—Pos bien: sí, sí, señor; por eso, por eso es mi pena.

—¿Y por qué, por qué, vamos a ver? ¿Qué te importa a ti que Soledá se case u no se case con el *Clavicordio*?

—Naturalmente, ¡qué se me va a importar a mí que se case u no se case mi prima con el *Clavicordio*!—exclamó la *Pelirroja* con quejumbrosa ironía.

El señor Cristóbal quedóse mirando de hito en hito a su Dolores; una idea había surgido de pronto en su cerebro llenándolo de estupefacción:

—Pero..., pero... oye tú..., Dolores..., oye tú... ¿Es que acaso...? Pero, ca, hombre, ca, si eso no puée ser, si el *Clavicordio* tiée por nariz un carrete como dice tu prima y le *sundela* el jálito a perros muertos... y no se lava más que cuando llueve.

—¡Eso le parece a usté, padre; eso es que le parece a usté!

—Que ha de parecerme, pos si cuando platico con él de cerca me tengo que taponar las narices.

—Pero, en cambio, tiée mucho corazón y tiée mucha hombría de bien y es mu decente, sí, señó, mu decente, mu retedecente.

—Sí, pero eso no es bastante, por vía e la Verónica. ¡Bonito estará el *gachó* al amanecer y espeluznao! No, hija, no; que no quiero yo que te dé a ti er cólera a los dos días de sazonarle el puchero a ese ramillete de nardos.

Y el señor Cristóbal no pudo continuar; al conjuro de sus palabras había obrado una extraña metamorfosis en el rostro de la *Pelirroja*: brillábanle a ésta de nuevo los ojos con infantil alborozo, y una sonrisa irónica y picaresca serpeábale por los encendidos labios.

—Conque no quiere usté que me dé er cólera, ¿verdá?—preguntóle Dolores con voz tan llena de retintines, que el señor Cristóbal

enarcó las cejas, y ya disponíase a tronar contra la ya adivinada astucia de su hija, cuando ésta, ciñéndole al cuello ambos brazos y besándolo repetidamente en las rugosas mejillas, díjole con acento zalamero:

—¿Y por qué si el *Clavicordio* no es güeno pa mí, va a ser güeno pa mi prima, pa esa probetica güérfana que no tiée en er mundo más padre que usté ni más amparo que usté, ni más consuelo que er mío?

En vano el señor Cristóbal hizo esfuerzos heroicos por recobrar las perdidas posiciones, y momentos después penetraba rápida como una ardilla Dolores la *Pelirroja* en el cuarto de su prima, gritando:

—No te lo decía yo, ya está toíto arreglao y no tiées que pensar pa naíta en el *Clavicordio*.

Y al asomar a la estancia su semblante, ya sonriente, el *Confitero* pudo ver cómo aquellas dos cabezas juveniles y tocadas de flores se unían besándose con efusión, mientras al pie de la enorme reja un organillo callejero daba a los aires sus populares armonías.

(ESPAÑA. Rev. de la Asoc. Pat. Esp. B. Aires, 11-XI-1906.)

POR LOS PICAROS GARBANZOS

Para JOAQUÍN DICENTA.

I

Cuando al asomarse una mañana Joseíto el *Barbero* a la puerta de su establecimiento, vio por fin abierta la nueva carnicería de las *Nenas de Capuchinos*, tentado estuvo de ir a la iglesia más próxima a darle coba al campanero para que echara al vuelo las campanas.

Y nada de extraño hubiera tenido que convirtiera en realidad sus tentaciones, porque con razón sobradísima habíale aquello hecho vislumbrar un horizonte risueño, un oasis en el desierto de sus inacabables angustias, que desde punto y hora en que se recrearon sus ojos en la contemplación de la nueva carnicería y, sobre todo, de las cuatro bellísimas carniceras, comprendió que pronto su barbería, hasta entonces humilde y solitaria, habíase de convertir en codiciado mirador y en irremplazable apostadero de todos los que por aquel entonces suspiraban, más o menos descaradamente, por las tres *Nenas* solteras, y más o menos a hurtadillas por la legítima consorte de Periquito el *Viruta*, un mixto de *calé* y de castellana, que pregonaba a voces su paternal abolengo con su rostro atezado y varonil, sus ojos de pupilas negras, su pelo hirsuto y rizado y su boca de gruesos labios y blanquísima dentadura.

Y tan no le engañaron a Joseíto sus presentimiento, que ocho días no habían transcurrido desde aquel a que hacemos referencia, cuando viose precisado a pedir auxilio a otro de los del oficio para poder seguir atendiendo a la tan numerosa como improvisada parroquia.

Y si Pepe tuvo que elevar, llenos de gratitud, sus ojos al Altísimo, no tuvieron motivos tampoco de queja las famosas *Nenas* ni Perico el *Viruta*, afortunado y legítimo poseedor de los hechizos de Clotilde, la mayor de aquéllas, que desde que abrieron por primera vez las puertas del establecimiento, no hubo en todo el barrio quien a él no concurriera a adquirir desde la *perra* de gordura, con que engrasan los más humildes el miserable mendrugo, hasta el sabrosísimo filete, que de sabrosísimo lo calificamos por versiones llegadas hasta nosotros en el transcurso de nuestra frugalísima existencia.

Y tan a gusto iban las *Nenas*, el *Viruta* y Joseíto el *Barbero* en el *machito* de su bienestar, cuando una mañana, mañana en que el sol parecía acercarse más enamorado que nunca a este rincón andaluz; en que lucía el ambiente incomparables transparencias; en que en todo parecía reír la vida; en que una multitud alegre, parlanchina y pintoresca discurría en animado bulle bulle por calles y plazas; en que los vendedores ambulantes ponían en sus pregones sus más quejumbrosas armonías; en que un organillo callejero dejaba oír sus acordes y un bandurrio de rapazas bailaba a su alrededor con sorprendente habilidad; mañana, en fin, en que parecía empeñada la vida en aniquilar la pena, Perico el *Viruta*, que secundado por su bellísima consorte y las hermanas de ésta apenas si daban abasto a cumplir con su bien recompensado cometido, enarcó de pronto las cejas, frunció el ceño, y algo parecido a una amenaza resbaló por sus negríssimos ojos.

Clotilde, que, como se suele decir, sabíase de memoria a su compañero, no tuvo que atormentar mucho su imaginación para inquirir la causa de aquel a modo de misterioso zafarrancho de combate.

Ya ella había notado, momentos antes, la presencia de Juan el *Berrinche* entre los zánganos situados en la barbería; Juan el *Berrinche* era un malahora que hacía poco había regresado del Peñón de la Gomera de perfeccionar sus estudios; Juan el *Berrinche* habíale tirado a ella los chambeles antes de que el *Viruta* se la llevara en el pico, y si Juan estaba allí era seguramente con las de Caín, con las de coger la luna, y en caso de que esto no pasara, que no pasaría, con la de buscarle la boca a su Perico, y si le buscaba la boca a su Perico íbase a jurar la Constitución seguramente, porque si aquél era de ácana, no estaba hecho su hombre tampoco de la masa de los fideos tallarines, y podrían llegar las cosas a mayores, y...

—¿En qué piensas?—preguntóle en aquel momento su marido con voz un tanto colérica, al verla como magnetizada delante de uno de los brazos de ternera, al que parecía amenazar con el reluciente cuchillo, y...

—En na—repúsole Clotilde, haciendo por ocultar la inquietud que empezaba a llenarle de temores el espíritu y de sombras el pensamiento.

II

Terminadas las horas de la venta, reluciente todo en la carnicería como una jarra de plata, sentóse Clotilde un día, algunos después de aquel en que hubo de tener lugar la anterior escena, detrás del mostrador, y

—Vecino, haga usted el favor de venir—díjole a Joseíto el *Barbero* al ver a éste cruzado de brazos en la puerta de su casa.

Pepe, como hombre galante que era, no se hizo repetir la orden, y momentos después preguntábale a Clotilde, inclinándose sobre el limpio mostrador de piedra, al par que ponía en sus labios la más dulce sonrisa de las de su vasto repertorio:

—¿En qué se le puée servir a la jembra de más cartel de este distrito?

—Pos le diré a usted—repúsole aquella con aire algo embarazado y con voz fresca y argentina—. Usted puée servirme, si quiere, jaciéndome un favor que yo le voy a pedir con toás las veritas de mi alma.

—Pos con tal que no sea que resucite los difuntos, o que le sirva en su salía al lucero matutino, ya puée usted mandar lo que le dé la repotente gana.

—Pos ni el lucero en su salía ni la resurrección de los muertos es lo que yo le voy a pedir, que lo que le voy a pedir a usted es cosa de muchísima menos monta. Pero primero le voy a hacer a usted una pregunta, pa que usted me la conteste con el corazón en la mano.

—Pos usted preguntará, maravilla.

—¿Usted está enterao de que yo quiero a mi Perico más que a los ojos de mi cara?

—Vaya si estoy enterao yo de eso, señora. Si no hay más que mirar cómo lo mira usted cuando lo mira.

—Pos bien: una de las cosas que yo quiero es que se entere de eso toíto er mundo.

—¡Pos no tiene usted más que poner un cartel en uno de los quioscos de la plaza!

—Es que el que yo quiero que empiece por enterarse de eso es un malahora que puée buscarle una esaborición a mi *Viruta*, un pajarraco que vengo yo trompezándome jace ya muchas mañanas en su barbería, y el favor que yo quiero recibir de usted es que haga que no vuelva yo a ver a Juan el *Berrinche* de plantón en mitá de sus *cubriles*.

—¿Y cómo quiere usted, prodigio, que yo haga eso? ¡Camará!, ¿no comprende usted, verdugo, que pa hacer eso necesito yo antes embarsamar a ese *gachó*?—repúsole el barbero, palideciendo intensamente ante la terrible demanda.

Clotilde se encogió de hombros, y le dijo con acento en que empezaba la cólera a poner sus más sordas vibraciones:

—Mire usted, Joseíto: tan y mientras a mí la candela no me ha llegao a lo vivo, yo no me he opuesto a que usted alquile o no alquile asientos en su barbería, como si mi tienda fuera un cinematógrafo;

pero es que eso del *Berrinche* me ha puesto ya amarga la boca y la saliva espesa, y sa menester que, sin que se entere la tierra de que yo se lo he pedío, me quite usté ese espantajo de mi jaza y no lo vuelva yo a ver en ella en to lo que me quea de vía.

—Pero ¿no comprende usté que mi compadre es un miura y que en quantito yo le pestañee siquiera, me va a dar un acosón y va a jacerme salchicha pa con tomate?—exclamó Joseíto mirando a Clo-tilde con expresión asustada.

—Usté hará lo que quiera—repúsole ésta de modo implacable—. Pero yo le prometo a usté que si vuelvo a ver en su tienda de plantón al *Berrinche*, a los cinco minutos de verlo le pongo papeleta a mi portal y me voy con la música a otra parte.

Joseíto tembló todo al oír el ultimátum de la gentil carnicera... Si ésta llevaba a la realización su amenaza, tornaría él con su compañera y sus cuatro gurripatos a las pasadas amarguras, a las pasadas escaseces, y si defendía los pícaros garbanzos, tendría que pelear con el *Berrinche*, con el más temible, de más agallas y de sangre más malita de los hombres de pelo en pecho. Y al pensar en aquello sintió que la flaqueaban piernas y corazón, y salió de la carnicería pálido y tembloroso, casi viéndose ya tan descuartizado como las reses que expendían las *Nenas de Capuchinos*.

III

La estupenda noticia había corrido por todo el barrio como por regueros de pólvora. Joseíto el *Barbero* acababa de darle un palizón a Juan el *Berrinche*.

—Pero ¿cómo ha podío ser eso? ¿Cómo se ha aterminao a eso Joseíto?—preguntóle al *Tenazas Perico* el *Cachiporras*, el más íntimo de los compadres del barbero.

—¿Que cómo?—repúsole aquél—. Pos mu sencillamente, según me han contaó, Joseíto confesó, comulgó, hizo testamento, se vistió de limpio y se fue en busca del *Berrinche*, al que se trompezó en los Callejones. Conforme se lo trompezó, se lo llevó a una rinconá, y se puso a platicar con él, y de pronto, *chavó*, alza la mano el *Berrinche*, y... pun..., un escopetazo en un pómulo, y entoavía no había acabao de sonar el escopetazo, cuando ya tenía el Juan en la mano el *comodoro*, que de largo que lo estila el *gachó* sa menester meirlo en bicicleta.

—Pero ¿y José?—preguntóle lleno de ansiedad el *Cachiporras*.

—Cállate, hombre, que no sabía yo lo que era Joseíto. ¡Camará!, tú no sabes lo que nos tenía guardao; suponte tú que tos los que lo vieron dicen que en quantito se repuso de la guantá, sin mirar lo

que el otro tenía en la mano, arremetió contra él, le quitó el jierro, y na..., que se jartó a lo pavo con él; suponte tú si se jartaría, y si le habrá puesto al *Berrinche* desfigurao el perfil, que to el que ha visto después a Juan dice que Juan no es Juan, sino que debe ser alguno de sus hermanos o de sus primos hermanos.

Y cuando, al día siguiente, preguntábanle a José sus parroquianos la causa de su enganche con el *Berrinche*, encogíase José de hombros y respondía con melancólico acento:

—¡Por qué había de ser, por mo de los pícaros garbanzos!

Y cada vez que decía esto, arrojaba a hurtadillas una mirada de reproche sobre Cloto, la mayor de las *Nenas de Capuchinos*.

(EL LIBERAL. Madrid, 15-II-1906.)

JOSEITO EL PEREJILERO

I

—¿Aónde vas tan de estampía? *Chavó*, ¿es que vas a avisarle al cura?

Y al preguntarle esto, detenía por un brazo el tío *Cáncamo* a Pepe el *Perejilero*.

—Déjeme usted, agüelito—repúsole éste con acento desabrido—; déjeme usted, que voy buscando a uno que me empreste una miajita de cutis y otra miajita de vergüenza.

—Pus aquí estoy yo, que la tengo almacená, y no sé lo que jacer con ella; con que asíéntate y toma resuello, que no están jechas mis sillas de jarales, ni güelen mal, ni le mientan la madre a naide que no se lo merezca.

—Sí que me sentaré, hombre, sí que me sentaré, a ver si se me refresca la sangre—exclamó Pepe uniendo la acción a la palabra, mientras el viejo sentábase también sobre el escalón, colocando las rodillas casi a la altura de la encorvada nariz.

Pepe, ya sentado, colocó el pavelo contra la pared, al pie de la silla; desabrochóse el chaleco, se recogió los pantalones, retrepóse gallardamente en la silla y, sacando un pequeño abanico, dio comienzo a abanicarse mientras decía:

—¡Camará!, que me han metío en el cuerpo un calenturón que me está jaciendo yesca.

—Pero ¿qué es lo que te pasa, *chavó*, pa que vengas con esa temperatura?

—¡Qué quíee usted que me pase! ¡Camará!, que me parece a mí que ya se me han muerto a mí der to los quereles que yo tenía.

—Vamos, hombre, que será una miajita menos de lo que tú dices, que a ti de ese *cufril* no te echa ni un quintal de dinamita.

—Eso creía yo tamién, pero es que yo no pueo seguir así; es que esa paloma se ha creío que yo estoy jechito de gutapercha, y yo ya no pueo resistirla más, y no tengo más que dos caminos: jacer

lo que ha jecho, u sea, agüecar el ala, o buscarme una esaborición y arrematar en la sala de autosias u en el Peñón de la Gomera.

—Vamos, hombre, que no será la cosa pa tanto.

—Que sí, hombre, que la cosa es de las que le agrian a cualquierita la merienda: supóngase usted que al ir yo esta noche a platicar con ella, me la jallé de pico con el *Tomatero*, el de juego de pelota del Huerto de los Claveles.

—Estaría el hombre explicándole el catecismo.

—El cate... Puñalá que me den por poca *lacha* que tengo.

—¿Y qué fue lo que tú jiciste al trompezarte con ellos en esa mala postura?

—¿Qué quíee usted que jiciera? Darle las güenas noches con la mar de finura y preguntarle al *Tomatero* que cuál médico era el que le había recetao el acosón que yo le diba a dar por bajo de la clavícula.

—¿Y él qué te contestó?

—Pus me contestó que con las glorias se le había díó la memoria, pero que tenía apuntao el nombre en su casa y que ya me lo diría cuando nos trompezáramos por ahí. Total, que el hombre arrió vela y se salió del puerto, y que yo, por no matar a mi Dolores, me he vinío, y que no voy ya más allí manque me amarren a una yunta.

—¡Eso no se sabe!—exclamó el tío *Cáncamo* con acento lleno de incredulidad, y después, mirando fijamente al *Perejilero*, continuó—: De to lo que a ti te pasa no tiée la culpa naide más que tú. Las jembras toas, y entre toas y salgan las que puean, son malinas, pero que mu malinas, y pa ganarlas sa menester saber más que Merlín, y estar ya desengañaos de que son jierro con la cera, y cera con el jierro, y tú no has salío entoavía, pa con ella, de mantequilla de cacao, y lo que sa menester pa que tu Lola, que no es mala, pero que tiée por cabeza dos docenas de cascabeles, se ponga en su sitio, es que tú te estires y te metas el corazón por debajo del contrafuerte y le des a su tiempo una de cal y dos de arena, y que te múes a la calle del tira y afloja, y que tengas pa con ella unas veces jiel en el pico, y otra caramelos de los Alpes, y que cuando veas otra *gachí*, esa otra *gachí* se entere cómo sabes tú mirar con disimulo, y que Lola se entere tamién de que tú la has mirao, y que cuando le dé celos, tú le digas, de mo que ella no sepa si es verdá u si es mentira, que pa ti no hay más mujer que ella en toíto er mundo y... Basta ya, que ya se me arremató la cuerda.

—Pero entonces, agüelito, ¿qué es lo que usted cree que yo debo jacer?

—Pos lo que yo creo que tú debes jacer es dirte ahora mismito

a dormir el berrinche, y no parecer por la ventana de Lola hasta que yo te vise el pasaporte.

—Pero ¿cuándo me lo va usted a visar, tío *Cáncamo*?

—Mañana mismo te lo viso yo; pero con un conqué, y este conqué es que tú me empeñes tu palabra de hombre de no arrimarte ni a los lindes tan siquiera de su casa, hasta que yo te dé mi premiso pa jacello.

—Yo con tal que no tarde el aviso mucho, mucho.

—Mañanita mismo te aviso yo. No ves tú que lo que yo quiero pa arreglar este mal chapú es platicar cuatro palabras con tu Dolores antes de que tú güervas a su querencia.

—Pos siendo asín, yo le prometo a usted con toas las veras de mi arma no arrimarme allí ni manque me den una bula.

—No; lo que yo quiero es que me des tu palabra de hombre de no arrimarte allí hasta que yo te avise.

—Pos bien: ¡palabra de hombre!—exclamó el *Perejilero* tras algunos instantes de vacilación—. Pero, agüelito, que me vea usted mañana mismo, no sea cosa que si no la veo se me grieteen las entrañas y se me caiga alguna puente de la pena.

—No tengas cudiao, hombre; no tengas tú cudiao, que to llega, y ya verás tú el percal que yo me traigo pa amansar leonas y pa zurcir lo roto y pa respuntar lo descosío.

II

Cuando el tío *Cáncamo* penetró en las habitaciones que ocupaban en uno de los corralones del Perchel Lola y su madre, ocupábase ésta en atarse al cuello el pañuelo de la cabeza, en tanto aquélla, fresca, limpia y riente, iba de acá para allá, dedicada a sus domésticas faenas.

—A mala hora llego—exclamó el viejo al ver a la señá Rosario dar fin a su tocado de calle.

—Nadie llega a su casa a mala hora—repúsole aquélla con acento afectuoso.

—Que Dios le pague a usted la fineza, señá Rosario.

—¿Y cómo ha sío eso de descolgarse por este aguauero? ¿Es que está usted jaciendo el padrón de las cédulas?

—No, señora; es que hoy me he alevantao con ganas de sol, y por eso he vinío a que me dé el sol en la cara.

—Ya se encontrará usted con menos sol—exclamó, mirándolo y sonriendo picarescamente, Dolores.

—Güeno—dijo la señora Rosario—, pus siendo asín, yo me voy y güervo en seguía, y tan y mientras yo güervo, usted se quea aquí

un ratico con mi lucero, pero muchísimo cudiao con jacer locuras, agüelito; mucho cudiao, no sea cosa que al volver yo tenga que decirle a usted las yo no sé cuántas del barquero.

—Vamos, señá Rosario, que entoavía soy yo capaz de una hombrá y de cimbrear el talle y de poner los ojos a dormivela.

—¿Y qué viento lo ha jechao a usted por esta badía?—preguntóle Lola cuando ya hubo salido su madre.

—Pos te diré—repúsole el viejo con voz grave y campanuda—. Si he vinío, no he vinío na más que pa jacerte un favor o una cosa mu parecía.

—¡Camará, agüelito, con que favores tenemos!

—Pos sí, señora, favores.

—¿Y se puée saber de qué color y de qué jechuras es ese favor que me quíee usted regalar?

—Ya lo creo que sí, ahora mismo vas a saberlo.

—Pos más vivo.

Y Lola diciendo esto, apoyó un codo en una rodilla y la barba en la palma de la mano, y quedóse mirando irónica y fijamente al viejo.

Encendió éste un cigarro, saturó cumplidamente de humo sus pulmones y exclamó con acento sentencioso:

—Pos bien, jechizo: el favor que yo te quiero jacer es el de decirte que el pájaro que tú más estimas se está picando el embrague por mo de ti, por mo de tus malitas partías.

—¿Y eso me lo cuenta usted o me lo canta, agüelito?

—Te lo canto y te lo cuento. Tú lo tomas to en chirigota, porque que no sabes bien con quién te gastas los *parneses*; a ti, porque Dios te mira con ojos de misericordia, te ha tocao en el reparto un chaval que no tiée desperdicios: güen mozo, con muchísimo cimbel en tos sus distritos, honrao y cabal y trabajador, y que no tiée más defertos que dos: uno que es el no gustarle más que el vino de lágrimas, y otro el haber perdío los papeles por una chavalilla más remala que un tiro y más rebonita que ese sol que mos alumbra.

—¡Conque tan remala y tan rebonita!

—¡El Evangelio! ¡Lo que se dice en la misa! Y conste que esto que yo te digo, te lo digo por tu bien, porque es que tú te crees que ese *gachó* no se puée librar de los espartos con liria que le pusieron esos dos pícaros que Dios te engarzó en la cara, y eso que tú te crees, como toas las cosas del mundo, tiée sus más y tiée sus menos.

—¿Y qué es lo que usted cree que puea pasar?

—Pos como yo soy de los que no creen más que lo que ven...

—¿Y usted qué ha sío lo que ha visto?

—Pos lo que yo he visto ha sío esta mañana a tu hombre engan-

chao en los flecos de una pelinegra que, mejorándote a ti, es un fenómeno de bonita, y un fenómeno de salá, y un fenómeno de garbosa.

—¿Y aónde y cómo y cuándo lo vio usted con esa tres veces fenómeno?

—Pos lo vide a las once, a la verita de la fuente de calle de los Cristos.

—Pero ¿quién es esa pelinegra?

—El milagro lo digo, pero el santo no, y el milagro te lo digo porque yo te miro bien, y me da lástima que por mo de tú ser una caprichosilla, pierdas lo que tú te mereces, u sea, un hombre de los que ya no se encuentran ni dándole el encargo a los jurones.

—Pos bien, agüelito: yo le agradezco a usted la mucha ley que me tiene, pero mi Pepe no es capaz de jacerme una mala *chaná* por naíta de este mundo.

—No diré yo que lo sea, pero el hombre que tiée hipotecá la chaveta a una mujer, ese hombre no se está de palique hora y media con otra en una esquina.

—¡Con que hora y media!—exclamó Dolores poniéndose pensativa.

—Hora y media justas y cabales. Y no es eso lo peor, sino que me parece a mí que ese *gachó* no va a poner más los *pinreles* en tus posesiones.

—No, eso no puée ser; eso no lo pueo consentir yo—dijo Lola con tan extraño acento, que el tío *Cáncamo* frunció las cejas, sin saber si aquélla hablaba en serio o en tono de zumba.

—Ni yo quiero que lo consientas, ni tampoco quiero que pase, y si tú me prometes que te enmiendas, yo te prometo que yo jago que esta noche venga tu José; pero ya sabes que yo te jago este favor con la condición de que de aquí pa adelante cuide más y mejor la jaza de tus quiereles.

—Sí, señor, yo se lo prometo a usted. ¡Charrán! ¡Hora, hora y media de palique con otra mujer!

—Hora y media, desde las once a las doce y media; y vaya una jembra, camará. No será tan bonita como tú, pero merecía ser tu prima hermana.

—¡*Chavó*, qué *gachí* esta! Cualquiera sabe si platica de quea u con el corazón en la mano”, murmuraba momentos después el tío *Cáncamo*, alejándose lentamente calle arriba.

III

—Gracias a un *divé* que te encuentre—díjole el viejo a Pepe el

Perejilero, al toparse por fin con él en la barbería del *Lentejas*.

—Pos no he estao metío en ningún sótano—repúsole aquél, rehuyendo mirar al viejo frente a frente.

—Lo mismo da. Con que vamos a ver si alegras ese perfil y le das gracias a Dios de lo mucho que yo chanelo y de la mucha pupila con que me echó al mundo mi madre, que esté en gloria, y de que na más que en un doblaillo tengo yo más sabiduría que en to el terno el sabio Salomón y toíta su parentela.

—Pero ¿qué es lo que pasa, tío *Cáncamo*?

—Pos lo que te digo, que me río yo del que inventó el furminante; que to lo he dejao yo ya más liso que tu pechera; que tu Lola está rabiando por verte de nuevo en su ventana, y que ahora mismito te voy a llevar allí, y que voy a decirle que me ha costao más trabajo llevarte, que trabajo costó la toma de los Castillejos.

—¡Pero, tío *Cáncamo*!

—Sin peros que valgan. Ahora mismo te llevo yo allí, y si Lola te pregunta qué es lo que has estao jaciendo desde las once a las doce y media, cuando te lo pregunte jaces como si te atorrullaras, y después, como si te acordaras de pronto, le contestas que a esas horas estabas tú tomando el sol y pensando en sus jechuras en el espigón u en la escollera u donde te dio la repotente gana.

—¡Pero sí es que yo no pueo decirlo eso!—exclamó Pepe con dolorido acento.

—¿Y eso poiqué?—preguntóle encorvando las cejas el anciano.

—Pus por eso, porque a esa hora precisamente estaba yo platicando con ella por la ventana.

Y según cuenta a todo el que lo quiere oír el dueño de la barbería, jamás tuvo tantas probabilidades de saber por experiencia lo que duele una bofetada del tío *Cáncamo* el novio de Dolores, Pepillo el *Perejilero*.

(NUEVO MUNDO. Madrid, 1-IX-1904.)

EL QUE NO ES AGRADECIDO...

I

—¡Camará!, hay cosas que ponen tarumba al hombre de más luces en la mollera. Tú suponte que yo, Paco el *Piri*, un *gachó* que ni debe ni teme, con veinticuatro años no cumplíos entoavía, con un corazón más grande que un bocoy; un mozo que se ha criado en los mejores pañales, que tiée una barbería a la que no hay hombre de cartel en to el barrio, que no vaya a soltar er pelo y a que le enjabonen los carrillos; un hombre por el cual, y no es alabancia, subirían descalzas las mejores mozas del distrito a la mismísima cresta del Calvario; el hijo de mi mare, en fin, acaba de sufrir un sofión de Pepa la *Golondrina*, que le ha puesto encarná jasta la punta del pelo.

—Y por eso vienes tú como si tuvieras el mal de San Vito, *chavó*. ¡Por vía e la Malena! Pos si no hay en toa la provincia un mozo de los de ácana que no le haiga jecho la ruea a esa *gachí* y que no haiga sacao lo mesmito que tú, y si no, aquí me tiées a mí, que no creo yo estar tampoco entoavía pa que me embalsamen, y tamién a mí un día que se me acalenturó el cuerpo mirándola, y porque me permití decirle que..., vaya..., cuasi na..., cuatro llenas y cuatro vacías, por poquito si tengo que darle parte al sereno, y no te creas tú que hemos sío sólo nosotros, que lo mismo que a ti y que a mí le pasó con ella al *Pecoso*, y mira tú que el *Pecoso* es un hombre con más tronío que un barreno y con más *parneses* que pecas, y, sin embargo, el *gachó* tuvo que virar der to y poner la proa a la mar, y “me alegro de verte güena”.

—Pero es que yo sé que yo a la *Golondrina* no le parezco to viruta ni toíto cañamazo, ¿tú te enteras?

—Pos siendo asín, ¿tiées más que seguir dándole unto y más unto jasta que cuasi se errita?

—No, si yo no me he dao entoavía por vencío del to, y la prue-

ba la tiées en que esta noche voy yo a tener un ratillo de plática con ella en el patio de su casa.

—Pero ¿es que ella ha consentío en eso que tú me dices?

—¡Vaya! La *gachí* ha consentío pa endulzarme las jiele que antes me dio a beber; pero me dijo una cosa que yo no he podío entender, a pesar de lo mucho que yo *chanelo*.

—¿Y qué fue lo que te dijo que tan a oscuras te ha dejao?

—Pos lo que me dijo fue: “Mire usté, Paco: yo voy a consentir en platicar con usté esta noche porque yo sé que usté no está picao de la tarántula, que usté tiée lao dizquierdo y porque lo estimo a usté y no quiero que tome a agravio lo que yo le he dicho; pero tenga usté la seguridá de que cuando yo acabe de platicar con usté esta noche, usté se va a dir de mí vera pa no arrimarse a mí más que como un güen amigo, que es lo que yo quiero que usté sea pa mí en to lo que me resta de vía.”

—Me da a mí er corazón que yo no podré nunca ser un güen amigo de una *gachí* tan regraciosa y a la que yo tanto quiero.

—¿Y ella qué te contestó?

—Pos ella se encogió de hombros y me dijo: “Pos entonces peor pa usté, porque entonces será que yo estaré dequivocá der to creyendo que usté vale muchísimo más de lo que vale.” Y yo, como tú comprenderás, izé el ancla en seguía y me vine en busca tuya a contártelo to, como te lo cuento toíto, y a ver lo que tú piensas de lo que a mí me pasa con esa *gachí*, que va a dejarme de tanto cavilar sin un solo pelo en mitá de la coronilla.

—Pos lo que yo pienso te lo diré endispués que haigas tú platicao con ella esta noche, y tan y mientras llega la hora, vámonos a casa de Cayetano a darle coba a un cañero a ver si el solera mos ilumina el sentío.

Y diciendo esto, cogió el *Niño de la Vitola* a su amigo por el brazo, y ambos se dirigieron con paso rítmico y acompasado contoneo hacia el *hondilón* más famoso del barrio de Lagunillas.

II

Pepa la *Golondrina*, sentada en el poyo de la ventana, miraba hacia la calle con expresión meditabunda, mientras su madre, la señá Rosario, planchaba algunas prendas sobre un larguísimo tablero.

—¡Josús, y cómo te ha puesto tu cita con el *Pirí*!—exclamó la vieja acercándose a prudente distancia de las escuálidas mejillas una plancha que acababa de coger del anafe.

—Y no es pa menos, marecita; ese hombre me es simpático y me

esazona tener que darle el mal rato que le voy a tener que dar esta noche contra to el torrente de mi gusto.

—Pero ¿es que te gusta a ti más ese hombre que Joseíto?

—¡No, qué disparate! Pero es que el *Piri* me mira a mí de un mo, y se sonríe de una manera, y acharrana tanto la cara al mirarme, que... Pero, en fin, vamos a dejarnos de eso y a platicar de otra cosa.

—Eso es lo que tú tíees que jacer, platicar de otra cosa, que no se merece Joseíto que se le jeché a pelear con naide, y además que quien no es agradecío...

—Eso no me lo tíee usted que recordar a mí. ¿Pues por qué si no por ser agradecío...?

Y enmudeció la *Golondrina* y se contrajo su bello semblante, aquel semblante suyo en el que Dios había puesto ojos grandes y negros y relampagueantes, y mejillas de delicada curvatura, en las que al hablar marcábanse dos tentadores hoyuelos; boca, si algo rasgada, de labios gruesos y encendidos, de dentadura de marfil, y tez, si morena, tan suave y reluciente como el raso.

Puesto que hubo fin la anciana a su faena, salió de la sala, y una hora después penetraba Paco el *Piri* en el patio de la casa, donde ya le aguardaba la *Golondrina* sentada junto al arriate, mientras la señora Rosario, sentada también a poca distancia de ella, parecía dormir con la barba sobre el escuálido seno.

—¡Camará!; pos ni que hubiera usted tenía un cronómetro colgao de una de sus pestañas—contestó sonriendo irónicamente Pepa, contestando al saludo de Paco.

—Calle usted, señora—repúsole éste a la vez que sentábase en la silla que aquélla le ofrecía—; pos si ca minuto ha sólo pa mí un tabardillo; como que estoy rabiando por decirle a usted toíto lo que me está jaciendo borbotones en el corazón.

—Déjese usted de borbotones y vamos a platicar como lo que semos, como dos presonas formales.

—Es que me da a mí el corazón que lo que usted me platique a mí me va a poner el cuerpo cortao... Pero, en fin, encomience usted, que por lo menos oyéndola a usted se me llenará de música el alma.

—Como que se ha creío usted que tengo yo en la campanilla una bandurria.

—Una alondra es lo que tíee usted embragá en el mismísimo cielo de la boca.

—Güeno, muchas gracias, y antes de na, voy a contarle a usted una historia.

—Pos vaya por la historia, y que se acuerde usted de que yo tengo por corazón la flor de la sensitiva.

—Pos señó—dijo Pepa, no sin dejar escapar previamente un suspiro—, cuento y cuento que era un padre que se había dío a las Américas, dejando aquí a su mujer, que tenía una hija y un hijo, que se parecían como dos gotas de agua a otras dos, a mí y a mi hermano Juan Antonio.

—¿Y vivía esa madre con sus dos hijos en Ecija?

—En un pueblo que se parecía muchísimo a ese pueblo que usted dice.

—Güeno, pos siga usted, so tirana.

—Pos, señó, esta madre y esta hija vivían de lo que ganaba el hermano, que estaba en una talabartería, y la hermana tenía un novio, compañero de taller de su hermano, cuyo novio se llamaba Joseito, que era más solo que una parmera y que tenía un puñaito de alfonsinos que le había dejado una tía suya, al morir, metíos en una calceta.

—¿Y ese novio...?—preguntó, impaciente, Paco el *Piri*.

—Ese novio tenía la misma edá que el hermano de la novia, y como dambos tenían la misma edá, pos les tocó a la vez a dambos la quinta, y dambos salieron soldaos, lo cual puso en estao de tirarse a un pozo a la madre de los dos hermanos del cuento, que estaba mirándose en los ojos de la cara de su hijo.

—¿Pos sabe usted que me empieza a mí a rejelear ese cuento?—exclamó el *Piri* con acento sombrío.

—Eso es seguramente porque va usted adivinando el remate.

—Pudiera ser. ¿Y qué pasó con esos dos pícaros reclutas?

—Pos lo que pasó fue que el novio de la muchacha cogió el dinero que tenía guardado en la calceta, libró con él, sin decir oste ni moste, al hermano de su novia y, cuando ya lo hubo librao, desapareció un día y dejó escrita una carta de la que yo por casolidá tengo esta copia que va usted a leer, si usted quiere, en siguiíta.

Y diciendo esto sacó la *Golondrina* de su seno una carta rugosa que entregó a Paco el *Piri*, el cual, tras posar una mirada en el papel,

—Léala usted—repúsole con acento sombrío—, que yo no sé leer esa letra, que parece un enrejao.

—Pos se la leeré yo—díjole Pepa.

Y casi sin mirarla, leyó:

“Pepa de mis ojos:

Cuando recibas esta carta ya estaré yo camino de Sivilla, y den-

tro de na estaré más repinturero que un loro, con mis calzones encarnaos y mi guerrera azul turquí. No he querío despedirme de ustedes, porque se me diban a caer de tanto llorar las pestañas. Yo supongo que ustedes comprenderán por qué he hecho lo que he hecho; yo no tenía más que seis mil reales y un piquillo, que fue lo que me dejó mi tía, que en paz descanse. Si yo me libraba de ir al servicio, Juan Antonio hubiera tenío que dir y yo que casarme a escape contigo, es decir, farturarme en gran velocidá pa la mismísima gloria, pero es que de camino que yo me diba a la gloria, sus metía a ustedes en el purgatorio, porque yo, ya sin más que los siete reales de mi jornal, te diba a hacer pasar las de "Ivélica", y na más que de pensar que la niña de mis ojos no tuviera un trapito que ponerse, y que desayunarse con un mendrugo, y con un puñao de besos en la boca, no más que de pensar eso me lloraba el corazón lágrimas de sangre, y por mo de to lo que yo te digo, es por lo que yo me dije lo que me dije, que me dije: "Si yo libro a Juan Antonio, como Juan Antonio gana catorce reales, y es con lo que viven tos ellos, pos seguirán viviendo como hasta aquí, y yo de aquí a dos años tomo el canuto, y güervo tan campante a mi oficio y aprieto de *chipé* y me caso, y viviremos tos juntos, y aquí no ha pasao na y que viva mi morena."

Y como pensé esto, y si sus lo hubiera dicho, ustedes no hubiesen acertao nunca, pos hice lo que hice y tomé el portante, y no te apures tú por na, prenda mía, que de aquí a dos años no me voy a caminar yo ni por el capitán general que me ha tocao por mi suerte."

El semblante del *Piri* había ido ensombreciéndose a medida que leía Pepa, y cuando vio a ésta suspender la lectura:

—¿Acaba ahí la carta?—le preguntó.

—Lo que sigue ya no le interesa a usté naíta, pero que naíta, caballero.

—Entonces, ¿el cuento acaba ahí?

—Ahí acaba, y ahora—continuó la *Golondrina* volviendo a meterse la carta por debajo del pañuelo azul de crespón que atersábasele sobre el altivo seno—, ahora le pregunto yo a usté pa que usté me conteste con arreglo a lo que le dirte su conciencia. Si la novia de Joseíto dejara a Joseíto por otro, manque ese otro fuera de oro macizo, ¿esa mujer se merecería que la quisiera un hombre de corazón y de güenos sentimientos?

Paco el *Piri* contempló durante algunos instantes y con sombría fijeza a la *Golondrina*, y después, como si cada una de sus palabras se llevasen una fibra de su pecho, le repuso con expresión noblemente decidida:

—No, señora, que no se lo merecería.

Y media hora después decíale Paco el *Piri* a su íntimo amigo el *Niño de la Vitola*:

—Tú no sabes, *chavó*, tú no sabes en el aprieto, lo entre la espá y la paré, que me ha puesto a mí esa pícara *gachí*, que me ha dejao el corazón más blando que la guayaba.

(EL IMPARCIAL, sección de los lunes. *Madrid*, 22-II-1909.)

JUGAR CON FUEGO

I

—¡No tengas mala sangre, mujer, y ten sentío pa pensar que lo que estás tú jaciendo con ese chavalete no está bien, ni medio bien tan siquiera!

—Sí que es verdá eso, madrina, diga usté que sí, y que ya me duele a mí tamién la boca de cantarle las mismas carceleras con el mismísimo acompañamiento.

—Pos ni ella, ni tú, tenéis razón; porque yo no tengo la culpa de que esa criatura esté tonta de remate, ¡y “como no lo saque al campo y le dé la muerte amarga”, yo no sé lo que voy a jacer pa que me deje tranquila!

—Naturalmente. ¡Vaya un tupé! ¡Pos quién si no tú es la que por no agurrirse, cuando te agurres, se ha entretenío en sembrar esa malita yerba en el pecho de Joseíto!

—¿Yo? Yo no he sembrao na, que yo sepa.

En este tiesto ha nació,
madre, un clavel encarnao;
¡cómo habrá en él florecío
sin naide haberlo sembrao!

Y Dolores cantó a media voz este cantar, al par que levantaba la roja cortinilla y arrojaba una mirada escrutadora en el huerto.

—Eso sí, güena voz y mu poquita vergüenza—murmuró la señá Rosalía saliendo de la habitación, no sin posar antes en su sobrina una mirada henchida de reproches.

—Pos tiée razón tu tía—exclamó Pepa la *Garibaldina*—. Y eso que tú haces con el *Chumbera* está pidiendo a voces un castigo.

—Pos tendrá toíta la razón que tú quieras, pero en cuantico otra vez te pases a la banda de mi tía, te mato catorce veces pares, ¿tú te enteras?

Y al decir esto sonreía Dolores y le amenazaba a Pepa con el dedo índice, un dedo digno de ser reproducido en mármoles y en bronce.

—Güeno, tú me puees matar si es tu gusto; pero no por eso dejará de ser una malita faena la que tú te estás cargando con el *Chumbera*, y lo que yo te digo es que esas cosas tiéen sus quiebras, y que siendo Joseíto tan guasón y tan sin méritos como es, pudiera pasar que a ti se te estragara el gusto y te saliera ese juego por un ojo de la cara.

—¡Menos!—exclamó con jovial ironía Dolores—. ¡Menos! ¡Si te crearás tú que voy yo a prendarme de Joseíto!

—De menos nos jizo Dios, y por menos canta un ciego, que ya sabes tú que

Ca cual nace con su gusto
y no hay dos gustos iguales;
y hay quien por beber en pozos,
no bebe en los manantiales.

—¡Vamos, mujer, que no digo yo; que has perdío tú los pa-peles!

—Si yo no digo que no, si lo que yo digo es lo que veo, y lo que yo veo es que tú por pasar el rato encomenzaste a jacerle cara a ese probe, y que te jacías peazos riéndote de él, y que aquello que encomenzó por groma va poniéndose de otras jechuras, y que te van gustando a ti los paliques con ese *gachó* y que ya no te da la risa en el gallillo cuando platicas con él, y, sobre to, que ya no mientas ni por casolidá al *Carambola*.

—¡Y pa qué voy yo a mentar a ese Don Fantesía! Aquello fue una malita racha que ya pasó por fortuna, y ni engarzao en oro ni guarnecío de topacios quiero yo a ese hombre, que cuando habla parece que está concediendo pensiones vitalicias y cruces de San Fernando.

—Lo que me parece a mí es que eso te escuece a ti todavía una miajilla más de lo que tú quisieras.

—¡A mí escocerme! Puede ser; pero me parece a mí que no, que ésas son aprensiones tuyas.

—Que se arrimara de nuevo a tu vera y ya veríamos si cantabas o no la gallina; ya veríamos qué era lo que pasaba.

—Ya está ahí ése—exclamó en aquel momento Dolores, reclinándose sobre el alféizar del estrecho ventanuco.

—Es verdá, y vaya si es pinturero el mozo, que parece que des-entierra un tobillo cada vez que tiée que dar un paso.

—No, güenas jechuras no diré yo que tenga; pero en tocante a lo de simpatías, lo que es de eso tiée pa repartir a los más necesitados, que no son pocos, mi señora doña Pepa la *Garibaldina*.

—Güenos días—exclamó en aquel momento Joseíto deteniéndose al pie de la ventana, echado hacia atrás el amplísimo sombrero de palmas, y llevando en la mano un puñado de flores que brillaban al sol como riquísimos joyeles.

—Buenos días—repúsole Lola sonriendo al recién llegado.

—¿Se puée subir por el ascensor?—preguntóle éste con dulce acento.

—No, señor, que Dios castiga—dijo Pepa asomando su semblante moreno por encima del hombro de Dolores.

—Sí, suba usted—exclamó ésta—; suba usted y cudiao con los escalones.

Y Joseíto no se hizo repetir la orden, y momentos después trepaba, aferrándose a los salientes del ruinoso muro, con los tallos de las flores en la boca, de donde momentos después tomábalas Lola murmurando con casi infantil alborozo:

—Muchas gracias, y qué rebonitas que son hoy.

—¡No han de serlo!—dijo otra vez al pie de la ventana y con voz fatigosa Joseíto—. ¡No han de serlo, si yo antes de cogerlas les digo que son pa usted a los rosales!

Y diciendo esto apoyó una mano en una de las ramas de los árboles inmediatos, cruzó una pierna sobre otra y quedóse mirando, como sumido en delicioso éxtasis, a la mujer amada, que, hundiéndose entre las flores su semblante de raso para mejor aspirar sus perfumes, brillaba toda bañada por los rayos del sol que convertía sus blandos cabellos en áureo y en sedoso y en resplandeciente remolino.

II

—Güenos días—exclamó Pepa, estampando dos besos en las mejillas de Dolores.

—Dios te los dé mu güenos—repúsole ésta devolviéndole al par la cariñosa ofrenda y sin poder ocultar la vaga inquietud que sentía.

—¿A que no sabes a lo que vengo?—preguntóle la *Garibaldina*, al par que se arreglaba, mirándose en el espejo, las flores graciosamente prendidas en su negrísima guedeja.

—Tú dirás—repúsole Lola con acento indiferente.

—¿Has visto qué flores más bonitas? Estas me han costao mi dinerito. Yo no tengo, como tú, un mal tiesto en donde cogerlas toas las mañanas; por cierto que no veo aquí las de hoy.

—Es que hoy no ha vinío entoavía ese tiesto que tú dices.

—¿Que no ha vinío? Entonces es que ya se lo han llevao a presidio por esaborío que es y por mal ángel y por mal arate que tiene.

—¿Y qué es lo que te trae hoy por aquí, si no es un secreto?

—Oye tú, Lola: sabes tú que me va pareciendo a mí que no te va gustando que yo le jeché los cuatro piropos que se merece al *Chumbera*, y que si hoy tiées tú armá en corso esa carita graciosa, tal vez sea porque el mozo no ha vinío entoavía, porque se le haigan pegao las sábanas, u haiga perdío el tren, u le haiga sentao mal el desayuno.

—¡Tal vez el probe estará malo!

—Pos si está malo que se purgue. ¡Vaya un Dios! Lo que debía de jacer tu tía era mudarse ya de aquí, que ya esto pa juego es bastante, que ya jace cinco meses que empezó esta groma..., ¡y pa groma son mucho cinco meses!

—Pero ¿se puée saber a qué ha vinío hoy a esta casa, que es mu suya, la Pepa la *Garibaldina*?—exclamó Lola interrumpiendo a ésta con acento impaciente.

—Pos sí, señora, que se puée saber: yo he vinío pa una cosa que va a ser mu de tu gusto: he vinío pa convidarte a los toros.

—¡A los toros! Vamos, mujer, tú estás loca de remate. ¿Pa qué voy yo a dir a los toros?

—¿Que pa qué vas tú a dir a los toros? Toma, pos a lo que vamos tos: a jecharle un remiendo de color de rosa a la pícara vía.

—Muchas gracias, pero yo no tengo ganas de meterme en esas faenas de costura.

—Ya lo creo que vendrás en cuantito yo te diga quién es el que va a acompañarnos, además de mi hermano Curro.

—Esa es una de las catorce millones de cosas que a mí me tiéen sin cuidiao—exclamó con voz y con actitud desdenosa Dolores.

—No será así cuando yo te diga que el que nos va a acompañar es un *gachó* más pinturero y más cruzaíto de alas que toítos los hombres, en la flor de la vía, con dos ojos que meten mieo de bonitos que son, con un pelo más negro que la endrina, con un perfil que quita el sueño, con un pico que me río yo del de los ruseñores; un hombre, en fin, de los que Dios jecha al mundo pa que se sepa lo que es capaz de jacer cuando le da por jacer cositas maravillosas.

—Pus pa ti ese proigio, pa ti u pa el *mengue*, porque lo que es a mí mardita la falta que me jace.

—Es que ese proigio se llama Currito Clavero por mal nombre el *Carambola*, pa lo que usté guste mandar.

—Pos pa mí ya puée dir jechando ese *gachó* sus méritos en aguardiente de Faraján u de Jubrique u de Cazalla de la Sierra.

—Pero chiquilla, ¡tú estás loca! Mía tú que Currito está arrepentío de haber pintao contigo la cigüeña, que el hombre está por ti ciego del to; mira, Lola, que no se encuentra otro hombre más güeno mozo que él, ni más gracioso, ni más echaillo pa adelante, y que, además de ser asín, el *gachó* es güeno, y además de sé güeno, que está abrigaíto y...

—Pos que lo manden ar museo—exclamó Lola interrumpiendo a la amiga con acento colérico—, que yo pa naíta lo necesito, y hazme el favor de dejarme tranquila y vete tú con él a los toros, que yo no quiero ver más corría que la que yo querría ver hoy desde este pícaro tendío.

Y esto lo dijo Lola señalando el ventanucho desde el cual divisábase el huerto, donde las higueras erguían su frondosísimo ramaje, donde ya amarilleaba el fruto y piaban los gorrones.

“Sí, estará malo, fijamente estará malo”, pensaba algunas horas después llena de profunda inquietud Dolores, al par que registraba con sus hermosísimos ojos las verdes frondas del huerto; y cuando ya las melancólicas claridades del crepúsculo empezaban a matizar de misteriosas tonalidades el espacio, las verdes ramas y las azules lejanías, una voz dulce y triste, la voz de Joseíto, resonó allá en lo más hondo del huerto, la voz de Joseíto que avanzaba con paso presuroso, la voz de Joseíto, que cantaba con voz acariciadora y sentidísima:

No quieo soñar que me quieres,
pos si lo soñara un día,
al despertar de mi sueño
la pena me mataría.

—¡Ya está ahí!—exclamó llena de júbilo Dolores, inclinándose tanto sobre el alféizar del mísero ventanucho, que más que con la voz pareció quererle dar la bienvenida con sus brazos esculturales y con sus labios purpurinos a Joseíto el *Chumbera*, el humilde y victorioso rival del famoso Currito Clavero el *Carambola*, aquel que Dios hubo de echar a la tierra para probar los prodigios que es capaz de llevar a cabo, según afirmación hecha a Dolores por Pepa la *Garibaldina*.

TRISTE EXPERIENCIA

—Pero, Pepillo, ¿quieres dejar al gato?... Mira que como vaya... Y tú, Paco, ¿quieres no meter más las manos en la lejía?... Pero, Pepillo, ¿no te he dicho que dejes al minino, que te va a arañar?... ¡Ay!, Virgen Santísima, a mí me quitan del mundo estos charra-nes... Ustedé perdone, señor Rafael, ustedé perdone y siéntese ustedé... No, en esa silla no, que ésa no se la ofrezco yo más que a las perso-nas que no quiero que vuelvan más por esta casa.

—Pos que Dios te lo pague, hija mía... ¡Ajajá! Ahora sí que es-toy la mar de bien... Ahora un cigarrito, y fumando y mirándote no me cambio yo ni por la estrella del rabo.

—Pues que le conste a ustedé... Pero, Paco, por los clavos de Cris-to, ¿te quieres estar quieto?... ¿No ves que hay visita?... ¡Ay, señor Rafael, ustedé perdone!

—Déjalos, mujé. ¡Si no están haciendo naíta!

—¡Eso es! ¡Déjalos! Pos si no fuera porque estoy desde que amanece hasta que anochece como un padre misionero...

—Bueno, pues dime lo que me encomenzaste a decir, que me parece a mí que diba a ser una cosa más resalerosa que un dulce.

—Pos lo que yo le diba a decir a ustedé era que si a ustedé le sabe a azúcar el estar aquí, el que ustedé lo esté no me sabe a mí a retama.

—¿A pesar de mis sesenta y pico, de mi panza y de mi pelito blanco?

—A pesar de to eso, no, sino por eso mismamente, y por lo otro, porque, gracias a ustedé, cuando vuelvo la vista a mi alreor no me jallo tan sola ni tan desamparaíta en el mundo... Pero, ahora que me acuerdo, cuando ustedé entró me dijo ustedé que tenía que decirme una cosa mu interesante.

—Vaya, ¡y tan interesante como es lo que te tengo que decir!

—Pos encomience ustedé ya, que ya lo escucho.

Y diciendo esto, acercó Dolores una silla a la que ocupaba el vie-jo y sentóse en ella, poniendo de relieve al hacerlo, merced a la duc-tilidad de la falda, sus piernas redondas como columnas y descu-

briendo sus pies brevísimos y arqueados que holgaban en unas chinelas no acreedoras a aprisionar tales primores.

El sol, un sol otoñal, iluminaba espléndidamente la escena, el reducido patio invadido casi del todo por el lebrillo de lavar, por una higuera despojada de pámpanos y frutos y convertida en tendedero, y por la orza de la lejía, en que uno de los dos rapaces hundía los desnudos brazos, mientras su compañero impacientaba a una gata de morisca piel que sufría pacientemente sus infantiles travesuras.

Y al par que iluminaba el sol el reducido patio, la retorcida higuera convertida en tendedero y los encuerinos rapaces, bañaba en su luz al viejo, el cual aún resistía gallardamente las sesenta y pico de otoñadas que pesaban sobre sus hombros, y que aún no habían conseguido borrar del todo las huellas de su juventud en su rostro limpio, sonrosado y de expresión bondadosa y risueña.

Y frente por frente al viejo destacábase Dolores, una hermosa plenitud de la vida a la que la maternidad no había logrado hurtarle turgencias y valentías en el seno, ni esbeltez en la cintura; una hermosa plenitud de ojos enormes de córnea azulada, en que las pupilas negrísimas y luminosas parecían dormir eternamente un sueño lánguido y voluptuoso; una hermosa plenitud, alta, mórbida, ondulante, de sonrisa picaresca, de pelo abundoso, de cuello tornátil, de frente amplia y noble y de voz de ritmo susurrante y desmayado.

Durante algunos instantes paseó el viejo sus ojos por la cara y por el cuerpo de Lola, por aquel cuerpo suyo, mal engalanado con un vestido de pobre urdimbre y un delantal mallorquín, y, tras contemplarla durante algunos instantes con acariciadora expresión, dijo, al par que arrojaba por boca y nariz tres espirales de humo:

—Pos, señó, lo que yo tenía que decirte era una cosa, y no sé yo si endispúes de decírtela me vas a poner al sol en la puerta de tu casa.

—Eso nunca—exclamó aquélla con voz plácida—; eso no lo podría jacer yo nunca con un hombre al que debo

más retegüenas partías
que tiéen lágrimas las penas
y risas las alegrías.

—A mí tú no me debes naíta, que, por el contrario, yo soy el que a ti te debe, porque si bien yo algo jice alguna vez en tu favor, no tiée la cosa más valer que el que tú le das, y no tiée valer arguno porque yo soy más solo que un ermitaño. Yo, gracias á un *divé*, y a las caballás que di por la serranía, tengo más de lo que necesito pa comer, pa merendar y pa orsequiar al sereno. Yo te quiero a ti por-

que cuando tu madre te sortó fue mi Rosalía, que en paz descanse, la que te dio por primera vez los tres jarabes, y desde entonces ya no te he perdido de vista ni me alejé de tu trato, y además que tú has sido mu desgraciaíta, porque tú perdiste a tu padre cuando más falta te hacía, porque tu madre te quitó su apego por ponerlo en Antoñico el del *Pirulo*, que en lugar de ser pa ti un segundo *bato*, fue pa ti el peor de tus cuchillos, porque no sólo no te quiso, sino que te robó la voluntad de tu probe madre, a la que Dios tenga en su santísima gloria.

—No—dijo Dolores—; la probe de mi madre me quería; pero como aquel hombre era como era.

—Güeno, dejemos eso, que al pasao se le dice adiós, y platiquemos de otros asuntos. Pero antes de decirte lo que yo te tenía que decir, quisiera yo preguntarte unas cuantas cosas, si es que tú me lo permites.

—Pos empiece usted a preguntar lo que le dé a usted la repoténtisima gana.

—Pos vamos a ver si me dices cuántos son los guasones que viénen los días a rondarte en tu aguaero.

—Y qué sé yo—repúsole Dolores, encogiéndose desdeñosamente de hombros—. Además, que ésos son los maderos de San Juan, que unos vienen y otros van; pero yo no me fijo en ninguno; bastante tengo yo con este par de salcillos que me dejó al morir mi probretico Antoñuelo.

Y un hondo suspiro brotó de la garganta de Dolores al evocar el recuerdo del hombre por ella tan hondamente amado y tan prontamente perdido.

El viejo, tras concederle algunos instantes de silencio, le preguntó, procurando ahuyentar con su festivo sonreír sus tristes evo-
caciones:

—Pero es que una cosa es el corazón y otra cosa son los ojos de la cara; y como los ojos son niños, alguno de los que te cimbelean te habrá sido, sin duda, más simpático que los otros.

—Yo a eso digo lo que dice la copla:

Pa mí toftos son iguales,
campanas son las campanas
de toftas las catedrales.

—Y yo a ésa te contesto con ésta:

Pos siendo asín, punto en boca,
y en mis alforjas me llevo
lo que truje en mis alforjas.

—No, señó, eso sí que no, que ya sabe usté que la curiosidá vive más cerca de mí que mi casero.

—Güeno, pos hablaré; pero con la condición de que me respondas tú con el corazón en la mano.

—Pos bien: lo haré con el corazón en la mano; pero antes dígame usté por qué me está usté hoy haciéndome esas preguntas.

—Pos te lo diré: te las estoy jaciendo porque a mí, hier tarde, estando yo en ca de Pepico el *Quitamanchas* se me arrimó un *gachó* al que yo estimo, porque son de batista toas sus prendas interiores, y el tal *gachó* me dijo: “Señó Rafaé, usté que es güeno dende la cepa al racimo, usté que sabe que yo soy un hombre que lleva siempre la verdá a la grupa y la hombría de bien en la bandolera, usté que está enterao de que yo tengo pa más de un cuarto de gallina, si me la receta el méico; usté que sabe que yo no tengo más parientes que mis dientes, ni más parienta que la vía que me alienta, y usté que es, en fin, un hombre al que Dios le ha conservao to er pelo pa que cuando se muera usté sirva er pelo de usté de reliquia, usté va a jacer conmigo una obra de misericordia, porque aquí aonde usté me ve, con más fuerza que una yunta, más reondo que una bola, con ca carrillo que pesa una carnicera, con una partía de bautismo que certifica que entoavía no he pasao de los treinta y pico de años, y con la salú por arrobas y con los güenos propósitos por quintales; aquí aonde usté me ve, yo estoy a pique de ponerme flaco y ojeroso y de perder la panza y de ver mi alegría de cuerpo presente; porque ha de saber usté que yo estoy enamorao, pero que tonto perdío, por una *gachí* que es to un acontecimiento de bonita y otro acontecimiento como mujer de bien y de su casa, y ha de saber usté que manque es libre, endispués de haber sío prisionera, yo no me atermino más que a mirarla, porque cuando le voy a platicar se me aflojan los gonces y se me trava la lengua; y por eso, porque yo necesito que ella me quiera, es por lo que yo he vinío a usté pa que usté me preste su ayuda, que Dios se lo pagará a usté con lo que El saca pa pagarles a los güenos de su rica faltriquera.”

Dolores, que había escuchado, ligeramente turbada, al anciano, dado que éste hubo fin a su pintoresca plática, exclamó:

—Ya sé yo quién es el que le ha dicho a usté toíto ese montón de cosas: Pepico el *Talabartero*.

—El mesmito que tú dices, Pepico el *Talabartero*.

—¿Y qué le contestó usté a Pepico?

—Pos yo le contesté que no lo podía servir, porque tú estabas loquita der to por mis jechuras y por mi ange y por mi sangre to-rera.

Dolores hizo un graciosísimo mohín, y después, poniéndose algo seria, le contestó:

—Pos bien: yo lo siento y yo le estimo a ese hombre su güena voluntá; pero no puée ser lo que ese hombre desea.

—Pero ¿es que no te gusta a ti ese hombre?

—Es el que más me gusta y el que mejor me parece de tos los que me rondan la calle.

—Pos siendo asín, y siendo güeno como es, y teniendo como tiée pa que no pases fatigas, y estando tú como estás rompiéndote esas manitas de nácar pa sacar alante a tus pícaros *churumbeles*, ¿por qué, vamos a ver, por qué no te casas con Pepe el *Talabartero*?

Dolores posó una mirada plácida en su viejo amigo, y después, con voz siempre desmayada y dulce como una amante caricia, le repuso:

—Por eso mismamente no me caso con él, porque me gusta, porque me es simpático, porque podría tal vez llegar yo a quererlo como mi madre quiso, en mal hora y por mi mal, a su Antoñico el *Pirulo*.

Y, levantándose, se dirigió rápida hacia sus hijos, los estrechó bruscamente entre sus brazos esculturales, puso en sus churretosas mejillas una granizada de besos de madre apasionada, y exclamó con voz llena de ternura:

—Cualquier día me caso yo con José el *Talabartero*.

(EL IMPARCIAL, sección de los lunes. Madrid, 30-XI-1908.)

AL COLMENAR CON CARETA

I

—Que no me quiere a mí ya ese *gachó*, te digo; que no me quiere ya como no sea que me pongan nueva la piel y que me torneen de nuevo.

—Mira, niña, tú en lo tocante a experiencia estás más en cueros vivos que Eva en el Paraíso; tú no *chanelas* naíta, y en lo que toca a los hombres estás dequivocá der to. Lo que a tu Joseíto le pasa con tu presonita gitana es lo que te pasa a ti, pongo por caso, con tu mantón de Manila.

—¿Y qué es lo que a mí me pasa con mi mantón de Manila?

Y al hacer esta exclamación se le llenó la cara de ojos y de boca, como suele decirse, a Mariquita Cañaverales, más conocida por la *Nena del Cotufero*.

—Lo que te pasa a ti con tu mantón, te digo—continuó diciendo Candelaria—. Y si no, vamos a ver, ¿tu mantón no es el mejor de toítos los mantones del barrio?

—¡Digo! Siete veces mejor que el mejor de los mejores.

—Pos bien: cuando tú te compraste el mantón, no pasaba un día sin que tú no fueras a lucirlo por toas partes. ¡Y vaya mantón por aquí! ¡Y vaya mantón por allí! ¡Y a la luna te hubieras tú dío a lucirlo! ¿No es la pura verdad toíto lo que te estoy diciendo?

—¡Vaya! ¡Lo que se oye en la misa!

—Güeno, después te empezaste tú a jartar del mantón y encomenzaste a ponerte el de crespón encarnao, ¿no es asín?

—¡Vaya!

—Y ahora no te pones el de Manila porque estás ya mu jartica de ponértelo; ¿no es la fija la que yo estoy claveteando?

—¡La fija!

—Pos bien: supónte tú que un día al entrar en tu casa, al ir a echar mano al dichoso mantón, te encontraras tú con que cualisquier otra presonita había metío mano al arca y que diba a llevarse el de

Manila pa ella lucirlo y recrearse con él. ¿Qué te pasaría a ti por el cuerpo?

—¡Mía qué graciosa; jacía puntas de festón a la que me lo quisiera quitar! Pero ¿qué tiée que ver to eso con lo que me pasa a mí con mi Joseíto?

Y los ojos magníficos de María se posaron interrogadores en los pequeños y maliciosos de Candelaria.

Esta contempló a aquélla como con lástima y le repuso, incorporándose y dirigiéndose con paso lento hacia la puerta de la sala:

—Estudia tú lo del mantón, ¿sabes? Estúdialo bien, y será mu posible que des con el migajón de lo que yo te he contao.

Cuando la del *Cotufero* quedó a solas, empezó a meditar en lo que acababa de decirle su amiga, y meditando seguía cuando entró en la sala su madre, la señora Rosario la *Trompeta*, la cual con voz que era una plena justificación de su mote, le preguntó:

—¿Qué te ocurre a ti hoy, hija mía, que tiées hoy una carita que es retama?

María irguió la cabeza.

—Na, madre, es que estoy pensando en qué tendrá que ver mi mantón de Manila con que mi Joseíto sea más aficionao a los jarpas que a atún en escabeche, ni con que me esté perdiendo por minuto el apego que me tenía.

Cuando su hija le repitió lo que acababa de decirle Candelaria, quedóse pensativa la señora Rosario.

—Pos no te creas tú que no tiée centro lo que a ti te ha dicho Candelaria.

—Pero ¿qué tiée que ver la una cosa con la otra?

—Es que la Candelaria *chanela* más que un astrónomo.

—Pero ¿qué es lo que me ha querío decir con eso del mantón la Candelaria?

—Pos lo que te ha querío decir es..., yo veré a ver si caigo y te lo digo otro día. ¿Y tu José aónde ha díto?

—Salió jace un ratillo; vino por él el *Requena*, al que bien podía Dios mandarle un tumor en ca pata pa que no golviera a venir más por él.

—¿Y por qué eso de los tumores?

—Pus porque ése es el que me lo trae disparao y porque Joseíto está ciego con el *Requena*. Y mire usté que el *Requena* es de los de *chipé*, ¡y si mi Joseíto supiera!...

—¿Por qué no sigues?—le preguntó su madre, frunciendo las cejas y entornando los párpados.

La muchacha sonrió maliciosamente y le repuso:

—Porque me ha dao una punzá en las glándulas, madrequita. Esta no se dio por convencida.

—Bueno, pos cuando se te pase lo de la punzá, hazme el favor de seguir diciéndome lo que me dibas a contar de Periquito el *Re-quena*.

—¡Qué quiere usté que le cuente! Que ese Periquito, que es un *gachó* que cree que mujer a la que él le enseña la dentaura, mujer que se cae reonda ar suelo si él no la sujeta. Pos ese *gachó*, apenas coge un rayito de luz, ya está el hombre asesinándome con su mo de mirar y con su mo de mover el talle y llenándome la sala de suspiros.

—¿Y por qué no lo has puesto ya de patitas en la calle?—le preguntó severamente la señora Rosario.

—¡Toma!, pus porque como el *gachó* es un vivo y sabe jasta latín, cuando se escurre lo jace de un mo que no hay medio de cogerlo; supónete tú que cuando empieza a platicarme de cosas de quereles, encomienza a decirme que él se está muriendo a chorros por una *gachí* que es el sol, que es la luna y que es una estrella, y cuando yo le pregunto que quién es esa iluminación, el mu charrán encomienza a decirme con los ojos y con la sonrisa y con toa la cara, que esa *gachí* soy yo; pero, en cambio, con la lengua me dice que es una señora que se acaba de mudar, u me dice, como la última vez, que es una que tiée en Lucena una fábrica de velones.

—¡Valiente púa está el tal Periquito!

—¡Que si lo está, vaya! Una vez por poquito si lo cojo, pero se me escapó más vivo que un gato. Supóngase usté que el día que yo digo estaba el mozo una miajita más pintón que de costumbre, y se había sentao a esperar a Pepe, y como jacía mucha calor, estaba yo una miajita escotá y con los brazos al aire...

—Que no debías haber estao asín, porque asín no se pone ninguna mujer de bien más que pa matar mosquitos.

Enrojació la *Nena*, y al objeto de velar sus momentáneas turbaciones, continuó:

—Pos bien: estaba yo como te he dicho, y el hombre parece que tenía el mal de la temblaera y con los ojos y con el labio que se le caían, y yo que estoy rabiando por cogerlo en un renuncio, pos encomencé..., la verdá..., no estaría bien hecho..., pero la verdá es que encomencé a jacer charranerías con el cuerpo y con la cara pa arrancarlo der to, y tanto apreté que de pronto se alevantó como si le hubiera picao la tarántula, y se vino pa mí el hombre cuasi rechinando los dientes, y cuando ya diba yo a ponerme en la puerta de la calle y si era preciso jasta a llamar al sereno, él se comió la partía. “Oiga usté—me dijo, parándose en firme antes de que yo

pudiera jurar que me había jurgao ar pelo de la ropa—, me voy porque he comío coles y me han sentao mal las coles, y ¡mardita sean las coles!...” Y na, que con aquello de las coles se largó como si le hubiera dao un cólico miserere.

—¡Valiente *roa*!—exclamó la señora Rosario, moviendo acom-pasadamente la cabeza—. Pos lo que tú debes jacer en cuantito se desmande es mandarlo de un guantazo a Chafarinas.

—Pero ¿y si se entera Pepe y tenemos bronca pa rato?

—¡Qué ha de haber bronca! El *Requena* le teme a tu José más que a un miura; al *Requena* to lo que le sobra de tunantería le far-ta de corazón. ¡Pos si su cara es el paraguantazos del distrito!

Cuando María se quedó sola, empezó a meditar en lo que con el *Requena* le ocurría; tenía ya ganas ella de que aquél se escu-rriera de verdad para plantarlo en la del rey, y además, que si aque-llo pasaba podría por fin enterarse su Pepe que lo que él despre-ciaba a diario...

Y comenzó a comprender lo que le había dicho Candelaria de su mantón de Manila.

II

Algunos días eran transcurridos desde aquel en que tuvo lugar la escena que acabamos de narrar, y María, terminados ya sus que-haceres domésticos, entreteníase en dar fin a un pañuelo de lanilla, sentada junto al balcón, cuando penetró en la sala Perico el *Reque-na*, el cual, según nos aseguran, era mozo de rostro atrayente y simpático, de voz suave, gallardas hechuras y amanerados ademanes.

—¡Que Dios bendiga a la ortava maravilla!—exclamó al pene-trar en la habitación, quitándose airosamente el pavero y colocán-dolo cuidadosamente sobre uno de los sillones.

María sonrió.

—¡Hola!, que es usted, Perico—exclamó con voz de pérfidas dul-zuras...

—¿Y Pepe?...

—Salió jace un ratillo, y dijo que diba en busca de usted a ca del *Requesones*.

—Pos de allí vengo yo, de ca der *Requesones*; pero como no estaba allí Joseíto y como a mí me gusta tanto tomar el sol y oler a nardos..., pos velay usted.

—¡Pos pa tomar er sol..., la escollera, y pa goler a nardos, el güerto de la *Tiña*!

—¡Eso dicen, pero créalo usted, Mariquita, aquí es aonde me en-tra a mí el sol por toítos los poros de mí presona!

María volvió a sonreír picarescamente. Aquella tarde parecía dispuesto el *Requena* a pasar las lindes, y deseosa de verlo caer, díjole con voz acariciadora:

—Eso es que a usted le pinta eso la voluntad que le tiée a esta ermitica.

—A la ermitaña, a una ermitaña con unos *clisos* que son dos espuelas capaces de jacer que se le desboque el jaco al mismísimo Apóstol; con una carita ovalá que me río yo de toíto lo ovalao; con una mata de pelo que mata al que la ve y no la jurga; con un talle que es una espiga y con un pecho que es un navío, y con unos *pin-reles* que son dos comas, y con un...

—Pero ¿es que to eso me lo está usted diciendo a mí, Periquito? —preguntóle a éste la *Nena*, la cual a medida que aquél hablaba, había ido armando en corso el perfil.

—¿Pos a quién quíée usted que se lo diga? —exclamó el *Requena* con acento zumbón—. ¿Quiée usted que se lo diga al casero? Eso que he dicho yo—continuó con voz grave—se lo he dicho a usted y por usted, ¿usted se entera? Por usted, una vez; y por usted, dos veces; y por usted, cien mil millones de veces. Por usted, que es la quinta esencia de lo bonito y de lo garboso y de lo gitano; por usted, a la que yo quiero jace ya la mar de meses, más que a las niñas de mis ojos; por usted, por la que estoy pasando más *ducas* que armecinas de un armecino...

María, al iniciar el *Requena* aquella explosión de frases apasionadas, habíase incorporado bruscamente, y juzgando oportuno el momento, miró hosca y agresivamente a su enamorado y díjole, interrumpiéndole, con acento desdenoso y glacial:

—Pos si es por mí to eso, jágame usted el favor de dirse ya mismo y contárselo toíto al guardacalle, y decirle de mi parte que lo lleve a usted a la grillera.

El *Requena* palideció intensamente, miró hosco y apenado a María y después, dominando su amargura, sonrió forzosamente y le repuso sin moverse del asiento:

—¿Y pa qué voy a dir yo a contarle eso al guardacalle? A usted es a quien le puée importar que yo palme u no palme de la pena.

—A mí lo que me importa es que no güerva usted a pisar los umbrales de esta casa.

—Eso estaría muy bien, sí, señora; mu bien y mu en su lugar si eso que le he dicho yo a usted no fuera *onjana* y no se lo hubiera yo dicho a usted con el consentimiento de Pepe.

María quedóse mirando con expresión de asombro al *Requena*, que sonreía irónicamente, y el cual continuó diciéndole con voz zumbona:

—Qué, ¿le extraña a usted lo que digo? Pos no hay de qué asombrarse, señora. Supóngase usted una porfía en la que su Pepe de usted dice que usted no tiée alientos si un hombre se propasa con usted ni pa tocar el pito de carretilla, y que yo, por el contrario, sostengo que usted, al que se desmande con usted lo pone de patitas en la calle, y su Pepe de usted: “Tú no conoces a las mujeres.” Yo: “¡Vaya si las conozco!” Pepe: “Tú no *chanelas* na de eso.” Yo: “Yo me apuesto ahora mismito dos cañeros a que ahora mismito voy yo a tu casa y le digo dos chufas a tu María y tu María me echa a la calle.” Pepe: “Pos yo me los apuesto a que no te echa, y que lo único que hace es contármelo to en cuantito yo llegue a la casa.” Yo: “Tú no conoces a tu María.” Pepe: “¿Que no la conozco? ¡Chavó, que no la conozco!” Yo: “Pos yo apuesto los dos cañeros.” Pepe: “¡Pos van apostaos!” Y na..., que ya lo sabe usted to..., que yo aposté que usted me echaba a la calle, y como he ganao la apuesta, pos yo me voy, señora, con su premiso, a beberme los dos cañeros.

Y el *Requena*, después de mirar con burlona expresión a la del *Cotufero*, salió de la estancia, y ya en la calle, borrando bruscamente en sus labios la sonrisa, murmuró con voz sorda y apenada:

“¡Por vía e Dios y la que se arma y la esazón que me dan si me llevo a dir al colmenar sin careta!”

(NUEVO MUNDO. *Madrid*, 23-VII-1908.)

UNA COSA ES PREDICAR...

El señor Paco el *Biznaguero*, llegado que hubo al rincón de la taberna, donde solía coger las enormes pítimas que habíanle colocado en el lugar de preferencia que ocupaba entre los más famosos *curdones* de Andalucía, sentóse lentamente, puso en libertad el imponente abdomen, desabotonándose el chaleco y parte de la preta, dio un resoplido de satisfacción, colocó el sombrero sobre una silla, sobre otra el enorme acebuche que servíale de sostén en los momentos más críticos, limpióse el copioso sudor con un pañuelo de los de yerbas, y exclamó después, golpeando en la mesa con el puño cerrado:

—¡A ver tú, *Cantinerero*, a ver si me das una miajita de orégano, que me duelen los ijares!

El *Cantinerero*, un chaval morenucho, escuálido, de cara truhanesca y de rizados tufo que contemplaba indolentemente a los parroquianos recostado contra una de las cuarterolas, canturreó, al par que dirigíase al mostrador, sobre el cual la cristalería brillaba húmeda y limpísima alrededor de las doradas cafeteras:

Dale orégano a mi niña
que está mi niña mu mala,
a ver si con el orégano
recobra lo que le falta.

—Señó Paco, ¿sabe usted lo del *Pucherete*?—preguntóle al *Biznaguero* Julián el *Pecoso*, que, reclinado contra la pared en una silla, en un extremo del *hondilón*, con los brazos cruzados sobre el pecho, en mangas de camisa, contemplaba en perezosa actitud el gato que dormitaba muellemente sobre el barril del amontillado.

—¿Lo del *Pucherete*? ¿Qué le ha pasao al *Pucherete*? ¿Es que le han zurció por fin los pantalones?

—¡Ca, eso nunca, antes morir! Lo que le ha pasao es que la

mujer le ha dao un crujío que le ha convertío un ojo en un coco de La Habana.

—Pero ¿es de verdá eso? ¿Es posible eso, camará? Pero ¿es posible?

—Tan verdá como el bombardeo der Callao.

—¡Paece mentira, señor, paece mentira que haiga hombres de esas jechuras; cudiao que sa menester...! Mira tú, *Cantinerero*, ¿no me traes eso que te he pedío?

—Ya está aquí, hombre, no hay que calar la bayoneta por tan poquilla cosa—repúsole el muchacho, colocándole delante una bandeja con doce *cristales*, capaces cada uno de ellos de hacer ver dobles los objetos al más miope de los nacidos.

—Pos cuidiao que sa menester tener vendía a retro la vergüenza pa permitir esas cosas—continuó el *Biznaguero*—. Lo que es si yo fuera el *Pucherete* otro gallo le cantara a Pepa la *Tomisera*.

—¡Naturalmente que sí!—exclamó Julián con tono irónico, al par que contemplaba al viejo con burlona expresión.

—Parece que eso lo dice usted tocando a quea, y ya sabe usted que yo no soy hombre que aguante esos repiques.

—¡Naturalmente que sí!—repitió el *Pecoso* en el mismo tono con que hubo de decirlo la vez primera.

El señor Paco lo contempló con mirada trágica durante algunos momentos, apuró sin pestañear después dos o tres *cristales* más, limpióse la boca con el dorso de la mano y dijo con tono en que la compasión y el desprecio vibraban al unísono:

—No me alevanto y no me voy pa usted, y no le sako a usted un riñón y no me lo como sarteao, porque con to usted no tengo ni pa empezar una merienda.

—Naturalmente que sí—tornó a repetir el *Pecoso* con el mismo acento de zumba, plácido y riente.

—No lo repita usted más—gritó el *Biznaguero* con acento iracundo, al par que se incorporaba en amenazadora actitud—. ¡No lo repita usted u no le quea a usted peca aonde yo no le ponga un *dátil*, o un prescinto o una puñalá trapera!

Y al decir esto, centelleábanle al señor Paco los ojos con terrible expresión; en sus mejillas amenazaba saltar la sangre, y sus manos, crispadas y temblorosas, prometían lo que las garras de tigres encozados.

Julián el *Pecoso* púsose pálido, y se incorporó diciendo con tono que no hablaba nada bien de su bizarría:

—Pos no toma usted mu a pecho una broma, ¡camará! Pos diga usted que pa ser amigo de usted se necesita acorazarse como si fuera uno un crucero.

—Es que yo lo aguanto to menos que se me tome de lila—repúsole el señor Paco, a quien la explicación del *Pecoso* parecía haber servido de poderoso freno—. Y sobre to cuando lo que yo platico es el Evangelio; lo que yo digo lo mantengo siempre: el hombre que se deja sopapear por una mujer, eso no es hombre, sino dos varas de *fulá* o de muselina morena. Y se lo vuelvo a repetir a usted: ¡si yo estuviera encima de los tobillos de *Pucherete*, otro gallo le cantara a Pepa la *Tomisera*!

Ya había transcurrido una hora; ya el señor Paco y el *Pecoso*, dando generosamente al olvido insignificantes quisquillas, e inspirados ambos por el néctar olorosísimo y riente de las vides montillanas, hablábanse de tú, reconocíanse como las dos más altas personalidades de la provincia y no osaban incorporarse por temor a enterarse de modo contundentísimo de la mucha o poca resistencia de la solería, cuando:

—Ya la cogiste, so pendón, so jartico de roar, so Pijolín, so don Vergüenza Perdía—gritó la señora Pepa la *Tabardillos*, dignísima consorte del *Biznaguero*, penetrando en la taberna chancleteando, con el rugoso semblante lleno de indignación, y puestos en jarra los brazos escuálidos y renegridos.

—No, mujer..., no..., si yo no he bebío más que una copa; si ha sío que éste me ha convidao—exclamó el señor Paco con voz temblorosa y asustada actitud.

—Sí, yo..., yo..., yo... lo he convidao—exclamó el *Pecoso*, golpeándose tres veces consecutivas en el robusto pecho—. Yo lo he conviao y él me ha conviao a mí, y dambos mos hemos conviao, y yo tengo pa usted...

—Anda pa casa, so charrán; anda pa casa—exclamó la señora Pepa, agarrando a su hombre por un brazo, no sin arrojar antes una mirada de cómico desprecio sobre Julián el *Pecoso*.

—Yo no voy a ninguna parte; yo me queo aquí con éste y con estas señoras...—balbució torpemente el señor Paco, señalando primero a su amigo y después las botellas que acababa de llenar por décima vez el *Cantínero*.

—¡Tú, tú quearte aquí!

Y de tal modo vibró el acento de su irascible compañera en los oídos del heroico *Biznaguero*, que olvidándose éste, como ocurriale siempre en casos tales, de sus alardes varoniles, inclinó humildemente la cabeza y murmuró con acento plañidero:

—Güeno..., me iré contigo...; pero no me jurgues con las uñas, que se me enconan.

—Pos anda ya pa casa o te lisio; anda, que vas a llegar a casa con el cuerpo dolorío.

Y mientras la señora Pepa tiraba desesperadamente del señor Paco, que no osaba declararse en rebeldía, y el *Pecoso* lo miraba alejarse como con ojos de espanto más que de sorpresa, el *Cantine-ro* decíale a éste:

—Ya ve usté que una cosa es predicar y otra cosa es el dar trigo.

Y dicho esto, dirigióse el muchacho hacia la pizarra que era el libro de cuentas corrientes, donde llevaba la de todos o casi todos los *curdones* del barrio de la Goleta.

(NUEVO MUNDO. *Madrid*, 30-XI-1905.)

LO MEJOR DE LOS DADOS

I

Sentóse Joseíto el *Molinete* sobre el ruinoso arriate y, descansando la frente sobre la palma de la mano y el codo en la rodilla, se abismó en, al parecer, tan hondas como tristísimas meditaciones.

El sol empezaba a decorar la escena con sus ráfagas de oro abriillantando los muros renegridos, en los que las enredaderas lucían acá y acullá sus verdinegros encajes y sus cárdenas campanillas.

Mientras Joseíto permanecía inmóvil y meditabundo, se abrió una de las ventanas de los edificios inmediatos, con vista al taller, y destacóse, en su fondo, radiante de hermosura, Dolores la *Trinitaria*, la cual, apartándose con ambas manos la negrísima y suelta guedeja que le caía a ambos lados de la cara, cruzó los brazos sobre el alféizar y clavó los hermosísimos ojos en el meditabundo carpintero.

Con razón decían los de gusto más selecto del barrio que era Dolores entre las hembras de más tronío, lo que entre los luceros la luna; que tenía nuestra heroína por obra y gracia del Altísimo, como soles los ojos, los labios como la grana, los dientes como de marfil, oval el semblante, como la endrina de negro el pelo y más anillado que una tumbaga, y un cuerpo capaz de hacer levantarse de su sepultura a las momias del sexo viril que nos legaran los dignísimos faraones.

Y mientras Dolores posaba sus ojos con extraña fijeza en el *Molinete*, decía éste de modo mental, siguiendo el curso de su enamorado pensamiento:

"Por vía del que to lo mueve y to lo aquieta, ¡qué cosas que pasan y qué cosas que se ven! Y lo malo es que esto no puée seguir así, porque yo el día menos pensao doy un estallío y van a tener que dir al moro en busca mía... Y la culpa me la tengo yo; yo, que no tengo na de lo que les sobra a los hombres de ácana, porque si yo lo tuviera me cosería la boca y me cosería los párpados ca vez

que me trompezara a la Trini, que se ha pensao fijamente que yo soy lo mismo que una billarda, y es que sabe mu bien que yo no me aseparo de ella ni manque me lo mande un piquete, y como lo sabe mu bien y como es más malita que un cangro, pos velay, se pasa la vía dándome la mar de *chingares* y de *celeras*, y un día a mí esa *gachí* me busca una esaborición más grande que la Alcazaba."

—¿Qué jace ustedé, Joseíto, que parece que lo han puesto a ustedé ahí como reclamo?—le dijo en aquel momento con acento irónico Dolores.

Levantó Joseíto la cabeza, y al ver a su gentil vecina, incorporóse lentamente y se dirigió hacia el pie de la alta ventana, murmurando:

—Buenos días, fenómeno. ¿Qué quíee ustedé que yo haga? Ya lo ve ustedé: cavilar más que un letrao.

—¿Y se puée saber qué es lo que le tiée a ustedé tan cavila que te cavila?

—Ya lo creo que se puée saber. Estoy pensando en lo mal que ha repartío Dios lo güeno en este pícaro mundo.

—Sí que tiée ustedé razón. Y si no, que se lo pregunten a Trini la *Cordobesa*.

Joseíto hizo un gesto de contrariedad al oír el nombre de Trini, y le repuso a la *Trinitaria*:

—A ésa le tocó en el reparto una chispitilla menos que a ustedé, que es toíta azúcar de pilón y canela de la fina.

—Entonces, ¿es que yo le parezco a ustedé mejor que la Trini, Joseíto?

—Ustedé me paece a mí mejor que toíto er mundo, y sin embargo...

—Y, sin embargo, es la Trini la que lo tiée a ustedé más loco que una veleta, ¿no es asín?

—Asín es por mi malilla fortuna.

—Y como eso se lo sabe la Trini de memoria, como es naturá, le estará dando a ustedé tormento la mar de veces al día.

—Ustedé lo ha dicho, Dolores—exclamó con acento sombrío el *Molinete*.

—Como que lo que le pasa a la Trini con ustedé es mismamente lo que a mí me pasa con Toño el *Siguirillero*, que como sé que es más mío que mis penas y que pa él, a pesar de sus alegrías de ojos, no hay más mujer que yo, por lo trato como si tuviera el *gachó* de gu-tapercha los centros.

—Entonces es que tiée ustedé la sangre tan malita como la tiée mi Trini la *Cordobesa*.

—En ese caso, toas las tenemos mismamente como la tiéen ustedés los hombres, que la tiéen como el jollín, sobre to en cuantito se en-

teran de que una de nosotras perdemos los papeles por su cuerpecito garboso.

—Tal vez tenga usted razón—murmuró el *Molinete* acordándose de Rosario la *Tulipanes*.

—Vaya si la tengo; pero, en fin, como yo soy más güena que un bársamo, si usted me lo permite, le voy a recetar a usted una medicina que va a ser pa su enfermedad como el unto de la Malena.

—¿Y esa medicina?—le preguntó el *Molinete* con zumbona expresión.

—Pos esa medicina que voy a recetarle a usted es que en lugar de seguir *cimbeleando* a la Trini, se ponga usted a *cimbelearme* a mí una temporaila, que yo haré como si usted me gustara más que un jara-be, que ya es sacrificio, porque lo que es usted pa mí no vale lo que un suspiro del mozo que yo camelo.

—¿Y usted cree que de ese mo acabaría la Trini ya de una vez de darme suplicio?

—Antes de ocho días está izando esa *gachí* bandera de parlamento.

—¿Y si al *Siguirillero* se le subleva la guarnición y se arma una que suena más que un repique?

—El *Siguirillero*, como nosotros no vamos a jacernos más que monerías desde lejos, tragará una poca de quina y después vendrá a mí más humilde que la tierra.

—¿Y si la Trini se abronca y no güerve a mirarme a la cara en to lo que le quea de vía?

—En ese caso seguiré yo mirándolo a usted jasta que güerva el verano.

Joseíto miró fijamente a Dolores y pensó en lo bonita que era, y en que era al par hija única del chalán más adinerado de la provincia.

—Qué, ¿le gusta a usted u no le gusta a usted lo que yo digo?

—le preguntó Dolores, frunciendo ligeramente el entrecejo al notar el silencio de Joseíto.

—Pos de juro que me gusta—dijo éste—. Lo único que me jace pensar es que púee gustarme más el remedio de lo que a usted le conviene.

—Pos si le gusta a usted tanto, peor pa usted, porque yo en no jaciéndole a usted falta, ya estoy quitándole a usted el biberón de la boca.

—¿Y desde cuándo vamos a empezar ese chapú tan regracioso?

—Desde ahora mismito que empezará usted a platicar mucho más de mí que de la Trini, a no salir de la taberna de enfrente y a can-

tarme de vez en cuando la mar de polos y de medios polos, a medianoche, delante de mi ventana.

—Y oiga usted, manque sea mucha curiosidá, ¿usté qué va ganando en esta faena que va a cargarse conmigo?

—¿Yo?... El jacer una obra de caridad con un tonto de remate.

—¿Y cuándo voy yo a platicar de nuevo con usté?

—Cuando yo le avise a usted con el guardacalle, que será cuando a mí me dé la repotentísima gana.

II

Acababa de peinarse Dolores y de colocarse entre los negros rizos de su pelo dos rojos claveles de Bengala, cuando penetró en su habitación Pepa la *Pitimíní*, la más predilecta de sus amigas.

—Gracias a Dios—díjole Lola, saliendo a su encuentro—que te dejas ver, que tenía ya la mar de ganitas de ponerte la mar de besos en tu carita morena.

—Pos rabiando estaba yo por ponértelos también en tu carita gitana.

Y cambiando que hubieron casi una granizada de besos, sentáronse frente a frente ambas amigas y dijo a la segunda la primera:

—¿Dónde has estao tantos días como has fartao de Málaga?

—En Mairena del Alcor con mi tía Candelaria. ¿Y tú qué has jecho durante mi ausencia?

—Pos yo la mar de cosas; como que cuasi he tenío un novio de los de mejores carteles.

—¿El *Siguirillero*, por fin?

—No; ése es el que ahora está emperrao de firme en dar el santo y seña en la garita.

—Pero oye tú, *chavó*, ¿te has creío tú que los novios son chaponas?

—Eso ha sío un *chanelo* que yo me he traío. ¿Tú sabías que el *Molinete* estaba prendao de la Trini y que a la Trini le gustaba además de Joseíto, Toñico el *Siguirillero*?

—Eso no lo sabía yo, ni lo sospechaba tan siquiera.

—Pos bien: a la Trini le gustan dambos, pero como pa ella el *Molinete* era pan comío y el otro no lo era, pos velay tú, encomenzó la *gachí* a jacerle cucamonas al *Siguirillero*, y éste, a quien le gustan toas desde el pelo al tobillo, encomenzó tamién a aletearle a la Trini, y entonces yo, como sabía que yo le gustaba más a Toño que la otra y que a la otra le gustaba más el *Molinete* que Toño, pos me dije yo pa mí: “Vamos a que ca gorrión se pare ya de una vez en su alero.” Y una mañana que vi a Joseíto más desesperao que un

quinto en un calabozo, le propuse que jiciera como que tiraba los *chambeles* y que yo haría como que él a mí me gustaba como la miel de colmena.

—¿Y qué resurtó de ese *paripé*, salero?

—Pos lo que resurtó fue que el Toño y la Trini, al ver que nosotros nos poníamos cuasi al habla, perdieron la *chaveta*, y esta mañana llegóse a mí el *Siguirillero* pa decirme que si yo seguía entor-nándole el párpado al *Molinete*, diba a ponerle al *Molinete* el corazón como si fuera mismamente una arcancia.

—Y la Trini, a to esto, ¿qué?...

—Pos la Trini encomenzó a sonreír al Joseíto jasta con las pestañas, y el Joseíto (y aquí entra lo malo) ahora dice que no se va ya de mi vera ni manque lo presen como a pasas de Corinto; y lo peor no es esto, sino que si yo ahora le gusto más a José que le gustaba la Trini, ahora también me parece a mí que me gusta a mí mucho más él que Toño el *Siguirillero*.

—Pos di tú que no es encerraero en el que has metió tú tus interiores—exclamó la *Pitimíní* contemplando a su amiga con expresión de reproche.

Esta se encogió de hombros y continuó diciendo:

—Eso ya lo sé yo, y lo que yo necesito ahora es que tú me des un consejo, porque en la esquina está el *Molinete* que me ha pedío que le premita que se arrime esta noche a mi reja, y un recaó me acaba de mandar con la señá Candelaria, diciéndome que si estoy conforme con que se arrime, me asome al balcón, y que si no estoy conforme, que encomience a tocar el pito de carretilla.

—¿Y qué piensas jacer tú?—le preguntó como asustada la *Pitimíní*.

—Pos la verdá, yo no sé qué jacer, y por eso es por lo que te pido un consejo.

—Pos lo que yo te aconsejo es que no te asomes y que te dejes ya del *Molinete* y del Toño y que los mandes a dambos a peinarse al Coto u a bañarse a la Escollera.

Dolores miró con expresión extraña a su amiga, y tras un momento, un solo momento de perplejidad, avanzó decidida y gallarda hacia el balcón, lo abrió de par en par y penetrado que hubo en él, sonrió a Joseíto el *Molinete*, que en la esquina de la calle la miraba como si intentara retratarla en sus ardientes, en sus dulces, en sus imantadas pupilas.

EN BUSCA DE PRIMALES

—¡Güenas tardes, caballeros!

—Mu güenas.

—Mu güenas y bien venío.

—¿Es éste el lagarillo del señor Pepe el *Colorao*?

—Pa lo que su mercé guste mandá, yo soy el señor Pepe el *Colorao*.

—Por los siglos de los siglos, y conste que no se le nota a usted lo del mote en la color.

—Como que si a mí me llaman asina es poique asina llamaban a mi padre, que esté en gloria.

—Pos mire usted, a mí también, manque me llamo Enrique Córdoba y Córdoba, pa servir a ustedes, me dicen el de la *Tinaja* porque asín llamaban a mi *bato*, que en paz descanse, que era, y esto sea dicho sin agraviar a nadie, un *gachó* que valía por quince mil y pico por lo valiente y lo garboso que era y por lo que *chanelaban* sus güesos.

—Es mucha verdá la que ice su mercé, que yo conocí mucho al señor Isidro, pero entonces usted entoavía estaba en cuajo.

—Hable usted bien, amigo, que el hablar bien no cuesta dinero.

—Güeno, hombre, pues entonces no estaba osté en cuajo, sino en yema.

—Pos yo también ricuerdo al señor Isidro: una vez jice yo con él un trato de unos primales; por cierto que me salieron algunos de los duros en que me pagó de los que no andan más que en coche.

—¿Y por qué no se los degolvió usted enseguida?

—Poique también dos de los bichos que yo le di no eran de los de circulación forzosa.

—Me alegro que me lo diga usted, porque asín si jacemos trato le miraré yo a los bichos jasta er cielo de la boca.

—Pero ¿es que usted viée buscando gente gruñona?

—Gruñona y en la piel y en los güesos pa rellenarlos en seguía.

—Pus pa eso tengo yo cinco azucenas y tos de elástico, como que si hoy las vendo yo es poique como los hijos son unos déspotas pa uno y como a mi Olorcilla, que hoy no está aquí, se le ha puesto entre ceja y ceja el que le merque un mantón de Manila, pos lo que pasa, me voy a desprender por dalle gusto de esas cinco rosas de mayo que son cinco plumas de las alas de mi corazón.

—Pos mismamente por eso he vinío yo, poique hier tarde, estando yo en la recoba, me dijo Joseíto el *Cabritero*: “Oye tú, Enrique —poique el *Cabritero* y yo nos hablamos de tú, poique semos mu amigos y además cuasi parientes, porque una hermana de él, Rosita la *Buñolera*, está casá con un primo hermano mío que tiée una tocinería en el barrio de la Goleta; por cierto que es un mozo de una vez, uno de los que quitan el hipo. Ustés no tiéen más que suponerse que cuando el *gachó* escupe y dice: “El que sea macho, que pise la escupitina”, no hay *gachó* que arrime el carzapollo al sitio en que mi primo ha escupió.

—Y oiga osté, amigo, ¿escupe mucho su pariente de osté por los sitios por aonde yo suelo pasar?

—¡Ay, qué gracioso! Pero ¿es que se cree usted que es *onjana*? Lo que yo digo no tiée corteza, to es migajón; mi primo hermano es lo que yo digo que es, y no tenía más remedio que serlo por aquello de que de casta le viée al galgo el ser rabilargo, poique su padre, que era hermano de mi madre, dicen que era un hombre que cuando soplabá con *chingares* jacia más viento que un temporal. Y, según me contó a mí mi pairino, el señor Toño el *Clavija*, al que ustés conocerán porque es más conócío que la ruá y tiée un puesto de berza pela por medio con el de Antoñico el *Cerrojazo*, que también se las trae, poique ese *Cerrojazo* fue el que mató a Toñico el *Cardenales* en la calle de la Armona, que ustés oirían contar la faena poique la cosa dio mucho rufo y con razón, poique el *Cardenales* la pintaba de retaco sin seguro y además le había dao mucho cartel el haberle quitao como le quitó a un tal don Curro la jembra que tenía, que, según cuentan, era un monumento de bonita, con ca ojo como un tazón y con una mata de pelo más larga que una maroma, y con una boca que de rechica que era tenían que darle en píldoras los alimentos, y con un pecho más grande que un automóvil, y con una caera más reonda que una tinaja, y con dos *pinreles* que no abultaban ni lo que dos abalorios, y con un mo de reír que cuando se reía se le secaban las lágrimas a la Santísima Virgen de las Angustias y, en fin, una *gachí* de las de *chipé*, de las que yo quisiera a la verita mía pa mi consuelo cuando me llegara mi hora.

—¡Vaya, hombre, vaya! Y lo que es er mundo y sus alreores. ¿Y decía usted que a usted le habían dicho que yo tenía a la venta esos primales?

—Sí, señor, que me lo dijo Joseíto el *Cabritero*, porque como yo vivo der negocio y der potaje y en Málaga no se vende una uña de tocino sin que yo medie en la cosa, poique yo, y no es alabancia, pero yo soy la mar de simpático a toítos los que allí venden la pringue pa la puchera, resurta que siempre estoy farto más que to de paletilla y ahora tengo un compromiso con Juana la *Tocinera* del Legío, que es una mujer a la que yo debo servir si sa menester a gatas y de coronilla, poique esa *gachí* fue como una hermana pa mi Rosalía. ¿Ustés no conocieron a mi Rosalía?

—No, señor, que no la conocimos.

—Pos tuvieron ustés suerte, poique hombre que la veía hombre que se queaba catalértico, y con razón, que no es poique fuese ella mi jembra, pero la había puesto Dios tantas cosas en el perfil y en las jechuras que cuando diba yo con ella, pongo por caso, a los toros, corría a la que díbamos ya se sabía cuasi to los toreros al tendío, poique los probes se queaban como tontos mirándola. ¡Y no le digo a usted na de los señoritos! A puños tenía los pretendientes, pero desde lejos, porque como yo tengo el genio que Dios me dio, y allí en Málaga me conocen a mí más que el monumento de Torrijos, pos lo que pasa, no se atrevía ninguno a enganchar en el fleco de su mantón ni uno de los botones de la americana, y una vez que uno se premitió arrimarse una miajita más de lo que el bando dice, lo cojí con dambas manos por dambos hijares, y na lo que pasó, que cuando lo sorté llevaba el *litri* cuasi asomándosele por la boca los riñones.

—¡Qué barbaría, hombre, qué barbaría, y qué cosas mos pasan a los hombres en er campo y en la calle! ¿Y decía usted, amigo, que son cinco los primales que usted necesita?

—Le diré, hombre: cinco mismamente no. Yo necesito por lo menos cinco mil millones, pero si le merco a usted esos cinco violines, pus ya no me faltan más que cuatro millones, nuevecientos noventa y nueve mil nuevecientos noventa y cinco pa completar toa mi orquesta.

—Pos mire usted: se va usted a llevar la flor der partío, poique esos cinco los he criaio yo como si fueran cinco de mis hereeros, y ya le digo a usted que si no fuera por mi Olorcilla, que se ha empeñado en eso del mantón...

—A propósito de mantones, usted conoce a Lola la del *Trabuco*.

—Yo no más que pa servilla, amigo.

—Pos esa Lola tié un mantón que no hay otro que se atreva a

hablarle de tú, como que, según cuentan, tuvo que *pulir* un lagar pa poer regalárselo Joseíto el *Cáncamo*, que ustés lo conocerán porque estuvo mucho tiempo fincao en Jotrón y en Roalabota.

—Sí, señor, que lo conocí, que era una güena presona; pero era un hombre más pesao que un plomo y al que le gustaba platicar más que el comer, y a mí, la verdá, los hombres que platican mucho se me agrian.

—Y a mí tamién, amigo, a mí tamién se me agrian, porque yo creo que no debemos platicar más que lo preciso, tanto es asín que yo no platico más que cuando los hombres me son mu simpáticos y ya los he tratao una miaja. Pero, en fin, vamos a ver esos bichos, a ver si me petan.

—Pos la verdá, me parece a mí que no vamos a jacer mosotros negocios, poique no va usté a querer pagar a seis riales la carnicera, y yo no los doy ni un ochavo menos ni manque me aspen, amigo.

—¿A seis riales? ¡Pos ni que los hubiera usté alimentao con somatose! Pos si a siete se vende el magro fuera de puertas, y a seis y medio el tocino entreverao.

—Ya lo sé yo, pero es que a mis bichos les he tomao yo la mar de apego, y velay usté.

—Eso del apego no lo pongo yo en duda, no, señor; porque, por lo que yo veo, pa usté como si fueran de la propia familia.

—Qué quíee usté. Yo le tomo apego a to lo que rozo, sea lo que sea, y ya ve su mercé si será asina que no jace na que he conocío a usté y ya le tengo a su mercé el mismo apego que la tengo a mis primales.

—Pos siendo asín me voy. Voy a llegarme al lagar del *Cosquera*, aonde me han dicho que tiée tamién cuatro o cinco y lo que sa menester es que no lo haigan crio a sus pechos, como usté a crio sus cuatro o cinco azucenas.

—Pos vaya usté con Dios, amigo, y güena suerte, y aquí estamos pa serville.

—Muchas gracias. Ya sabe usté: en Málaga, en la calle del Cañaverál, no hay más que preguntar por Enrique el *Niño de la Tinaja*.

II

—Pero, José, ¿en qué estás tú pensando? ¡Camará! ¿No comprendes tú que a seis riales la carnicera no vas a encontrar quien te merque los primales?

—Ya lo sé, hombre, ya lo sé, como que se la venderé mañana a cinco y cuarto a Antonio el de los *Catites*.

—Pero ¿por qué no le has pedío a ese Enrique a cinco y cuarto, y lo hubieras dejao tan gustao como servío?

—Poique me los podía mercar, y ya lo oiste tú decir que él no platicaba nunca más que con las personas que le eran mu simpáticas y cuando tenía argún trato con ella, y la verdá, antes que serie simpático yo a ese mozo, quiero mejor perder los ineros, y me parece a mí que he mercao tirá, pero que tirá, toíta su simpatía.

(ESPAÑA. Rev. de la Asoc. Pat. Esp. B. Aires, 20-IX-1908.)

UNA BUENA LECCION

I

El señor Pedro Pancorvo, más conocido por el *Jechicero*, era en el tiempo a que nos vamos a referir una a modo de gloriosísima institución en el barrio de Capuchinos, barrio donde hubo de nacer y donde—Dios mediante—, como él decía, había de cantarse las últimas carceleras.

Hombre un día de brillantísimo cartel, tanto en lo de jugarse las vísceras al daga y toma por menos de un estornudo, como en lo de no dejar incólume tórtola alguna de las muchísimas que cometieron la torpeza de ponérsele a tiro de escopeta en el distrito, campo de sus hazañas, había conseguido, al echar el ancla en el puerto tristísimo de la vejez, ser mirado y remirado por todos los que le conocían, que eran todos o casi todos los que por aquel entonces, sin distinción de sexos, valían y podían darse pisto en el barrio, como un a modo de venerable patriarca y árbitro supremo, al cual acudían en todas sus diferencias a consultarle sus litigios y en demanda de sus siempre acertadísimos consejos.

Y evitando separaciones matrimoniales o *junteras* más o menos consolidadas por los años; conjurando enganches entre los próceres de los de pelo en pecho; zurciendo rotos y recosiendo descosidos, vivía nuestro respetable anciano, cuando una mañana, en que repantigado en un viejo sillón de brazos, en la puerta de su casa, bañábase en sol, contemplando con melancólica complacencia cómo algunos rapaces encuerinos y churretosos, luciendo marcialmente vistosísimas gorras de papel y jinetes en cañas de escobas, simulaban una brillante carga de caballería.

—Que Dios bendiga a usted, señor Pedro—díjole, acercándosele, Antoñuelo el *Tarambana*.

—El venga contigo, Toño—le repuso el viejo, sonriendo, al recién llegado, mozo de gallarda apostura y rostro varonil y simpático.

—Y qué, ¿se toma el sol, por lo que se ve?—díjole éste, al par que se echaba hacia la coronilla el amplio pavoro.

—Como que es el sol el único que me da algo de la mucho que me falta.

—Asín me diera a mí lo que más falta me jace u me quitara algo de lo muchísimo que me sobra.

—¿Y qué es lo que a ti te falta y lo que a ti te sobra, si es que no es un secreto de confesión?

—¡Pus lo que me falta es pasensia y lo que me sobra es la vía, que ya me pesa más que pesa una pesambre!

—¿A ti, *chavó*? Pos si tú eres el ojito derecho de la güena suerte; si tú viniste al mundo de pie; si tú vives como las rosas en los rosales; si tú no tiées boca bastante pa darle gracias a Dios, que ta crio.

—No, agüelo, no; que más sabe el loco en su casa que el cuerdo en la ajena. Mire usté que aquí aonde usté me ve estoy pensando en jacer testamento y en nombrarle a usté arbacea testamentario.

—Pero ¿es que tú hoy estás sonámbulo, *Tarambana*?

—¡Lo que yo estoy es desesperaíto y achícharraíto y mu reque-temalito!

—Pero ¿por mo de quién estás tú asín hoy sortando bilis por tos los poros de tu presona gitana?

—¿Que por mo de quién? ¡Pus por mo de quién ha de ser, sino por mo de la mía compañera, de la mía compañerita!

—¿Por mo de tu compañera?—exclamó el viejo, abriendo desmesuradamente los ojos, al par que se retrataba la más profunda sorpresa en su rugoso semblante.

—Sí, señor, por la misma que viste y calza; por mo de ella con toítos sus menesteres.

—Pero ¿cómo puée ser eso, si tu *gachí* es tan güena como bonita, y como bonita es más bonita que un relicario de plata?

—¡Pos ahí verá usté, agüelito, eso pasa y no de matute, sino con toas las de la ley!

—Pero ven acá, criatura, y contéstame a to lo que yo te pregunte. Vamos a ver: ¿ha puesto alguna vez tu Lola los ojos de su cara en la cara de otro hombre?

—¿Ella? ¡Ca, vamos, agüelito!... Eso no... Ella no tiée ojos más que pa mirar a sus hijos y que pa mirarme a mí, manque yo no me lo merezca.

—Güeno, eso está bien, y eso yo ya lo sospechaba. Pero vamos a otra cosa: ¿tú crees que tu mujer sigue queriéndote como antes?

—Más entoavía. ¡Tan segura tuviera yo la gloria!

—Pos entonces, y si eso es verdá, ahora mismo me jaces el favor

de dirte al paraor de La Leona y de decirle de mi parte al posaero que te dé por cuenta mía un buen pienso y una friega de aguarrás en los corvejones.

—Lo que es, es que parece mentira que diga to el mundo, como dice, que tiée usté un foco eléctrico en la mollera. Pa usté con que una *gachí* estime a un hombre y no malbarate la vergüenza, ¡Santa Teresa de Jesús!, ¿no es verdá, señor Pancorvo?

—Hombre, te diré—repúsole éste, frunciendo un tantico más de lo de costumbre las pobladísimas cejas—. Yo no digo que con esas dos *candingas* sea una mujer la Santa de la Paloma; lo que yo digo es que tu Dolores...

—Mi Dolores—dijo interrumpiéndole bruscamente Antoñuelo—, mi Dolores es como es. Es verdá que es güena, y es verdá que es bonita, pero también es verdá que va a conseguir que yo dé un brinco, y que del brinco vaya a parar a tutearme con ¡el lucero matutino!

—Pero ¿me quieres jacer el favor de decirme cuáles son los defertos de la mujer que más te estima?

—¿Que cuáles son sus defertos? Vamos a ver, señor Pedro, le voy a enseñar a usté mi corazón; hágame usté el favor de contestarme a lo que yo le pregunte. Vamos a ver: ¿gano yo *parneses* pa medio vivir tan siquiera?

—Hombre, no diré yo que ganas pa quearte con los consumos; pero lo que es pa vivir, ¡ya lo creo que ganas tú *parneses* pa vivir como los propios ángeles!

—¿Y soy yo hombre que queme la pórvora que agencia en fuegos artificiales?

—No, señor, que no eres tú de los de esa familia.

—¿Y soy yo jugaor, soy borracho?

—No, que no lo eres.

—Pos bien, agüelito: yo gano pa vivir, yo no tiro dos columnarias ni las entierro en ningún sótano; yo no juego, yo no bebo, yo no llevo arpiste a ninguna pajarera más que a la mía; yo no me jago un terno más que cuando me amenazan con llevarme a la Jefatura por encuerino; yo fumo en pipa por no quemarme las yemas de los dedos; yo no me afeito más que por Pentecosté; yo, en fin, ni me acatarro tan siquiera por no gastar en jarabes, y con to esto que le digo, señor Pancorvo, el día que menos se piense, en cuantico se decidan a dar algo por ellas en las agencias, me queo sin pestañas, agüelito, si es que no pago los intereses.

—Pero ¿qué es lo que estás diciendo tú, *chavó*, qué es lo que estás diciendo?

—Lo que usté oye; en mi casa se empeña hasta el jálito; en mi

casa se mal come; en mi casa se mal vive; en mi casa se lucen las formas por no tener cuasi con que taparlas; allí los dineros son agua y sal; allí no hay que preguntar por naifa; allí ya no quea por empeñar más que las cenefas de las paeres y algo de la solería; allí no se respeta más que la memoria de los difuntos.

—¡Pero Antoñuelo, por un *divé*, mira que ya tengo el pelo de punta!

—¡Y si fuera eso sólo! Pero es que hay mucho más en el capacho; es que además de to lo que le he dicho, me pasa que no pueo sosegar ni un minuto, porque es que esa mujer es más celosa que un tigre, y si me mudo la elástica, ¡cita al canto!; si llevo un caramelo en el bolsillo, ¡una toma que me han preparao!; si estornudo dos veces seguías, ¡ya se sabe!, es que me costipé al desnudarme en otro *cubril*; si al acostarme tardo dos minutos en coger el sueño, es porque estoy caviloso pensando en otra; si me duermo en seguía, es porque ella ya no me jace caso; si gasto dos perras gordas, es porque las he empleao en *jatear* y en ponerle un piso a algún *chanelo* de la víspera; si estoy alegre, ¡malo!; si estoy triste, ¡peor!; y, en fin, señor Pedro, que tan agria me tiée ya la saliva mi mala estrella, que un beso le daría yo en ca una de sus articulaciones al que me prometiera mandarme en seguía en la tertulia caminito del Camposanto.

—¡Por vía de la Malena, y que no está tu negocio tan mollar como yo creía!

—¡Mollar! ¡Qué ha de estar mollar! Mi mal no tiée remedio, y el único camino que me quea es el del humo, el de anochecer y no amanecer; el de tomar el portante y que no güerva nadie a oír el metal de mi voz en cien leguas a la reonda.

—Pero ¿tú serías capaz de alevantar el vuelo y de dirte de la verita de los tuyos, *chavó*? ¿Serías tú capaz de jacer eso?

—¡Yo soy capaz de to, con tal de que se me acabe este suplicio!

—Pero ¿es que tú ya no quieres a tu *gachí*?

—¡Ni esto!—exclamó resueltamente Antonio, mordiéndose la menor cantidad posible de uno de los dedos.

—Pero ¿y tus *chorreles*? ¿Tampoco les tiées a ellos voluntá a esos probeticos?

—¡No, que a ésos les quiero yo más que a mi sangre! ¡Pos si no fuera por ellos!; si no fuera por ellos, ¿no estaría yo ya en Chile u en la Argentina?

—Güeno, hombre, güeno, vamos despacio: lo que resulta es que tú no puées aguantar a tu Lola, y que darías un alón por poer perderla de vista, sin asepararte de tus *churumbeles*. ¿No es el Evangelio lo que yo platico?

—El Evangelio, sí, señor, el Evangelio.

—Pos bien: no te apures, que pienso yo que to puée arreglarse, y ahora mismito, sin perder correo, me monto en mi par de brodequines y me voy a tu *bugío*, y milagrito será que dentro de na no esté yo aquí trayéndote en el pico la rama de oliva.

—Me parece a mí que no, que nanai, que va usté a golver con la cabeza debajo del ala.

—Eso de aquí a un rato lo hemos de ver, mozo güeno.

Y diciendo esto, incorporóse lentamente, y momentos después alejábase calle arriba con paso reposado y aire meditabundo el señor Perico Pancorvo.

II

Mucho tardaba éste, y su ausencia tenía en terrible tensión los nervios de Antofuelo, que no podía estarse quieto, y ya se sentaba, ya se levantaba inquieto y febril, sin que consiguieran llamar su atención ni los rapaces que seguían simulando sus brillantes cargas de caballería, ni las populares notas de una guitarra que tañía diestramente en la puerta de su casa Joseíto el *Almejero*.

Parecía a Antonio que habíase escurrido demasiado al hablar de su mujer, porque si bien era ésta manirrota y celosa en demasía, era, en cambio, limpia y trabajadora como una abeja, y además como un lucero de bonita. ¡Cara más graciosa y más charrana no se veía en todo lo que el sol calienta! ¿Y qué le contestaría al señor Pedro? ¿Le repetiría éste todo cuanto él le había dicho? Seguramente que sí, que se lo repetiría... ¿Y qué? Mejor que mejor; de aquel modo se pondría término a aquel sinvivir; lo mejor era que cada uno echara por su lado, que se separaran para siempre... Separarse de aquella muier..., separarse de ella..., no verla más..., ¡ca, cualquier día!... Separarse...; en cuantito se lo boqueara el señor Pancorvo tendría éste que tocar el pito de carretilla..., ¡pues no era mucho lo que le quería a él su Dolores!

Y pensando y hablando solo, hubiera permanecido Dios sabe hasta cuándo, a no haber llegado media hora más tarde el señor Pedro, el cual exclamó con voz risueña, después de haberse reventigado de nuevo en su viejo sillón de brazos y de haber dejado escapar un profundo suspiro de satisfacción.

—Aquí me tiées ya de vuelta y con la rama en el pico, ¡como que me pinto yo solo pa estas cosas y no hay quien me lleve el purso en cencia y en diplomacia!

—Pero ¿qué ha sío lo que ha pasao?—preguntóle, mirándole lleno de vaga inquietud, el *Tarambana*.

—¡Qué iba a pasar! ¡Que me ha salío la cosa que ni bordá en cañamazo! Que to está arreglao tal y como tú querías.

—Pero ¿cómo?

Y al preguntar esto le temblaba la voz a Antoñuelo el *Tarambana*.

—¡Pus cómo quieres tú que sea!—repúsole el viejo con voz reposada—. Como es. Pero empezaremos por el principio. Yo de aquí me fui más rerto que un tiro a tu casa, llegué a tu casa, me metí en tu casa y ya en ella, como es natural, me trompecé con tu *gachi*; por cierto que no me la encontré como tú decías, con las formas al aire.

—Pero ¿es que usted esperaba encontrársela como a Eva en el Paraíso?

—Hombre, tú me lo dijiste. Pero, en fin, vamos al grano; apenitas la saludé se me queó mirando con aquellos dos pícaros tan grandes y tan zalameros que Dios le puso en la cara, y me dijo, jaciéndose toa ella una sonrisa: “Me da a mí el corazón que yo sé a lo que usted viene.” “Ca, tú que has de sospechártelo tan siquiera”, le dije yo, y ella me dice: “¡Vaya! Tengo yo la mar de pupila; usted viene porque le habrá díó a usted mi hombre con algún cuento.” “Es mu posible”, le contesté yo, y entonces ella, tan fresca y tan reposá como si le estuviera dando la ropa a la lavandera, me dijo: “Mi hombre, agüelito, está más loco que una cabra y me tiée ya jartica der to de sufrirlo, y yo no sé qué es lo que se ha pensao ese *gachó*, que se cree que con tres pesetas que me da se puée comer como en el Hotel de Roma y vestir como los *litrís* y jacer de cuando en cuando un viaje a la luna. ¿Usted se entera?”

—¿Eso le dijo a usted?—exclamó Antonio, clavándose los dientes en los labios y las uñas en la palma de la mano.

—Eso precisamente—repúsole el viejo, no advirtiendo la borrasca que empezaba a relampaguearle en los ojos al *Tarambana*—. Y yo—continuó con acento complacido—al oirla decir lo que dijo, le dije que me alegraba oirla y que lo mejor era que ella se fuera con su madre, que tú le ayudarías en lo que pudieras y que tú te irías con la tuya llevándote a tus hijos pa que no le dieran a ella más tormento.

—¿Y qué fue lo que le contestó a usted mi Dolores?

—Pos, hombre, cuando le dije lo primero, u sea lo de asepararse de ti, me pensé yo que le iba a dar un patatús de la alegría. ¡Camará, que están ustedes pagaos, que si tú no la puées ver a ella, lo que es ella me parece a mí que no te puée ver ni en pintura! Pero no le pasa igual con los gurripatos, porque en cuantito le boquéé lo de asepararse de ellos, en un trís estuvo que no me mentara la ma-

dre; pero allí de mi capote y de mi experiencia, y tan bien y con tan güena suerte trabajé la partía, que concluyó por decirme que con tal de no verte más se resignaba a no ver a sus *chorreles* más que una vez en semana.

—¿Eso, eso dijo?—rugió Antoñuelo, incorporándose como si le hubiera mordido una víbora en las entrañas—. ¡Y eso dijo!—repitió con voz en que vibraba ahogadamente el sollozo.

Y tan lívido se le hubo de poner el semblante, y con tal expresión de ira y de pena le brillaron los negrísimos ojos y tan henchida de lágrimas resonó en sus oídos la voz del *Tarambana*, que el viejo, compadecido de él, díjole, poniéndole la mano sobre el hombro:

—Jéchale la galga a tu pena, guasón, que to lo que yo te he dicho es pura *filfa*; que yo no he estao en tu choza ni he platicao con tu jembra; que lo que yo he querío es que tú te enteres de que tú *camelas* a tu *gachí* tanto como yo quiero a mi vieja, y de que a la que es una güena compañerita hay que sufrirle sus defertos, porque si tu Lola te atormenta con sus celos es porque te quiere, y si tu Lola empeña es porque le jace falta, y si le jace falta es porque con lo que tú le das no tiée bastante, y si no tiée bastante será porque no sabe darle cien vueltas al ochavo, y si no se las sabe dar será porque es su condición, porque Dios la jizo de esa manera, como pudo jacerla jorobá, o tartamuda u con malitas inclinaciones.

Momentos después dirigíase Antoñuelo hacia su casa, con los ojos radiantes de júbilo y canturreando alegremente:

¡El primor de los primores
es la mía compañerita,
que tiée más, siendo güena,
de mala que de bonita!

(EL LIBERAL. *Madrid.*)

EL DINERO ES MU BONITO

—Que Dios te bendiga, Rosario.

—Venga usted con la Santísima Virgen, señá Rosalía.

—¿Y tu madre?

—Ha díó por el pavo trufao pa el almuerzo y ya tardará mu poco. Siéntese usted una miaja.

—Sí, hija, me voy a sentar porque vengo errengaíta.

Y la vieja, después de soltar en otra el lío de sus artículos de venta, sentóse en una silla, la cual crujió de modo amenazador bajo la imponente balumba de la anciana.

—Qué, ¿se ha jecho mucho negocio?

—Calla, hija, calla, que están los *parneses* jugando ar pilla pilla y no se lo trompiezan más que los que no los necesitan, y no hay quien tenga ni una *púa* pa un refresco; como que hay día que llego a mi casa jartica de andar y jartica de darle coba jasta al retrato de Espartero y sin haberme estrenao ni por casolidá tan siquiera.

—¿Y qué lleva usted en ese lío?

—Pos, hija, llevo un vestío de sea que ya lo quisiera, pa ella lucirlo, la reina regente; un mantón que no está pagao dando por él to lo que pesa en billetes de a cinco *chuscos*; una gargantilla que toa la que la ve se quea hirnotizá; unos sarcillos de oro y diamante que están pidiendo a voces orejas de topacios, y un abanico de marfil to calao, tan calao que no se le ve el marfil, como que vale un millón; yo no te diré más sino que Toña, la hija del *Caracola*..., la Antofíca..., la que casi to el año está escupiendo y dándole guita al corsé...

—¡Ah!, sí, ya sé quien usted dice.

—Pos bien: ésa me da por él cuatro duros y yo no lo doy menos de cinco ni manque me frían en salsa de tomates. Y a propósito de tomate..., ¿cómo está tu Don Rosa de Pitiminí?

—Pos tan de pitiminí..., señora, usted lo ha dicho.

—Pero ¿siguen esas relaciones?

—Pos naturalmente que siguen; como que eso no lo cura ya más que el cura.

—Entonces, lo de Juanico el *Alpargatero*, ¿se acabó ya der to?

—¿Y eso cuándo fue algo, señá Rosalía?

—Como el hombre estaba más arrancao por ti que un miura, y como el *gachó habillela parneses* jasta pa engarzarte en brillantes toíta entera...

—Pos que se los coma con papas, que a mí con lo que gana mi Joselillo me sobrará cuando me case jasta pa peinesillos de carey.

—Pos mira tú que el otro estaba más emperrao que *Chaquetón* en saber si es que tú tiés el sueño mu pesao.

—Pos que se lo pregunte al Zaragozano u a Joseíto después que nos casemos.

—¿Y pa cuándo está a la firma esa escritura?

—Pa cuando haiga pa tos lós menesteres. Ya tenemos la mar de cosas comprás: la cómoda, la mesa consola, una urna con su Virgen, dos floreros preciosísimos, una docena de sillas, dos cacerolas con baño de porcelana, diez cuadros con marcos doraos, qué sé yo, ¡la mar de cositas güenas!

—¿Y las otras cosas que faltan?

—Esas entoavía no. Dice Pepe que ésas no las compra jasta la víspera.

Y la muchacha enmudeció sonriendo maliciosamente, mientras sus mejillas se cubrían de tonos purpurinos.

La vieja respondió a la sonrisa con otra, y un largo suspiro se escapó de su pecho al recordar sin duda sus remotísimas mocedades.

Durante algunos instantes quedaron ambas en silencio, silencio que fue la primera en interrumpir la vendedora.

—¿Y el *Alpargatero* dices tú que se retiró ya der to de tu que-rencia?

—Cuasi der to. De cuando en cuando me manda arguna que otra cónsula ofreciéndome el oro y el moro si dejo a Joseíto; pero yo no quiero que Joseíto sepa esto, porque como tiée el genio tan súpito y le tiée tantísimas ganas al *Alpargatero*...

—Jaces bien, porque mira tú que el *Alpargatero* tamién es de los de ácana, de los de dieciocho quilates, y si se embisten esos *gachones* no va a quedar de ninguno de los dos ni los botones de la americana.

—¡Toma!, pus por qué si no por eso me tengo yo jechao un respunte en la boca, que si no fuera por eso ya le hubiera yo dicho al de los *parneses* cuántas son cuatro veces cinco. Y a pesar de to no se crea usté que yo estoy tranquila, que me parece a mí que mi Joseíto está una miajita cabreao y anda siempre cazándome y siem-

pre que viene parece un juez: “¿Quién ha estao aquí? ¡Aquí huele a tabaco! ¿Por qué estás tú tan colorá? Esa ventana, ¿por qué está abierta? ¿Dónde has jechao el clavel que te traje? ¿Por qué estornudas? ¿Por qué tiées hipo? ¿Por qué te rascas el casco de la cabeza?...” Calle ustedé, señora, calle ustedé, que el día menos pensao me va a preguntar a mí mi José que por qué me parió mi madre.

—¡Camará, pos yo a un hombre asín se lo mandaba a Prolongo pa embutidos!...

—No se crea ustedé, que a mí muchas veces me da una rabia que me troncho, pero en cuantito me ve rabiosa empieza a soltar azúcar por el pico y: niña de mis ojos por aquí, niña de mis ojos por allí, y na..., lo que pasa..., como yo le quiero..., como le tengo voluntá..., como me gusta más que el merengue...

En aquel instante, y antes de que pudiera responder a la muchacha la vendedora, golpearon suavemente en la puerta de la sala, y preguntó a la primera desde el corredor Mariquita la *Pañolines*:

—Oye tú, Rosario, ¿está entoavía ahí la señá Rosalía, la vendedora?

—Se la han llevao por gorda a la Jefatura?—repuso la vieja anticipándose a la muchacha.

—Pos si la ve ustedé—dijo también en tono de zumba Mariquita—le dice ustedé que cuando la pongan en libertá que jaga el favor de dir por casa de la señá Paca la de la *Tocinería*, que tiée que darle un encargo.

—Pos mira tú, Rosario, tan y mientras viene tu madre voy a llegarme yo a ca de la señá Paca, y ahí dejo ese lío y lo recogeré a la vuelta.

—¿Y si me pongo toas esas maravillas y me largo con ellas al Perú?

—Mejor para esas maravillas, que serían menos maravillas en tu cuerpecito garboso.

II

Cuando Rosarito quedó sola no pudo resistir la curiosidad, y momentos después, no sin antes cerrar la puerta de la sala, deleitábase contemplando todo cuanto llevaba de venta la más popular de todas las vendedoras de Andalucía.

Durante algunos minutos los ojos de Rosario recreáronse en la contemplación de tantos adornos tentadores. Qué requetebonita estaría ella con aquella falda de seda azul, con aquel mantón blanco y celeste ceñido de modo picaresco a su arrogante busto; con aquel collar en la redonda garganta, con aquellas arracadas de oro en lu-

gar de los dos miserables aros de plata, cuya adquisición se remontaba a los tiempos en que casi andaba gateando.

A Rosario se le ocurrió verse al espejo engalanada con aquellas prendas; la cosa no tenía nada de particular, con quitárselos en seguida no se enteraría la vendedora, y si la sorprendía no por tal cosa iba a denunciarla al Juzgado; y todavía no había acabado de hacer estas reflexiones Rosarito, cuando ya estaban realizados sus propósitos y contemplábase reproducida en el espejo y en la puerta vidriera de la alcoba.

Nosotros—testigos imparciales e invisibles de la escena—juramos solemnemente que estaba, en aquellos momentos y de aquel modo adornada, Rosarito que metía miedo de bonita, con su cuerpo esbelto y elástico y con su semblante de acharranada expresión, de menudas y graciosísimas facciones, de ojos enormes de pupilas, que parecían siempre aletargadas por una ráfaga de placer; y de cabellera rubia que empenachaba de oro el marfil de su rostro, sonrosado en las mejillas, en que dos hoyuelos oficiaban de irresistibles tentaciones.

Rosario recreábase cada vez más en la contemplación de su hermosura y al mismo tiempo una profunda amargura invadía lenta y pérfidamente su corazón juvenil; nunca podría ella lucir galas iguales ni parecidas a aquellas, para costear una de las cuales necesitábase por lo menos el jornal que Joseíto ganaba en un mes; nunca podría ella lucir el garbo de su persona como engarzada en galas de tanto valor; tendría que resignarse a pasar escaseces y miserias, Joseíto no tenía más bienes de raíces que su jarabe de pico y que su carita gitana...; en cambio, Juan el *Alpargatero* era hombre que lo mismo se tiraba cinco duros que se cantaba unas jaberías; y una lástima era verdaderamente que no pudiera ella casarse al mismo tiempo con la cara y las hechuras de José y las rentas de Juan el *Alpargatero*.

Y tan abstraída estaba Rosario que no vio cómo se entreabría la puerta de la ventana y aparecía entre los hierros el semblante atezado y juvenil de Joseíto el *Camarones*.

Este quedóse mirando como tonto a la muchacha; no quería, no podía creer lo que estaba viendo: su Rosario vestida como si tuviera una cuenta en el Banco; solamente el mantón que lucía sobre los hombros valía casi lo mismo que un hotel en la Caleta.

La frente de Joseíto se frunció de modo amenazador; todos los músculos de su rostro se contrajeron; se crisparon sus manos, y

—Oye tú, ¿es que te ha tocao la lotería?—le preguntó con voz vibrante, al par que abría de un brusco empujón la ventana de par en par.

Rosario se quedó hecha una estatua; lo que menos esperaba ella era la presencia de su novio, el cual debía estar a aquellas horas en su taller.

—¿Que si te ha tocao la lotería?—volvió a preguntarle Joseíto con voz trémula, al par que la miraba con ojos centelleantes.

Rosario se serenó al punto, y dirigiéndose hacia la ventana, díjole a su novio con acento afable:

—¡Ah!, que eres tú. Qué susto me has dao y qué mo tiées tú de anunciarte, hijo mío.

José se mordió los labios; sin duda, Rosario se disponía a mentir una vez más, a decirle que aquellos trapos y aquellas joyas no eran suyas, y, sin duda, aquellas cosas le pertenecían, y si le pertenecían, ¿adónde había ido ella por dinero para comprarlas?, cuando ella no tenía más que la pesetas que ganaba en la sastrería del señor Paco el *Pecheras*.

—¿De quién son esos trapos y esos sarcillos y esa gargantilla?—le volvió a preguntar con voz cada vez más temblorosa Joseíto.

—¿De quién querrás tú que sean, guasón? De la señá Rosalía la vendeora, que las ha dejao aquí tan y mientras va a ca de la señá Paca, la tocínara de la esquina.

—¿Y entonces tú pa qué te has puesto esas cosas no siendo tuyas?

—Porque como mi cuerpo no mancha me he querío dar ese gusto. ¿Tú te enteras?

—To eso es mentira, ¿sabes? To lo que me estás diciendo tú es mentira y catorce veces mentira.

—Vamos, hombre, no seas tú lila nunca. ¡Cómo va a ser mío to esto! Es, te digo, de la señá Rosalía, que de aquí a un rato vendrá a recogerlo.

—To eso es mentira, te digo yo. Eso es que arguien te lo ha regalao, y si eso te lo han regalao será...

Rosario arrancó de sus labios la sonrisa. Joseíto cuando se enfurecía era un mulo de tahona; Joseíto la creía, sin duda, capaz de aceptar, estando como estaba para casarse con él, regalos de otro hombre y regalos de aquel calibre, y al pensar esto sintió la muchacha que se le estremecía el corazón y se le humedecían los ojos.

—No vayas a llorar ahora—dijo implacablemente Joseíto, al verla llevarse la mano a los ojos—, no vayas a llorar que ya sé yo que las mujeres seis como los cocodrilos, y o me explicas ahora mismito de mo que no me quée el menor reconcomio cómo y por qué tiées tú puestas esas pamplinas o ahora mismito tomo el portante y no me güerves a ver ni el polvo tan y mientras el cuerpo me jaga sombra.

Rosario miró hoscamente a Joseíto; éste le había estafado; ella

creyó hasta entonces que el día en que ella hubiera mirado con intención a otro hombre, Joseíto hubiera salido retratado en los periódicos con el pelo de punta, los ojos saliéndosele de la cara, en una mano un cuchillo enorme y con un pie puesto sobre el pecho de su rival, el cual aparecería en el suelo sobre un charco de sangre y con el cuerpo hecho una criba garbancera.

—Ya sabes—repitió el *Camarones* con voz iracunda—, o me dices lo que te pregunto o salgo ahora mismo de estampía y no vuelves a ver mío ni er pelito de la ropa.

Rosario miró desdeñosamente a José, y

—Pos lo que es por mí, ya puées estar largándote jasta en automóvil si quieres—le repuso, volviéndole bruscamente la espalda para ir a verse de nuevo reproducida en el espejo.

.

—Pero ¿es verdá lo que me dices, chiquilla, es posible?—preguntábale momentos después la señá Rosalía a Rosario.

—Lo que le digo a usted, señora, que acabo de tronar con Joseíto por mo de estos pícaros trapos, y manque no fuera na más que por darle en la cabeza, ahora mismo le decía yo que sí a don Salvador el *Cartujo*.

—Entonces casi estoy tentá por dir a decírselo a Juan el *Alpargatero*.

Y al ver que Rosarito encogíase de hombros, continuó:

—Pos mira, yo voy y se lo digo pa que al hombre le dé un *sopitapando* de gusto. ¿Estás tú conforme con que yo vaya y se lo diga?

Rosario arrojó una mirada codiciosa sobre las galas de que ya se había despojado, y

—¿Pa qué, pa qué se va usted a meter en esas honduras?

Y de tal modo rectificó su negativa con una sonrisa, que momentos después decía la vendedora a Juan el *Alpargatero*:

—Jaga usted lo que yo le digo: arrímese usted esta misma noche a la ventana de Rosario, y que me dé ahora mismo un flato si no encomienza usted esta noche a salirse con su gusto.

—Pos que un *divé* se lo premie a usted, señá Rosalía, y no tenga usted cudiao, que si yo consigo que se case conmigo esa maravilla, usted va a ser la encargada de comprarlo to, pero que to, pero que jasta las vueltas bordás de la camita camera.

PECADO Y PENITENCIA

Acababa Perico el *Talabartero* de llegar a su casa y de quedarse todo lo ligero de ropa que puede tolerar el decoro en sus horas de benevolencia, y ya disponíase a echar un *rengue*, en espera de la comida, bajo el verde parral del patio, cuando...

—Oye tú, Pedro, ahí está preguntando por ti el *Carambuco*—díjole su mujer, Pepita la *Tulipanes*, una hembra capaz de electrizar a un difunto.

—¿Er *Carambuco*? Pos que pase er *Carambuco*.

—Pos voy a decírselo.

—No; antes ven acá y dame un beso en este pómulo.

—¿Solo o con salsa?—y esto se lo preguntó Pepa casi al mismo tiempo que posaba sus labios húmedos y rojos en el sitio designado por su marido.

—¡Camará, y qué requetegüeno que está!—exclamó éste como relamiéndose de gusto, y cogiendo a su hembra por la esbelta cintura, continuó—: Ahora otro en el otro pómulo, que si no el otro se va a quear-llorando de envidia y de celeras.

—Pos ahora en el otro pa que no se le encoja er corazón.

—¡Ay, Pepilla..., que me da... algo! Aspérate y no te vayas, mujer, que te los voy a degolver con toa la cría.

Y estrechando entre sus brazos hercúleos la cintura de la *Tulipanes*, le empezó a desgranar sobre la boca más de un millar de collares de besos, ardientes y apasionados.

—¡Pero compadre! ¡Pero comadre! ¡Por la Virgen de las Angustias, la que vive en la carrera! Que estoy yo aquí y se me está cortando el cuerpo y está espesándoseme la saliva—gritó con voz suplicante y lastimera el *Carambuco*, apareciendo bruscamente en la entrada del patio.

—¿Y a usted quién le manda meterse aquí sin peir permiso a naide? Pos ni que esto fuera la carretera de Vélez—exclamó la *Tulipanes*, pugnando por desprenderse de los brazos de su marido.

—Pos tiée razón mi Pepa, compadre, que mi casa no es el Guar-meina, ni er Legío ni er Güerto de los Claveles.

—¡Por vía e la Malena! Pos no me he puesto fatigoso—exclamó el recién llegado, descolgando el pirulo y empezando a beber tan ansiosamente como si se le hubieran incendiado las entrañas.

—¿Y qué es lo que le trae a usted por aquí a estas horas?—preguntóle al *Carambuco* la *Tulipanes* con voz un tanto trémula, al par que se atersaba sobre el arrogante seno el pañuelo de crespón que arrollara la mano del *Talabartero*.

—Pos na, comadre, lo que me trae aquí es una *canina* que no veo, ¡camará!, como que hace veinte y cuatro horas que no sé lo que es probar la gracia de Dios.

—¿Y eso por qué, compadre? ¿Es que se lo ha prohibió a usted er veterinario?

—¡Ca! La que me lo ha prohibió es mi mujer, que se ha encerrao en el abrigaero, ha atrancao la puerta, y dice que no me abre ni manque se lo mande una pareja de las del correaje amarillo.

—¿Y eso por qué?

—¡Y qué sé yo! Porque le habrá dao por ahí, como ha podío darle por jacer gárgaras de malvavisco. Calle osté, comadre, que me tiée desde esta madrugada en esta misma postura, y como la cosa me ha cojío sin un *garabito* en la faltriquera..., pos na, que tengo una gazuza que si no me dan ustés manque no sea más que un caldisopa, me como esta noche ar primer sereno que me trompiece en er distrito.

—Pos na, compadre—exclamó el *Talabartero* con cordial acento—, tan y mientras se le pasa la *picá* a mi comadre ya sabe usted que aquí están mi mesa y toa mi mantelería.

—Mu pronto lo has dicho tú, porque antes de na sa menester saber por qué motivo le ha puesto la comadre ar compadre por penitencia el ayuno.

—¡Por qué ha de ser, so mal corazón!—exclamó con voz quejumbrosa el *Carambuco*—. Por mo de na; porque anoche mos pusimos a jugar ar tute en ca der *Cerriolo* el *Piña*, el *Guirigay* y er *Vizconde der Potaje*, y juga jugando, se mos fue la hora, y de pronto mos trompezamos con que estaba amaneciendo.

—¿Y dice usted que estuvo en ca der *Cerriolo*?—preguntóle con voz llena de retintines la *Tulipanes*.

—Sí, señora, en ca der *Cerriolo*. Que me den una puñalá si no es el Evangelio lo que le platico.

—¡En ca der *Cerriolo*! Vamos, hombre, si ya sabemos lo malito que es usted; si es que usted no lo puée remediar, si es que a usted lo tiró su madre ar mundo pa ser lo que es, y gracia que le dio a usted

pantalones, poique si llega a darle a usté peinetas y peinaores..., ¡ni la Rita, compadre, ni la Rita!

—Güeno, pos vamos a comer, que es lo que más priesa corre —exclamó, cortando bruscamente el diálogo, el *Talabartero*—. Y asín que haigamos comío—continuó—, entonces ya veremos qué es lo que jacemos pa que a la comadre se le ablande el corazón y desatranque la puerta.

Y momentos después olfateaba, como sumido en delicioso éxtasis, el *Carambuco* la enorme fuente de sopa que acababa de colocar sobre el limpiísimo mantel Pepita la *Tulipanes*.

II

Terminado que hubo la comida, levantóse de la mesa, ahíto de sopa, de jureles y de ensalada de escarola, el *Carambuco*, y

—Ahora debía usté jacer otra cosa pa que resultara to más reondo que una piña—díjole al *Talabartero*, al par que se desabotonaba el chaleco.

—¿Y esa cosa es?—preguntóle a su vez Perico, al par que le ofrecía la enorme petaca.

—Hombre, lo que yo quisiera es que fuera usté a darle coba a mi Rosalía pa que me dejase ya entrar, porque si no voy a abroncarme der to, y voy a comprar un máuser y voy a armar una en la puerta de mi casa que la van a oír hasta en el Callao de Lima.

—Déjese usté de armar ruío en er Callao, que de to tiée usté la curpa, poique la verdá es que teniendo como usté tiene una *gachí* más bonita que er sol, y más güena que una reliquia, es una charraná mu grande, pero que mu grande, que ande usté siempre como anda coleccionando pendones como si fuera usté a establecer un museo—exclamó Pepa con acento y expresión de reproche.

—Pero ¿usté va a jacer caso de lo que dicen por ahí?

—Pos no he de jacerlo, si esas cosas las jace usté sin mirar si jace sol o si está nublao. Pero no, no es usté quien tiée la curpa, sino mi comadre, que ha debío jacer lo que ya le tengo dicho jace ya muchísimo, pero que muchísimo tiempo.

—¿Y se puée saber lo que usté le tiée dicho a su comadre, comadre?

—Pos de juro que se puée saber. Lo que yo le tengo aconsejao es que haga lo que yo haría si mi Pedro fuera como usté: bailar al son que me tocan y cobrarme por ca diente toíta una dentaúra. Pos qué, ¿es que usté cree que las mujeres semos de corcho u de serrín o de pasta pa macarrones, salero? ¡Por vía de Dios, y vaya una ley! Y la tonta ha sío ella, que no ha querío jacer nunca caso

de ninguno de los que, sabiendo la poca estima en que usted la tiene, han querido aprovecharse de los descuidos del guarda y saltar la linde y colgársela a la bandola.

—Eso lo diría usted en *catite*, comadre—dijo, procurando en vano sonreír, el *Carambuco*.

—Pa bromas está el tiempo. Eso lo digo porque cuando usted hace lo que hace será porque su Rosalía de usted no le espumará a usted a to su gusto er puchero, y como ella no tiene necesiá de que usted la tenga que tragar a bucheros como si fuera susfato e sosa, y a ella lo que le sobra son hombres que la *cimbeleen* y que la puean tener, si llega er caso, como los propios ángeles y mirándose en ella..., ¡pos velay usted, compadre! Velay usted por lo que yo le digo lo que le digo.

—Vamos, cállate tú ya—díjole a Pepa, interrumpiéndola gravemente, Perico, al notar cómo a las palabras de su mujer se le demudaba el rostro y se le crispaban las manos al *Carambuco*, que hacía esfuerzos casi sobrenaturales para echarle galga a la tremenda ira que acababan de despertar en su alma las frases de la esposa del *Talabartero*.

—Pós bien: me callaré, y si te parece te llegas tú a ca de la Rosalía, y a ver si se pués arreglar otra vez este mal negocio.

—Pos me llegaré, pero me da er corazón que no voy a trompearme mu mollar a la comadre...

.....

Quando media hora después regresó Pedro el *Talabartero*:

—Mala cara traes—díjole, cambiando con él una furtiva mirada de inteligencia, la *Tulipanes*.

—¿No ha desatrancao pa usted la puerta mi Rosario?—preguntó-le con acento impaciente el *Carambuco*.

—La ventana, y eso endispues de jacerle una novena.

—¿Y qué le ha dicho a usted por la ventana?

—Pos me ha dicho que no quíee golver a verlo a usted ni en armíbar, ni golver a oír er metal de su voz ni en fonógrafo. ¿Usted se enterá?

—¿Y usted qué le ha contestao, compadre?—exclamó el *Carambuco* con expresión angustiada.

—Pos na, qué le diba a decir; lo mejor que me pareció. Como yo conózco a las mujeres y sé aónde tienen er punto sensible, pos le dije que estaba usted aquí, que se había venío de allí con un calenturón, como un loco, que habíamos tenío que meterlo a usted en cama y que avisarle ar meico, y que er meico había dicho que estaba usted mu malito y que se le pusieran a usted lo menos dos mil

millones de sanguijuelas en el sitio en que le remata la coleta a los toreros.

—¿Y a eso qué fue lo que le dijo mi Rosalía?

—Pos me dijo que si estaba usted tan malito tuviéramos cudiao de avisarle al Santolio cuando llegara la hora, que no quería ella que se muriera usted sin que se le pasara un aviso a la parroquia.

—¡Eso es que ha creído que es *jonjana* lo de la enfermeá, compadre!

—No, señó. Cómo diba a creer que es *jonjana*, si le he dicho que to ha sío de resultas de un atracón de solera.

—Pos entonces es que a mi Rosalía se le ha muerto de repente la voluntá que me tenía, porque si a mí me dijeran que ella estaba malita en cama, escarzo y en ayunas y en cueros vivos diba yo en busca suya manque fuera a los mismísimos Pirineos.

—Mire usted: ¿usted sabe lo que debe jacer, compadre?

—Ya lo creo, dirme al Castillo y no contestarle cuando me dé el “alto” el centinela.

—¡Ca, hombre! Lo que usted debe jacer es quearse aquí o dirse a cualquier *buchinchi*, y aguantarse en la concha como si fuera usted mismamente un caracol.

—Hágame usted el favor, compadre, de no poner tan malitas comparaciones.

—Güeno, hombre, como si fuera un búzano..., y cuando sea ya media noche sale usted de su concha, se va usted a su casa por la parte trasera, que da ar Legío, aonde a esa hora no hay ni un arma en pena; la paré der patio se puée sartar casi de un brinco; la sarta usted, se cuela usted por la puerta der patio, que no tiée más que un pestillo, y... lo demás ya mos lo dirá usted mañana por la mañana si se levanta trempano.

—No está mar pensao eso, Perico; pero que no se entere la comadre de que hemos sío nosotros los que se lo hemos aconsejao, poi que si se entera, en Chafarinas se van a oír los pregones.

—No hay cudiao, comadre, que yo soy un pozo cuando debo y me da la repotentísima gana—exclamó con acento grave y en solemne actitud Antofuelo el *Carambuco*.

III

Cuando éste, algunas horas más tarde, penetró en el Legío latía-le febrilmente el corazón; y llegado que hubo al pie del muro, detúvose ante él, inquieto y lleno de incertidumbres.

Durante algún tiempo permaneció inmóvil y en silencio, y cuando, algunos instantes después, buscaba una saliente del muro en que

apoyarse para realizar sus amantes propósitos, un dulce y melancólico trinar de guitarra, diestramente tañida, turbó el silencio de la noche.

—¡Me parece que eso es en mis *cubriles*!—exclamó lleno de sorpresa y haciéndose todo atención para mejor oír aquella inesperada armonía.

Siguió trinando dulcemente la guitarra, y Antonio, ya encaramado casi sin darse cuenta de ello en lo alto del muro, pudo comprender, lívido y descompuesto, que era, como antes sospechara, en sus *cubriles* donde resonaba el melancólico trinado.

Un vértigo de celos y de ira salvaje resbaló por el alma del *Carambuco*, que saltó al patio a riesgo de tener que andar un par de meses con muletas, se incorporó rápido sin tener que lamentar percance alguno en su persona, y se dirigió trágico como una amenaza de muerte hacia la puerta, al llegar ante la cual se detuvo al oír cómo a los sonos de la guitarra comenzaba a cantar un hombre, a juzgar por la voz y de modo dulcísimo y maravilloso:

El que te tuvo en la mano
te despreció, y yo, baloma,
ya en toa mi vía no te suerto
manque los *mengues* me coman.

Una ola rugiente azotó el cerebro del *Carambuco*. Aquella copla estaba pidiendo a voces una puñalada por contestación, y como no era el *Carambuco* hombre capaz de no dársela a quien así se la reclamaba, un momento después abrióse la puerta como si acabara de estrellarse una avalancha en el renegrido maderamen.

Un quinqué, capaz de competir él solo con toda una iluminación a la veneciana, alumbraba el comedor y el limitadísimo vestíbulo, que lo ponía en comunicación con el patio; la mesa de pino limpiísima y adornada con un cacharro lleno de flores, la larga banqueta forrada de yute, adosada a una de las laterales; los cuadros en que majas, frailes y chulos se requebraban y sonreían maliciosamente en picarescas actitudes; la jardinera suspendida del techo y amagando desplomarse al peso de la colgante yedra, y media docena de sillas de Victoria, ocupadas en aquel momento por Rosalía, adornada con sus trapitos de cristianar; por la *Tulipanes*, que amenazaba estallar de risa, retrepada en un sillón y con los puños en los ájares; por el señor Paco el *Castizo*, que guitarra en mano sonreía mirando a su yerno con socarrona expresión; por su compadre el *Talabartero*, que habíase por precaución, sin duda, parapetado tras la puerta de la

alcoba, no osando poner en descubierto más que un cuarto de perfil, y por el *Niño*, el más famoso cantaor del barrio de Capuchinos.

—Esta groma está pidiendo a voces una puñalá traperá—gritaba momentos después y con semblante aún contraído el *Carambucó*.

—Esto lo que está pidiendo a voces es que tú le pías perdón a tu Rosalía por tus partiítas serranas, y que pa festejar la casi boa, te largues ahora mismito a ca der *Toneles* y te traigas una miajita de argo con que nos durcifiemos er garnate.

Y si no mienten las crónicas, una hora después no había en casa del *Carambucó* uno que no hablara casi en latín; y si no mienten las muchas personas que nos lo aseguran, son muchas aún las veces que tiene que ir a pedir un caldisopa Antofuelo el *Carambucó* a casa de su compadre Perico el *Talabartero*.

(ESPAÑA. Rev. de la Asoc. Pat. Esp. B. Aires, 31-III-1907.)

NO SIEMPRE ES ORO...

El *Perejiles* se miró al espejo y quedó satisfechísimo de su persona; su estatura era mediana, era gallardo y fino de talle, amplio de pecho; sus manos y pies, de reducidas proporciones; su rostro, de ovalado perfil; sus cejas, negrísimas; su tez, oscura; sus ojos, garzos y acariciadores, y su boca, grande y casi siempre sonriente.

Quedó satisfecho el *Perejiles* de su persona—repetimos—y de su típica indumentaria; su sombrero sevillano caíale a maravilla, como igualmente el flamante y abotinado pantalón, la no muy corta americana, la blanca pechera de la camisa rizada a bullones, sobre la que relucían los indispensables broches de oro.

Salió el *Perejiles* de su casa, andando como cuando salía al rondel luciendo el terno de luces y graciosamente terciado al hombro el rico capote de paseo.

—¿Aónde va lo más salao de toíta España?—preguntóle al verlo pasar el señor Casimiro el *Palangana*, que, cruzado de brazos en el umbral de su famosa cacharrería, tomaba del espléndido sol otoñal que inundaba la puerta de su establecimiento el calor que empazaba a faltarle a su escuálida y envejecida persona.

Detúvose Joseíto el *Perejiles* y repúsole al viejo, al par que se le acercaba, no sin echarse hacia atrás con graciosa desenvoltura el blanquísimo sevillano:

—Hola, tío Casimiro, aónde quiere usté que vaya si no...

En busca de mis sentíos,
que una *gachí* me ha quitao
con sus ojitos charranes
y su pelito anillao.

—Pero, hombre, ¡por los clavos e Cristo!, que entoavía no son las dies e la mañana y a esa hora no hay *gachí* que güela a claveles ni tenga limpio el cutis.

—La que yo voy a buscar es la que toas las mañanas despierta a las alondras, y le dice que ya es hora de dirse al guarda calle.

—Entonces ésa debe ser el lucero de la mañana.

—Diga osté que sí, y al que diga que no, le doy un estoconazo que lo jago serrín, señó Casimiro.

—Güeno, pero no porque tú te tardes diez minutos te van a recibir con la bayoneta calá, y como yo tengo la mar de ganitas de ver si te sigue dando ripurnancia el de Jubrique, ahora mesmito nos vamos a dir a desinfestarno la boca en ca del *Carabinero*.

Como Joseíto no había catado la gracia de Dios aquella mañana, no se hizo repetir la invitación, y momentos después, y no sin haberse previamente aseado la dentadura, mantenían el siguiente diálogo, sentados frente a frente en el *hondilón* del *Carabinero* el señor Casimiro el *Palangana* y Joseíto el *Perejiles*.

—Hombre, tengo yo la mar de curiosiá de saber cómo y por qué fue aquello de que tú de güenas a primeras y sin decirle ni a Dios esta boca es mía, sin haber tenío nunca afición a la torería, te largaras de Málaga como te largaste y te fueras por esos mundos e Dios a roar la pelota y no supiéramos palabras de ti jasta que nos enteramos de que estabas de banderillero en la cuadrilla del *Talegas*.

—¡Pos ahí verá usté lo que son las cosas der mundo, señó Casimiro!

—Pero es que yo no me explico eso de tu torería. Si tú le tenías más mieo a un toro que a un tiro; si no podías ver sin inmutarte ni a las vacas de leche tan siquiera, cuando salías por la mañana trempano.

—Esa es la fija, señor Casimiro.

—¿Y cómo se te quitó er mieo, *chavó*? ¿Aónde venden esa clase de medicina?

—Yo se lo digo a usté, si es que me jura usté guardarme er secreto.

—¡Hombre, pos ni que fuera uno de Estao!

—¿Usté me lo jura u no me lo jura?

—Pos ya lo creo que sí, que te lo juro, y te lo juro por la memoria de mi difunta, a la que Dios tenga en su santísima gloria.

Y el señor Casimiro pronunció el solemne juramento colocándose sobre el pecho la mano en actitud casi majestuosa.

—Pos bien, señor Casimiro: no le pueo a usté decir cuál fue la medecina que me quitó er mieo, porque sigo con la misma enfermeá: con más mieo, pero con muchísimo más mieo que vergüenza.

—Pero ¿es posible, *chavó*? ¿Es posible que tú, el *Perejiles*, er que dicen que es más valiente que el mismísimo Frascuelo...?

—Pos sí, señor. Yo, er *Perejiles*, yo, ca vez que me veo elante de un Surga o de un Morube o de un tiro que le den a to los que tiéen pitones, múo la piel der susto que me da y se me pone de punta jasta la coleta, ¿sabe usted, señor Casimiro?

—Pero ¿eso es *quea* u es verdá, Joseíto?

Y esto se lo preguntó el viejo mirándolo con aire incrédulo y un tantico amostazado.

—Que me jagan goma laca si es mentira. Ca toro me parece un tigre y una jiena, y ca vez que meto los brazos pa adornarle el morro paso er tifus, pero que er tifus. ¿Usted se entera, señó Casimiro?

—Pero entonces, si eso es asín..., como tú dices..., ¿cómo me explicas tú...?

—To tiée su explicación en este mundo, señó Casimiro. De to esto tiée la culpa una *gachí*, la Olores, la hija del *Ecijano*, la que al morirse su padre arrecogió su tío el *Nene* de Estepona.

—Pero ¿es posible..., camará..., es posible eso?

—Vaya, ¡y tan posible! ¿Se acuerda usted de cuando yo estaba en la zapatería del *Trebujena*?

—Pos no me he de acordar, si eras tú el que me jacía siempre mis remontas; pos si tenías tú unas manos pa aquello que eran dos proijios.

—Pos bien: voy a contarle a usted cómo y por qué me tiré yo a la afición. ¿Se acuerda usted de lo renombrá y lo rebonita que era la Olores antes que le dieran las viruelas?

—Como que era más bonita que un cromó y tenía más fama que el atún en escabeche.

—Pos bien: yo no la conocía cuasi, cuando una tarde en que yo acababa de jacer una composturilla y estaba jechando un cigarro, se coló en er taller acompañá de su madre, la señá Candelaria, pa que le tomara medía pa jacerle unos zapatos de los de *tomate*. Y, ¡camará!, señó Casimiro, yo no la había visto nunca de cerca y por poquito si me da una arferecía; *chavó*, como que me quedé pasmao, señó Casimiro, pero que pasmao, pero que pasmaíto der to.

—¡Como que era más bonita que una onza!

—Pos no le digo a usted na de lo que a mí me dio por el cuerpo cuando la *gachí* se sentó en la silla y se arrecogió la falda y asomó er pie y una chispitilla de lo que le sigue ar pie. ¡Como que na más que de recordar aquello se me va la vista!

—¡Lo creo, hijo mío, esas cosas le quitan el hipo a cualesquiera!

—Pos bien, señó Casimiro, lo que pasa: yo, al ver lo poquitillo que vi, perdí el habla, y ella se comió la partía, y la verdá es que yo lo que jice no sé, pero lo cierto es que la *gachí* me sortó un guan-tazo que sonó como un barreno, y que yo, sin jacer caso del bofe-

tón, empecé a darme besos y más besos en la parma de la mano.

—Lo mismito, lo mismito hubiera jecho yo, *Perejiles*.

—Pos bien—continuó éste—, lo que pasa... Yo, desde aquel punto y hora, perdí la *chaveta* y los papeles y empecé a tirarle er cerote a aquella maravilla, y ya te arruyo por aquí, ya te arruyo por allí, y como dice bien la copla “que una piedra se quebranta a juerza de darle golpes”, lo que pasa, se ablandó una miajita y púe platicar una noche con ella, y platicando, platicando, me dijo que ella había ensoñado que había de casarse con un torero y no con uno de los de chaira; que yo le jacía una miajita de clase y que era un dolor que yo no fuese banderillero tan siquiera.

—¡Vamos, hombre, ya me explico la cosa! Por eso dejaste tú la zapatería y anoheciste y no amaneciste.

—Calle usted, señó Casimiro, que no se puée usted calcular lo que yo he pasao; como que yo no sé cómo no me he muerto ya catorce veces, como que er primer día que yo me vi elante de un toro en el reondel hubiera jurao que tenía el toro los cuernos más largos que desde Zamora a la luna.

—Entonces ya estará contenta la Olores.

—Y qué me importa a mí ya la Olores—exclamó, encogiéndose desdefiosamente de hombros, el *Perejiles*—. A poquito de que me nombrara el *Talegas* su primer banderillero conocí en Utrera a una chavalilla más bonita que la Virgen del Carmen, y como un clavo saca otro clavo, pos lo que pasa...: me orvié de la otra y me colé en mis nuevos quedeles jasta los mismos gavilanes, y comprendí que a mí la *Ecijana* nunca me había querido, porque la mujer que quiere a un hombre no lo rempuja a un sitio aonde er día menos pensao lo jacen salchichón o chorizos de Candelaria... ¿No es asín, señó Casimiro?

—Tiées razón, lo mismo hubiera pensao yo en tu lugar... Y esa chavalilla, ¿qué?

—Esa chavalilla, como ya le he dicho, es una pintura de bonita, y además er padre tiée tres cortijos que cogen tres provincias, y además que me ha puesto por condición pa casarse conmigo una cosa pa mí superior, pero que mu superior... Supóngase que dice que no se casa conmigo tan y mientras no me corte la coleta.

—Esa, ésa es la *gachí* que te quiere. Pero ¿por qué, entonces, me has encargao tanto er secreto?

—Hombre, le diré a usted: ella se cree, como to er mundo, que pa mí los toros son merengues de fresa y que le tengo más apego a los toros que a la que me jechó ar mundo y que cortarme la coleta es lo más grande que pueo yo jacer por darle gusto... En fin, lo que

yo quiero es que siempre se crea que siempre me debe vivir agradecía.

—Y si estás pa casarte, ¿cómo es que vas en busca de otra, según me acabas de decir?

—Esa es otra de las jechuras de la Olores, y hay que aprovechar el poco tiempo que me quea de *cimbelear* con la coleta, señó Casimiro.

Y Joseíto el *Perejiles*, después de estrechar la mano de su viejo amigo, alejóse calle arriba andando como cuando penetraba en el redondel luciendo al sol su terno de luces y terciado al hombro el capote de paseo.

(ESPAÑA. Rev. de la Asoc. Pat. Esp. B. Aires, 28-VII-1906.)

101

101. The first of the following is a true statement.

102. The second of the following is a true statement.

103. The third of the following is a true statement.

104. The fourth of the following is a true statement.

105. The fifth of the following is a true statement.

106. The sixth of the following is a true statement.

107. The seventh of the following is a true statement.

108. The eighth of the following is a true statement.

109. The ninth of the following is a true statement.

UN DESENGAÑO

Rosario se sentó en la reja, adornada con sus trapitos de cristianar, su falda encarnada de franela, el ajustado cuerpecillo de franela también, pero de color gris con adornos en negro, cerrado en la garganta por un a modo de ceñido corbatín de raso y encajes; delantal azul de abullonados bolsillos y orlado de blanquísima randa; adornado el negrísimo pelo por doradas agujetas y algunas flores graciosamente prendidas entre los relucientes rizos; grandes aros de oro en las diminutas orejas; algunos ajustadores del mismo metal en los pequeñísimos dedos, y bien calzado el pulido pie por blancos brodequines de becerro de caladas punteras.

Rosario sentíase orgullosa de sí misma; habíase estado recreando durante casi una hora delante del espejo, sonriendo, entornando los ojos, ensayando el gracioso mohín, a cuyo imperioso mandato aparecíanle de modo inevitable dos graciosísimos hoyuelos en las redondas mejillas; mirándose y remirándose la nítida dentadura que, a no resultar tan manoseada la comparación, compararíamos a sartas de perlas orientales; los ojos, si no grandes, chispeantes de expresión y de malicia; sus cejas negras y de arco purísimo, y su tez de aterciopeladas suavidades y trigüeñas entonaciones.

Cuando, retirándose de delante del espejo, fue a sentarse en la ventana, sentíase orgullosa—repetimos—de sus hechizos, avalorados por la ropa de las grandes solemnidades. Aquel día sí que no podría competir con ella Dolores la *Tristona*, y cuando Juan viera a las dos no vacilaría un punto más, y seguramente no terminaría la tarde sin que el hombre deseado se acercase por fin a su reja con el ruego en los labios y el enamoramiento en los ojos.

Rosario había preparado previamente la reja, y brillaban en los limpios tiestos recién regados la verde albahaca, algunos grandes clavelones que amenazaban romper a su peso los cimbradores tallos, y el jazmín, limpio de hojas secas, que se retorció en floridas ramificaciones por entre los renegridos hierros.

Y sentándose que hubo Rosario y adoptada la postura más tentadora, fue su primera mirada para la reja de Dolores, cerrada her-

méticamente y sin que rama ni flor alguna la alegrara con sus colores y perfumes.

La tarde iba cayendo; los últimos rayos del sol otoñal iluminaban dulcemente la calle convertida en centro de reunión del vecindario; allí, en la casi totalidad de las puertas, habían formado su tertulia en pintorescas agrupaciones mozas y mozos, viejas y viejos, rapaces y rapazas; aquí, un zagalón retrepado en una silla contra la pared, punteaba diestramente en un mal guitarra unas bien interpretadas guajiras; allí, un chaval de indiscutible abolengo gitano ondulaba su cuerpecillo flacucho y suelto al compás del acorde palmoreo de sus camaradas, bailando uno de los tangos más en boga; acá, alrededor de una mesa colocada a la puerta de uno de los más ruines edificios, algunos jayanes de enormes tufos y mirar imponente jugábanse al dominó algunos *callices* de peleón, y acullá, algunas mozas de vistosos pañuelos al talle y crujientes faldas de percal paseaban cogidas del brazo, no sin contestar con alguna que otra frase graciosa y oportuna a los que las piropeaban al paso con requiebros a veces capaces de hacer enrojecer las mejillas de la menos propensa a tales súbitos enrojecimientos.

Rosario, después de explorar la calle con sus ojos y convencida de que Juan todavía no lucía en ella su garbo y su irresistible caída de párpados, buscando con quien entretener la espera, díjole al señor Paco el *Pegote*, que, sentado en la puerta de su barbería, entreteníase en leer los anuncios de la cuarta plana de no recordamos que periódico:

—Vaya, vecino, y qué engreío que está usted en la letura que ni las güenas tardes le quíee usted dar a las gentes.

El señor Paco levantó la cabeza, y

—¡No te había visto, portento!—díjole, incorporándose, y después de doblar cuidadosamente el periódico y de colocarlo sobre la silla, dirigióse hacia la ventana, andando con toda la majestad que le imponían sus sesenta años, su vientre enorme, sus también enormes y descolgadas caderas, su cuello redondo y apoplético, su semblante de mofetudas mejillas cuidadosamente afeitadas y su reluciente y venerable calva.

—¡Chavó, y qué lástima que no tenga yo ya velamen pa tanto bergantín goleta!

—Vamos, señó Paco, que yo no lo he llamao a usted pa que se le espese la saliva, que si yo lo he llamao a usted ha sío na más que pa que me dé conversación tan y mientras llega el que yo quisiera que me dijera esas cosas que usted me dice con tan retantisimo salero.

—Hombre, pos me gusta la frescura. ¿Y por qué no compras un loro de toos colores que te las diga?

—Calle usted, señó Paco; usted no sabe lo caro que cuestan esos avechuchos y lo mal que ando yo en la cuestión de *parneses*.

—Pos mira, ya que me tomas por loro, te voy a repetir lo que esta mañana dijo en mi tienda una persona que es de tu gusto desde el tacón al pelo, una presonita que a valerte a ti, la tendrías engarzada en oro de ley y corgaita al cuello con una felpa granate.

—¿Y qué fue lo que dijo esa presona que tanto es de mi gusto?

—Pos esa presona dijo esto, chispa más, chispa menos: "Aquí, en esta mesma *armá*, hay dos pájaros que me traen a mí de cabeza, y si la una me gusta, por la otra prevélico; pero de aquí a mañana por la mañana estoy yo ya más entregao a uno de dambos que Cristo a los fariseos."

—¿Eso dijo?—preguntóle Rosario, aferrándose con ambas manos a los hierros de la reja y sonriéndole con toda el alma en los ojos al señor Paco el *Pegote*.

—Pero con tos sus puntos y con toas sus comas y toítos sus menesteres.

—¿Y no dijo cuál de los pájaros era para él de más estima?

—Lo dijo. Y si no lo dijo, lo dio a entender, porque como yo le hice la misma pregunta, me contestó el mozo: "Pos el que a mí me va a enjaular va a ser el que si tiée peor la pluma tiée mejor el canto, y yo, como tú cantas como los mismos ángeles, pos la verdad, yo apostaría quince afeitaos y otros quince cortes de pelo a la alfoncina, que eres tú la que se lleva en el pico al mozo más pinturero y más jacarandoso y más presumío de la tierra mejor de España.

Rosario habíase quedado un momento pensativa; aquello de tener peor la pluma que Dolores no habíale sabido a mieles; peor la pluma ella que su rival, cuando su rival, ¿qué méritos tenía aparte de los ojos y del pelo?... Su cuerpo era una espingarda; además, tenía quebrado el color, demacrado el rostro, grande la boca... Verdad que la expresión de su cara tenía algo, algo que hacía que los hombres la miraran tanto casi como a ella...

—Parece que te ha puesto la noticia cavilosa—díjole el barbero—, y si yo te la he dao es porque he creído que te daba el listín con tu número premiao.

—No, si yo no me he puesto cavilosa.

Y Rosario enmudeció al ver aparecer de pronto a su rival en una de las ventanas del edificio que daba frente al suyo, con el pelo limpio y reluciente, peinado sin artificio; tristes y lánguidos los rasgadísimos ojos y contorneado el elegante busto por un pañuelo de crespón blanco de larguísimos flecos.

Y como si Dolores, desde su ventana, lo hubiera llamado de modo misterioso, no había hecho ella más que asomarse cuando desem-



bocó en la calle Juan el *Primores*, mozo de gallardo talle, de brioso ademán y de rostro agitanado; hombre tan apasionado de sus méritos como de las hembras más de su gusto, vestido con típica elegancia, con abotinado pantalón, amplia americana, legítimo rondeño de alas rectas y alta copa; asomándole el ceñidor de seda azul por el entreabierto chaleco, arqueados y finos brodequines y llenos de tumbagas los dedos y de colgantes el grueso *calabrote* de oro, herencia, a juzgar por sus labores, de sus respetables antepasados.

El *Primores* avanzó, andando del modo que era usual en él y en los toreros al lucir, pisando la arena, el terno de luces, y llegado que hubo cerca de las ventanas, donde Dolores y Rosario lucían sus irresistibles atractivos, se detuvo un punto y exclamó, dirigiéndose al barbero, que al verlo llegar habíase separado de la de Rosario:

—Oiga usted, maestro, ¿me quíee usted jacer el favor de avisar pa que traigan el Santolío pa un hombre de cuerpo entero?

El barbero sonrió maliciosamente, y le repuso:

—Pos ya lo creo que sí. Pero ¿no podrías esperar jasta el anochecer?

—No, maestro—díjole el recién llegado—; sa menester que venga a escape, porque desde que he mirao esas dos ventanas estoy sintiendo los escalofríos de la muerte.

Y al decir esto señalaba las dos en que Rosario sonrefase sugestiva y triunfadora, y Dolores miraba a Juan, como siempre, con serena y lánguida expresión.

—Pos si no puées esperar, ¡más vivo! Pero anda, hombre, que yo me entere antes cuál de esos dos cimbeles es el que te recoge de lleno.

—Pos cuál ha de ser, eso por sabío. ¡Qué lástima que yo no me pueda partir en dos! Porque la verdá es que me da pena de dejar desesperaíta a una de dambas. ¡Por vía de la Malena, esto sí que es un hombre en un aprieto!

Y la vanidad se paseó en aquel momento por los ojos y por los labios del *Primores* en borbotones de luz y en jactanciosas sonrisas.

Rosario lo miraba no sin vaga inquietud; ella estaba casi persuadida de que era a su ventana a la que íbase a arrimar seguramente Juan, pero ¿y si a éste el buen gusto se le iba a los talones y se le quitaba la vista y se iba a la reja de Dolores?

Al pensar esto se le sublevó el corazón y miró a la que era casi tanto como ella blanco de las miradas del hombre que más le convenía, y la miró con rabia, con despecho, con desconfianza, como si a fuerza de mirarla de aquel modo pudiera quitarla de la ventana.

Dolores la miraba también, pero en su mirada notábase algo que hubiérase podido interpretar de compasión y de ironía.

—En fin, quien no se tira al agua no pasa el río. Voy allá, y que le conste a usted que usted será el padrino del primer nene que me traigan al mundo pa recreo de mis ojos.

Y dicho esto al barbero, Juan avanzó magnífico y triunfante, arrojó sobre Rosario una mirada de suprema piedad, acercóse a la reja de Lola y, deteniéndose delante de ésta en arrebatadora actitud, díjole, como pudiera decírselo un millonario a un pordiosero:

—¿Tendría usted tan buen corazón que le diera una limosna a un probetico desamparao?

Y mientras Juan esperaba la limosna y Rosario, lívida y descompuesta, hacía casi maleable con sus crispadas manos los hierros de la reja, y el barbero se pasaba asombrado la mano por la reluciente calva, Dolores contempló un instante de hito en hito al grande hombre, miró después con compasiva expresión a Rosario y después, sacando del bolsillo una moneda, arrojósele al *Primores*, diciéndole, siempre lánguida, siempre serena, siempre triste:

—Tome usted, hermanito, y que de provecho le sirva.

Y por primera vez en todos los años que llevaba asesinando hembras, se enteró Juan de cómo suelen las hembras darle a los hombres con las ventanas en las narices.

—¿Voy ya por el Santolío?—preguntóle, acercándose a Juan, el barbero con cómica gravedad.

Y gracias al Altísimo y a la mediación de una de las vecinas, no hubo aquel día que lamentar el desmondongamiento del señor Paco el *Pegote*, del más tripón, calvo y cachazudo de todos nuestros barberos.

(ESPAÑA. Rev. de la Asoc. Pat. Esp. B. Aires, 9-I-1906.)

TOITO TE LO CONSIENTO...

I

—¡O tu madre o yo!—dijole con acento iracundo Dolores la *Descarada* a Pepe el *Betunero*, al par que balanceaba el busto arrogante y tentador, con los brazos colocados en jarra, y taconeando al par nerviosa y acompasadamente con un pie sobre el limpísimo suelo de la estancia.

Pepe contempló con sombría fijeza a la mujer querida; su rostro juvenil y simpático delataba la tremenda lid que libraban en su corazón su amor a Lola y el amor a su viejecita, a aquella que había tenido la mala ocurrencia de echarlo al mundo tan de malas con su ángel guardián y con la buena fortuna.

Dolores miró a su vez a Pepe, y añadió con voz cada vez más acre y más incisiva:

—Ya lo oyes: ¡tu madre o yo! Yo no quiero hombres ni que-
reles a medias. Y si vienes esta noche de palique a mi ventana, ya
sabes cómo es y con el conque con que yo te lo premito.

Y dicho esto, dio media vuelta y penetró en la segunda habitación, mientras Pepe, plantado al pie de la reja, sentía que la rabia y la angustia le anudaban la voz en la garganta.

Pepe se alejó lentamente; tenía ganas de morder y de llorar. Lo que pretendía Dolores era imposible: que, al casarse, plantara en la del rey a la que tantas *duquitas* de muerte había pasado por él, a la que se había quitado la vida trabajando como una negra para hacerlo un hombre, a aquella pobretica vieja con el pelito más blanco que la nieve, que no vivía más que para mirarse en sus ojos, a su madre, en fin, a la que lo había parido y le había dado su sangre. No, aquello no podía ser; para hacer aquello se necesitaba tener corazón de hiena; antes de hacer aquello se arrancaría él de las entrañas el cariño a Lola y no volvería a verla... Pero ¿y si Antonio el *Lamparones*, que estaba por ella que bebía los vientos, se aprovechaba de la ocasión, y Lola, rabiosa, aunque no fuera más que por

vengarse, lo admitía y se casaba con él?... ¡Dios de Dios! Su Lola del *Lamparones*; su Lola, aquella hembra tan bonita..., porque cuidado que era bonita Lola, y además que con razón pasaba por la más buena y más ocurrente del barrio... ¡Su Lola de otro!... ¡De otro!... ¡Ca!..., aquella mujer no podía ser más que suya, y si el *Lamparones* se metía en su terreno ya se cuidaría él de que su cachicuerna lo colocara en la más cómoda de las posturas...

Pero si hacía esto, ¿qué conseguía? Proteger a cuatro pitejos y que a él lo pusieran a la sombra algunos años, y que su madre tuviera que morir de hambre y de pena..., y que Dolores a los tres meses no se acordara ni del muerto ni del encerrado, y se casaría con otro y... No; aquello era una barbaridad..., aquello era una barbaridad, y otra barbaridad pensar en abandonar a su vieja, y el delirio pensar en abandonar a Dolores.

Cuando llegó a su casa iba febril, nervioso, desesperado, y cuando su madre, sentándose frente a él, después de haberlo besado con maternal ahínco, hubo de preguntarle la causa de su malestar, encogióse de hombros y exclamó bruscamente:

—¡Na, no tengo na, madre, na tengo, no tengo naíta!

La señora Rosario lo contempló con profunda expresión de cariño y díjole sonriendo tristemente:

—A mí no me engañas tú, prenda mía; yo sé lo que a ti te pasa. No lo he de saber, si ca veinte y cuatro horas le da dos cuartos al pregonero tu Lola y lo que ella quiere lo saben ya jasta en el Callao de Lima.

—Es que también usted le tiée manía a Lola, es que usted tampoco la púee ver ni en pintura.

—¿Yo? ¿Por qué, hijo? No; yo la quiero; basta que tú la quieras pa que la quiera yo. Y eso que no la debía querer, ¡porque eso de querer a la que me quiere quitar tu cariño, que es ya lo único que me quea en este mundo...!

Y la señora Rosario pugnó en vano por contener el sollozo y por evitar que las lágrimas surcaran como por resechos cauces por sus arrugadas mejillas.

—¡Me vais a quitar entre dambas la vía!—gritó Pepe con tal acento de verdad y desesperación, que la señora Rosario, condo-liéndose de él, recobró la perdida serenidad y díjole con acento emocionado:

—No te pongas asín. Mira tú, yo me conformo con to: tú te casas y yo me queo aquí. Yo pueo trabajar entoavía... Mira tú, en cuantito yo se lo boquée, el señó Paco el *Garibaldino*, y la *Comadre* y el señó Toño el *Belonero* me dan a mí la ropa a lavar, y yo,

con poco que gane, vivo, y tú, tú vendrás a verme de cuando en cuando, y... ¿Verdá que vendrás a verme?

—¡Yo qué me he de ir de la vera de usté!—gritó Pepe, llenos los ojos de lágrimas, abalanzándose a su madre y levantándola casi en vilo al abrazarla—. ¡Yo dejarla a usté solita! Antes me subo a la Catedrá y me tiro a la calle de cabeza.

II

Cansada de esperar a Pepe, cerró Dolores la ventana y, sombría y cejiunta, sentóse en la silla de la costura.

—Qué, no ha venío, ¿verdá?—preguntóle su madre, acariciándole el terso semblante con la rugosísima mano.

Dolores rehuyó brusca y nerviosamente la caricia, y

—No, no ha venío—murmuró con acento en que la ira y la pena habían puesto sus más rudas inflexiones.

—Pos no te apures tú por eso, que ya vendrá... Pepe está por ti más loco que un cencerro.

—Sí, pero es nobletón y testarúo, y que..., sí, ¡por qué no decirlo!, le sobra la razón... Su madre es su madre, tan su madre como usté lo es mía, y eso de que la tire a la calle..., ¡eso es más grande que el día del Corpus!

—Pos no haberlo ersigío.

—¿Y, entonces, usté por qué me lo ha ersigío a mí?

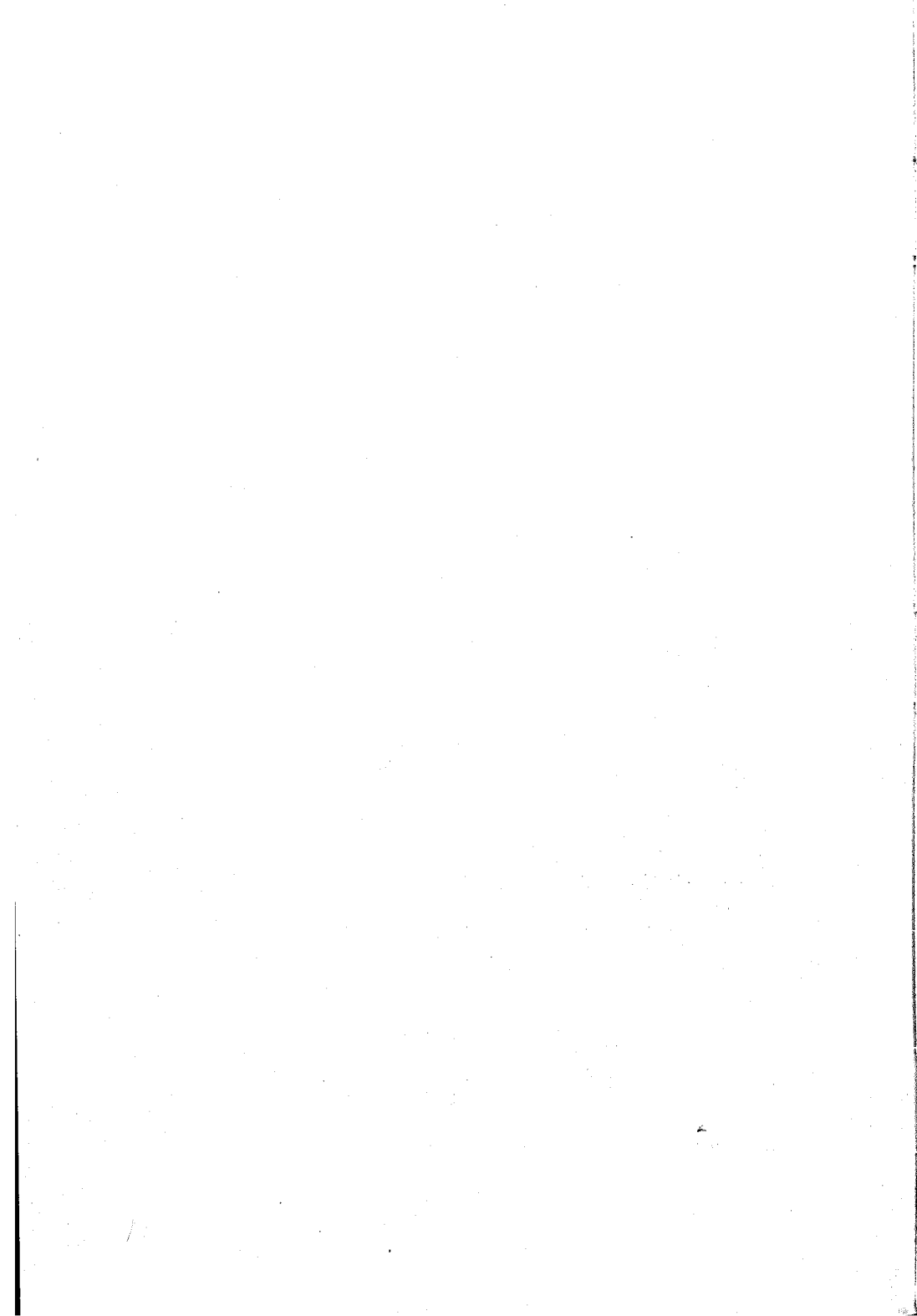
—Yo por tu bien, na más que por tu bien, hija mía. ¡Por tu tranquiliá!

Dolores se dirigió a la alcoba y se echó vestida en la cama, en tanto su madre sentábase al calor del encendido brasero.

Transcurrieron algunos minutos. Dolores lloraba silenciosamente pensando en Pepe, en el hombre de sus amores, y llorando y pensando en él seguía, cuando los rítmicos acordes de una guitarra diestramente tañida llegaron a sus oídos; era Antonio el *Casero* el que la tocaba; Antonio el *Casero*, que, acompañándose a maravilla, cantó con acento dulce y bronco y primoroso estilo:

Toíto te lo consiento
menos faltarle a mi mare,
que a una mare no se encuentra
y a ti te encontré en la calle.

(ESPAÑA. Rev. de la Asoc. Pat. Esp. B. Aires, 16-II-1906.)



MALAS AUSENCIAS

I

El señor Paco el *Caracoles* abrió la carta que acababa de llevarle el cartero, y como ya la hora de la venta era pasada, entregóse tranquilamente a la para él arduísima labor de traducir la epístola que transcribimos a nuestros lectores:

"Mi querido tío: me alegraré que al recibo de ésta se encuentre usted en tan cabal salú como yo pa mí deseo.

Ha de saber usted, mi querido tío Paco, que acabo de recibir una carta de mi novia Rosalía. Ya sabe usted quién es Rosalía, que es la hija del señor Antonio el *Jorobeta*, el que tiée la freiduría de pescao en la calle del Tiro (que le peguen aonde yo diga). Pos bien, tío Paco: según mi novia me escribe, que por cierto le ha escrito la carta la señá Cloto, la casera del Corralón del Duende, porque ella no sabe escribir, ha de saber usted que el *Jorobeta* quiere casarla con un tal Juan el *Escabeche* (que en escabeche acabe sus días), porque el padre de mi novia dice que está él mu *abitocao* y que no quiere si *palma* pronto dejar al relente su tesoro, y que además no quiere que se case conmigo, porque yo, según dice, aún tengo la edá en la boca y porque se le ha metío entre ceja y ceja que a mí me gusta mucho el solera y las aceitunas, y cree que los cuatro ochavos que él ha re juntao me los voy yo a gastar en dambas cosas, y a mi Rosalía de tanto llorar, según me escribe, se le han agrandao los lagrimales. Y ha de saber usted, tío Paco, que si a mi novia la casan con ese *Escabeche*, yo a ese *Escabeche* lo escabecho, y endispués me escabecho yo, en cuantito me den el canuto, que me lo darán de aquí a cinco meses, Dios mediante.

Y como desde que recibí la carta de mi novia no cato el rancho y me he puesto más pajizo que una hopa, el sargento Candileja, que es un hombre que sabe jasta tocar el acordeón, me preguntó qué era lo que me había quitao la voluntá al rancho, y yo, como el sargento es to un hombre, le conté las *duquitas* de muerte que estoy

pasando y lo que pensaba hacer en quantito sortara el máuser, y el hombre me aconsejó que le contara a usted mi pesaumbre y que le pidiera a usted, por to lo que usted quiera más en el mundo, que meta el percal y haga to lo posible para que cuando yo vaya no me encuentre casá a mi flor de mayo, porque si me la encuentro casá con el *Escabeche*, ya sabe usted lo que hará su sobrino, que le quiere y que le estima,

Paco Urdiales, por mal nombre el *Clavijero*."

El señor Paco, después que hubo leído aquel a modo de grito de socorro lanzado por su sobrino, pareció abismarse en hondísimas meditaciones.

Y pensando en aquel pícaro asunto estaba, cuando penetró en la tienda su compadre el señor Manuel el *Lele*, el chalán más famoso de todos los chalanes de Andalucía.

—Dios le guarde a usted compadre—dijo el recién llegado, sentándose sobre uno de los sacos de trigo apilados contra una de las laterales del amplio establecimiento.

—¡Hola! ¿Cómo a estas horas por aquí?

—Pos le diré a usted, compadre: yo vengo a esta hora porque vengo de ministro plenipotensario.

—¿Usted de ministro pleni... plenipon...? Güeno, de ministro de eso que usted dice.

—¡Camará, y cómo se conoce que no está usted acostumbrao a platicar con gente fina!

—¡Como que me he acostumbrao a platicar cuasi solamente con su presona!

—Güeno, ¿y usted sabe quién me ha mandao a llamar a mí hoy pa jacerme cuatro carantofías y pa hablarme como si estuviere chupando caramelos?

—¿El que corta el cupón en el Bareo?

—No, señor; que quien me ha mandao llamar es una *gachí* con veintidós años, y ca año de los que lleva vivió le ha dejao trescientos sesenta y cinco primores y trescientos sesenta y seis los bisiestos en el perfil y en la presona. Conque ajuste usted primores.

—¿Y quién es esa armaciga de bonituras?

—Pos esa armaciga es la novia de su sobrino de usted, el que está sirviendo al rey en Cáiz, y ese proigio me ha dicho: "Oiga usted, señó Manué: usted isimule si lo he mandao llamar, pero como yo sé que usted es carne y uñita del *Caracoles*, y el *Caracoles* es tío de mi Paco y quíee a mi Paco como si lo hubiera parío, tengo que decirle a usted que cuando yo estaba más tranquila esperando carta de Paco, mi padre, que no puée ver a mi Paco ni en una mordura tallá, me ha dicho que sa menester que me case con el *Escabeche*, un *gachó*

que tiée un estrupicio por cara.” “¿Y qué quiées tú que yo jaga con ese estrupicio?”, le pregunté yo, y entonces ella me dijo que era menester que platicara yo con usted, pa que entre usted y yo veamos qué es lo que se va a jacer pa que ese *Escabeche* no se salga con la suya.

El *Caracoles* mostró la carta que acababa de recibir a su compadre, y cuando él hubo acabado de leerla, éste le preguntó:

—Y usted, ¿qué es lo que piensa jacer en esta mala chapuza?

—Pos allá veremos, hombre, allá veremos; a última hora convierto en afrecho al *Escabeche* y lo vendo en tres puñaos.

II

Rosalía esperaba la llegada del *Caracoles* como si fuera la del Mesías; el *Caracoles* habíale mandado decir con su compadre el *Lele* que ella dijera que sí a todo cuanto él solicitara, aunque la propusiera que se pasara al moro.

Y si Rosalía esperaba impaciente al *Caracoles*, también su padre le esperaba, y por más esfuerzos de imaginación que hacía el *Jorobeta*, no daba con el porqué de la anunciada visita del más acomodado expendedor de harinas y cereales al por mayor de todo el barrio.

Y ya le dolía la cabeza de tanto cavilar al buen hombre, cuando penetró en la casa el tan esperado *Caracoles*, que a fuer de hombre no todavía del todo para el guano, habíase vestido su mejor traje: uno de pana lisa, cuya chaqueta de corte andaluz contorneaba su torso de cuarentón arrogante y bien formado; una faja negra ceñía su cintura, que comenzaba a cometer antiestéticos desafueros, y un cordobés gris cubría su cabeza, en que los años empezaban a poner sus pícaras harinitas, como solía decir el *Caracoles*, cuyo rostro era redondo, algo carrilludo, limpio, de color sano y de tersura que empezaba a flaquearle en las comisuras de los labios y de los ojos, pequeños y de voluptuoso mirar; rostro, en fin, que aún hacía que alguna que otra hembra murmurara al verle pasar por su lado con acento no despectivo:

—Aún está este *gachó* pa que no escupa ninguna *gachí* si le acusa las cuarenta.

Cuando el *Jorobeta* hubo dado la bienvenida al *Caracoles* y húboselo sentado frente a él, díjole impaciente:

—¡Camará, señó Paco!, ¿querrá usted creer que desde que recibí su recaó estoy dándome martillazos en la mollera por averiguar por mo de qué viene usted a darle barniz esta noche a mis *cubriles*?

—El barnizao soy yo, señó Antonio, y a lo que yo vengo lo va

usté a saber más pronto que un tiro: yo vengo a peirle a usté su consentimiento pa casarme con su nena Rosalía.

En poco estuvo que el *Jorobeta* llegara al techo con la joroba, y...

—¿Qué es lo que me está usté diciéndo?—le preguntó cuando se hubo repuesto algo de la sorpresa.

—Pos ni que yo le hubiera a usté peío que me prestara la luna, *chavó*—díjole en tono de zumba el *Caracoles*.

El *Jorobeta* no volvía de su apoteosis.

—Pero ¿es verdá que usté quíee casarse con mi Rosalía?

—¡Vaya si quiero!

—Pero usté, ¿desde cuándo está enamorado de mi Rosalía?

—¡Camará, jace ya la mar de tiempo!

—Pero ¿y ella le conoce a usté?

—¡Camará, pos si está por mí loquita de remate!

—Pero, entonces, ¿ella no quería a su sobrino de usté?

—A mi sobrino, ca, hombre, ca... Pero ¿usté cree que ella puée querer a mi sobrino? Hombre, no sea usté inocente; eso de mi sobrino fue un *chanelo*. Como estaba tan reciente lo de mi difunta, y yo no quería dar el perfil jasta que cumpliera los dos años, pos mi sobrino fue mi..., vaya, cómo le diré yo, mire usté: mi sobrino fue mi tapaera.

—Entonces, ¿mi hija le quiere a usté?

—¡Camará, que si me quiere a mí! Como que na más que la miro ya está necesitá de un sopicaldo. Y si no, llámela usté y verá usté.

—Ya lo creo que la llamo.

—Pero usté consiente, ¿verdá?

—Hombre, si ella está conforme, por más que yo tengo un compromiso...

—Con el *Escabeche*, ¿verdá?

—Con el *Escabeche*. Sí, señó, con el *Escabeche*.

—Pos que se deje el *Escabeche* de eso, que eso no puée ser, y llame usté a Rosalía.

Esta, que había escuchado el diálogo desde detrás de la puerta, no tardó en acudir al llamamiento de su padre.

El *Caracoles*, al que le había hecho bizcar de los dos ojos la hermosura de la muchacha, preguntó a ésta con acento zalamero, al par que se colocaba una mano en la cintura y con la otra se echaba hacia atrás el cordobés, como en los tiempos en que no dejaba vivir a ninguna hembra del distrito:

—¿Es verdá, salero, que tú me quieres a mí más que a las niñas de tus ojos?

Rosalía miró a su vez sonriente al *Caracoles*, y repúsole compla-

cida al ver sustituido, aunque fuera de mentirijillas, a su Paco de modo tan bizarrísimo:

—Ya lo creo que sí; más, pero que muchísimo más que a las niñas de mis ojos.

III

“Rosalía:

Me acabo de enterar de una cosa que me ha puesto la sangre más negra que er betún. Tú eres una mala *gachí*, Rosalía; tú eres una mala *gachí*, y mi tío Paco ya no es mi tío, sino que es un Jús Iscariote. Y esto que digo lo digo porque lo sé de mu güena tinta, porque me lo ha escrito un amigo leal, que me dice en su carta que tú y mi tío me habéis jugao una *chanaita* que está pidiendo a voces una puñalá traperera, y como yo no quiero atentar a la familia, he decidío quearme en Cáiz en cuanto trinque er canuto, y pa que no pienses tú que yo estoy dando las boqueás de la pena, te diré que si tú me has despreciao, no me ha despreciao una hermana del sargento Candileja, que es una *gachí* de la que na más que una pestaña aburta más que toa tu mata de pelo.

Asín, pues, quéate con Dios, y te aconsejo que no te acuerdes más de mi presona. Y me harás el favor de devolverme los dos pares de medias que te mandé, y sobre to las ligas azules que te regalé en er día de tu santo.

Cuando Rosalía hubo concluido de leer la carta, sonrió maliciosamente, y dijo, entregándosela al *Caracoles*, que la contemplaba como embobado:

—Lea usted, hombre, lea usted lo que me dice su sobrino. Mire usted por dónde va usted a ajorrase el trabajo de jacerme el amor dos veces al día.

Cuando el *Caracoles* hubo leído la carta, miró con ojos amartelados a la muchacha y le dijo:

—Pos mire usted, yo soy un hombre mu formal, y como yo le he perjudicao a usted y estos cuatro meses me han pareció a mí cuatro minutos, si usted quiere yo me reengancho, que por algo le ha puesto a usted Dios ese banderín en la cara.

Rosalía contempló con honda expresión de ternura al *Caracoles*, y media hora después decíale éste al *Lele* con acento lleno de júbilo:

—Na, compadre, que me reengancho y que mi sobrino se quea en Cáiz, y que mañanita mismo le facturo yo en presona, por ferro-carrí los dos pares de medias y las dos ligas azules que le regaló a mi nena en el día de su santo.

(ESPAÑA. Rev. de la Asoc. Pat. Esp. B. Aires, 20-X-1907.)

EL SOL DE CASARICHE

I

Pepillo el *Guitarrista* penetró en el *hondilón* sombrío y taciturno; sombrío y taciturno cruzó por entre las mesas, alrededor de las cuales jugaban al dominó o las cartas los más caracterizados de los de pelo en pecho del barrio, y, sentándose en el ángulo más solitario del establecimiento, gritó con voz juvenil y vibrante, al par que palmoteaba enérgicamente:

—A ver tú, *Candelica*, un cañero u dos, u los que te dé la repotente gana.

—Malito viée hoy el chavalete—dijo a media voz el *Barriles*.

—¡Cómo querrás tú que venga, después de lo que le pasa! Que te vieras tú dentro de su elástica y sus calzones y veríamos lo que tú hacías—repúsole, barajando vertiginosamente los naipes, el famosísimo *Tulipa*.

—Pero ¿qué es lo que le pasa al chaval?—preguntó el *Serones*, arreglando por palos las cartas que acababa de arrojarle diestramente su compañero.

—¡Pos ni que vinieras del moro!... ¡Veinte en copas!

—¡Y tú por qué no le has arrastrao, guasón!

—Con qué querrás tú que le arrastre. ¡Como no sea con er garabato del pozo!

—Pero ¿se puée saber qué es lo que le pasa a Joseíto?

—Pos lo que le pasa es que la *Pinturera* y el *Zancúo* le han jugao una *chanáita* de las que están pidiendo a voces una puñalá en un riñón... Eso es, ¡mardita sea tu sangre!... ¿Aónde tenías esa sota de oro?

—En el contrafuerte..., aónde la iba a tener... ¡Valiente tiro!

—¿Y qué mala *chanáita* ha sío esa que dices tú que le han jugao al José?

—Pos la *chaná* ha sío que, como tú sabes, Joseíto estaba loco perdío por la *Pinturera*, y la *Pinturera* parecía estar jaciendo mohi-

nes por Joseíto... Pos bien: cuando más a gusto estaba el chaval, se viene de Córdoba el *Zancúo*, y como al *Zancúo* le gusta la *Pinturera* desde que andaba a gatas, y como la *Pinturera* lo que tiée por corazón es un billete de circulación forzoza, y el *Zancúo* to se le guerve rumbo y tumbagas y calabrote..., pos velay tú..., apenitas el *Zancúo* jinchó tres veces la pluma y arrastró la cola, la *Pinturera* le dio la arsoluta a José, y, según parece, esta noche se casa con el otro, y...

—¿Y el chaval se ha cruzao de brazos?—preguntóle interrumpiéndole el *Tulipa*.

—El chaval le ha pisao tres veces un pie al *Zancúo*, pero el *Zancúo*, que, como tos sabemos, es macho, pero que anda tuteándose con los cincuenta, no quiere el hombre andar de toma y daca con uno que entoavía no sabe lo que es pagarle al barbero.

—Y, además, que el *Zancúo* sabe mu bien que el pairino de Joseíto pudiera darle un acosón, y Dios mos libre de uno de los acosones del viejo.

—¿Y cómo siendo el *Naranjero* el pairino de José se ha atermi-
nao el otro...?

—Mejor es no averiguarlo ni meterse en esas jonduras... ¡Las cuarenta!

—¡Cómo las cuarenta! ¿Y por qué no serviste de la vira cuando te arrastró el *Calzones*?

—¿Y cuándo me ha arrastrao a mí el *Calzones*?

—¿Pos y el seis que te metí y que tú me serviste con bastos?

—¡Eso es mentira lo menos tres veces pares!

—Yo digo más verdá que tú, y que tu padre, y que tu madre y que el Espíritu Santo.

—¡Eso me lo dices tú a mí na más que aquí o en un cuarto de bandera!

—Eso te lo digo yo aquí, y en la luna y en la vía lártea.

—Pero ¿qué es esto, caballeros? ¿No sus da vergüenza de armar más ruío que un pito de carretilla?

Y esto lo dijo llegando de repente junto a los que discutían el señor Francisco el *Naranjero*, el más viejo y temible de los decanos de la guapeza andaluza.

—Es que estos esaborios vinieron ar mundo pa grillos reales, señó Francisco—repúsole el *Tulipa* con acento humilde y en respetuosa actitud.

—Pos vamos a ver si se tiée compostura, y vamos a ver si está aquí mi ahijao—dijo el viejo, entornando los párpados y arrojando a su alrededor una mirada escrutadora.

—Pos allí lo tiene usté—repúsole el *Barriles*, señalando con el

dedo el lugar donde el *Guitarrista* empezaba a “ponerse de pico” con el segundo cañero.

—Es verdá, *chavó*. ¡Y qué atareao que está el mozo! Pos jasta ahora, señores, y ya saben ustés..., ¡poco ruío y muchísima composición!

II

—¡Camará! Pos di tú que sa menester pa dar contigo tener más orfato que un pachón y más *pinreles* que un galgo—dijo el señor Francisco, sentándose frente a frente a Joselillo, desabotonándose el chaleco para dar expansión al crecidísimo abdomen y soltando sobre otra silla el amplísimo pавero.

—¡Ah, que es usté, pairino!—exclamó Joseíto, pretendiendo casi inútilmente acoger con una sonrisa al recién llegado.

Este contempló durante algunos instantes en silencio al chaval como si intentara reproducir su semblante moreno de curvas mejillas, de grandes ojos, de perfil agitanado y de pelo negrísimo, y tras aquellos instantes de silencio preguntóle con acento bronco y de simpáticas vibraciones:

—¿A qué hora piensas tú darle hoy el acosón a Cristóbal el *Zancúo*?

Joseíto no pudo reprimir un movimiento de sorpresa, y repúsole tras brevísimo silencio y con voz algo turbada:

—Yo no pienso darle acosón ninguno a naide, pairino; bastante tengo yo con el que me han dao a mí, con el que me han desbaratao toíto el lao disquierdo.

—Eso se lo cuentas tú a San Cayetano, pero no a *mangue*, que sé yo más latín que lo que a ti se te figura. Si te crearás tú que yo no te veo por dentro, si te crearás tú que yo no sé que estás reservando pa última hora to el repique.

—Pos bien: sí, es verdá, yo se lo juré a Dolores, yo le juré que antes que el *Zancúo* sintiera el calor de su cuerpo, mataba yo al *Zancúo* o el *Zancúo* me mataba a mí...

—Sí, si eso ya lo sabía yo—exclamó interrumpiéndole el señor Francisco—. Eso me lo dijo a mí la *Pinturera*, y por eso es por lo que vengo en busca tuya..., porque la verdá es que sería una guasa que tú lo mataras a él o que él te matara a ti sin que él tenga culpa de naíta de lo que ha pasao.

—¿Qué él no tiée culpa de na?—preguntó, lleno de asombro, Joseíto.

—¡De na, de na..., pero que de naíta!

—Pos entonces ¿quién es er que tiée la culpa de lo que a mí me pasa?

—Pos quién la ha de tener sino yo, yo, Joseíto; yo, que le aconsejé al *Zancúo* que le tirara el chambel a tu serrana; yo, que he trabajado como un negro pa jecharte a perder tu negocio; yo, que...

—¿Que usté ha jecho eso? ¿Y por qué ha jecho usté eso conmigo?

—Porque eso era pa ti una esgracia mu grande; porque Dolores no te quiere a ti ni quiere al otro ni quiere a nadie; porque la *Pinturera* tiée por corazón un yunque, porque tú hubieras tenío que arrematar por matarla y porque...

—¿Y quién es usté, ni qué derechos tiée usté ni nunca los ha tenío pa partirme a mí er corazón como me lo ha jecho?—exclamó Joseíto, incorporándose lívido y descompuesto, vibrando todo, con los ojos chispeantes de rabia y agarrando con manos crispadas al señor Curro por la solapa de la chaqueta.

El señor Curro se incorporó lenta, muy lentamente; una tremenda expresión brilló en sus ojos azules, palidiecieron sus labios; su actitud pareció presagiar una catástrofe, y agarrando como con tenazas de acero las manos de Joseíto, hízole a éste soltar los bordes de la americana, hízole sentarse de nuevo, y entonces díjole con voz sorda, con voz que no pudo ser oída por ninguno de los que componían la pintoresca parroquia.

—No te mato porque... yo a ti no te pueo matar, porque...

—¿Por qué?—preguntóle, pálido como un muerto, Joseíto.

—Porque tu madre no tiene más amparo que tú en el mundo, y tu madre es ya una probetica vieja y porque yo a tu madre la estimo y porque...

—¿Por qué? Siga usté, pairino, siga usté. ¿Y por qué más?

—Y por lo que a ti no te importa—repúsole el señor Francisco, mirándole con tal expresión de cariño y de reproche que Joseíto sintió como si se le convirtieran en lágrimas su cólera; inclinó la cabeza sobre el brazo en la mesa para ocultar su llanto, y recordó a su madre, no vieja, baldada y encanecida, si no radiante de hermosura como la veía en sus retratos de joven, y recordó también aquella copla maldita que hubo de oír una vez de niño, de muy niño aún, cuando todavía llamaban a su madre el *Sol de Casariche*, aquella copla que decía:

Sol por mote te pusieron,
y de fijo no se sabe
si por bonita o porque
eres de tos cuando sales.

LA VIRTUD DEL PERCHELERO

—¿Se puée pasar sin tarjeta?

—Adelante, señá Gertrudis. Ya sabe usté que usté pa entrar en mi casa no necesita esa clase de documentos.

—Es que como te he visto el perfil y lo tiées hoy que le da el opio a cualquiera...

—Es que estoy ya muy jarta, señá Gertrudis; es que ca día está más perro el trabajo y ya pa mí es ca aguja una bayoneta, y además que yo no sé lo que le pasa a las oficialas, que no hay una que en cuanto ve un rayito de luz no tome las de "Villadiego". Sin dir más allá, jace dos días se me fue la *Rocio*, que era mis pies y mis manos, y jace dos semanas se me fue la *Presumía*, y milagrito será que la *Perejiles* no me jaga también dentro de na la procesión del "Niño Perdío".

—Pero ¿qué es lo que les pasa a esas criaturas?

—¿Pos qué quíee usté que les pase? Que pa las muchachas éste es el peor de tos los oficios. Usté supóngase que toa la que viée a coser es porque lo necesita, y como usté comprenderá, la que lo necesita, ésa no tiée más que una chapona pa los días de fiesta, y pa el Corpus un pañuelo de espumillón y unos zapatos de cartulina.

—Sí que es mucha verdá lo que tú dices.

—¡Vaya! Y lo que pasa: ésas viéen aquí y empiezan a quemarse las pestañas y a gastarse las yemas de los deos pa jacerle a Fulanita, que es un pendón, un vestío de *fulá*, y a Menganita, que es pendón y medio, otro de muaré, y, naturalmente, sí la que está cosiendo tiée mejor perfil y tiée mejores jechuras que el ama del vestío, pos empieza a platicar sola, y en cuantito un *litri* le dice: "Yo tengo pa ti solita un carricoche de plata", ya está la que sea diciéndole con los ojos al *litri*: "Y yo tengo pa ti lo que tú quieras, salero".

—Sí que es la *chipé* lo que estás tú platicando, Soledá; pero lo que no saben esas esgrasiáitas es que hay *litri* de ésos que to lo que llevan en los deos y en la pechera es de oro de peroles y que tiéen

la ropa interior que es toíto un alambrao y que por dos pesetas son capaces de golver a conquistar er Perú; como que conozco yo uno de esos a quien le dicen don *Penene*, que el día que se come más de tres lentejas se tiée que alargar la trinchá y que desabotonarse el chaleco.

—¿Qué me va usté a mí a decir del don *Penene*, si lo he tenío ahí enfrentito, jaciéndome musarañas la mar de días, y ca vez que el de los tejeringos de al lao echaba la masa en la sartén, era cosa de mirarle al don *Penene* las narices?

—¿Y tú pa con él, como quien eres y como debes ser y estar? Con el corazón entumío.

—Déjeme usté a mí de hombres, que bastante tengo yo con el que me tocó en el reparto.

—¿Y desde cuándo no ves tú al que te tocó en el reparto?

—Desde jace una eterniá, desde jace lo menos cinco días que me lo trompecé en la Goleta, cuando diba yo a llevarle el vestío de novia a la *Paloma*, y tres días estuve en cama na más que del sobre-salto.

—¿Y él cuando te vió no jizo por arrimarse a tu presona?

—¿El? Lo que le pasó fue que se puso más amarillo que el pinal de la cera, pero como él sabe mu bien que yo no pueo orviar... Vamos, señá Gertrudis, no platiquemos de eso..., porque se me enciende la sangre, porque, mire usté, si él me la hubiera pegao con una mujer... tiée to un trago..., pero pase; mas pegármela con la *Bigotona*, con una *gachí* que pa vigilar el matute en la playa no tiée precio..., ¡vamos, señora, que eso está pidiendo a voces una puñalá traperal!

—Pero si eso ya se ha acabao; si aquello fue un avenate que le dió al hombre, ¿y qué hombre no ha tenío alguna vez argún avenate con arguna bigotona?

—¡Pero si es que usté no está enterá de to! ¿Usté sabe de quién es el mantón blanco de lanilla que lleva puesto esa der bigote? Pos el mío, señá Gertrudis; el mío, que me lo sacó el mu charrán de mi hombre de la gaveta una mañana, y mire usté que estuvo en un tris que yo no se lo cogiera. Supóngase usté que aquella mañana me veo yo salir a mi tormento ya vestío de la alcoba, y naturalmente, como yo sé mu requetebién que él tiée menos barriga que un gusano de seda, pos naturalmente, me llamó la atención verlo que no se podía abrochar la chaqueta ni el chaleco.

—Vamos, mujer, aquello sería por mo del flato.

—¡Del flato! ¡Del tiro que le den! ¡Aquello era el mantón blanco mío! Y yo, inocente de mí, le pregunto: “Pero, chiquillo, ¿qué es eso? ¿Qué te pasa a ti hoy en la barriga?” Y el mu charrán,

cuando yo le pregunté eso, ¿sabe usted lo que me contestó? Pos me contestó que era que yo no me había nunca fijao bien en él, que aquello le pasaba siempre cuando diba a salir la luna nueva... Y si se lo hubiera llevao pa empenarlo u pa venderlo y bebérselo o jugárselo, pase; una cuenta más en el rosario. Pero quitarle una prenda a la mujer propia pa regalársela a ese puñao de viruta y permitir aluego que ese puñao de viruta se jarte de decir a boca llena que no se da por contenta jasta que yo le borde un vestío de cristianar... Vamos, señá Gertrudis, que hay cosas que cortan más que una navaja barbera.

Y Soledad se incorporó bruscamente con el semblante congestionado por la ira, y empezó a pasear por la sala, haciéndose aire con uno de los picos del pañuelo, que se lo atersaba sobre el arrogante busto.

—Pos mira tú, Soledá, platicando en plata—exclamó la señá Gertrudis con acento decidido—, yo te voy a dicir una cosa: tu marío te quiere a ti más que a naide, pa tu marío eres tú la consagrá, y tú, por mo de tu marío, jace quince días que no comes más que escarola, y no bebes más que sanguinaria y palo e madroño, y sa menester que tú sepas que tú tiées un genio mu súpito y que con los hombres las mujeres no poemas tener tanto porvorín en la vena, y sobre to, que yo he platicao con tu marío esta mañana, y tu marío me ha dicho a mí que tú eres una ingrata, que tú estás dequivocá, que el mantón que lleva la *Bigotona* es uno blanco que ella tenía, y que si él se llevó el tuyo fue pa jacerte un favor, y que lo que tú eres es una desagraecía de cuerpo entero.

—¿Que yo soy una esagraecía? ¿Que no es mi mantón el que tiée la *Bigotona*? ¿Que se llevó er mío por jacirme un favor? ¡Habráse visto mayor descaro, señá Gertrudis?

Y al decir esto revelaba más asombro que ira el bellissimo semblante de la costurera.

—Pos sí, señora; eso dice, y no sólo dice eso, sino que dice que él te convence en cuantito platique contigo dos palabras, que te las platicará, Dios mediante, de aquí a un rato.

—¿El platicar conmigo? Señá Gertrudis, que no venga, porque si viene lo pregonó.

—Pos prepárate a pregonarlo, porque él me ha dicho que este rincón es su rincón, y que tú eres suya tamién toíta entera, y na, que no te pienses tú que tu Joseíto el *Perchelero* está mu lejos de... aquí..., y si no, mira tú lo que son las cosas, jace un ratillo que estoy yo aguantando las ganas de estornuar, y en cuantito yo estornude, como si lo viera, se mete aquí tu Joseíto.

—Pos no estornude usted, por los ojitos de su cara—exclamó Soledad, avanzando pálida y trémula hacia la señora Gertrudis.

Esta no pudo dominarse, sin duda, y dejó escapar un estornudo que sonó como un trompetazo.

—Jesús, María y José—exclamó en aquel momento, apareciendo como por arte de magia en el umbral de la habitación, Joseíto el *Perchelero*, con una sonrisa picaresca en la boca sensual y juvenil y llenos de acariciadoras ternuras los ojos grandes, garzos y de expresión adormecida.

Soledad se quedó como una estatua; sus ojos, llenos de ira y de celos, se posaron en los de Joseíto, en los de aquel hombre gallardo y jacarancoso; el primero, el único que había logrado penetrar a tambor batiente y a bandera desplegada en su corazón con su hermosura varonil y con sus anasionados decires, y viéndolo y recordando al par que sus traiciones sus adormecedoras caricias, sintió flaquear sus enterezas, y cubriéndose con ambas manos los ojos, rompió en lágrimas, que dejó resbalar silenciosa por sus empalidecidas mejillas.

Joseíto sonrió con aire de triunfo, y acercándose a su mujer, exclamó, estampando un beso ardiente en sus labios carmesíes:

—Eres una esagraecía, porque si yo me llevé el mantón fue porque a mí mi madre me parió con toíto er *manto*, y yo tengo una virtud, y esa virtud es que si yo me pongo una prenda reliá a la cintura y la tengo dos semanas, y en las dos semanas no miro a derechas a la *gachí* de mi gusto, y digo una oración tos los días entre dos luces elante de una matita de romero, a las dos semanas justas mira tú lo que le pasa a la prenda que me pongo yo en la cintura.

Y desabrochándose Joseíto la cazadora y el chaleco, dejó ver su torso elegante ceñido por un mantón, por un rico mantón de Manila blanco y azul, uno de los que hasta aquel día había sido una de las no realizadas aspiraciones de Soledad, la costurera más bonita del barrio de La Pelusa.

(EL IMPARCIAL, sección de los lunes. Madrid, 18-IV-1908.)

EL RETRATO

I

No esperaba, por cierto, Paco el *Churumbela* la acogida que iba a tener, y riente y satisfecho, como hombre a quien la dicha sonríe a perpetuidad, penetró gallardamente en su *cubril*, arrojó también gallardamente el sombrero sobre la cama, que incitaba al reposo con su tersa superficie, su colcha limpiísima y sus nítidas almohadas, y tras dejar escapar un suspiro de satisfacción al encontrarse en aquel su nido, que hablaba muy alto de las dotes de mujer pulcra y hacendosa que adornaban a Rosario, sentóse en la vieja mecedora donde solía dormir sus siestas en las tardes calurosas del estío.

Y meciéndose en ella suavemente, cruzadas las piernas, entornados los párpados y las manos sobre el incipiente abdomen, pronto hubiérase quedado dormido nuestro protagonista a no penetrar en la estancia Rosario la *Caperusa*, mal sujeto el negrísimo pelo, que caíale en partidas bandas sobre la curva frente y en encrespados bucles sobre la nuca; luciendo, erguida, la figura escultural, atensada la chaquetilla sobre el provocativo seno, relampagueantes los magníficos ojos y mordiéndose los gruesos y encendidos labios con la más bella dentadura que ha engarzado en humanas encías Santa y Pródiga madre Naturaleza.

—¿Has venío ya, delirio?—preguntóle el *Churumbela*, entreabriendo los ojos al sentir los pasos de la mujer querida.

—¿Y se puée saber qué es lo que viene usté a buscar en esta casa?—le preguntó a su vez Rosario con los brazos en jarra y mirándole como si pretendiera convertir sus ojos en acerados látigos.

Paco, ante aquella inesperada pregunta, comprendió que algo para él desconocido había convertido por millonésima vez el lago en torrente y el antílope en pantera. Pero, como acostumbrado que estaba a aquellas salidas de tono, le repuso con acento irónico y cariñoso:

—¿Que qué es lo que busco yo aquí? ¡Qué ha de ser, salero!

Lo que busco tos los días: la miel pa mis panales y las alegrías pa mi corazón y el recreo pa mis pensamientos. ¿Tú te enteras? Eso, eso es lo que yo busco por estos jardines.

—Pos ve tirando los *chambeles* en otras aguas, porque yo ya me he muerto pa ti y tú ya te has muerto pa mí. ¿Tú te enteras?

—Pos mira tú, yo no me había enterao de que ya estábamos difuntos.

—Déjate de chufas y a montarte en tus brodequines y a picar espuelas y a salir de estampía, que ya aquí me estás estorbando y que no quiero volver a verte ni en cromo tan siquiera.

—¿Y eso por qué, señora? ¿Es que ha tenío usted esta noche una pesaílla?

—Un tiro que te den por *charrán* que eres, que pa *charrán* te echó tu madre al mundo, pa *charrán* y pa quitarme a mí la vía. Pero no, no me la quitas y no me la quitas, no porque tú no quieras, sino porque a mí no me da la repotente gana.

—Pero ¿qué estás diciendo? ¿Qué mala hierba has pisao? ¿A qué viene esa granizá de cosas esaborías? ¿Qué te he jecho yo pa que te haiga dao el tifus tan de mañana?

—¿Que qué has jecho tú? Tú, na; tú no jaces nunca na. ¡Tú, tú qué has de jacer na malo nunca! ¿Cuándo ha sío malo tener un serrallo en ca esquina? Eso no es malo, pero ya estoy jartica de aguantarte carros y carretas y carretones, y lo único que quiero ya es que cojas el portante y te vayas y te pudras con tu nueva abanderáita; pero otra vez ten más cuidaíto cuando te den un retrato y no te lo dejes orviao, y toma el que te dejaste ayer, que güele mal, que me tiene apestá la casa y he tenío que gastarme una fortuna en romero.

Y al decir esto, dirigióse Rosario rápida, briosa, vibrante de ira hacia la cómoda.

Paco se puso densamente pálido. ¡Pícara cabeza la suya! Comprendió que sobrábale razón a Rosario hasta por la tapa de los sesos, y no atreviéndose a esperar que le devolviese el retrato que hubo de dejarse olvidado por su mala fortuna, levantóse de un brinco, cogió el sombrero, y momentos después murmuraba alejándose de la casa, como perseguido por una jauría:

“¡Cuarquiera, cuarquierita aguanta sin paraguas la tormenta que se me ha desencadenao cuando menos lo esperaba!”

II

El *hondilón* estaba ya lleno de parroquianos cuando penetró en él el señor Toño el *Clavijero*, uno de los más viejos y típicos repre-

sentantes de la guapeza andaluza, que oficiaba de oráculo entre los menos clarividentes del distrito y que por ende tenía el buen o mal gusto de ser gran amigo de Paco y de su casi consorte, Rosario la *Caperusa*.

—Aquí me tiée usté, señor Toño—exclamó al ver penetrar a éste en la taberna Paco el *Churumbela*, que entreteníase en despabilar lentamente algunos chatos colocados sobre la mesa, en correctísima formación.

—*Chavó*, ¿por qué no te has díó al sótano!—dijo el viejo, avanzando por entre los concurrentes y repartiendo sonrisas y apretones de manos y alguna que otra zumba con que contestaba al fuego graneado de chirigotas con que era por ellos acogido.

—Siéntese usté y beba usté y consuéleme usté, que estoy que me ajogo con un pelo hembra—díjole Paco al viejo tras estrechar la mano que éste le tendía.

—Lo de siempre, *chavó*. Y mira tú que me duele la boca y tengo hinchás las encías de predicarte más que si fuese un padre misio-nero. Pero tú, na; tú creyéndote que si Dios jizo las mujeres no las jizo más que pa tu recreo, y eso, como toas las cosas der pícaro mundo, tiée sus flores y tiée sus espinas, que de to da er monte, y lo que no pasa en una eterniá, pasa en un minuto, y er que mucho brinca ar fin se cae. Y eso te ha pasao: que lo que es ahora te has caído de verdá y te has lastimao de la parte más delicá de tu presona.

—Ha estao usté ya en casa de Rosario, ¿verdá usté?—preguntóle Paco con aire meditabundo.

—De allí vengo por mi malilla suerte.

—¿Y qué? Está la *gachí* que embiste de brava, ¿verdá usté?

—Ca, no, una miajita. Armao en corso el perfil, pero na más que una miajita; esta vez la cosa no le ha jecho mucha mella, y es que me parece a mí que a esa paloma se le va acorchando er corazón pa con tus cosas y ca vez le duelen menos, lo cual no tiée na de particular, porque la verdá es que le has dao tú tantísimos repujones pa jecharla de la jaza de tu querer, que voy yo ya creyendo que a la fin y a la postre vas a salirte con la tuya.

—¿Eso cree usté, señor Toño? ¿Eso cree usté?

Y el menos lince hubiese podido notar que le temblaba la voz al hacer aquella pregunta a Paco el *Churumbela*.

—Hombre, te diré—repúsole el viejo con aspecto un tantico turbado—. A mí lo que me parece es lo que te digo. Yo ya, a juerza de sufrir chichones y descalabrauras en la vía, he aprendío mucho, que la vía enseña más y mejor que toftos los catedráticos, y yo ya he aprendío a calar más que un buzo con la pupila y con el pensa-

miénto, y a un convento le cuento yo las monjas na más que con mirar a la celosía. ¿Tú te enteras?

—¿Y usted cree...?

—Yo creo lo que ya te he dicho: que ar fin te vas a salir con la tuya; porque la verdá es que tú has jecho ya la mar de méritos pa que Rosario te condecere con la de "Vete y no güervas". Y... lo que pasa, le das un gorpe ar cantarillo y na; le das otro y otro y otro, y na tamién; pero a la larga se esconcha y aluego se casca y aluego arremata por romperse, que es propiamente lo que a ti te ha pasao con er querer de esa *gachí*, que tantísimo lo has gorpeao con er martillo de los celos, que de lo que fue a lo que es hay un tirón como de aquí a la Argentina.

Paco habíase ido poniendo densamente pálido a medida que hablaba el viejo, y cuando éste hubo concluído, exclamó, golpeando nerviosa y automáticamente con un pie sobre el entarimado suelo:

—Luego usted cree que...

—Hombre, te diré. Creo que lo que debes jacer es ahuecar el ala y no asomar más la cresta por aquella nasa, que fue uno de tus más bonitos recreos.

—¡Pero si eso no puée ser! Si a esa *gachí* la quiero yo más que al cielo, si esa *gachí* es pa mí el sol que me calienta y el pájaro que me canta; si yo sin ella no podría ni respirar; si es que yo soy más esgraciaito que el Postigo de San Agustín, señor Toño; si es que yo soy la mar de desgraciao.

—¡Camará!, desgraciao tú, y por mo de ti le van a tener que jacer otro pabellón a la Inclusa, y por mo de ti tiée una mella la pila de la parroquia. Desgraciao tú, ¡camará!, y no hay *chusco* en cualisquier negocio que no haga pará y fonda en tu faltriquera, ni jembra que no te pique en er pico, y te sobra salú y no hay naide que no te estime. ¿Pos qué quieres tú ya, guasón? ¿Quieres que te alevanten una estatua o que te metan en una jornacina o que te barnicen de muñequilla toítas las mañanas?

—Na de eso quiero yo. Yo lo que quiero es que me domestique usted de nuevo a mi Rosario.

—Pos eso es más grande que er día del Corpus, y eso no lo jago yo poique no puée ser, poique ese retrato que te ha cogío le ha jechao el último terroncico de sal en la mollera, y peírle a esa *gachí* que te quiera de nuevo es peírle a la luna dos varas de percalina. ¿Tú te enteras?

—Pero es que los quereles no se orvían asín como asín; es que una esaborición de una hora no tira abajo un castillo fuerte, y un castillo fuerte es el querer que esa *gachí* me ha tenío.

—Té lo tuvo, pero se jace preciso platicarlo to. Desde que te

cogió en el otro trapicheo, en el de la de los *Lunares*, encomenzó ella a jecharle agua al vino y a darse contra vapor y a mirar hacia la puerta de la calle, y como ya ha llovío tantas veces sobre mojaos, ¡pos velay tú! Hoy, cuando llegué a la casa, me la encontré más fresca que una lechuga, y más fresca que una lechuga me enseñó el retrato de tu nuevo ídolo (que, por cierto, no es mala jembra), y asín que me enseñó el retrato, lo jizo media docena y endispués metió mano ar pecho y... ¡Camarál!, si yo no sé cómo decirte esto que quiero decirte der mo que menos te rejelee.

Y el viejo, deteniéndose en su narración, empezó como a buscarse con las puntas de los dedos entre los blancos mechones la fórmula más adecuada para seguir su relato.

—Dígalo usté de cualisquier modo—exclamó Paco, con las manos crispadas y el semblante contraído.

—Pos bien, ¡a Roma por to! De toas maneras, hay que decir-telo. Pos conforme te iba diciendo, Rosario jizo seis el retrato de tu nueva surtana, se metió la mano en aquer proigio que Dios le puso por pecho, y na, que se sacó de él otro retrato y le soltó un beso al otro retrato, que es el de un *gachó* que yo conozco y que vale tanto como tú, y coste que en esto ni te ofendo ni te alabo.

—¿El retrato de un hombre? ¿De qué hombre?—preguntóle Paco, incorporándose lívido y amenazador y cogiéndole al par bruscamente por la solapa de la chaqueta.

—A ver si no le fartas al respeto a mi americana, que es una pro-betica vieja que no se mete con naide.

Y al decir esto hacíale el viejo soltar a Paco la solapa, mirán-dole con imponente fijeza.

—Pero ¿de quién era el retrato? ¿De qué hombre se trata? ¿Quién es el que se atreve a pisotearme el corazón? Dígamelo usté ya, agüelito, por lo que usté más quiera en el mundo.

—Vaya si te lo diré. Es más, te daré el retrato, que pa dártelo se lo quité a ella. Pero no te lo doy si no me juras antes que no has de ir a buscarlo poique no quiero yo llevar peso de más en la con-sencia.

—¡Déme usté ese retrato!—rugió el *Churumbela*, avanzando hacia el viejo en amenazadora actitud.

—¡Pos no lo tomas tú mu a pecho, *chavó!* ¿Y qué vas a conse-guir con ponerte de esa manera? Yo te doy el retrato, pero pa ti co-mo si fuera er del moro Muza. ¡Como que yo ya estoy arrepentío de habérselo quitao a Rosarito, que me costó quitárselo más fatigas que cuesta domar un tigre hircano!

—Déme usté el retrato, démelo usté ya, agüelito—repitió el *Chu-rumbela*.

Y de tal modo hubo de decir aquello Paco, que comprendiendo el señor Toño que no había más remedio que entregarse o ser pasado a cuchillo, metióse la mano en la faja y sacó el retrato que poco antes hubo de arrancar de manos de Rosario la *Caperusa*.

Y todavía no lo había sacado, cuando la mano del *Churumbela* cayó sobre él a modo de garra de acero, y...

—¡Si es mi retrato!—exclamó, mirando con estúpida expresión al viejo.

—¡Toma! ¿Y te he dicho yo acaso que sea el de Zumalacáregui? Yo lo que te he dicho es que sacó y besó el retrato de un *gachó*.

—Pero... esto ¿qué quiere decir, agüelo?

—Pos esto quiere decir que era menester que tú supieras lo amarguitos que son los celos y lo que duelen, y la verdá que es lo que dice aquella serrana, que dice:

El león en su cueva
muere de celos,
al ver a su leona
en brazo ajeno.

Y lo mismito son las mujeres, que también mueren y rabian de celos al ver a su león con otra leona.

—¡No paga usted ni arrastrao el mal rato que me ha jecho usted pasar, agüelito!

—¡La letra con sangre entra!

Y algunos minutos después salían de la taberna del *Chinche* cogidos del brazo el señor Toño el *Clavijero* y Paco el *Churumbela*, con dirección a casa de la famosa y más que famosa Rosario la *Caperusa*, una de las hembras de más tronío de las que dieron y dan fama universal a los barrios populares de mi Málaga la Bella.

(ESPAÑA. Rev. de la Asoc. Pat. Esp. B. Aires, 16-VII-1904.)

NO HAY MAL QUE POR BIEN NO VENGA

Los emigrantes se agolpaban a la proa del enorme trasatlántico que se alejaba del puerto rápido y majestuoso. Antonio el *Caravaca*, pálido y sombrío, tras posar una mirada triste en los montes que perdíanse lentamente en la radiante lontananza, sentóse sobre un rollo de cables embreados, cerró los ojos y transportóse de nuevo al perfumado *cubril*, que abandonaba tal vez para siempre.

Surgió a su evocación el *cubril* que abandonara y volvióse a ver tal como lo viera en el momento de la triste despedida, con su casita blanca, con su cocina de enorme chimenea, junto a la cual, y sentado sobre los haces de tomillo, tantas noches soñara con aquel país tan lejano a donde se dirigía; con su olivar tan agobiado de fruto en los años en que bendecíalo Dios; con su huerto reducido, entre cuyos verdes naranjales tantas veces adornara de azahar los negros rizos de Dolores... ¡Dolores! ¡Qué trabajo que habíale costado al mozo picar el ancla que tenía echada aquella hembra en el corazón! Pero Dolores habíale dado alientos para realizar su hazaña. Dolores no había nacido para vivir y morir entre jarales, para tener que ir por leña al monte, para amasar el pan todos los días, para lavar en los arroyos, para varear los olivos, para en las vendimias pasarse el día cuesta arriba y cuesta abajo con el cuévano a la cabeza. Dolores había nacido, sin duda, con mejores destinos, y él quería que su prima, lo mismo que era la hembra más garrida, fuese la más poderosa de Humaina y los Verdiales: estaba decidido a ello y lo conseguiría con la ayuda de Dios, porque él era trabajador y fuerte, y el país a donde dirigíase era pródigo y generoso para con todos los que llegaban dispuestos a convertir en campos fértiles sus terrenos incultos con el esfuerzo de sus brazos y con el sudor de sus frentes.

Antonio seguía soñando solo en medio de los que con él huían de los patrios lares; seguía soñando y contemplando en su imaginación la imagen de la hembra querida, con su cuerpo bizarrísimo, con su semblante moreno de tez suave y brilladora, de ojos negros

y pasionales, de nariz ligera y graciosamente arremangada, de boca algo grande, de labios rojos y fragantísimos que dejaban ver casi siempre la dentadura, si algo desigual, tan nítida, en cambio, como la nieve que en invierno matizaba los picachos de la montaña, y viéndola parecía oír su voz dulce y sonora que le repetía sin cesar:

—¡Ay, Antonio, y qué feliz que yo sería si alguna vez pudiera ser, además del ama de tu presona, el ama del olivar y el ama de los bancales!

Antonio no podía ocultar, recordando aquello, su profunda amargura, que desbordaba en sus ojos oscuros y tristes y en su semblante varonil y atezado que un artista andaluz hubiera elegido como el mejor de sus tipos macarenos.

—¿Qué tiées, en qué piensas?—preguntó en aquel instante Juan Galindo, acercándose a él y mirándole con interrogadora expresión.

Antonio levantó la cabeza, miró de hito en hito a su compañero y le repuso, encogiéndose de hombros:

—¡En qué quiées que piense! En lo que me duelen las alas del corazón desde que me faltan en ellas las plumas más principales.

—¡Olores! Desde que te farta la Olores, ¿verdá?

—Quién quiées tú que sea sino ella, esa jembra que ha jechao en mi corazón raíces tan jondas que el no vella me está quitando la vía.

—¡Y dale que le da con esa mujer! ¡Pos no parece sino que la Provincia no jizo más que una! Y aluego que si la Olores...

Y Juan Galindo, no atreviéndose a expresar sin duda lo que sentía, empezó a canturrear con voz ronca y rítmica:

Dolores tiene por cara
la mejor flor de las flores,
mas no tiene el corazón
como la cara Dolores.

Antonio habíase puesto pálido oyendo a su amigo, y cuando éste hubo concluido de cantar la copla, preguntó iracundo:

—¿Y qué me quiées tú decir con esa copla, Juan Galindo?
Este le repuso con acento irónico:

—Juan Galindo no quíee decir na; Juan Galindo no quíee asoliantarte; Juan Galindo no quíee darte ninguna esazón ni que te tires a la mar pa que te coman los peces.

—Pos yo necesito que Juan Galindo ahorita mesmo me diga por

qué me ha cantao esa cópla, que cuando él me la canta por algo me la habrá cantao.

—Pos de juro que sí, que por algo te la canté, *Caravaca*.

—¿Y por qué ha sido el cantármela?—insistió éste, mirando a Juan con ojos inquietos y febriles.

—Pus poique me paece a mí que tu Olores te quiere a ti lo que a mí er pachón der cura, que ca vez que me trompieza, si no me muerde, me ladra.

—Pero ¿qué razón tiées tú pa icirme eso y pa pensallo?

Encogióse Juan de hombros, y tras un momento de indecisión, y tras rascarse la nuca, murmuró sordamente:

—Pos la razón que tengo pa decillo y pa pensallo es que una jembra que quíee a un mozo no lo rempuja pa que se vaya a la Argentina, como a ti te ha venío arrempujando la Olores.

—¿Y no es más que ése el motivo que tiées tú pa pensar mal de mi jembra?

—¿Te paece poco, Antofñuelo?

—¡Vaya!, y tan poco como me paece, Juan Galindo.

—Pos allá va otra razón. ¿Tú crees que una jembra a quien le jiede el probeterío, como a ella le jiede, puée poner su voluntá en un probe como tú, que desde que te parió tu madre no has tenío pa mercarle un refajo tan siquiera?

—Pos me parece mu poco entoavía eso que me ices, poique las mujeres cuando le toman estima a un hombre esprescian los ineros, que ya sabes tú lo que ice la cópla:

Jesucristo vino ar mundo
probe y sin calor de naide.

—¡También la cópla ice que “er dinero es mu bonito, y que al que tiene dinero le llaman el señorito”!

Y Juan dijo la última palabra como si hubiera empezado a padecer de una tartamudez repentina.

—¿Y por qué me dices tú con tanto retintín eso del señorito?

—le preguntó a Juan Antonio con sombría y amenazadora expresión.

Juan volvió a encogerse de hombros, volvió a rascarse la nunca y sin parar mientes, al parecer, en el aspecto amenazador de su amigo, le contestó:

—Pos eso te lo digo poique me parece a mí..., me parece a mí que desde la última vez que estuvo en el lagar el hijo del amo, tu Olores te perdió el poquito de apego que te tenía, y poique antes de embarcarme me encargó la señá Tomasa la de la *Umbria* que te dijera una cosa...

—¿Y qué cosa fue ésa que te encargó que me dijieras la señá Tomasa?

—Pos la señá Tomasa me dijo: “Mía, Juan: cuando el barco esté ya mu lejo, pero que mu lejo de la badía, entonces le dices a Antonio que no sea mucho lo que se apesaumbre por la Olores, que a la Olores la vide yo un día de plática, y de argo más que de plática, con el hijo del amo de su lagar en el Arroyo de las Flores.”

—¡Eso es mentira!—rugió el *Caravaca*, retando a Juan Galindo con la actitud y con la fulgurante mirada.

—Lo que yo te digo es el Evangelio, Antonio, y lo que me dijo la señá Tomasa es también el Evangelio—exclamó Juan, sosteniendo con la suya, grave y serena, la mirada de su amigo.

Este, tras algunos instantes de angustioso silencio, inclinó la cabeza. Juan y la señá Tomasa decían, sin duda, la verdad. Ya aquello mismo que le decía su amigo había empezado él a sospecharlo en el momento de la despedida, en aquel momento en que mientras él se afanaba en dominar su tremenda congoja, Dolores se pasaba el pico del delantal por los ojos, no humedecidos por una lágrima si quiera.

—Vamos, Antonio—díjole Juan con acento cariñoso—, no hay que pensar más en eso; los hombres tenemos que ponerles bozales a la pena y ser hombre, y sobre to que una ristra de mujeres no vale lo que un grillo carbonero.

II

La mañana era espléndida: una brisa fresca y saturada de olores montesinos agitaba mansamente los chopos y algarrobos copudísimos, que brindan acá y acullá en la carretera sombra bienhechora al caminante en los ardientes meses del estío; el sol empezaba a dorarlo todo con sus raudales de luz; brillaba el cielo con su azul más radiante; lucía el ambiente su más pura transparencia; las lluvias recientes habían llenado de húmedos verdes las vertientes de las montañas y los pintorescos arroyos por los que las aguas destrenzábanse cristalinas por entre rocas limpísimas, verdes juncuales y macizos de adelfas coronados de flores carmesíes.

Jinete en un caballo de poderosa alzada y típica montura llegó a la venta del tío Antón el *Corrales*, Antofico el *Caravaca*. Los quince años transcurridos desde el día en que lo sacáramos a relucir por vez primera habían transformádolo, convirtiéndolo de mozo esbelto, de movimientos tardos y rudos, en hombre de arrogantísima presencia, de sueltos modales y de semblante varonil, en el que se iniciaban las primeras arrugas con que la edad madura pone en derrota

el frescor de nuestros años primeros.

Antonio durante todo el camino había contemplado el paisaje con delectación infinita: todo aquello le recordaba sus años juveniles y le recordaba a Dolores, a aquella hembra por complacer a la cual abandonara un día ya muy remoto la patria. Ya de la intensa amargura que pusiera en su pecho la traición de la mujer querida no quedaba en él rencor alguno: su buena suerte en América, su trabajo recompensado, ofició sin duda para con sus heridas de bálsamo consolador, y al poco tiempo, al pensar en el ídolo, ya roto y polvoriento, murmuraba indiferente:

—¡En medio de to no hay mal que por bien no venga!

Cuando hubo llegado a la venta detuvo el paso de su noble cabalgadura delante del ventero, el cual, posando en él sus ojillos grises como si quisiera reconocerle, le dijo correspondiendo a su saludo:

—Venga con Dios su mercé y mande su mercé toíto cuanto quiera.

Antonio saltó ágilmente del caballo y, dirigiéndose al tío Antón, díjole sonriente:

—Por lo pronto, lo que yo quisiera era darle a usted catorce pares de abrazos.

Abrió el ventero desmesuradamente los ojos, y

—Por vía e la Virgen de la ermita, si a mí me parece que yo conozco a su mercé..., que su mercé es...

—El mismo, tío Antón: Antofico el *Caravaca*—exclamó éste alegremente interrumpiendo al anciano.

—¡Pero es posible, camará, pero es posible!

Media hora después, cuando nuestro héroe volvió a montar en su caballo, llevaba aprendido de labios del tío Antón todo cuanto deseaba conocer de la vida de Dolores: cómo la liviana pasión de ésta con el hijo del amo del lagar de Pizarrozo había tenido por resultante un rapaz, a la sazón un chavalete alto y espigado como un pino; cómo a la muerte de sus tíos—su único amparo en su desventura—había tenido que trabajar para ella y para su hijo en el lagar de los Puchetas; cómo envejecida, además de por el tiempo, por la lucha había perdido todos sus encantos, y cómo ya aquella imagen que aún de vez en cuando surgía de entre sus recuerdos gallarda y tentadora no era más que una hembra de cuerpo duro y filamentosos, de semblante renegrado y aviejado, incapaz de despertar un solo pensamiento de amor, y sí sólo una compasión infinita.

Por boca del ventero supo también cómo a fuerzas de súplicas había conseguido arrendar el lagar de Miraflores y cómo en compañía de su hijo vivía en él luchando a brazo partido por sacar del re-

ducido terruño con qué pagar la excesiva renta y lo indispensable a la vida.

—¿Entonces no vas ya a jacelle la visita a la Olores?—preguntó el ventero a Antofico, al par que acariciaba con su mano renegrida y huesosa las redondas ancas del caballo.

—No. ¿Pa qué? Ya le he dicho a usté que yo volveré por aquí dentro de unos días, y entonces usté me hará un favor. Pero tan y mientras no quiero yo que ella sepa ni una palabra de mi regreso de América.

—Descudia, hombre, descudia, que ya sabes tú que yo pa eso de guardar un secreto soy yo más jondo que un barranco.

—Pues hasta otro día, agüelito.

—Ve con Dios, mozo güeno, y que la Malena te gué.

Y el viejo plantóse en mitad del camino hasta perder de vista al *Caravaca*, que aléjase al rápido trotar de su caballo por la, en aquellos instantes dorada por el sol, empinada carretera.

III

El tío Antón, sentado en la puerta de su casa, recostado contra el quicio, entreteníase en tejer rápidamente una tomiza, cuando deteniendo delante de él el paso de su mula exclamó el señor Juan el *Cachetina*:

—¡A la pa e Dios, caballero!

—¡Hola, *Cachetina*! ¡Bien venío!

—¿Se podrá tomar aquí hoy un vaso der seco sin tener que dir endispúes en busca del méico?

—Eso según y como, poique como yo soy hombre de concencia, yo le doy a ca uno lo que ca uno se merece.

—Pus por la misma razón te voy yo a dar a ti un crugío que te va a parecer veinte y cuatro por lo menos.

El tío Antón sonrió socarronamente y simuló de modo maravilloso un formidable estornudo.

—Jesús, María y José—exclamó con cómica gravedad el *Cachetina*, al par que ataba el ronزال del mulo a una de las grandes estacas que sostenían el emparrado.

—Dios te lo pague—repúsole también gravemente el tío Antón, incorporándose para servir a su amigo.

Momentos después, cuando ya hubo éste apurado el cáliz de so-

lera, preguntóle al tío Antón, al par que le ofrecía la enorme petaca que acababa de sacar de la cintura:

—Vamos a ver, mala presona, que estoy yo rabiando por saber si es verdá lo que se ice en er partío, y que es una cosa que tú debes sabella mejor que naide.

—¿Y qué es lo que se ice en er partío?

—Pos en el partío se ice que Antoñico er *Caravaca*, el hijo de los *Zurdos*, que Dios tenga en su santa gloria, ha güerto de las Indias cuasi podrío de dinero.

—Pos eso es verdá, y eso lo sé yo de mu güena, pero que de mu güena tinta.

—¿Y sabes tú argo de eso que icen que er *Caravaca* ha mercao y le ha regalao a la Olores el lagarillo en que vive?

—Tamién eso es verdá, tan verdá que he sólo yo el que le llevao la escritura.

—¡Camará, pos me deja tú tonto der to! ¿Conque de ese mo se ha vengao el Antonio de la mala partía de la Olores?

—De ese, de ese mo se ha vengao ese mozo, que tiée un corazón que no cabe en un capacho.

—Pero ¿él qué es lo que dice de la Olores?

—Pos lo que él dice es lo que me dijo a mí, que me dijo la segunda vez que mos vimos: “Tío Antón, usté que es güeno, usté que es durce y serviciá, usté que sabe dalle a ca uno lo que a ca uno le pertenece, me va usté a jacer el favor de dir de parte mía a ver a la probetica Olores.

—¿Y por qué no vas tú a vella en persona?—le pregunté yo.

—Pus poique no quieo jacelle pasar un mal rato. Asina que va usté en nombre mío, y le dice usté en nombre mío que yo le regalo pa su hijo el lagarillo en que vive, y le lleva usté esos papeles en que consta lo que yo digo, y si le jace asco a la cosa y le pregunta a usté que por qué se lo regalo, le dice usté que se lo regalo poique a ella le debo to lo que agencié en América, que por mo de ella me fui a América y que por mo de ella me trompecé cara a cara con la güena fortuna, y que si no hubiera sólo por ella no me hubiera díó del lugar, y que si no me hubiera díó a estas horas estaría fijamente comío de gusanos u en Ceuta u en Melilla u en el Peñón de la Gomera.

—Pos mía tú, Antón, ¿sabes tú que el *Caravaca* tiée *pesqui* y laoz dizquierdo.

—¡Y rumbo y güena sangre y, en fin..., toíto lo que a ti te farta!

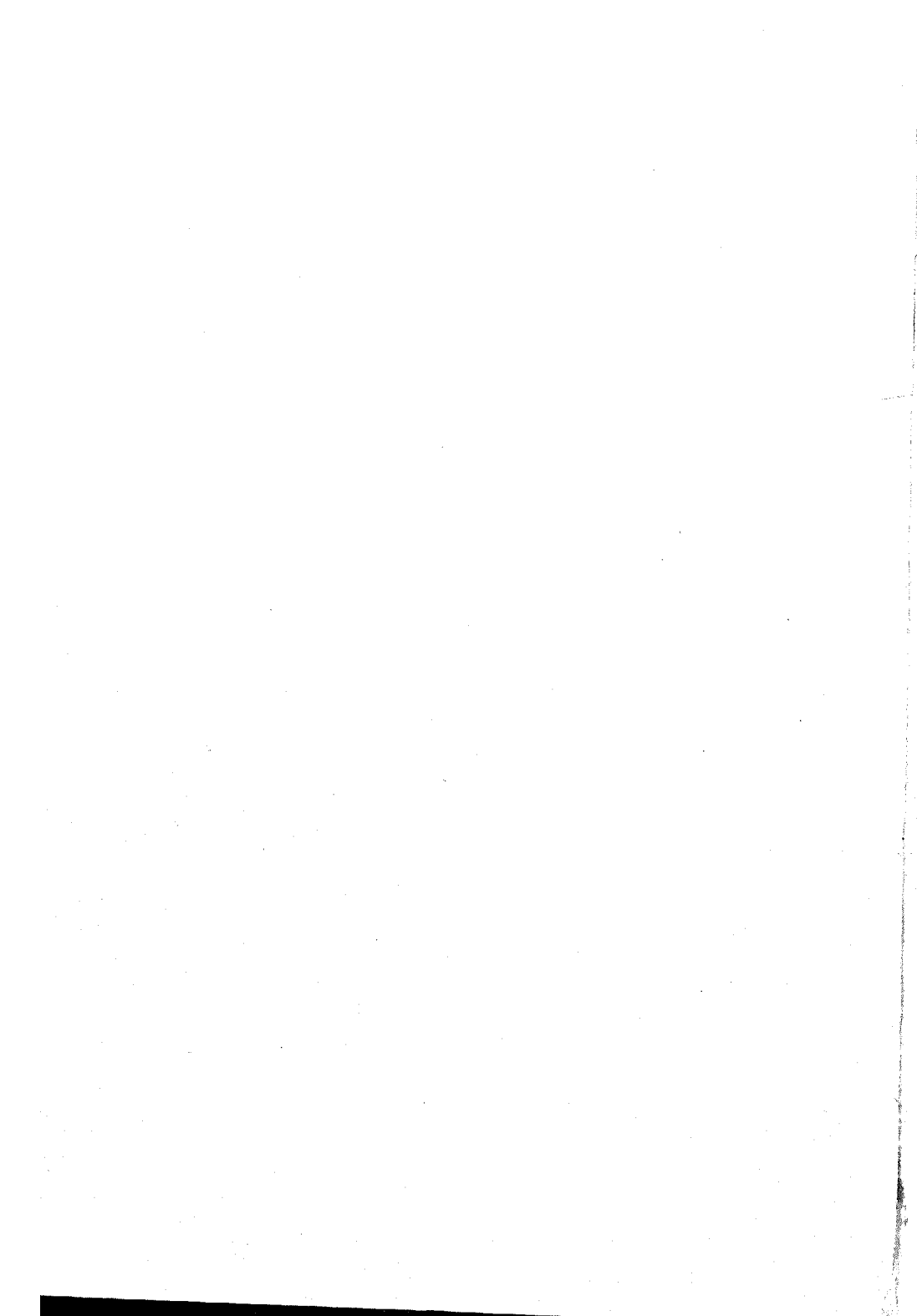
—Pos mía, na más que por lo que me cuentas der *Caravaca*, que me ha gustao, me voy a beber otro cáliz a su salú.

—Y yo me voy a beber otro y otro más, y yo soy el que convía.

Y momentos después chocaban ambos viejos los cálices en que el solera a los rayos ardientes del sol parecía de topacios desleídos.

(ESPAÑA. Rev. de la Asoc. Pat. Esp. B. Aires, 27-XI-1907.)

INDICE



INDICE

	<i>Página</i>
PRELIMINAR	v
MI PADRE	vii

CUENTOS

Al amor de la lumbre	1
Bandera blanca	7
En el patio del Cotufas	13
Donde menos se piensa...	19
Currita la Quinquillera	25
¡Niñas, el carbonero!	31
En San Cayetano	35
La bravía	39
En el merendero	47
Entre cimbeles	53
La apuesta	61
La de los Lunares	67
Entre pencares	73
Trini	79
Almas honradas	87
Diálogos de mi tierra	91
La de los Encajes	95
Al borde	99
Lo de siempre	103
Amparo	107
Pasión quita razón	111
Debajo del puente	117
Entre compadres	121

	<i>Página</i>
En Pescadería	129
En la zapatería	135
¡Yo soy er Tano!	141
Trato hecho	147
Para un vivo otro vivo	153
Desencanto	161
El padre del "Borricote"	167
En el tren	173
El triunfo de la Pelirroja	179
Por los pícaros garbanzos	185
Joseito el Perejilero	191
El que no es agradecido...	197
Jugar con fuego	203
Triste experiencia	209
Al colmenar con careta	215
Una cosa es predicar...	221
Lo mejor de los dados	225
En busca de primales	231
Una buena lección	237
El dinero es mu bonito	245
Pecado y penitencia	251
No siempre es oro...	259
Un desengaño	265
Toíto te lo consiento...	271
Malas ausencias	275
El sol de Casariche	281
La virtud del Perchelero	285
El retrato	289
No hay mal que por bien no venga	295

